

Viktor Arnar Ingólfsson

# El enigma Flatey



Lectulandia

1960, la primavera se instala al fin en Islandia. Tres cazadores de focas encuentran en una playa un cadáver en avanzado estado de descomposición. La pequeña comunidad de Flatey sabe que el muerto sólo puede ser un forastero. Kjartan, ayudante del gobernador, llega a la isla para descubrir quién es el asesino de un misterioso investigador de códices danés. Cada pista lo conduce hasta un enigmático manuscrito medieval, el Libro de Flatey. Pero hay una nueva víctima. Esta vez con un águila grabada con sangre en la espalda. El culpable sigue en la isla.

**Lectulandia**

Viktor Arnar Ingólfsson

# **El enigma Flatey**

ePub r1.0

sleepwithghosts 23.08.14

Título original: *Flateyjargáta*  
Viktor Arnar Ingólfsson, 2002  
Traducción: Elías Portela

Editor digital: sleepwithghosts  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

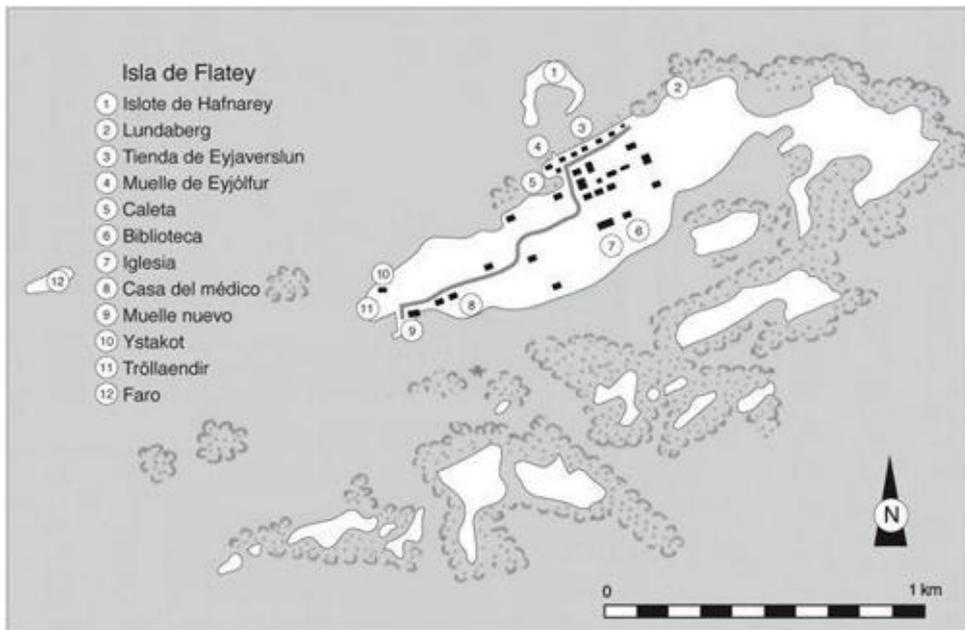
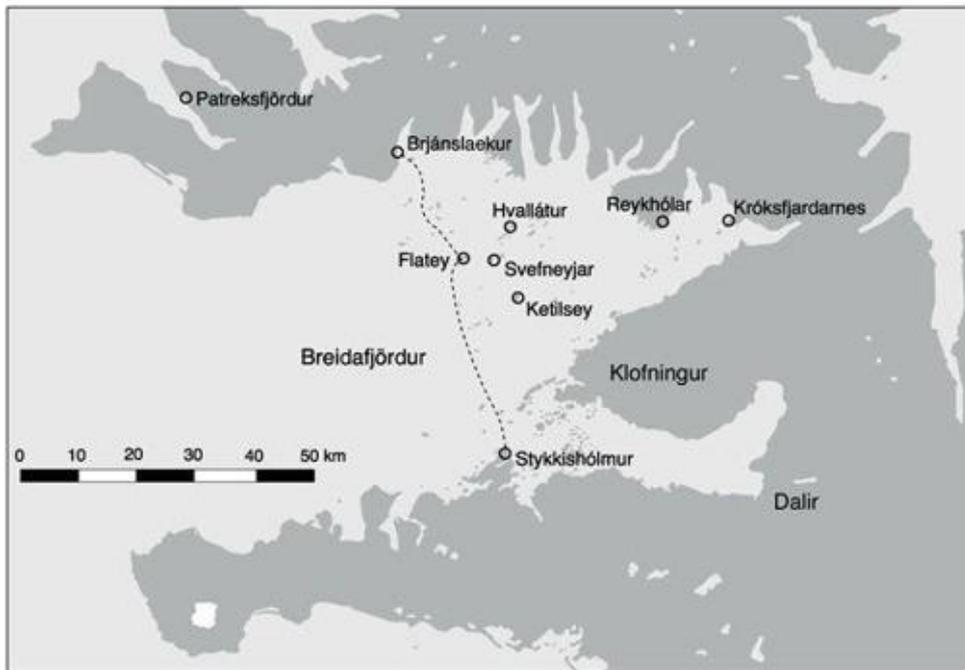
---

*Esta historia está dedicada a la memoria de mis abuelos,  
Viktor Gudnason y Jónína Ólafsdóttir*

La isla de Flatey, en el fiordo de Breidafjörður, ha aparecido en más de una ocasión como escenario cinematográfico, a menudo sustituyendo otros escenarios del país. En este caso, se presenta a sí misma y bajo su propio nombre, ya que esta historia tiene lugar en las islas del Breidafjörður en el año 1960.

Aquí tomaremos prestada la naturaleza, los pájaros, las focas, los peces, el viento, la calma, el aroma y los sonidos. Igual que los barcos y los embarcaderos, las casas y las gallinas, las vacas y los huertos de patatas. Pero no a sus habitantes. Los personajes de esta historia no están basados en la gente de aquellos años. Si alguien cree hallar ciertas similitudes con individuos reales, no se trata más que de una desafortunada coincidencia. Todo cuanto ocurre en esta novela es pura ficción. Aun así, quisiera agradecer a los habitantes, vivos o muertos, de esta isla que me hayan prestado semejante escenario.





*Miércoles, 1 de junio de 1960*

Un viento de naciente soplabá al alba en el fiordo de Breidafjörður, mientras una fría brisa primaveral encrespaba las olas de espuma blanca por los canales de las islas al oeste. Un frailecillo volaba raudo y concentrado a ras de las olas y un cormorán curioso se estiraba sobre un escollo bajo. Algunos araos alibancos buceaban en la profundidad del océano, mientras en las alturas planeaban las gaviotas pensativas oteando en busca de alimento. Toda la creación se mostraba despierta e inquieta en el fiordo bajo los luminosos rayos del alba.

Una barca a motor, pequeña pero robusta, abordaba el agitado oleaje y se alejaba de la costa de Flatey rumbo al sur. La motora había sido construida a partir de una antigua barca de remos, cubierta de pez negra, y en el costado ponía CUERVO en mayúsculas grandes y blancas. Llevaba tres tripulantes: un niño pequeño, un hombre de mediana edad y otro considerablemente mayor. Tres generaciones que vivían juntas en Ystakot, una pequeña granja en la punta oeste de Flatey.

El más anciano, Jón Ferdinand, estaba sentado en popa timoneando el barco. La barba blanca despuntaba en su rostro ajado y un hilillo negro de rapé asomaba por su ancha nariz. Algunos mechones de pelo gris colgaban bajo una visera vieja y tanteaban su rostro con el viento. Su mano grande y huesuda asía la caña del timón, y sus ojos ancianos buscaban una pequeña isla al sur bajo las pobladas cejas. El rumbo de navegación no era evidente aun cuando la visibilidad fuese buena. El mar estaba lleno de islotes y escollos desperdigados a lo largo de la costa y los montes de Dalafjöll se alzaban al otro lado en la penumbra azulada.

Jón Ferdinand guiaba el barco de soslayo entre las olas, escapándose por el medio. El navío no era muy grande, así que más valía no recibir las olas mayores de costado. Pero el anciano dirigía el barco según lo sentía y parecía disfrutar de las embestidas del oleaje.

En la bancada de remo delante del compartimento del motor estaba sentado el hijo del timonel, Gudvaldur se llamaba. Fumaba de una pipa y afilaba una navaja. Con la cabeza descubierta y un jersey grueso de lana, se giraba con la pipa evitando las olas que a veces salpicaban por la borda. Su rostro se hallaba curtido por la intemperie y la expresión era áspera. El ojo izquierdo, ciego: la pupila había sufrido una lesión y se le había blanqueado al curarse. El otro ojo era negro como el carbón. Gudvaldur había sido bautizado en honor a un familiar fallecido mucho tiempo atrás, que había visitado a su madre en sueños para pedirle que escogiera ese nombre. No

obstante, sus paisanos de Flatey lo llamaban siempre Valdi y lo asociaban con Ystakot, la cabaña en la que vivía.

Una ola especialmente grande rompió contra el barco y salpicó la nuca rizada y crespa de Valdi. Levantó la vista y miró por la proa.

—Papá, ten cuidado —le gritó a su padre con dureza—. ¿Es que te has olvidado de que vamos a la isla de Ketilsey? Estás llevando el rumbo demasiado al sur.

El anciano sonrió de modo que brillaron unos cuantos dientes sueltos y amarillos, y las encías desnudas.

—Demasiado al sur, demasiado al sur —repitió con una voz afónica al tiempo que viraba el barco contra una ola. Valdi siguió fumando de su pipa y ocupándose de su cuchillo en cuanto vio que el rumbo volvía a ser correcto.

El pequeño Nonni Gudvaldsson se hallaba sentado en proa sobre las velas y se agarraba a la borda con ambas manos. Tenía frío y estaba mareado. Ya estaba acostumbrado y casi siempre conseguía mantener los escalofríos y las náuseas a raya, pero esta vez era peor y no se sentía muy marinero, porque tenía una necesidad imperiosa de hacer de vientre. Se había retrasado por la mañana y había olvidado ir al retrete antes de partir. Sin embargo, ni siquiera le mencionó el problema a su padre, porque Valdi se habría limitado a decirle que se sentase sobre la borda para evacuar. Al pequeño, semejante operación no le hacía ninguna gracia con aquel mar. De cuando en cuando alzaba la vista sobre la proa para ver si la meta estaba más cerca, pero el barco avanzaba muy despacio, así que se sentaba de nuevo sobre las velas, mordiéndose obstinadamente el labio, y se concentraba en mantener los músculos del esfínter bien apretados. Con los ojos cerrados murmuraba para sí una y otra vez:

—Jesusito de mi vida, Jesusito de mi vida, no dejes que me cague en los pantalones hoy.

Volvió a mirar por proa.

—Papá, papá —gritó—. Al abuelo se le ha vuelto a ir la cabeza.

Valdi levantó la vista y se giró hacia el anciano.

—Vas demasiado rumbo al este. ¿No recuerdas que vamos a Ketilsey, a cazar focas?

El anciano parecía confuso pero luego se orientó. De nuevo viró el barco evitando una ola y tomó rumbo directo a la isla, que ahora quedaba más cerca. Luego miró a Valdi y tarareó:

—«Mozos que a Ketilsey fueron, dieciséis foquillas trajeron».

Valdi no respondió, metió la navaja en el bolsillo y sacudió la pipa contra el borde de la barca. Luego se fue hacia popa.

La marea estaba baja en la isla y la entrada a la costa por el sur quedaba protegida. Valdi tomó la dirección del barco mientras Jón Ferdinand esperaba preparado con una pequeña ancla sujeta a una larga cadena. El barco partió una ola

que fue a romper contra los acantilados y Valdi apagó el motor a la vez que el anciano dejaba caer el ancla. La cadena se deslizó por la borda y los pájaros alzaron el vuelo asustados por el traqueteo. A poca distancia, una foca emergió curiosa, e igual de rápido volvió a desaparecer en las profundidades. El pequeño Nonni se encontraba esperando de pie en la proa, y tan pronto como el ancla detuvo el barco, consiguió agarrar un anillo de hierro grueso y oxidado que estaba fijo en la roca, enfiló un cabo a través de él y lo ató con fuerza. Luego pasó al otro lado del barco a toda prisa y se estiró por encima del motor para coger el montón de periódicos viejos que estaban allí guardados. Valdi se fijó en cómo el muchacho se apresuraba a saltar a tierra y desaparecía tras las peñas.

—Ya te he dicho que tienes terminantemente prohibido cagar en el islote —le gritó furioso—. Las focas notan tu peste durante muchas semanas.

El pequeño Nonni reconocía su culpa. Ésta era una de las reglas que había en la caza de focas, pero no había podido evitarlo. Corrió a la isla, encontró un buen lugar entre las rocas y se puso a hacer de vientre. Fue un gran alivio, y entonces echó una mirada a su alrededor. Unos cuantos farallones formaban un rincón bien protegido y a poca distancia del niño había dos ánades eider empollando sus huevos. No se movían ni un ápice y hacía falta un ojo bien entrenado para poder distinguirlos sobre la turba con hierba. Un ostrero posado sobre una piedra comenzó a gritar. Probablemente estuviese cerca de su nido, a la orilla del mar. Más lejos, bajo un acantilado poderoso, yacía el cuerpo inerte de un gran animal.

Nonni ya había visto antes cosas parecidas en la playa, pequeñas ballenas, una foca gris grande, o los restos hinchados de una oveja. La novedad de este cadáver es que llevaba un abrigo verde.

*—Háblame sobre el Libro de Flatey —le pidió él.*

*Se quedó pensativa.*

*—¿Quieres oír la historia larga o la corta? —preguntó al fin.*

*—La larga, si tienes tiempo.*

*Ella miró a través de la ventana, el sol se estaba poniendo tras las montañas del noroeste, y susurró:*

*—Ahora mismo tengo tiempo de sobra.*

*Jueves, 2 de junio de 1960*

Una vez a la semana, los sábados, el barco del correo iba de Stykkishólmur a Flatey y luego seguía su ruta hacia la ribera de Bardaströnd, al norte del fiordo Breidafjörður. El muelle estaba en Brjánslaekur, y justo allí se dirigían a recoger su correspondencia los pocos granjeros que habitaban los fiordos sin caminos más al este. Los medios de transporte eran precarios para sus cabañas y la gran diferencia entre marea alta y marea baja hacía además que el viaje por mar fuese complicado.

Una vez construida la carretera que atravesaba las tierras altas de Kleifaheidi, resultaba mucho más sencillo acceder al oeste de Patreksfjörður y a las aldeas del norte. Entonces aumentó considerablemente el número de pasajeros del barco postal y también se incrementó el transporte de mercancías.

Desde Brjánslaekur, el barco repetía el camino de vuelta: iba a Flatey y terminaba en Stykkishólmur. La travesía entera duraba todo un largo día y a menudo era bien entrada la noche cuando el barco amarraba en el muelle de su puerto de origen.

Cuando el barco postal no estaba en ruta, había pocas novedades en el puerto de Brjánslaekur. Este jueves, sin embargo, sucedió que un joven forastero permanecía en el muelle mirando aquel barco descubierto a motor que se acercaba a la costa desde tan lejos por el sur. Se trataba de un hombre de estatura media, delgado y con una marcada cicatriz en la frente, que vestía un gabán recogido en el talle con un cinturón. Entrecerraba los ojos grises bajo el resplandor del sol, como si estuviese poco acostumbrado a la luz, y un viento frío agitaba su pelo oscuro y espeso. A sus pies, una caja alargada de metal con asas a los lados.

El joven esperaba solo en el muelle, aunque a poca distancia había dos hombres sentados bajo el alero del almacén que observaban curiosos aquella visita tan poco frecuente. Un pequeño camión enfiló la carretera más allá del puerto y se perdió de vista rápidamente al tiempo que una nube de polvo oscuro se levantaba en dirección oeste.

Aquel entorno le resultaba extraño al joven y miraba ansioso la inmensidad del fiordo y las islas en la lejanía. Dos cuervos trazaban su vuelo en las alturas sobre su cabeza, graznando de cuando en cuando. Más abajo, sobre la superficie del mar, revoloteaban y gorjeaban unos cuantos charranes árticos. Aquel barullo de pájaros despertaba recuerdos en su mente, pero no eran buenos e involuntariamente se tapó los oídos con las manos y cerró los ojos por un momento, aunque luego se dio cuenta de que de ese modo era imposible aislarse de lo que lo rodeaba e intentó sacudirse

aquella sensación de la cabeza. Hundió las manos en los bolsillos del abrigo y apretó los puños.

El barco se estaba acercando ya a la orilla. Habían apagado el motor y lo conducían al muelle. El extraño joven agarró el cabo que le lanzaron los tripulantes y lo sostuvo mientras dos hombres de a bordo saltaban al extremo del muelle.

—Buenos días —dijo el primero que subió, un hombre robusto de unos sesenta años, regordete, rubicundo, con una barba blanca que le cubría el cuello en un rostro redondo y mofletudo. La nariz era corta y ancha. Llevaba unas botas altas de goma y una vieja chaqueta de lana a rayas. En la cabeza, una visera—. Soy Ellidagrímur Einarsson, alcalde de la pedanía de Flatey, aunque todos me llaman Grímur. Tú debes de ser el representante del gobernador provincial de Patreksfjörður, ¿no es así?

—Sí, me llamo Kjartan —respondió el del muelle a la vez que apretaba la mano que le había tendido el alcalde. Notó que era gruesa y con la piel áspera, pero el apretón de manos fue cálido y sólido a un tiempo.

—Éste es Högni, profesor de la escuela infantil de Flatey y organista de nuestra iglesia —dijo el alcalde señalando a su compañero: un hombre alto, delgado, con un mono de trabajo azul y limpio, y botas altas de goma—. Trabaja conmigo en la caza de focas en primavera y luego es segador cuando hay que recoger el heno —añadió en la presentación.

Högni lo saludó también con un apretón de manos firme. Tenía un bigote grande y gris con las puntas bien acicaladas, aunque, por lo demás, las mejillas estaban completamente afeitadas. El profesor aparentaba más o menos la misma edad que su compañero de barco pero le habían tratado mejor los años. Llevaba una visera clara posada en la nuca.

El alcalde observó al representante y sacó unas latas de tabaco de esnifar.

—¿Acabas de empezar a trabajar para el gobernador, amigo? —preguntó a la vez que le ofrecía rapé.

—Sí, llegué a Patreksfjörður a bordo del *Skjaldbreid* anteayer —dijo Kjartan al tiempo que rechazaba el tabaco con un movimiento de mano.

—¡Y ya te han enviado a un encargo fuera!

El alcalde Grímur sonrió con sorna a la vez que le pasaba el tabaco a Högni.

—Sí, la verdad es que no me lo esperaba. En principio mi trabajo iba a consistir en ayudar al gobernador en la oficina con los registros notariales y ese tipo de cosas.

—Entonces, ¿no estarás en el puesto mucho tiempo? —preguntó Grímur.

—No, sólo hasta el otoño.

—¿Has estudiado para gobernador?

—Me he licenciado en la Facultad de Derecho esta primavera, pero no tengo intención de convertirme en gobernador.

—¿Qué vas a ser, entonces?

—A lo mejor entro en algún bufete de abogados este otoño, aunque uno de mis profesores me consiguió este trabajo de verano. En un futuro me gustaría trabajar con el derecho patrimonial y será una buena experiencia laboral ponerme a revisar hipotecas este verano.

El alcalde miró la caja que había a sus pies.

—Bueno, ahora hay que subir el féretro a bordo e ir a recoger el cadáver. Cuando lleguemos a Flatey haremos una parada con mi mujer, Imba, para meter algo en el estómago. Tendrá el almuerzo preparado sobre la una, si la conozco bien.

—¿Ya sabéis quién es el fallecido? —preguntó Kjartan. Esperaba una respuesta afirmativa que simplificase la tarea, pero no salió como preveía porque Grímur respondió:

—No, no lo sabemos. Todo cuanto Valdi de Ystakot nos ha dicho es que su hijo encontró un cadáver cuando fue con él y el abuelo a Ketilsey, nada más. Estos tipos no hablan muy claro aunque abran el pico uno tras otro y a la vez y en general lo repitan todo por duplicado. Por lo que he entendido, el pobre hombre llevaba un tiempo muerto. Quizá se ahogase tras algún percance en barco este invierno y haya ido a parar ahí arriba arrastrado por la gran corriente. Supongo que será poco más que unos huesos lo que tendremos que recoger, pero más vale estar preparados para lo que sea. Luego hay que registrarlo todo y redactar un informe. A ti segurísimo que se te dan bien esas cosas.

Kjartan no recordaba haber tratado este tipo de tareas oficiales durante su formación en Derecho, aunque por supuesto podía arreglárselas para escribir algo en una hoja. De manera instintiva, metió la mano en el bolsillo interior de su abrigo y sacó un bloc de notas y un bolígrafo. Probó el bolígrafo en una página en blanco y funcionaba perfectamente. Los isleños lo observaban con interés.

—Sí, sí, ya me ocupo yo del informe —dijo Kjartan un tanto avergonzado y volvió a meter el bloc en el bolsillo.

Los flateyenses subieron al barco y sostuvieron la caja cuando Kjartan la dejó descender por el borde del muelle. Una pequeña bolsa de mano hizo el mismo camino, y finalmente el propio representante después de haber soltado el amarre. Högni ató la caja fijándola a la bancada con una cuerda vieja, mientras Grímur accionaba el motor con una manivela. Marcha atrás, el barco fue alejándose del muelle. Cuando llegaron a mar abierto siguieron de frente, y con el motor a máxima potencia rumbo al sur.

*Ella hojeó las páginas de la edición de Munksgaard del Libro de Flatey hacia delante y hacia atrás. De cuando en cuando se detenía y leía en voz alta alguna que otra frase. En cada página del libro había una reproducción del manuscrito en tamaño original. La imagen era clara y nítida, a pesar de que*

*faltasen los ornados colores del códice auténtico. El papel estaba blanco y bien conservado.*

*Finalmente cerró el libro, volvió a abrirlo por las primeras páginas y empezó la historia en voz baja, pero segura y sin titubeos:*

*—El Libro de Flatey comienza con una compilación variada, los poemas de Hyndla, los relatos del rey Sigurd Sleva, relaciones genealógicas y textos similares. Probablemente todos estos relatos se redactasen al final de la transcripción del códice, pero luego, cuando se encuadernaron, los colocaron al inicio. En la cuarta página comienza la Saga de Erik el Viajero, y luego continúa con la Saga del gran rey Olaf Tryggvason. Éste reinó en Noruega del 995 al año 1000 y su saga forma una sección muy grande, en la que se enlazan muchas sagas y relatos, como la Saga de los Vikingos de Jomsborg, la Saga de los Feroeses, la Saga de los Orcadenses, la Saga de los Groenlandeses y muchas otras...*

No habían salido aún de los escollos de Brjánslaekur cuando el marinero se fue a popa y se tumbó en un saco que había extendido sobre el montón de redes. Se bajó la visera tapándose los ojos, cruzó las manos sobre el pecho y estiró las piernas.

Kjartan se sentó en la bancada de cara a Grímur, que llevaba el timón. El motor hacía mucho ruido y la conversación avanzaba entre silencios.

—Éste no es que sea el lugar más cómodo para dormir —comentó Kjartan una vez Högni se hubo acostado.

—Está cansado el hombre, y le gusta echarse un rato al ir en barco —respondió Grímur—. Estos días traen jornadas largas de trabajo si se quiere aprovechar la temporada, y Högni no está acostumbrado a las dificultades así de primeras. Es huésped de mi mujer Imba, y a cambio trabaja para mí en verano.

—¿Está soltero?

—Viudo, su mujer murió hace unos años. Duerme en la casa del colegio y come dos veces al día con nosotros.

El barco navegaba con suavidad y la travesía se desarrolló sin problemas. Grímur permanecía atento al rumbo porque por todas partes había escollos o bajíos.

Kjartan sentía la necesidad de mantener una conversación pero no sabía bien por dónde tirar. Contempló el golfo. Por todas partes se veían islas, grandes y pequeñas.

—Nunca había venido antes al fiordo de Breidafjörður —comentó, y luego añadió, por decir algo—: Debe de ser cierto eso que dicen de que es imposible contar todas las islas del fiordo.

Grímur sonrió y parecía dispuesto a participar en la charla.

—Sin duda no resultaría nada fácil contarlas todas con exactitud —respondió—, y antes de nada habría que decidir a qué llamamos «isla». Si, digamos, entendemos por isla una tierra a la que la corriente del mar no alcanza a cubrir por completo cuando sube la marea y con alguna vegetación encima, entonces podríamos fijar un número concreto. Aunque aun así se han llegado a contar tres mil islas en todo el fiordo. Y además, están los escollos sin vegetación que nadie ha podido contar de un modo coherente, por lo que sí que se podría decir que son innumerables.

Kjartan asintió con la cabeza e intentó mostrarse interesado.

Grímur le señaló una isla alta que emergía de las aguas:

—Allí está Hergilsey, que acaba de quedarse deshabitada. Lleva ese nombre por Hergils Hnappress. ¿Has leído la Saga de Gísli?

—Sí, pero hace mucho —respondió Kjartan.

—El hijo de Hergils era Ingjald, el granjero de Hergilsey. Tuvo a Gísli Súrsson

escondido cuando éste fue declarado proscrito, como todo el mundo sabe. Cuando Börk el Corpachón se disponía a matar a Ingjald por haber protegido a aquel inculpado, Ingjald le habló así —Grímur inspiró profundamente, cambió la voz y declamó—: «Mis ropas son malas, así pues, poco me preocupa el no poder vestirlas en adelante».

Grímur mostró entonces una amplia sonrisa y añadió:

—Los habitantes del Breidafjörður no tenían por costumbre quejarse por minucias.

Kjartan volvió a asentir con la cabeza y trató de sonreír.

Grímur continuó señalándole islas, nombrándolas y contándole su historia. Al oeste, el escollo de Oddbjarnarsker, una buena estación pesquera donde la gente pobre acudía para proveerse en tiempos duros. Luego Skeley, Langey, Feigsey y Sírey. Cada topónimo tenía su historia.

Högni se despertó de su siesta, se acercó a ellos y contribuyó a los relatos. Cuando empezó a vislumbrarse Flatey, dijo:

—Más o menos por Navidad, poco antes del cambio de siglo, un barco se dirigía a tierra con una carga de madera para vender en la isla como leña para el fuego. Había seis hombres a bordo, pero fueron a dar con una tormenta y perdieron el rumbo. Al final llegaron a Feigsey, pero el barco estaba destrozado —Högni le señaló a Kjartan la isla de Feigsey y continuó—: Allí acabaron los hombres días y días muertos de frío y de hambre, pero por el día, mientras había luz, podían ver a la gente que iba de una casa a otra en Flatey. Al final escucharon sus gritos y fueron a buscarlos. Todos sobrevivieron al siniestro, lo que pareció una gran noticia, ya que no tenían nada que llevarse a la boca, exceptuando un poco de mantequilla.

Y Högni siguió contando historias:

—Unas cuantas décadas antes de eso, naufragó un barco mercante extranjero aquí en el fiordo. Transportaba postes de teléfono y barriles de lubricante de motor. Pudieron salvar a la gente y parte de la mercancía fue a varar a la ribera. Los isleños pensaron que eso que tomaron por mantequilla extranjera sabía mal, pero vaya si no duró.

Grímur soltó una sonora carcajada por la historia a pesar de que con toda certeza ya la había oído antes e incluso podría haber sido uno de los que probaron aquel lubricante de máquinas.

El tiempo pasaba volando mientras charlaban y enseguida llegaron a su destino.

En cuanto se acercaron, a Kjartan le sorprendió lo numerosas que eran las casas en Flatey. Primero pudieron ver la iglesia, trémula entre los espejismos de la luz, ya que se alzaba en la parte superior de la isla, pintada de blanco y con el tejado rojo. Luego el lugar poco a poco empezó a cobrar forma. Los rayos del sol iluminaban las paredes coloridas de las casas y por todas partes se veían coladas secándose en los

tendales.

Grímur aminoró el ritmo cuando pasaron junto a un pequeño islote con altos peñascos atestados de aves, cubiertos con capas de guano blanco por la parte norte, pero con una bahía bien amparada que daba a Flatey por el lado sur. El estrecho entre las islas no superaba los cien metros de ancho.

—A ésta la llamamos Hafnarey —anunció Grímur—. Según los geólogos, se trata de un antiguo cráter.

Tuvo que alzar la voz porque ahora el alboroto de las aves se había sumado al ruido del motor.

Entraron lentamente por el estrecho de Hafnarey y se acercaron a un muelle de cemento, pequeño y destartado, que se adentraba en el mar, al pie del pueblo. Unos cuantos niños los observaban con interés.

—Éste es el muelle de Eyjólfur. El nuevo está junto a la planta de pescado, en la punta meridional de la isla —dijo Grímur. Conducía el barco en dirección a una boya que flotaba en el estrecho y la enganchó usando un palo corto con un gancho al pasar junto a ella. Högni la amarró en popa y luego se fue a proa para estar preparado cuando el barco atracase. Kjartan permanecía sentado en la bancada junto a la caja y tenía ganas de ayudar, pero parecía que la tripulación se las apañaba bien y él obviamente no habría sido más que un estorbo. Högni saltó con la amarra a las escaleras de cemento que había en la parte exterior del muelle y amarró el barco mientras Kjartan y Grímur desembarcaban. Luego soltó el calabrote y dejó que la boya de anclaje volviese a apartar el barco del atracadero.

Högni cantó las cuarenta a los niños mientras aseguraba el nudo:

—Os prohíbo terminantemente subir al barco —y luego añadió para enfatizar—: ¡El alcalde Grímur os meterá en esa caja como no obedecáis!

Los niños retrocedieron un poco ante aquellas amenazas y se juntaron para cuchichear algo. Un hombre adulto bajo y robusto, vestido de oscuro con ropa de domingo, sombrero negro y un bastón plateado en la mano, se abrió camino entre el grupo de niños y saludó a Kjartan.

—Thormódur el Corneja, artesano del plumón y sacristán —se presentó a sí mismo en voz alta, mientras se alzaba de puntillas meciéndose hacia delante y hacia atrás.

—Yo soy Kjartan..., el representante del gobernador —dijo el recién llegado, vacilante.

Thormódur el Corneja se inclinó profundamente:

—Bienvenido a la pedanía de Flatey, estimado señor y autoridad. La ocasión indudablemente no es la más afortunada, pero los isleños siempre recibimos ufanos las visitas de la excelentísima diputación provincial.

—Se lo agradezco —respondió Kjartan patidifuso, reparando en una medalla

deslucida que colgaba en la solapa de la chaqueta del sacristán de una raída cinta azul.

Thormódur el Corneja continuó su discurso, aunque ahora bajando bastante la voz:

—Obviamente, las puertas de la iglesia estarán abiertas cuando vuelvan ustedes con el difunto. Yo traeré una carreta para el féretro una vez estén en el muelle. Nuestro reverendo se ocupará de los ritos pertinentes.

—Sí... gracias —dijo Kjartan.

Él no había pensado aún en esta parte del asunto. El gobernador tan sólo le había encargado ir a recoger el cadáver a la isla, embarcarlo camino de Reikiavik en el barco postal y redactar un informe. Con eso debería concluir su trabajo.

—Pero ¿no sería posible conseguir un coche? —le preguntó al alcalde.

—En tal caso sólo podría ser la camioneta de la planta de pescado, pero esta primavera todavía no se ha puesto en marcha. La carreta del Corneja es más que suficiente —contestó Grímur.

El sacristán se puso de puntillas y dijo:

—Sí, mi carreta siempre se usa para los funerales aquí en la iglesia de Flatey.

—No hay problema, entonces —dijo Kjartan—. Muchas gracias por pensar en ello.

Grímur se movía con impaciencia:

—Imba, mi mujer, tiene la comida lista. No la hagamos esperar.

Se pusieron en marcha atravesando el lugar con Thormódur el Corneja a la cabeza. Llevaba el bastón al hombro igual que un rifle y balanceaba el otro brazo al ritmo de una marcha militar. En algunas casas las mujeres se ocupaban de sus quehaceres en los tendales y miraban curiosas cuando veían pasar a estos hombres. Thormódur el Corneja le describió a Kjartan en voz alta lo más insigne del lugar, señalando con la mano que tenía libre:

—Allí está el almacén y allí la central telefónica y allí la tienda de la cooperativa —recitó—, y aquí la casa de nuestro bendito sacerdote, mi querido reverendo Hannes, y allí está el hijo de Gudjón estirando pieles de foca.

Pasaron por delante de un almacén en cuyo hastial habían colgado tres pieles con la parte del pelo contra la pared, y un joven estaba clavando una cuarta.

—Y ahí están la bahía de Vogur y el rompeolas que se construyó pagándolo en plata —Thormódur el Corneja señaló un largo muro de mampostería de piedras que cerraba aquella bahía poco profunda. Un perro negro con la cola enroscada se unió a su marcha y, por su parte, unas cuantas gallinas de diferentes colores se apartaban del camino cacareando—. Y allí arriba están nuestra iglesia y el cementerio y allá, detrás de la iglesia, se halla la biblioteca más antigua del país. No es que sea en sí muy grande, pero en ella se encuentran valiosas rarezas de diversa índole, si se sabe

buscar. Sin ir más lejos, una perfecta réplica del Libro de Flatey, el códice más famoso de la historia nórdica, el *Codex Flateyensis*, impreso y encuadernado en Copenhague de la mano de Munksgaard, trasladado a esta biblioteca con motivo del centésimo aniversario de la Asociación Progresista de la pedanía de Flatey.

La casa del alcalde estaba pintada de blanco, tenía el tejado verde, y se alzaba al borde de una pendiente en la parte superior del pueblo. Un cartel encima de la puerta rezaba BAKKI con letras grandes y negras. Thormódur el Corneja siguió a sus compañeros hasta la puerta de la casa y una vez allí se quitó el sombrero y se despidió con un apretón de manos.

—Estaré a su disposición en cuanto regresen —dijo al final elevándose de puntillas. Luego se giró y se marchó con andar solemne camino abajo hasta el pueblo.

Kjartan se quedó mirándolo.

—¿El sacristán va siempre así vestido? —le preguntó a Grímur.

—No. Tan sólo los días de misa y cuando hay que recibir a alguna autoridad —respondió el alcalde.

—Entonces me considera una autoridad, porque difícilmente va a haber misa hoy —dedujo Kjartan con embarazo.

Grímur se rio.

—Sí, amigo. El Corneja muestra mucho respeto a cualquier tipo de gobierno y especialmente a la Diputación.

—¿Qué simboliza la medalla que lleva en la solapa?

—Es una medalla honorífica de la fiesta del Althingi de 1930<sup>[1]</sup>. El querido Corneja fue el encargado de ponerle el plumón al edredón del rey —contestó Grímur.

—La verdad —añadió Högni—, el hombre se lo merece, trabaja el plumón de ánade casi mejor que nadie.

La señora de la casa los recibió y los hizo pasar al salón, donde había preparada una pequeña mesa para los tres.

—Me llamo Ingibjörg. Espero que te encuentres cómodo aquí con nosotros —respondió cuando Kjartan la saludó y se presentó. Era regordeta, con una marcada mancha de nacimiento en la mejilla derecha; vestía el traje tradicional y un delantal a rayas.

—Al señor representante le apetecerá sin duda foca recién cazada, ¿verdad? —preguntó Grímur tan pronto como hubo tomado asiento.

Kjartan miró lleno de dudas unos cuantos trozos de carne negros y grasientos en una bandeja aún humeante.

—Sí, quizá un poco —respondió al final.

Högni también se sentó; al parecer nadie esperaba que la mujer los acompañase a la mesa. Ella colocó los vasos y una jarra de agua.

—Durante la temporada de caza nos atiborramos de carne de cría de foca —dijo

Grímur, y pescó un buen pedazo—. Y también algunas patatas para acompañar, si hay.

Kjartan cortó una pequeña porción de uno de los trozos y lo puso en su plato. Luego alargó el brazo para coger una patata.

La señora volvió a entrar con un cazo pequeño que todavía estaba hirviendo.

—Aquí llega el sebo de oveja derretido. Está riquísimo si se lo echas por encima —explicó Grímur.

Kjartan probó un poco de carne, pero luego se comió la patata. Högni lo miraba curioso y comentó con la boca llena:

—Una vez conocí a un hombre que no comía foca, y tampoco comía cormorán, pero lo extraño es que comía gallinas y le parecían buenas.

Högni se volvió de nuevo hacia la comida; se las arreglaba bien para meter el tenedor en la boca de modo que nada fuese a parar a su honorable bigote.

La señora observaba el almuerzo desde la puerta de la cocina.

—¿No te gusta, muchacho? —preguntó atentamente cuando vio que Kjartan no mostraba intención alguna de comer más.

—No tengo demasiada hambre después de la travesía en barco —respondió, y dio un sorbo de agua pero le pareció que tenía un sabor extraño.

—Ay, querido, ¿en qué estaría yo pensando? Voy a ver si encuentro algo que te vaya mejor al estómago por el mareo —desapareció en la cocina.

Grímur señaló fuera a través de la ventana oeste del salón.

—Allá, en la zona más apartada de la isla, está la casa del médico. De hecho, es una mujer y se llama Jóhanna. Vive allí con su padre, un anciano postrado en cama pero muy sabio. Lo cierto es que al pobre hombre se lo está comiendo el cáncer. Algunos dicen que ha venido hasta aquí para morir. Podría haber encontrado sitios peores. Quiero decir, aquí el cielo queda más cerca. Y nuestra Jóhanna vive un poco, digamos, apartada, pero es una doctora excelente. Más allá de su casa está la nueva planta de pescado. No se ve desde aquí. Luego está Ystakot, que sin duda es la última casa de turba que queda en esta isla. Allí viven el padre, el hijo y el abuelo que encontraron el cadáver. No tienen animales ni cultivos excepto la huerta de patatas, pero viven de Ketilsey y los islotes de alrededor. Apenas se las apañan para ir tirando, tienen que recorrer un buen trecho para llegar y la recogida de huevos no da para mucho. Pero allí también pueden cazar alguna que otra foca y hay frailecillos. Además, se dedican algo a la pesca de sedal y trabajan en la nueva planta de pescado cuando hay tajo.

Por un breve momento los isleños se concentraron en lo que había sobre la mesa y volvió a aparecer Ingibjörg con un plato de sopa que colocó frente a Kjartan.

—Aquí tienes lo que sobró de la sopa de cordero de ayer. Espero que sea más de tu agrado.

Kjartan la probó y le gustó más esta comida que la carne de foca.

Grímur tomó de nuevo la palabra:

—Ahora mismo en la isla viven sesenta personas escasas, y cada vez hay menos. En su mayoría, ancianos. ¿Cuántos niños tenías en la escuela este invierno, Högni?

Kjartan intuyó que el alcalde sabía exactamente cuántos muchachos había en la escuela y cómo se llamaba cada uno de ellos, y, por supuesto, sabía más de sus vidas de lo que sabían los propios niños. La pregunta no buscaba sino aumentar la participación del profesor en la charla.

—Quince, pero muchos de ellos eran de las islas interiores —respondió Högni meticulosamente.

Grímur continuó:

—Luego se marchan en cuanto pueden. Hay poco que hacer aquí para la gente joven tal y como están las cosas en estos momentos. La pesca es tan escasa que la planta nunca ha podido ponerse de nuevo en marcha como Dios manda. En los últimos dieciocho años, diecisiete islas del fiordo se han quedado desiertas, y ahora tan sólo hay ocho habitadas.

—¿Y eso por qué? —preguntó Kjartan.

—Simplemente porque la tierra de las islas necesita mucha gente si se quieren aprovechar bien los recursos que ofrece. Y la gente joven ya no se contenta con ganarse el pan trabajando para algún terrateniente. Quieren recibir su sueldo en dinero y tener una pequeña casa. Pero antes o después los habitantes de este país han de aprender a valorar las islas. Con la nueva maquinaria y barcos más potentes se puede vivir muy bien en muchas tierras de las islas del oeste, y eso se notará en las nuevas generaciones. Se levantará un internado perfecto en Flatey para los niños. Se construirán casas en las islas y las familias trabajarán juntas aprovechando los recursos. En este país, unas tierras que pueden dar hasta setenta pieles de foquilla en verano siempre se podrán considerar un rico lugar donde vivir. Con toda seguridad se podrá probar que las aves de plumón, las focas y otros animales salvajes pueden atraer asentamientos si se trabaja en ello. Los granjeros pueden criar cerdos, cultivar huertas y producir pieles. Todos los hogares contarán con barcos buenos y seguros. Habrá un helicóptero a disposición de Flatey por si los hielos impiden la navegación en invierno. Se levantará un hostel para los turistas. Florecerá el comercio y la cooperativa se hará más fuerte. La producción se exportará al extranjero; la ropa de lana se comercializará cara en los países fríos; se venderá la carne a las naciones con hambre, también el pescado. Aquí habrá futuro para granjeros jóvenes dentro de unos pocos años. La nación no puede permitirse dejar que tierras tan ricas se queden baldías, amigo mío.

Grímur miró su plato e hizo una mueca.

—Lo peor de la carne de foca es que la salsa de sebo se cuaja cuando uno pierde

el tiempo parlotando —dijo levantándose—. Aunque no hay más que meter el plato en el horno y darle un poco de calor —salió de la sala con el plato en las manos.

Högni estaba lleno y miraba a Kjartan con curiosidad.

—¿De dónde es tu familia? —preguntó.

—Pues es toda de Reikiavik, del barrio este —respondió Kjartan humildemente.

—¿Por ambos lados?

—Sí, soy reikiavicense tanto de padre como de madre.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y dos.

—Entonces ¿te metiste tarde a estudiar Derecho?

—Sí.

—¿Y por qué esperaste? ¿Quizá falta de dinero?

—Podría decirse que sí.

—¿Trabajaste para pagarte los estudios antes de comenzar?

—Podría decirse que sí.

—¿Y en qué trabajabas?

Kjartan dudó en responder, y entonces volvió a entrar Grímur con su plato y la grasa hirviendo sobre el pedazo de carne.

—Esto es una golosina —exclamó mientras masticaba ruidosamente—. ¿No le sienta bien la sopa a tu estómago? —le preguntó a Kjartan.

—Sí, sí, gracias.

—Muy bien. Luego puedes hospedarte aquí en la buhardilla con nosotros hasta que hayamos concluido el asunto. Mi Imba se va a ocupar bien de que no te quedes en los huesos.

*»Esta compilación de relatos y sagas era de hecho la característica de la cultura literaria islandesa en el siglo XIV. El objetivo era recoger en un mismo libro material relacionado de diversa procedencia, clasificarlo y reunir sagas sobre un mismo rey, de modo que con ello se crease una narración detallada con un orden en cierta medida cronológico, aunque el estilo podía ser bastante variable. El propósito era recopilar la mayor cantidad de material posible, más que crear una unidad organizada. Por ende se podría afirmar que el Libro de Flatey es un tanto caótico si lo comparamos con la compilación de Sagas de Reyes que realizó Snorri Sturluson en la Heimskringla, que aborda una temática similar. Pero gracias a esta obsesión por las recopilaciones, en el Libro de Flatey se ha conservado gran cantidad de material que no se halla en ningún otro manuscrito, innumerables relatos y artículos breves. Después de la Saga de Olaf Tryggvason vienen la Saga de Olaf el Santo, la Saga de Sverre Sigurdsson, la Saga de Haakon el Viejo y muchas más. Como colofón del código están los*

*Anales, que abarcan desde la creación del mundo hasta el día en que la historia fue puesta por escrito...*

En casa del alcalde de Flatey habían terminado de comer e Ingibjörg, la señora de la casa, colocó una jarra de café en la mesa. Los isleños se sirvieron un café hirviendo en los vasos de agua vacíos y luego se tomaron unos tiros de tabaco de esnifar. Kjartan también se sirvió en su vaso, pero rechazó los terrones de azúcar y la leche que Ingibjörg le ofrecía. Los hombres sorbían café, suspiraban y eructaban.

—Una vez conocí a un tipo que decía que el café era un regalo de Dios al hombre para compensarlo por la larga jornada de trabajo —dijo Högni—. Por mi parte, siempre me ha parecido innecesario que Dios Todopoderoso quiera resarcir al hombre por poder ganarse el pan. Pero el café es reconstituyente y doy gracias al Señor por ello.

Kjartan asintió con la cabeza.

—Ahora uno ya empieza a sentirse preparado para lo que quiera venir —dijo Grímur dándose unas palmaditas en la panza, y acto seguido remató el café del vaso—. Los fantasmas y los difuntos evitan vérselas con quien tiene la barriga llena —añadió.

Högni se rio.

—A esto lo llamamos «la filosofía del alcalde», y todavía está completamente por comprobar.

Luego salieron de la casa y los hombres fueron en busca de dos palas a las cuadras de Grímur. Kjartan les preguntó para qué.

—Uno no va a recoger un cadáver de todo un invierno con las manos desnudas. No al menos justo después del almuerzo —contestó Grímur mientras le limpiaba los restos de bosta a la hoja de la pala con una mata de hierba que había arrancado junto a la pared de la cuadra.

Kjartan siguió a aquellos dos hombres que iban con las palas al hombro, bajando el pueblo hasta el muelle. Högni volvió a arrastrar el barco a la vera del embarcadero y subieron los tres a bordo. Grímur soltó el anclaje, puso el motor en marcha y partieron rumbo oeste hacia la isla.

El alcalde le señaló a Kjartan el faro de Flatey, que se erigía en un escollo no muy lejos, y pronto apareció la cabaña de Ystakot en la parte más occidental, medio escarbada en la pendiente, justo por encima de la línea del mar. Recientemente habían removido el suelo de una pequeña parcela cercada y podían apreciarse unos cuantos lechos bien arreglados de tierra marrón oscuro. Un niño pequeño los observaba sentado sobre una piedra de la orilla.

—Ése es el pequeño Nonni —dijo Grímur—. Es tan raro como su padre y su

abuelo. Estaba contigo este invierno en la escuela, ¿no es cierto, Högni?

—Sí, sí, y se le da bien aprender al muchacho, pero sólo puede ocuparse de una asignatura cada vez. Era capaz de ponerse a cavilar en una página sobre botánica durante días y no se le podía venir con ninguna otra cosa. Luego, a la semana siguiente, le daba por la astronomía. No obstante, lee muy bien y también se le da bien el cálculo.

Högni miró hacia tierra y después continuó:

—Valdi de Ystakot, el padre del pequeño Nonni, también es un perro verde. Siempre garabateando datos que no sirven para nada en un bloc. Descripciones del tiempo o quiénes vienen o van con el barco del correo, quiénes fueron a misa y quiénes no. Y creo que el anciano, Jón Ferdinand, está volviendo de nuevo a la infancia. Además, oye muy mal. La mujer de Valdi, Thora, ya los ha dado por imposibles. Trabaja cocinando para un grupo de obreros de carreteras en Islandia y nunca viene a casa. Se limita a enviarles dinero para que le compren leche al pequeño Nonni y alguna que otra prenda de ropa.

Kjartan vio que el niño se llevaba algo brillante a los ojos y que observaba el barco, hasta que de repente se puso de pie y echó a correr hasta desaparecer en la cabaña.

Luego aparecieron el muelle nuevo y la planta de pescado. Allí había tres lanchas motoras abiertas y un barco más grande con cabina de mando. El barco más pequeño era negro y los otros estaban pintados de blanco.

—Los hombres de las lanchas no han pescado mucho últimamente —comentó Grímur—. Al parecer no han tenido ganas de salir esta mañana.

—No tenían para gasolina —dijo Högni—. ¿No será que la cooperativa ya no les da más crédito?

—Entonces tendrían que salir a vela —repuso Grímur—. Todavía saben hacerlo, los del clan de Ystakot. Pueden alzar un mástil en el barco e izar velas si es que no tienen gasolina para el motor. Su barco es ese negro de ahí. Se llama *Cuervo*.

—Sí, éstos saben navegar —dijo Högni—. El viejo Jón Ferdinand era uno de los capitanes más fiables del Breidafjörður, antaño, en sus buenos tiempos. Pocos tripulaban un barco a vela mejor que él. Este hombre, con buen viento, podía hacer que el barco fuese rebotando sobre las olas igual que al lanzar una piedra. Una vez lo enviaron en un remero grande a recoger a unos trabajadores al cabo de Króksfjardarnes. En el camino de vuelta, las velas cogieron un viento rápido del sudeste y llegó a Flatey en sólo cuatro horas. También tenía la corriente marina a su favor, aunque creo que habrá pocos que hayan podido repetirlo.

Enseguida habían sobrepasado los escollos más externos de Flatey y tomaron rumbo al sur, hacia un pequeño archipiélago que apenas se podía divisar en la distancia.

Kjartan estaba tenso por la llegada a su destino. Había visto con anterioridad a una persona muerta, pero el recuerdo le resultaba desagradable. La tarea que los esperaba probablemente fuese incluso más tétrica. No obstante, intentó mostrarse interesado cuando Grímur comenzó a señalarle las referencias de la ruta, las islas, escollos y montañas en la lejanía. Los islotes Svefneyjar a babor y el monte Klofningur en tierra firme a proa.

Conforme se acercaban a Ketilsey, un gavión atlántico alzó el vuelo, gorjeando. Las olas rompían contra los acantilados y las focas se sumergían en el mar.

—Esto es un acuerdo que tienen —comentó Grímur—. El gavión hace de vigilante para las focas mientras éstas duermen en las rocas. A cambio, se lleva un buen pedazo cuando las focas consiguen caza. Lo que más le gusta es el hígado.

*»Cuando estas antiquísimas historias fueron escritas sobre pergamino, no eran más que una versión de entre muchas otras. Antes habían vivido en la tradición oral y en otros manuscritos más antiguos. Cada generación las transmitió a su manera. Cuando yo era niña, mi padre me contó sagas de este código como si fuesen relatos de aventuras. Luego yo también me he acostumbrado a contar mis favoritas a mi manera...*

Ketilsey no era una isla grande pero aun así no resultó fácil encontrar el cadáver. Habían recorrido toda la orilla, rodeando la isla, y luego se desplazaron un poco más arriba. El alcalde y el profesor ya estaban aburridos de la búsqueda.

—Deberíamos haber traído a Valdi con nosotros para que nos llevase al lugar —dijo Högni.

Grímur tenía sus dudas.

—Entonces tendría que haber venido también el anciano, y probablemente incluso el niño. Por lo general, son inseparables.

Se quitó la gorra y se enjugó el sudor de la frente con el pañuelo rojo del rapé.

—¿Y el tipo no dijo nada sobre dónde debíamos mirar? —preguntó Kjartan.

—Nada, maldita sea. Yo pensaba simplemente que el muerto estaría aquí en la orilla y nada más atracar podríamos encontrarlo guiándonos por el olor —contestó Grímur.

—¿Y no habrá vuelto a parar al mar de nuevo? —preguntó Kjartan.

Grímur negó con la cabeza.

—No, ahora hay poca corriente y las olas apenas se han levantado desde que los hombres estuvieron aquí.

Högni miró con el ceño fruncido a algunos gaviones que volaban sobre ellos.

—¿No será que este carajo de gaviotas ya habrá acabado con él? —dijo.

Kjartan casi se había rendido cuando tropezó con el cadáver al pasar entre unos peñascos. El abrigo verde tenía un color parecido a la hierba, y el gorro se le había caído de la cabeza, de modo que se podía ver el rostro desnudo de la calavera. Los pantalones y los zapatos cubrían la parte inferior del cuerpo. El olor a putrefacción flotaba en el aire y un enjambre de moscas revoloteaba encima.

—Está aquí —gritó Kjartan con una voz que no reconoció como propia.

Los hombres corrieron hacia él. El alcalde llegó primero.

—«No es que esperara que oliese a perfume», dijo Grettir el Fuerte en el túmulo —enunció Grímur entre toses.

—Así que al final estaba aquí —dijo Högni sorprendido ante la escena—. Tiene que haber habido un oleaje de mil demonios este invierno si el mar ha arrastrado a este desgraciado hasta aquí arriba.

—En absoluto —comentó Grímur—. Las aguas no llegan hasta aquí arriba. La madera y las algas varadas más próximas están treinta brazas más abajo.

Högni se sorprendió.

—Puede ser que... —no dijo más.

Grímur miró en derredor.

—Sí, debía de quedarle algo de vida cuando vino a parar a la isla.

Se quedó observando al hombre por un momento y luego se puso a dar vueltas mirando a su alrededor.

—Mirad —gritó. Högni y Kjartan volvieron la vista hacia donde señalaba.

Había una peña que sobresalía, y encima de ella, unos cuantos maderos ordenados en diagonal junto al acantilado. Luego habían amontonado piedras y algas sobre los maderos formando así un pequeño refugio. Había espacio para que una persona se colase dentro y pudiese cobijarse con un amparo decente.

—Es probable que esto lo construyese este hombre después de haber venido a parar aquí. Los de Ystakot nunca habrían hecho semejante chapuza.

—¿No había modo de que se hiciese notar? —preguntó Kjartan. Le resultaba muy perturbador pensar que aquel hombre se hubiese quedado allí durante algún tiempo, quizá en pleno invierno.

Grímur respondió:

—No, le habría resultado difícil si no tenía modo de hacer fuego. Las rutas de navegación discurren mucho más al oeste y hay una gran distancia hasta las poblaciones más próximas. Aquí nunca se pesca, así que una vez que los de Ystakot han limpiado el plumón de los nidos abandonados, ya no viene nadie más hasta el año siguiente, cuando regresan para ocuparse de las focas. Más allá de eso, no hay nada que hacer aquí.

—Entonces, ¿se ha muerto de hambre? —preguntó Kjartan.

—Sí, y de frío. No habría logrado mantener el calor sin tener nada de fuego. Especialmente si vino a parar aquí todo empapado por el mar.

—¿Cómo demonios fue capaz de llegar hasta tan lejos? —preguntó Högni—. No hay ninguna embarcación a la vista con la que pudiera haber venido. Tampoco hay ninguna ruta que acostumbre a pasar por aquí de modo que pudiera haber caído por la borda de algún barco.

—Probablemente haya venido en un barco y después lo haya perdido —respondió Grímur—. Algo así ya ha pasado antes.

—Si se hubiese perdido a alguien aquí en el fiordo, se habría sabido, y también el barco en el que iba —dijo Högni.

—A no ser que venga de más lejos —replicó Grímur.

—Tanto da. Lo habrían echado en falta —repuso Högni decididamente.

—Hubo algún percance marítimo aquí este invierno mucho más al oeste. Desaparecieron algunas personas. A lo mejor alguno de ellos consiguió meterse en un bote salvavidas, se vio arrastrado hacia el interior del fiordo y varó aquí.

—¿Y el barco?

—Podría haberlo perdido de nuevo.

—No —Högni no estaba de acuerdo. Se agachó inclinándose sobre el cadáver y se fijó en la ropa—. Éste no es un marinero. Fíjate en los zapatos. Son más bien botas de montaña como las que llevan los turistas, son de cuero.

—Bueno —dijo Grímur—. Hay que investigarlo mejor. Metámoslo en la caja y démonos prisa en regresar a Flatey.

Fueron a buscar el féretro y lo colocaron justo al lado del cuerpo. Acto seguido, Grímur y Högni empujaron el cuerpo en su interior con las palas mientras Kjartan sujetaba la caja. Luego la giraron de modo que quedó derecha y el cuerpo se volcó boca abajo. La mancha de hierba que apareció bajo el cadáver estaba amarilla y muerta, había además larvas de mosca que se retorcían entre las briznas.

—¿No tendríamos que ponerlo boca arriba en la caja? —preguntó Kjartan.

—No —respondió Grímur—. No creo que le vaya a importar mucho estar tumbado así para un viaje tan corto.

Sacó un vaso del bolsillo, desenroscó la tapa y lo tiró dentro del féretro.

—Me lo ha dado la doctora —dijo—. Es contra esta peste y de paso mata las larvas y los mosquitos.

Atornillaron bien la caja, cuya tapa tenía bordes forrados de goma y era prácticamente hermética.

Peinaron concienzudamente la isla buscando signos de la estancia de aquel hombre. En una parcela de hierba hallaron piedras sueltas que alguien había colocado de modo que formaban sin lugar a dudas las siglas SOS, cada letra de más o menos tres metros de altura. Junto al albergue encontraron un termo de plástico abierto con un resto de agua y algunas conchas rotas. De todos modos, no había nada dentro del refugio. Revisaron todos los peñascos donde el hombre pudiera haber dado con alguna superficie plana en la que grabar algún dato, pero no encontraron ninguna marca que pudiese haber sido hecha por mano humana. Sobre una roca plana había colocadas muchas piedras pequeñas que parecían formar letras, sólo que las fuerzas de la naturaleza las habían movido. No obstante, Kjartan hizo un dibujo en el bloc, con tanta precisión como fue capaz. Movié entonces dos piedras donde el trazado parecía más entero e intentó formar una palabra.

## DESTINO

Grímur y Högni lo observaban con atención.

—¿«Destino»? ¿Esto os dice algo? —preguntó Kjartan.

—No —respondió Högni—. Pero hay un toro semental en Hvallátrar al que dieron ese nombre cuando de joven se quedó atrapado en un escollo con la subida de la marea y tuvo que ponerse a nadar para salvar la vida; había un buen trecho hasta tierra firme y probablemente no habría sobrevivido de no ser porque el destino quiso que pasara por allí gente de Skáleyjar que iba camino de un espectáculo de danza en

Flatey. Primero pensaron que se trataba de una foca, pero entonces el animal estiró las orejas. Nunca antes se habían visto en Breidafjörður focas con orejas, así que enseguida subieron al toro a bordo. Pudo ir con ellos hasta Flatey y allí lo tuvieron en la cuadra hasta que se recuperó de aquellas fatigas.

Grímur y Högni fueron a buscar el féretro y lo subieron a bordo. Luego se pusieron en marcha rumbo a Flatey.

—¿Ha sucedido algo así alguna otra vez aquí en las islas? —preguntó Kjartan mientras Högni amarraba la caja a la bancada.

—Haber hay historias de gente a la que se encontró muerta de frío en las islas mucho después de haberla dado por perdida en un naufragio —respondió Högni—. Pero en esas ocasiones se sabía que faltaban el barco y sus tripulantes. Sin embargo, este hombre ha estado en esta isla sin que nadie tuviese la más mínima idea de que algo no iba como debería. Yo nunca he oído nada parecido por el fiordo.

Aunque la caja estuviese cuidadosamente cerrada, Kjartan pudo notar el olor del cadáver todo el camino de vuelta. Se sentía verdaderamente mareado a pesar del levísimo oleaje y no paró de vomitar por la borda. Los isleños por su parte esnifaban tabaco con una profusión poco habitual.

*»En las últimas décadas del siglo XIV hubo un granjero rico en Víðidalstunga, en la provincia de Húnavatn, un hombre llamado Jón Haakonarson. Hoy día sabemos muy poco de este granjero y sin duda habría sido completamente olvidado de no haber tenido la idea de realizar este códice regio que mucho más tarde recibió el nombre de Libro de Flatey. La transcripción del manuscrito llevó muchos años, si bien finalizó en su mayor parte en 1387. En los años posteriores se añadieron algunas secciones, pero los Anales del final terminan en 1394...*

*»Resulta imposible determinar qué llevó al granjero Jón Haakonarson a mandar que se escribieran estas sagas, pero podría ser que este manuscrito hubiese sido pensado como regalo para algún joven que por aquellos días tuviese que jurar el trono del Reino de Noruega y fuese tocayo de aquellos dos grandes reyes que mucho antes se habían llamado Olaf. Se trataba del tercer monarca noruego con tal nombre y por lo tanto era evidente que se esperaba mucho de él. El códice también se consideraba un verdadero tesoro y habría encontrado un puesto honorable en la corte. Pero este Olaf murió o desapareció en Dinamarca aproximadamente en las mismas fechas en que el libro estaba siendo rematado, y con él murió el trono noruego de Harald el de la Hermosa Cabellera. La madre de Olaf, Margarita I de Dinamarca, tomó el poder y reinó hasta 1412...*

Eran ya casi las siete de la tarde cuando Grímur guio el barco hacia el muelle de Eyjólfur en la isla de Flatey. Al borde se encontraba Thormóður el Corneja, con el sombrero en las manos y un carro de madera con ruedas grandes a su lado. Cerca de él estaba el sacerdote, vestido de sotana y sujetando el libro de salmos, pero por lo demás no se veía un alma. El grupo de chiquillos que había llamado tanto la atención antes aquel mismo día no parecía hallarse por ninguna parte cercana y en las ventanas no asomaba ningún rostro curioso. La aldea se mostraba desierta.

Kjartan estaba estupefacto.

—¿Dónde se ha metido todo el mundo? —le preguntó a Grímur—. ¿Cenan todos a la misma hora en este pueblo o qué?

Grímur le echó un vistazo al lugar.

—No, no suelen. A muchos les asusta un poco este tipo de sucesos. Por estas sendas la muerte no resulta muy atractiva, y la gente la rehúye.

—Entonces ¿se encierran? —preguntó Kjartan.

—Los adultos no se preocupan de seguir el traslado del cuerpo y no dejan que los niños salgan de casa, para evitar que hagan alguna idiotez impertinente —respondió el alcalde con seriedad.

Högni ató el barco al muelle y Grímur y Kjartan subieron los escalones con cuidado cargando el féretro y colocándolo luego en la carreta.

El sacerdote, que rondaba los setenta, tenía un aire meditabundo; era calvo, pero con patillas grises y largas y unas gafas redondeadas. Se inclinó hacia ellos y luego murmuró algo sobre la caja que Kjartan ni oyó bien ni entendió. Acto seguido le hizo un gesto a Thormóður el Corneja y éste se colocó el sombrero y puso en marcha la carreta. Grímur y Högni se situaron detrás y arrimaron el hombro. El sacerdote los siguió, y finalmente también Kjartan.

El camino ascendía en cuesta pero no fue un problema porque la carga era ligera. Thormóður el Corneja se veía bien fuerte y no le suponía un esfuerzo tirar del carro él solo. Los otros empujaban desde detrás, pero era casi como un gesto simbólico. Avanzaron a paso lento y solemne y las ruedas chirriaban en bajo, al ritmo de su marcha. No era un trecho largo, pero a Kjartan se le hizo eterno llegar al lugar acordado.

Thormóður el Corneja abrió las puertas de la iglesia con una llave grande y cargaron la caja hasta el interior. Había dos caballetes dispuestos en mitad del recinto para posar el féretro. Una vez terminaron, salieron de nuevo para respirar aire fresco.

De repente la aldea había cobrado vida. Los chiquillos corrían de una casa a otra.

Tres hombres charlaban al pie de la cuesta, echando un vistazo de cuando en cuando a la iglesia. Las mujeres recogían la ropa de los tendales. Un muchacho conducía tres vacas al final de la cuesta. La quietud se había esfumado por arte de magia.

—Le he pedido a la doctora Jóhanna que venga aquí a echarle un vistazo al cadáver —dijo Grímur—. Ella está más acostumbrada a estas cosas que nosotros... supongo.

El sacerdote se despidió.

—Recuerda cerrar con llave antes de marcharte, Corneja —dijo volviendo la vista atrás cuando ya se iba apresurado.

—El reverendo Hannes no quiere perder el apetito antes de la cena innecesariamente —comentó Grímur mirando al sacerdote.

—Una vez conocí a un hombre que fue hasta el islote de Oddbjarnarsker para recoger un cuerpo que el mar había devuelto a la orilla —dijo Högni—. Despedía tal peste que perdió las ganas de comer durante tres días y, sin embargo, seguía con hambre. Simplemente no era capaz de que nada le entrase. Luego le hicieron oler sales de amoníaco y se curó.

—¿Sabe la doctora que ya hemos llegado? —preguntó Kjartan.

—Todo el mundo sabe que ya hemos llegado —respondió Grímur—. Jóhanna debe de estar al caer.

—¿No es difícil para una mujer ocuparse de curar a la gente con lo complicado que resulta moverse de un lado a otro en las islas? —preguntó Kjartan.

Grímur se sonó la nariz antes de contestar:

—Por ahora no le ha supuesto un problema. Nadie ha contraído ninguna enfermedad repentina y por aquí no hay ninguna embarazada. Si alguien enferma de gravedad, por lo general se le envía a un hospital del sur. Más que nada tiene que lidiar con este demonio de reuma, hemorroides y dolores de muelas. Tiene manos fuertes y es rápida si hay que sacar un diente. También quiso que le enseñasen a manejar el barco a motor tan pronto como llegó a Flatey. Quería ser capaz de moverse ella misma de isla en isla, si el clima acompañaba, para visitar a sus pacientes sin tener que apartar a nadie de sus quehaceres.

Högni añadió:

—Por aquí no es nada nuevo que una mujer pilote un barco. Mi bisabuela, por ejemplo, era capitana en las mareas de primavera en Ólafsvík. De hecho, mi abuelo nació en las cabañas pesqueras, entre una salida y la siguiente.

*»Durante las décadas que precedieron a la transcripción del código, la Muerte Negra había explotado en Europa y la comunicación con Islandia había decaído de manera notoria. La lengua de los nórdicos estaba cambiando y probablemente estaban perdiendo la capacidad de entender los manuscritos que*

*antes les llegaban de Islandia. Las sagas se habían escrito en gran medida para ser exportadas, y por supuesto habían sido un valioso objeto de comercio mientras la lengua en Noruega y en Islandia seguía siendo la misma. Las tierras del norte eran un único mercado literario y la Heimskringla de Snorri probablemente fue un éxito de ventas en Noruega por aquel entonces, e igualmente más tarde, cuando se inventó la imprenta. El libro de reyes de Jón Haakonarson, por el contrario, emprendió su viaje demasiado tarde y permaneció en Islandia durante muchos siglos...*

Grímur acertó en su pronóstico: no tuvieron que esperar mucho para que una mujer vestida de oscuro apareciese al otro lado del cementerio, tomando el camino más corto entre las lápidas para llegar hasta ellos.

—La diligencia no necesita un camino muy ancho para pasar —dijo Grímur con un brillo de admiración en los ojos—. Jóhanna Thorvald nunca ha hecho esperar a nadie innecesariamente.

Jóhanna rondaba los treinta años, de piel pálida, con cabello largo y oscuro recogido en una coleta. Llevaba gafas y vestía unos pantalones vaqueros y un abrigo negro. En una de las manos tenía un pequeño maletín, y una bolsa de papel en la otra.

—Muchas gracias por venir, Jóhanna —dijo Grímur.

Ella se limitó a asentir con la cabeza y acto seguido preguntó:

—¿Qué queréis que haga?

Los tres hombres se miraron los unos a los otros. Finalmente fue Grímur quien tomó la palabra.

—A lo mejor podrías echarle un vistazo al hombre de la caja. Mirar si guarda algo en los bolsillos o si tiene alguna característica especial. Algo que pudiese darnos una pista sobre quién es.

—Puedo ocuparme de ello, pero uno de vosotros tendrá que tomar notas.

Grímur miró a Kjartan.

—¿No es ésa tu tarea?

—Pues sí, probablemente —contestó Kjartan.

Jóhanna sacó una bata fina de plástico de la bolsa de papel y se la puso por encima. Incluía un gorro que se caló en la cabeza. Finalmente cubrió con una máscara blanca nariz y boca y se enfundó unos guantes de goma.

—¿Preparado? —le preguntó a Kjartan.

—Sí.

—Entonces vamos a empezar.

Entraron en la iglesia. Kjartan se detuvo a más o menos cinco metros del féretro y sacó su bloc y la pluma. Jóhanna posó el maletín abierto en uno de los bancos y soltó los cierres de la caja.

En cuanto quitó la tapa salieron unas cuantas moscas, pero parecían no tener mucha energía y enseguida acabaron en el suelo. El líquido que Grímur había vertido en el interior había cumplido su cometido.

Jóhanna permaneció inmóvil durante un largo rato junto al féretro, en silencio, observando el contenido.

—A juzgar por la ropa, se trata de un varón —dijo finalmente.

—Sí, ya lo sabemos —comentó Kjartan.

Ella volvió la vista hacia él.

—Ahora mismo no importa lo que sepas. Limítate a anotar todo lo que digo. Éste va a ser mi informe como médico de la comarca.

Kjartan se sintió cohibido. No se había dado cuenta de que la investigación había comenzado.

Ella seguía mirándole.

—Me acuerdo de ti, del instituto de bachillerato —dijo al final.

Él se sorprendió y levantó la vista sobresaltado, pero no podía reconocer ninguna expresión detrás de la mascarilla. No llegaba a verle el rostro. Debía de ser un curso más joven que ella, aunque no llegó a preguntarle. Se miraron a los ojos durante un rato, pero luego la doctora volvió la vista a su tarea.

—*Corpus decompositum* —dijo.

—¿Perdón? —Kjartan no había entendido aquel latín.

—El cuerpo está descompuesto —aclaró ella luego.

«Eso es bastante evidente», pensó Kjartan, pero no dijo nada y escribió eso mismo en la hoja.

Jóhanna agarró con fuerza el abrigo y los pantalones y giró el cuerpo con un único movimiento enérgico. Algunas moscas más se despertaron con la agitación y salieron volando de la caja.

—No hay restos de piel o carne en el rostro, ni tampoco de ojos —dijo, y sacó un instrumento de su maletín que utilizó para forzar la mandíbula y abrirla—. Los dientes no están dañados pero sí gastados. Algunos dientes de oro. Probablemente un hombre que ya había sobrepasado la mediana edad, de una posición lo bastante acomodada como para poder pagarse un buen dentista.

Observó el cráneo bajo el gorro.

—Restos de cabello cano.

Se dirigió al otro extremo del féretro y miró el calzado.

—Calzado de montaña de buena calidad, de cuero. Falta el cordón del pie derecho —seguidamente estudió las manos—: Ningún anillo en los dedos.

Desabrochó el abrigo por el cuello y bajó la cremallera.

—Un buen abrigo con cremallera inoxidable. Parece ser de marca extranjera, color verde. En los bolsillos externos hay... —se puso a examinar uno de ellos, pero antes fue a buscar unas pinzas y una bolsita de papel en su maletín—, hay unas cuantas conchas, un mejillón, una pequeña estrella de mar, restos de... una lombriz de arena, por lo que parece.

Lo colocaba todo dentro de la bolsita tan pronto como lo iba sacando del bolsillo.

—El difunto probablemente se llevaría esto a la boca espoleado por el hambre.

Habrá que comprobarlo en la autopsia. Analizar si pudo tratarse de una intoxicaci3n por marisco.

Examin3 el abrigo por dentro.

—No hay bolsillos interiores en la parka. Lleva una chaqueta marr3n de lana bajo el abrigo. No hay ninguna marca visible en la chaqueta. Bolsillos a los lados. Un monedero de cuero en el bolsillo derecho —extrajo el monedero con las pinzas, lo meti3 en una bolsita y se la llev3 a Kjartan—. Aquí tienes, ábrelo y mira qué hay.

 l abri3 el monedero y sac3 unos cuantos billetes y una moneda. Se puso a contar:

—... siete mil doscientas cincuenta y dos coronas y quince céntimos —no hab  nada más en el monedero, así que le devolvi3 el dinero a ella—. Una cantidad considerable para llevar encima —dijo.

J3hanna examin3 el otro bolsillo de la chaqueta. Sac3 con las pinzas un pequeño papel doblado y se lo pas3 a Kjartan. Éste desdobl3 el papel y se qued3 observando unas palabras que habían sido escritas con lápiz; a continuaci3n las ley3 en alto:

—«El presente libro es propiedad mía, J3n Finnsson, como legado de mi difunto abuelo paterno, J3n Bj3rnsson, tal y como los documentos corroboran, pues ha pasado a mi propiedad de la mano de mi difunto padre, Finnur J3nsson, quien me lo entreg3 personalmente y a voluntad de que formase parte de mi biblioteca. Como prueba de ello, mi nombre firmado aquí debajo».

La caligrafía era clara y legible.

Kjartan sopes3 la nota. Debajo del texto habían escrito con otra caligrafía: «folio 1005». Al dorso, treinta y nueve letras en tres filas, aunque se trataba de un texto sin sentido.

U C P C D A S U N L N E A  
S O L O D A L U E I N O S  
D S D U S O E S I E P A T

El papel había sido arrancado de un cuaderno perforado, una hoja pequeña con renglones azules y un espacio diminuto entre líneas. Meti3 la nota en la bolsa de papel con el monedero y luego guard3 la bolsa en el bolsillo de su gab n.

Kjartan dijo:

—Así que ya tenemos un nombre con el que empezar: J3n Finnsson. Esto es una especie de ex libris, aunque el estilo en que est  escrito es un tanto antiguo.

J3hanna coment3:

—Algunos de los isleños est n chapados a la antigua.

Ella termin3 de buscar en todos los bolsillos pero no apareci3 nada nuevo.

—Bajo la chaqueta, una camisa de algod3n marr3n claro, un pañuelo verde al

cuello. Parecen prendas de calidad.

—¿Podría tratarse de alguien de las islas? —preguntó Kjartan.

—Es muy improbable —respondió ella—. Lo habrían echado de menos. Aquí no hay nadie tan aislado como para que los demás no se pregunten por él después de dos o tres días. Además, la ropa no encaja mucho con la moda de estas islas.

—¿Un extranjero, quizá?

—No tengo ni idea —dijo—. Pero esto tendrá que servir por ahora. Lo enviamos al sur tal y como está. Allí podrán examinarlo mejor.

Volvió a tapar el féretro y lo cerró bien. Luego salieron los dos.

—¿El nombre de Jón Finnsson os dice algo? —preguntó Kjartan a los tres hombres que esperaban fuera.

—¿En relación con qué? —preguntó Grímur.

Kjartan tomó la nota y leyó el texto.

Después de oírlo, Grímur y Högni se miraron el uno al otro, pero Thormódur el Corneja se puso de puntillas sacando pecho.

—Yo sé quién es ese Jón Finnsson.

—¿Quién es? —preguntó Kjartan.

—Se trata de Jón Finnsson, el granjero de Flatey, el que le entregó el *Codex Flateyensis* al obispo de Skálholt, Brynjólfur Sveinsson, para que él a su vez se lo enviase al rey, ¿no es cierto?

El sacristán miró orgulloso a su alrededor.

—Y fue en otoño de 1647 —añadió Grímur.

Thormódur el Corneja continuó entonces:

—Estas palabras están escritas al principio del Libro de Flatey y de allí las copiaron en esta nota. Lo cierto es que resulta curioso que el único hombre que dejó constancia de su posesión del libro fuese quien luego permitió su salida del tesoro familiar.

Thormódur el Corneja gesticulaba con las manos para poner más énfasis en su relato.

—Y el Libro de Flatey ahora está en la corte del rey en Copenhague —dijo Grímur—, así que difícilmente las han tomado del original —añadió.

—¿Cuál podría ser el propósito de escribir estas palabras en una hoja? —preguntó Kjartan—. ¿Y qué significa «folio 1005»?

Los demás se miraron entre sí pero ninguno tenía la respuesta. Finalmente Grímur dijo:

—A veces vienen aquí turistas que han leído algo acerca del Libro de Flatey y quieren aprender más sobre la elaboración y la historia del código.

—¿Y a quién tendrían que acudir en ese caso? —preguntó Kjartan.

—Pues siempre hay alguien por aquí y por allá —dijo Grímur—. La mayoría de

los isleños pueden darle un repaso a la historia si se les pregunta. Sigurbjörn de Svalbardi es un hombre muy leído y a menudo cita el libro, pero al reverendo Hannes se le da mejor el danés, así que habla más con los extranjeros.

Mientras los hombres discutían entre sí, Jóhanna se quitó la bata de plástico y la metió en el maletín. Luego tomó las notas de su amanuense.

—Voy a pasar a limpio el informe y os lo entrego mañana —dijo, y se marchó sin despedirse.

Thormódur el Corneja giró la llave en la cerradura de la puerta de la iglesia y luego tiró con fuerza del pomo para cerciorarse de que estaba bien cerrada.

—Aquí no entra nadie salvo en mi compañía, ni tampoco sale nadie salvo en el nombre de Dios —dijo al tiempo que dibujaba con la mano la señal de la cruz ante la puerta y se guardaba la llave en el bolsillo—. ¿Con esto basta por hoy, señor alcalde?

—Pues sí. Muchas gracias por la ayuda —dijo Grímur.

El sacristán tomó la carreta y se puso en marcha cuesta abajo. La dejó rodar delante por la ladera, pero luego la viró tan pronto como llegó al terreno llano. Entonces hizo una parada breve y comenzó a girar sobre sí mismo: primero tres vueltas en el sentido de las agujas del reloj, después otras tres en el contrario, persignándose al completar cada vuelta. Luego llevó la carreta tras de sí el resto del camino a casa.

—El hombre no va a dejar que nada impuro lo siga a la cabaña esta noche —dijo Högni con una sonrisa.

—Es un poco excéntrico y cree en más cosas de lo normal —le comentó Grímur a Kjartan como explicación.

—También es un poco clarividente —añadió Högni.

—¿Cómo que «clarividente»? —preguntó Kjartan.

—A veces el Corneja tiene visiones sobrenaturales, pero no puedes contar con ello cuando de verdad te hace falta —respondió Grímur, riéndose.

—Un médium normal no tendría ningún problema para contactar con el muerto que tenemos aquí en la caja —añadió Högni—. Por ejemplo, había un hombre en una granja del fiordo de Kjálkafjörður que era incapaz de quedarse callado en los entierros. Siempre estaba hablando con los espíritus.

Kjartan sonrió azorado.

—La verdad es que tampoco me esperaba que el asunto se resolviese de ese modo —dijo, y luego, para cambiar de tercio, preguntó—: ¿Thormódur el Corneja vive sólo de trabajar el plumón?

—Sí —respondió Grímur—, y también de algún que otro trabajillo que le caiga. Tiene dos vacas para las que cultiva heno en una parcela detrás de mi propiedad. La leche puede venderla. También trabaja en el matadero en otoño y además tiene derecho a servirse de algunos islotes aquí al norte. No obstante, deja que otros se

ocupen de esas tierras y a cambio recibe plumón como pago. Le dieron un buen susto cuando era joven y desde entonces siempre le ha tenido un miedo cervical al mar — Grímur miró hacia las puertas de la iglesia—. Además de ser tan terriblemente supersticioso —añadió.

—¿Qué tipo de susto? —preguntó Kjartan.

—El Corneja creció aquí con un granjero de la isla, un muchacho desordenado y bastante dado a la bebida. Una vez, en una travesía en barco, el granjero decidió darle una lección y lo mandó a un escollo para apalearse alguna cría de foca, pero no esperaron por él sino que se fueron a ocuparse de las redes que habían echado. Cuando volvieron, ya había subido la marea en el escollo y el muchacho estaba en una roca con el agua hasta la barbilla.

—Y desde entonces —intervino Högni—, al Corneja le encanta ponerse de puntillas.

—Luego el muchacho fue de lo más ejemplar, pero nunca más volvió a atreverse a ir al mar después de lo sucedido —continuó Grímur—. Sin embargo, bebe aguardiente si se lo ofrecen.

—Entonces ¿nunca sale de la isla? —preguntó Kjartan.

Los hombres se miraron el uno al otro pensativos.

—No, no recuerdo que el Corneja haya salido a ninguna parte —respondió Grímur—. Su mujer, Gudrídur, se movía más. Solía ir a Reikiavik a visitar a su hija antes de tener la pierna mal.

Kjartan dirigió la conversación a otro asunto:

—¿Y qué nos toca hacer ahora? El difunto no lleva nada encima que nos indique de quién se trata. Tampoco sabemos de nadie a quien se haya dado por desaparecido.

Grímur se rascó la barba de la mejilla.

—Podemos redactar una descripción del hombre. Describir cómo iba vestido. Luego la colgamos en la cooperativa. A lo mejor alguien aporta alguna información. También podemos hablar por radio con la gente de las islas interiores y ver si alguno de los granjeros recuerda a algún turista parecido.

—¿Dónde puedo conseguir una máquina de escribir para redactar la descripción? —preguntó Kjartan.

—La pedanía dispone de una, está en mi casa. Vámonos entonces a la cabaña. Creo que ya me ha vuelto el hambre.

Bajaron la cuesta. Kjartan todavía estaba meditando sobre lo que vendría a continuación.

—El gobernador me habló de enviar el cuerpo al sur con el barco postal del sábado. Pero ¿cómo va a llegar hasta Reikiavik después de parar en Stykkishólmur? ¿No hará falta que alguien acompañe el féretro? —preguntó.

—¿Acaso es necesario? La caja irá en el autobús si hay espacio. Y si no, en el

coche de la cooperativa. La policía de Stykkishólmur se ocupará de ello por nosotros de un modo u otro —respondió Grímur.

Kjartan asintió con la cabeza.

—Probablemente sea la mejor opción. Hablaré con el gobernador mañana para preguntarle qué medidas adicionales hay que tomar —dijo.

Ingibjörg los recibió con la cena preparada. Pechuga cocida de frailecillo con patatas y un pellizco de mantequilla. Una vez más, todo estaba dispuesto para tres sobre la mesa en la sala, pero, igual que a mediodía, la señora de la casa no se sentó con ellos. La comida fue silenciosa en esta ocasión. El reloj había dado las ocho, por lo que encendieron la radio. Estaban emitiendo el parte de la tarde. El locutor leía las nuevas sobre las propuestas de desarme del líder soviético Jrushchov. Luego hablaron sobre unas reuniones nocturnas previas al inminente receso veraniego.

Kjartan había recobrado su apetito y comió bien. De hecho, nunca antes había probado el frailecillo, pero, a diferencia de la carne de foca del mediodía, le supo mejor. Terminaron las noticias de la radio y Grímur apagó el transistor.

—Así es la política —dijo—. Lo mejor es ser neutro cuando los grandes poderes y los países extranjeros toman su parte. Pero aquí en Islandia has de votar por el Partido Progresista —le dijo a Kjartan—. Los jóvenes tienden a hacerse socialistas si no se les enseña bien. Y los conservadores son mucho peor.

Högni soltó una sonrisita y le hizo un guiño disimuladamente a Kjartan.

—Yo creo que Jrushchov en realidad es un progresista —dijo Högni—. No hay ningún comunista de verdad desde que el camarada Stalin cayó muerto.

—No hagas caso de lo que dice —le dijo Grímur a Kjartan—. Este Högni es el mayor progresista que conozco. Aunque él mismo aún no se ha dado cuenta. Eso es lo que les pasa a muchos que andan haciendo el burro votando a otros partidos. No dejes que te engañen, amigo.

El debate político se remató con estas palabras y los hombres salieron de la casa con un café en sus vasos.

Al oeste, el sol descendía en el cielo. Hacía frío.

—¿Cuántos días puede haber sobrevivido ese hombre en el islote? —preguntó Kjartan.

—No sería fácil decirlo —respondió Grímur—. Quizá unos cuantos.

Högni le dio un sorbo a su café.

—Una vez había una vieja que estaba ocupándose del ganado en una isla apartada de por aquí, en la ribera de Skardsströnd. Con ella vivían dos sirvientes: un hombre y una mujer. El hombre se había quedado sin tabaco después de un tiempo aislados, y la chica tenía algo con un joven del fiordo, así que le pidieron que les diese permiso para volver a casa, pero la vieja no se lo dio hasta que ellos, con alguna artimaña, le apagaron el fuego de la cabaña. Ante la imposibilidad de prenderlo de nuevo en

aquella isla, no tuvo más remedio que enviarlos a tierra a buscar lumbre. Pero esa misma noche llegó un viento frío del norte que congeló el mar y no fue posible regresar a por la vieja hasta ocho semanas más tarde. Algo tenía para echarse a la boca en la isla, aunque estuviese crudo, y algo de calor podía obtener de los animales, pero después de esto siempre fue considerada un tanto rara.

Högni miró enigmático a Kjartan.

—Pero el hombre de Ketilsey no tenía ni comida ni calor —dijo Kjartan.

Grímur respondió con expresión seria:

—Tienes toda la razón, amigo. Tan sólo espero que el pobre infeliz no sufriese demasiado.

Entraron de nuevo en la casa y el alcalde le mostró a Kjartan la vieja máquina de escribir que tenían sobre un escritorio en el salón. Parecía en buen estado y Kjartan le puso dos cuartillas con un papel de calcar de por medio y las colocó bien. Repasó en su mente las palabras de la doctora y acto seguido empezó a teclear. Estaba acostumbrado a trabajar con máquina y tenía bastante facilidad para redactar textos. El principio sonaba así: «Aviso a los habitantes de la pedanía de Flatey. Han sido hallados los restos de un hombre en Ketilsey».

Una vez puesta la descripción de la ropa en el aviso, añadió las palabras de Jón Finnsson que estaban en la nota del bolsillo de la chaqueta. Al final escribió para concluir: «Si alguien puede proporcionar información sobre cómo este hombre fue a parar a Ketilsey, o sabe de alguien a quien se haya dado por desaparecido, se ruega que se ponga en contacto con Ellidagrímur Einarsson, alcalde de la pedanía de Flatey».

*»Los personajes de las narraciones del Libro de Flatey no son mis personas favoritas. Si los tomamos por ciertos, la mayoría no son más que unos pendencieros de la peor ralea y apenas hay ningún caudillo honrado. Las campañas de Olaf Tryggvason y de Olaf Haraldsson para cristianizar a los noruegos no hacen honor a su fe. E igualmente se puede aducir que las expediciones de saqueo de los vikingos retrasaron durante siglos el avance de la civilización en la Europa septentrional. Por otra parte, a quien admiro es a los islandeses que lo guardaron todo por escrito. A la gente que conservó las sagas de generación en generación, primero de un modo oral y más tarde en una primitiva lengua escrita de un pergamino a otro. En el Libro de Flatey existen innumerables frases que hoy por hoy son expresiones e idiomatismos que utilizamos todo el tiempo sin que nadie piense en su origen. Frases como “No hay nadie que pueda con todo”, “La cerveza descubre una persona diferente”, “Más sabio suele ser quien sabe ceder”, “Las fiestas son el mejor auspicio”. Son proverbios que la nación se ha acostumbrado a usar sin pensar de dónde*

*vienen. Pocos poetas actuales disponen de una visión tan ingeniosa...*

La casa del sacristán se encontraba en la zona interior de la isla; una cabaña pequeña y baja. Aun cuando él mismo no era alto, tuvo que agacharse para poder entrar una vez hubo dejado el carro junto a la fachada. La vivienda constaba de un pequeño recibidor, cubierto con listones de madera sin cepillar, la cocina y una única habitación que hacía las veces de salón y de dormitorio. Un papel rosado de flores decoraba las paredes, y el techo era de madera oscura.

Thormódur el Corneja se quitó la ropa de domingo, la dobló cuidadosamente y la colocó en la parte superior de un cajón pintado de verde que había junto al cabecero de la cama. A continuación se puso la ropa de trabajo: un mono viejo y gris, calcetines de lana y zapatos de goma desgastados.

Gudrídur, su mujer, estaba cocinando raya fermentada en su propio amoníaco y patatas. Era regordeta y todavía más baja que su esposo. A causa de los problemas en la pierna, estaba sentada en un banco junto al fogón y tenía que utilizar ambas manos cuando se movía de un extremo al otro. La dentadura postiza reposaba en un vaso de agua sobre la mesa. Le quedaba tan grande que Gudrídur tan sólo se la ponía cuando la necesitaba para comer.

—El bendito aroma de la comida —exclamó Thormódur el Corneja cuando se metió en la cocina y marido y mujer se sentaron a la mesa. Juntaron las manos y los dos murmuraron—: Gracias te damos, Señor salvador nuestro, por los alimentos que vamos a tomar, en nombre de Jesús, amén.

Mientras cenaban, Thormódur le describió a su mujer el traslado del cadáver. Lo cierto es que él no había mirado dentro de la caja, pero podía repetir las palabras del alcalde y decorar el relato con su propia imaginación. El tema de conversación no mitigó en absoluto el apetito del matrimonio, sino más bien lo contrario: hizo desaparecer las porciones de raya una tras otra, entre sonoros bocados y mordiscos. Gudrídur aplastaba y mezclaba el pescado y las patatas formando una pasta porque, aunque se hubiese puesto los dientes, le resultaba un poco extraño masticar con ellos.

Thormódur el Corneja le dio mil vueltas al misterio de Ketilsey durante un largo monólogo. No recordaba que hubiese sucedido nada parecido en las islas en todas esas décadas. Los naufragios y los accidentes marítimos habían sido secuelas inevitables de la vida en las islas en su juventud, pero que un hombre desconocido se hubiera quedado en un islote desierto era algo completamente singular. Gudrídur asintió con varias exclamaciones y al final preguntó:

—¿Crees que podrías contactar con tu difunto padrastro si utilizamos el vaso de los espíritus? A lo mejor tiene algún mensaje que darnos sobre este desconocido.

Thormódur el Corneja sacudió la cabeza:

—No, no tan pronto. Mi padrastro no es nada sociable. No se consigue nunca que dé un mensaje así por las buenas. A lo mejor viene pronto a visitarme en sueños para darme alguna pista. Ya veremos. Después de que un hombre fallezca de un modo tan horrible, existe el peligro de que haya un espíritu sin paz vagando por ahí.

El almuerzo había terminado y Gudrídur recogió la mesa y puso la loza en el fregadero. El trabajo se hacía lento, ya que permanecía sentada en el banco mientras lo realizaba y tenía que moverse desde esa posición. Luego puso unos granos de café en el molinillo y Thormódur el Corneja fue a buscar un paquete de libros al salón. El paquete estaba cuidadosamente envuelto en periódicos viejos y atado con una cuerda. Lo desató con mimo y lo depositó sobre la mesa de la cocina. Encima se hallaba una vieja Biblia, y debajo de ésta, cuatro ejemplares gruesos: el Libro de Flatey — primero, segundo, tercero y cuarto tomo—, impreso y editado en 1944.

Thormódur el Corneja prendió la mecha a lo que quedaba de una vela y abrió la Biblia por la hoja en la que estaba el marcapáginas. Leyó en alto un capítulo corto del cuarto libro del Génesis mientras Gudrídur servía el café; luego volvió a cerrar la Biblia y cogió el segundo tomo del Libro de Flatey. Lo abrió donde señalaba el marcapáginas, en medio de la Saga de los Hermanos de Sangre, y mientras los dos terminaban sus tazas de café leyó un capítulo largo sobre Thorgeir Hávarsson y su tocayo Thormódur, el poeta de Kolbrún. Finalizada la lectura, volvió a guardar los libros del mismo modo en que los había sacado. Luego salió de nuevo de casa para terminar las tareas del día. Todavía le quedaba ocuparse de los animales antes de que cayera la noche.

Thormódur el Corneja fue a buscar a las vacas al prado y luego las ordeñó en el establo. El pequeño Nonni de Ystakot vino a recoger la media olla de leche que su padre y su abuelo le compraban cada día, y Högni lo saludó en su camino de casa del alcalde a la escuela. Charlaron un rato y luego Thormódur el Corneja fue a buscar unos cuantos cubos de agua a la fuente del establo y se la puso en los abrevaderos a las vacas. Finalmente acabó de arreglarlo todo. Ya era casi medianoche cuando pudo volver a casa y meterse en la cama.

*»El Libro de Flatey es el mayor manuscrito de pergamino conocido que se haya escrito en Islandia. Contiene un total de doscientas veinticinco hojas y por tanto cuatrocientas cincuenta páginas. El pliego es tan grande que sólo se sacaban dos hojas de cada piel de ternero, así que se necesitó un total de ciento trece pieles para el códice. De éstas, ciento una forman el cuerpo principal, que fue escrito en Víðidalstunga, y luego existen doce añadidas que fueron realizadas en Reykhólar aproximadamente nueve décadas más tarde. A estos pliegos que forman dos hojas se les llama “folio”, y si la piel se dobla dos veces*

*formando cuatro hojas se le llama “quarto”. La altura de las hojas es de unos cuarenta y dos centímetros y el ancho de veintinueve...*

*»Resultaba una tarea ardua trabajar las pieles para el Libro de Flatey, encurtir, rasurar y raspar, hasta obtener un pergamino útil, por ello se puede decir que la elaboración del códice fue un trabajo de muchas personas. No existe ninguna narración de esta labor, de modo que las técnicas nos son desconocidas. El método de trabajo, no obstante, debe de haber sido similar al de los encurtidores del continente, aunque es probable que aquí no fuese tan habitual el uso de la cal...*

*Viernes, 3 de junio de 1960*

Kjartan se despertó con los repetidos cantos del gallo que llegaban desde la parte baja del pueblo. Aún tardó un rato en darse cuenta de dónde se encontraba y qué era aquel sonido. La cama estaba bajo el tejado de una buhardilla, y frente a la cabecera había una fotografía a color fijada con chinchetas. La foto probablemente fuese de uno de los fiordos noruegos, con un barco transatlántico grande y moderno que aparecía entre las peñas y las laderas cubiertas de bosque.

Volvió a oír el canto del gallo y entendió que era hora de ponerse en pie, pero le sobrecogía una pesada angustia. Reconocía esa sensación, a veces lo afligía por las mañanas, especialmente si tenía que enfrentarse a circunstancias que le eran desconocidas. Kjartan trató de hacer de tripas corazón y sacudirse aquella sensación de la cabeza. Lo que más lo torturaba en la vida era la timidez y la fobia social. Había intentado todo lo imaginable para evitar eventos que implicasen tener contacto con mucha gente desconocida. Pero ahora había acabado asumiendo este trabajo que lo mandaba de una persona a otra y no podía hacer nada para evitarlo.

Tres moscones del pescado zumbaban contra la ventana, junto al cabecero. Se levantó de la cama y miró a través del cristal. Había dos chiquillos sacando a una oveja negra y un cordero de un campo de hierba en la parte oeste de la isla. Podía oírlos claramente, y también se podían oír los gritos cuando la oveja se giró contra ellos decidida a que no se la llevaran. Fuera no había muchas nubes y brillaba el sol.

Kjartan se vistió y bajó medio trepando la escalera casi vertical de la buhardilla. Había un penetrante olor a café, y en la explanada de delante de la casa la señora estaba colgando la ropa en el tendal. Llevaba puesto el mismo traje tradicional del día anterior pero con un delantal de flores. Una niña de unos ocho años se hallaba junto a ella y le pasaba las pinzas que sacaba de una vieja lata de pintura.

Kjartan cogió la cafetera que había sobre el fogón y se sirvió una taza. Luego salió y se quedó observando el pueblo allá abajo. Estaba subiendo la marea y las casas se reflejaban en el mar, que iba cubriendo la orilla de la bahía. Algunos de los lugareños andaban atareados de una casa a otra pero no se diría que nadie tuviese prisa. Los que se encontraban charlaban, jóvenes y viejos. Más que nada eran unas cuantas gallinas las que parecían necesitar apresurarse cuando iban de un jardín a otro. Corría una brisa leve y un tanto fría a pesar de la luz del sol.

—Buenos días, joven —saludó Ingibjörg cuando se percató de que Kjartan había salido.

—Buenos días.

—Todavía dura este bendito tiempo seco.

—Mmmm, sí.

Ingibjörg terminó de colgar la última prenda.

—Obviamente, aún queda mucho para la siega, pero ahora nos vendrá muy bien para poder extender el plumón y ponerlo a solear —comentó.

—Mmmm, ¿sí? Por cierto, ¿dónde está Grímur? —preguntó Kjartan.

—Los hombres se marcharon muy temprano a ocuparse de las focas. Tendrían que estar de vuelta sobre el mediodía.

—De acuerdo.

—Grímur ha puesto tu anuncio esta mañana antes de irse.

—Fantástico.

—La central telefónica se abre luego, a las diez, y entonces podrás llamar a tu patrón, el gobernador —se dirigió a la niña—. Gracias por la ayuda, querida Rósa, y ahora ve a jugar.

La niña dejó la lata y se marchó galopando.

Ingibjörg desapareció en la casa con una cesta de ropa vacía en las manos.

Kjartan se sentó sobre un viejo hueso de ballena que había junto a la pared de la casa y bebió a sorbos su taza de café. Las vistas eran hermosas bajo ese tiempo soleado y le pareció que podía divisar casas pintadas de blanco sobre tierra firme al norte, pero también podía tratarse de restos de los cúmulos de nieve.

Se podía oír el gorjeo de las aves en el islote de Hafnarey y cerca de allí balaba un corderillo. La brisa le traía el aroma salado del mar.

Ingibjörg volvió a salir; se había quitado el delantal y se había puesto un gorro tradicional con borla y un chal de punto sobre los hombros.

—Ahora te voy a acompañar a la central telefónica —le dijo contenta.

Bajaron la cuesta y atravesaron el camino de Götuskard. Ingibjörg caminaba considerablemente más despacio que Kjartan, e incluso a veces se detenía para mirar algo o saludar a quien se encontraba por el camino. Kjartan esperaba con paciencia y respondía a los saludos cuando Ingibjörg lo presentaba a la gente. No obstante, a él le resultaba incómodo lo poco discreto que se mostraba todo el mundo a la hora de mirarlo de arriba abajo mientras charlaban con la mujer del alcalde.

Al fin llegaron a la cooperativa. En una de las puertas de la tienda había un recuadro que obviamente se usaba con regularidad para colgar anuncios. Había clavadas chinchetas viejas por aquí y por allá en la madera y acababan de colgar un aviso sobre la misa de Pentecostés de aquel mismo domingo. A su lado se hallaba la nota que Kjartan había mecanografiado, fijada con cuatro chinchetas nuevas. Ingibjörg se detuvo, leyó la nota y asintió con la cabeza sonriendo y dando a entender que todo estaba como era debido.

La central telefónica era una casa de un piso sobre un sótano de mampostería, justo enfrente de la cooperativa.

Sobre la puerta, en un letrero de fondo azul y letras blancas, podía leerse: «Oficina de Correos y Teléfono», y dentro había una reducida entrada con un perchero y un banquito. De allí se pasaba por una puerta a una pequeña recepción. Había unos cuantos receptores de radio grises que colgaban de una pared, y al otro lado, un armario con compartimentos para clasificar el correo. También una pesada caja fuerte sobre un pedestal.

Una mujer bajita y delicada los recibió con una sonrisa. Llevaba pantalones y jersey, y una melena larga recogida en una trenza ancha.

—Ésta es Stína, la directora de la central telefónica y jefa de Correos —informó Ingibjörg a Kjartan, y a continuación mencionó el propósito de la visita—: El ayudante del gobernador tiene que llamar a las autoridades. ¿Ya has abierto, Stína?

Ingibjörg se sentó a la mesa e indicó a Kjartan que se sentase a su lado.

—Estoy a punto de abrir justo ahora. Sólo tengo que poner en marcha el generador y encender la central —respondió Stína mientras se ponía unos guantes viejos de trabajo y desaparecía luego por la puerta.

Ingibjörg explicó todo esto un poco mejor:

—Se trata de la única electricidad que tenemos aquí en el pueblo, la que produce el generador. Hay otro en la planta de pescado, pero la verdad es que rara vez está en funcionamiento.

Al poco oyeron el chasquido amortiguado de un motor y aquella sonrisa alegre volvió a aparecer. La mujer se colocó unos auriculares pesados de color negro que llevaban micrófono incorporado y puso en marcha los aparatos bajando unos cuantos interruptores. Esperó hasta que las lucecillas se encendiesen por completo y luego dijo alto y claro:

—Stykkishólmur, Stykkishólmur, Radio Flatey llamando —esto mismo lo repitió dos veces. Luego se quitó los cascos y dijo—: Stykkishólmur no responde al momento. A veces les gusta hacerse esperar un poquillo, para que la gente piense que tienen mucho que hacer.

Resultó tal y como predijo. Enseguida se oyeron unos ruidos y luego una voz masculina respondió por el altavoz de la pared:

—Radio Flatey, responde Stykkishólmur.

—Buenos días, Stykkishólmur. Una llamada telefónica para el gobernador de Patreksfjörður.

—Un momento —respondieron, y luego hubo un silencio.

Stína e Ingibjörg esperaron solemnemente sin decir palabra.

Kjartan miró a través de la ventana que daba al pueblo y vio a dos hombres junto al anuncio colgado en la cooperativa. Parecían leerlo con mucho interés, luego se

pusieron a comentar algo mientras miraban hacia la central telefónica.

—Radio Flatey, Stykkishólmur. El gobernador de Patreksfjörður está en línea.

—Aquí tienes —dijo Stína señalando un teléfono negro sobre la mesa enfrente de Kjartan.

Éste cogió el teléfono.

—¿Hola?, ¿hola? Aquí Kjartan en Flatey.

La voz al teléfono sonaba lejana.

—Sí, hola, ¿qué tal va la investigación?

—Ya hemos ido a buscar el cadáver —respondió Kjartan—, pero todavía no sabemos de quién se trata. Probablemente llegaría vivo a la isla, luego debió de quedarse atrapado y morir por las inclemencias del tiempo.

Hubo un silencio breve y entonces el gobernador retomó la palabra.

—Eso suena muy extraño. ¿De verdad que no hay nadie que sepa de quién se trata?

—No. El cadáver está completamente irreconocible.

De nuevo hubo un breve silencio mientras el gobernador valoraba el asunto.

—Bueno, pero hay que enviarlo al sur —dijo entonces.

—Sí. El féretro sale mañana con el barco del correo.

—Bien.

—¿No debería volver yo hoy?

—¿Hoy? No, quédate un poco más y habla con los isleños. Tiene que haber un modo de averiguar quién llevó a ese hombre hasta la isla.

Kjartan no estaba contento con aquello.

—Yo no estoy habituado a este tipo de trabajos de investigación —dijo.

—No, pero vas a tener que ayudarme. No voy a ponerme a llamar a los detectives de la policía de Reikiavik si podemos resolver el asunto nosotros mismos en la provincia. El alcalde Grímur te ayudará a realizar informes.

—Bueno, ¿cómo va con los registros notariales?

—Eso puede esperar dos o tres días. No te preocupes por nada y concéntrate únicamente en esto. Vuelve a contactar con nosotros mañana. Hasta entonces y que te vaya bien.

La llamada telefónica concluyó y Stína hizo saber a Stykkishólmur que no se esperaba más comunicación por el momento.

Kjartan le entregó la copia del anuncio y le pidió que lo leyese en la radio para las otras islas.

Ella llamó al resto de estaciones:

—Islas Skáley, Svfey, Látur, llamando Radio Flatey.

Lo repitió dos veces y luego fueron respondiendo las islas una tras otra. Estaba empezando a leer el anuncio cuando ellos salían de la central.

—Grímur llega sobre el mediodía y entonces podréis hablar sobre qué vais a hacer ahora —dijo Ingibjörg cuando cruzaron el umbral. Luego añadió—: A lo mejor deberías salir a dar un paseo mientras esperas a Grímur. Puedes echarle un vistazo a la isla. La gente de fuera va muy a menudo a la peña de Lundaberg para ver los pájaros —dijo a la vez que le señalaba el camino hasta allí.

Kjartan asintió con la cabeza e Ingibjörg se despidió y volvió a casa, todavía más despacio que antes. Kjartan empezó su paseo de inspección por el pueblo echando un vistazo a su alrededor. Las puertas de la casa de la cooperativa estaban abiertas pero no se veía ningún cliente. Delante del almacén, una carreta con unos cuantos sacos de cemento. Llegaba hasta él el murmullo ahogado del generador eléctrico desde el sótano, mientras que desde la siguiente casa se podía oír el sonido de un transistor de radio. Aquellos ruidos se mezclaban con el clamor de las aves en las peñas de Hafnarey.

Una mujer con un delantal a rayas estaba extendiendo plumón sobre un suelo de cemento por encima del muelle y un anciano pintaba una pequeña barca que descansaba del revés sobre la bahía. Un rostro lo observaba tras una ventana de la casa del reverendo.

Kjartan siguió deambulando y tomó un camino de grava estrecho que discurría entre las casas. En el aire flotaba un fuerte olor a estiércol de gallina mezclado con el aroma de la vegetación que comenzaba a prosperar bajo la luz del sol y el amparo de las paredes de las viviendas. Las acederas, la angélica ártica y las florecillas crecían bien con el fertilizante que les dejaban las gallinas por todas partes.

Thormódur el Corneja permanecía en pie delante de una casucha para secar pescado, vestido con ropa de faena. A sus pies, sobre una vela de lona blanca, tenía un poco de plumón al sol. En cuanto vio a Kjartan, lo saludó efusivamente.

—Buenos días, señor ayudante del gobernador. ¿Adónde se dirige usted hoy?

Kjartan consideró si debería pedirle que dejase de llamarlo «ayudante del gobernador», pero decidió no darle más vueltas al asunto.

—Sólo estoy echándole un vistazo a la aldea —respondió.

—Excelente idea —dijo Thormódur el Corneja—. ¿Puedo ofrecerle un poco de tiburón fermentado en su propio amoniaco para probar?

—No, gracias.

—¿Y a lo mejor algún huevo de charrán ártico, recién puesto?

—No, gracias, no tengo hambre.

—Bueno, amigo. ¿Y hay alguna novedad sobre el pobrecillo de Ketilsey?

—No, ninguna.

—¿No? Bueno. Todo esto ya lo sé bien. He tenido sueños aciagos últimamente.

—¿Sueños?

—Sí, resulta que tengo sueños clarividentes, amigo mío. No es que esté

especialmente dotado para interpretarlos, pero las viejas del lugar sí lo están, y saben encontrarle el hilo a estos desvaríos si la descripción es lo bastante clara.

Thormódur sonrió de oreja a oreja, mostrando sus dientes en condiciones muy dispares.

—A veces las señales resultan tan arcanas que nadie les encuentra coherencia hasta después —añadió.

—¿Y cómo eran esos sueños? —preguntó Kjartan.

El Corneja se sonó la nariz con su pañuelo rojo para el rapé y entró en el secadero.

—Eran sueños aciagos, amigo, sueños aciagos. Muchos sería mejor dejar de soñarlos que haberlos soñado —dijo, y le indicó a Kjartan que lo acompañase dentro. Kjartan tuvo que agacharse para poder entrar por el vano de la puerta, y cuando le llegó el olor que había en el interior, casi le entraron ganas de salir corriendo al momento. Allí se guardaban los alimentos, algunos más comestibles que otros, o bien colgando del techo o en bidones, en sal o en suero de leche. Unas cuantas gallinas tenían su hogar en uno de los extremos del secadero, que estaba dividido con alambre de corral.

Thormódur el Corneja se sentó en una caja, se estiró para coger un marco de madera grande y lo apoyó en sus rodillas. A lo largo del marco, a través de unos agujeros en los extremos de los maderos, había enfilada una cuerda con un centímetro de distancia entre cada hilera. Había dos barriles de madera, uno a cada lado del asiento.

—Me parecía como si me encontrase en la siega del heno allá fuera, en la isla de Langey, y estaba tumbado en la tienda —dijo el sacristán—. Hacía un frío horrendo y húmedo y no conseguía entrar en calor, por mucho que trabajase sin parar con la guadaña.

Thormódur el Corneja sacó un montón de plumón sin limpiar de uno de los bidones y lo puso sobre el marco. Acto seguido, comenzó a sacudir el plumón y a frotarlo contra las cuerdas de modo que la basura se soltase y cayese al suelo.

Continuó narrando:

—Entonces vi cómo un cuervo llegaba volando e iba a posarse directamente sobre mi tienda, que estaba justo a mi lado. Me disponía a espantarlo pero era incapaz de moverme porque los pies me pesaban tanto como el plomo. De pronto llegó otro cuervo y se posó junto al primero, y ambos se quedaron ahí inmóviles en la parte superior de la tienda, y de repente me desperté sobresaltado. Esto mismo lo he soñado cada noche durante toda la semana de Pascua. Lo llamo el Sueño de Langey.

Thormódur el Corneja se calló, tiró toscamente el plumón que había limpiado en el otro barril vacío y cogió un puñado nuevo para limpiar.

—¿Y cómo habría que interpretar este sueño? —preguntó Kjartan.

—Éste lo puede interpretar cualquiera. Son dos muertes, amigo mío, dos defunciones igual que el número de los cuervos. El sueño no podría ser más claro. Un cuervo sobre una tienda siempre es la muerte de alguien, tanto si sucede durante un sueño como despierto.

—Entonces ¿ha de morir otra persona más? —preguntó Kjartan.

—No tiene por qué. El día de la Ascensión falleció una señora muy anciana en las islas del interior. A lo mejor era ella. A lo mejor no. Ya se verá.

Thormódur el Corneja levantó el dedo índice para enfatizar y Kjartan preguntó:

—¿Y se han hecho realidad muchos de los sueños?

—En efecto, amigo mío. Algunos han sido transcritos en los Anales. Los más famosos son el Sueño de Sigrídur, el Sueño de Hjallavík, el Sueño de las Velas y el Sueño de las Criadillas de Cordero. También hay otros que todavía nadie ha podido descifrar, y eso que muchos lo han intentado. Está el Sueño de Stagley, el Sueño de los Terneros y el Sueño del Miércoles de Ceniza. ¿Te gustaría intentarlo? —preguntó tuteándole por vez primera.

Kjartan se encogió de hombros.

—El Sueño de los Terneros es así: me parece como si estuviese allá arriba donde la iglesia y entonces veo cómo llegan tres águilas por el cielo sobrevolando el cabo de Múlanes. Dan vueltas en torno al cementerio y una de ellas se posa sobre una lápida, pero las otras desaparecen y regresan por donde han venido hasta tierra firme. El águila que está posada comienza a batir las alas frenéticamente y de pronto me doy cuenta de que están completamente ensangrentadas y las plumas salpican sangre a su alrededor. Al final pliega de nuevo las alas y vira en dirección al puerto. Entonces veo que allí está atracado un velero con dos mástiles enormes, y veo que conducen una manada de terneros Götuskard arriba, y algunos hombres los siguen, engalanados con coronas y ropa de reyes. Con esto mismo me despierto. ¿Qué crees que significará?

—No sé. Soy muy torpe para resolver enigmas —respondió Kjartan.

—Los sueños no son enigmas. Sólo hay que analizar las pistas desde la perspectiva adecuada. El Sueño de los Terneros presagia grandes nuevas, eso está claro. Tres águilas son siempre símbolo de noticias, pero la sangre no es un buen augurio.

Kjartan sonrió.

—¿Conoces la interpretación de más signos? —preguntó.

—Sí, sí, muchas, un cisne es señal de riqueza; un obispo no es buen presagio; las flores son felicidad en verano, pero tristeza en invierno; un rey significa fama y alta posición social. Luego todo esto puede embrollarse de uno u otro modo.

—¿Y la gente de aquí cree en esas cosas? —preguntó Kjartan.

—Por supuesto que sí, cree todo aquel que se toma la molestia de pensar un poco. ¿Acaso crees que el Creador ha hecho que el ser humano sueñe simplemente por

diversión? No, mi querido amigo. Se trata de mensajes que quien haya madurado puede aprender a entender poco a poco. Todo tiene su propósito. Incluso los seres escondidos y los elfos de las colinas están ahí para cumplir su propia función.

—¿Los elfos? —Kjartan dudaba.

—Sí. ¿Nunca has visto a un elfo?

—No.

—Pues habrás de verlo, amigo. Aunque tampoco te aseguro que puedas reconocerlo cuando esto suceda.

—¿Cómo podría reconocer a uno?

—Mantén tu corazón limpio y no dudes innecesariamente. La gente duda demasiado. Uno debería creer en lo que está escrito en las Sagas de Islandeses o en la Biblia y en lo que dice la gente anciana. Así es como los sueños y los deseos se pueden hacer realidad.

Thormódur el Corneja acabó su discurso y siguió limpiando el plumón. Se diría que había tenido suficiente con aquella conversación, así que Kjartan se despidió y salió del secadero. Recibió de muy buena gana el aire fresco al salir.

Un muchacho joven estaba pintando los montantes de una ventana en la casa de al lado con pintura verde. Llevaba un flequillo rubio que le llegaba a los ojos y Kjartan se preguntó si no sería un elfo. «Probablemente no», pensó en cuanto vio que el muchacho dejaba a un lado la brocha y se encendía un cigarrillo. Luego se acordó de haber visto a este mismo muchacho clavando pieles de foca en el hastial de un almacén el día anterior. La casa estaba revestida de chapa metálica ondulada pintada de blanco, pero el tejado era verde. Sobre la puerta de la entrada había un cartel que ponía RÁDAGERDI, y justo debajo el año, 1927.

—¿Eres un poli? —le preguntó en alto el muchacho a Kjartan.

—No, no soy agente de policía —respondió Kjartan acercándose.

—Vaya. Me habían dicho que eras un poli de Patreksfjörður.

—No, soy el representante del gobernador.

—Ajá, ¿y eso no es algo así como un poli?

—Nooo.

—¿No estás investigando quién se cargó al tipo que encontraron en la isla?

—Pues sí... no, estoy intentando averiguar quién era. Dudo mucho que fuese asesinado.

—Pensaba que eras un poli de verdad —dijo el muchacho, decepcionado. A través de la ventana abierta intentó encender un transistor de radio rojo que había dentro en una estantería—. ¿Conoces la música de Elvis Presley? —preguntó.

—No, se podría decir que no —respondió Kjartan.

—La verdad es que nunca lo ponen en la radio, pero a veces consigo escuchar emisoras extranjeras por la noche si hay buenas condiciones atmosféricas. Ponen

mucho a Elvis. Incluso he colocado una antena.

El muchacho señaló un cable de cobre que iba desde el hastial de la casa al secadero. Estaba sujeto a unos aislantes de vidrio, y el cable salía de la antena y entraba por la ventana abierta.

—También publicaron un artículo sobre Elvis en el *Fálkinn* —añadió.

Se volvió de nuevo hacia el transistor, pero no oía nada a pesar de que lo intentaba sacudiéndolo con ganas.

—Se han acabado las pilas —explicó—. A lo mejor me compro un tocadiscos este otoño y unos cuantos álbumes.

—¿Vives aquí? —preguntó Kjartan.

—Sí, pero estoy pensando en mudarme a Reikiavik... o a Stykkishólmur.

—Vaya.

—Sí, voy a aprender a manejar el tractor y a lo mejor me saco el carné de conducir.

—¿Hay tractor aquí en la isla?

—No, todavía no, pero el municipio está pensando en comprar uno. Entonces hará falta alguien que sepa manejarlo.

A Kjartan se le ocurrió retomar entonces su trabajo de investigación y le preguntó:

—¿Recuerdas quizá haber visto por aquí alguna vez estos últimos meses a un turista con una parka verde y botas de montaña de cuero?

—¿Hablas del tipo muerto? —preguntó el muchacho.

—Sí. Se trata de un hombre mayor, canoso. Probablemente viajase solo.

El muchacho se puso a rascarse la cabeza y parecía estar pensándolo mucho.

—No debe de haber pasado por aquí este invierno o en primavera. Si no, lo habría visto. Quizá el verano pasado. Había unos cuantos turistas. Algunos, extranjeros.

—¿Extranjeros?

—Sí, son capaces de quedarse todo el día pasmados mirando a los frailecillos. A veces les vendo erizos de mar o calaveras.

—¿Calaveras?

—Sí, de foca. A veces la abuela chamusca cabezas de foca para echárselas a la sopa. Luego yo las dejo que se pudran y las pongo a secar durante unas semanas.

—¿Y eso se vende bien?

—No, no a menos que los tipos estén borrachos. Entonces sí que me compran algo de vez en cuando.

—Bueno, no te voy a entretener más mientras estás trabajando —dijo Kjartan—. En todo caso, ¿cómo te llamas?

—Benjamín Gudjónsson, me llaman Benni, aunque yo prefiero que me llamen Ben, como Ben Hur.

—Muy bien... Ben.

Kjartan dio media vuelta y desanduvo el camino. Cuando llegó a la explanada por encima del muelle, vio que el barco del alcalde Grímur regresaba al embarcadero.

*»Jón, el granjero de Víðidalstunga, contrató a dos sacerdotes para que escribiesen este código regio: Jón Thórdarson y Magnus Thórhallsson. Sobre ellos no conocemos más que sus nombres, aunque es de suponer que gozaran de una buena educación y fueran escribas con experiencia. Toda la preparación del manuscrito es cuidadosa, la caligrafía es elegante y estable. Las iniciales a menudo están decoradas e iluminadas con miniaturas de personajes o animales, flores o adornos. Tal vez fue Magnus quien realizó estos adornos o iluminaciones, como las llamamos. Se trata de una tarea muy laboriosa, por lo que se estima que cada página ocupaba una jornada entera de trabajo. Quizá haya sido esta ornamentación la responsable de que el Libro de Flatey se haya conservado tan bien. Fue considerado desde sus inicios un verdadero tesoro, gracias a su aspecto y su esmerada elaboración. Los lectores han pasado las páginas de pergamino con cuidado y con respeto. No había riesgo alguno de que el pergamino terminase empleándose para remendar la suela de un zapato o alguna prenda de ropa, como resultó ser la suerte de otros manuscritos cuya elaboración había sido más pobre. De este modo, fue el talento del artesano lo que conservó la narración del escritor...*

Kjartan observó desde tierra cómo Grímur y Högni se iban acercando, y descendió por la bahía bordeando la orilla hasta llegar al pequeño embarcadero junto a una cabaña roja al oeste del pueblo. Dejaron el barco parado con la proa hacia tierra lo ataron con una soga a una vieja piedra de amarre.

Entre los dos compañeros sacaron una cría de foca del barco, y estaban depositándola en la orilla cuando Kjartan llegó junto a ellos. A ésta la siguieron otras dos crías. Eran piezas pesadas y los dos hombres tenían dificultades para caminar entre las piedras mojadas y tapizadas de algas de la ribera, que poco a poco iba cubriendo la marea.

—Mira que pesan un quintal, estas benditas foquichuelas —comentó Högni cuando los compañeros dejaron la última sobre la grava.

—Sin embargo, son más pequeñas de lo que me esperaba —dijo Kjartan.

—Son crías de apenas unas cuantas semanas —respondió Grímur—. Cabía esperar que no fuesen grandes. Pero están bien alimentadas, gordas y bien hermosas.

Högni regresó de nuevo al barco para volver a llevarlo al fondeadero. Grímur esnifó tabaco y luego metió apresurado una de las focas dentro de una caja de madera.

—El gobernador quiere que investigue para ver si alguien reconoce al muerto —dijo Kjartan—. Cuenta con que podrás ayudarme.

—Podemos dar una vuelta y hacer unas cuantas visitas cuando acabemos con las tareas de hoy —dijo Grímur mientras afilaba un pequeño cuchillo—. Pero no hace falta ponerse en marcha antes de que la gente del pueblo haya podido leer el anuncio que hemos puesto.

Blandió su cuchillo y rajó la piel alrededor de la cabeza de la cría de foca, abriendo un collar rojo como el fuego en aquel pelaje negro.

—Tengo la impresión de que llegarán noticias en cuanto caiga la tarde —dijo Grímur mientras cortaba alrededor de las aletas anteriores y luego por el dorso, desde encima de las aletas hasta la cola. No salía sangre de aquellos cortes, pero se podía ver el blanco de la grasa y el rojo de la carne viva.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Kjartan.

—Hoy nos vinieron siguiendo dos marsopas todo el camino desde los acantilados. Por lo general, cuando los delfines siguen la estela del barco es señal de que algo va a suceder.

Grímur continuó blandiendo el cuchillo y de un solo movimiento abrió la foca en canal desde el cuello hasta la cola. Luego comenzó a arrancarle la piel de modo que

se llevaba también una fina capa de grasa.

—¿Y crees en esas cosas? —preguntó Kjartan.

Grímur levantó la vista de su trabajo y esbozó una sonrisa burlona.

—Hay más señales —le contestó, y señaló con el cuchillo ensangrentado en dirección al pueblo—. ¿Ves la casa del sacerdote allí, al otro lado de la bahía? Antes he visto que el pequeño Svenni venía corriendo desde allí y que se apresuraba aún más camino arriba. Luego desapareció por un momento, pero ahora lo veo venir por la orilla como si lo persiguiese el demonio —Grímur señalaba a un chiquillo que se acercaba corriendo hacia ellos—. El reverendo Hannes lo ha enviado hasta aquí con algún mensaje para mí y le ha dicho que se dé prisa.

Grímur continuó despellejando la foca sin levantar la vista hasta que el niño llegó a su lado.

—Alcalde Grímur, alcalde Grímur —llamaba el niño jadeante y sin aliento—. El reverendo Hannes necesita hablar con usted.

—¿Te ha dado un caramelo para que vinieses a buscarme? —preguntó Grímur.

—Sí —el niño introdujo la mano en el bolsillo y sacó un caramelo que se metió en la boca.

—¿Cuántos caramelos te ha dado?

—Tres de los grandes.

—Vaya, entonces debe de tratarse de algo de suma importancia. Bueno, luego me acerco a verle, cuando haya terminado de despellejar las focas.

—¿No deberíamos ir inmediatamente? —preguntó Kjartan.

Grímur miró a Kjartan y pensó en el asunto.

—Ve tú —le dijo entonces—. Yo voy en un rato. Supongo que tendrá tanta necesidad de hablar contigo como conmigo. Pero llévale esto de mi parte.

*»No se conoce el método de elaboración de la tinta en la Islandia medieval. Existen documentos más modernos que describen la preparación de la tinta con arbusto de gayuba, pigmentos de la tierra y madera. Lo más probable es que esta técnica fuese conocida y que se emplease en la elaboración de los manuscritos. También es posible que la tinta fuese importada y por tanto fabricada en el extranjero con ingredientes que no se encontraban en Islandia. Las plumas de cisne eran probablemente las que se usaban para escribir. Lo mejor era que fuesen del ala izquierda, pues así tenían una curvatura que se adaptaba a la mano. Antes de empezar a escribir en el pergamino, se marcaban las columnas y las líneas en la piel con una cuchilla afilada...*

El reverendo Hannes se hallaba de pie junto a la ventana del salón de la casa parroquial y observaba los movimientos al otro lado de la bahía. El pequeño mensajero había desaparecido de la vista hacía un rato y no se veían señales de que hubiese cumplido con el recado.

—Tal vez tendría que ir yo mismo a hablar con Grímur —le comentó el sacerdote, intranquilo, a su mujer Alfrídur, que estaba sentada a su espalda en una cómoda butaca del salón, bordando un mantel blanco.

Ella levantó la vista de sus labores por encima de las gafas y sacudió la cabeza con decisión.

El reverendo Hannes se movía vacilante.

—Me parece que las autoridades deberían recibir esta información cuanto antes —dijo preocupado.

—No, de aquí no te mueves —replicó la señora del reverendo hoscamente—. No, de ninguna manera vas a ir a meter los pies en ese muelle enfangado y sucio de Grímur —añadió.

—La playa no es tan terrible cuando no llueve. Puedo ponerme las viejas botas de agua —dijo el sacerdote.

—¿Recuerdas cuando resbalaste en el aceite de ballena y te destrozaste los pantalones?

El reverendo Hannes se acordó de aquello y se dio por vencido. Además, ahora veía que al otro lado de la caleta el representante del gobernador se aproximaba bordeando la orilla con un pesado cubo en la mano y el pequeño Svenni pisándole los talones.

—Por ahí va el representante. Espero que venga de camino hacia aquí. Aunque no veo al alcalde. Debe de estar ocupado.

Alfrídur sacudió la cabeza y masculló:

—Me parece que es mejor que se lo cuentes al representante del gobernador. Tiene más rango. Además, resulta imposible recibir a Grímur en casa así, sin lavar. No hace honor a su cargo que un funcionario de las autoridades se permita ir como lo hace el alcalde.

El reverendo Hannes decidió no hacer ningún comentario más. Su mujer había nacido y se había criado en Reikiavik y parecía no tener intención de aceptar que en las islas la gente se ocupaba de todas sus tareas durante el día y no se lavaba hasta el final de la jornada, después de haber traído la comida al hogar. A él mismo le caían muy bien el alcalde Grímur y el profesor Högni, e intentaba frecuentarlos cuanto

podía. Con ellos siempre se podía esperar una buena historia o alguna charla amena. Obviamente despedían algún olor después de toda una jornada de trabajo, pero así eran las cosas en el campo. El reverendo Hannes había crecido en los valles de Dalir y nunca se había atrevido a confesarle a su esposa que el olor de los establos le resultaba agradable.

Al fin dijo:

—Sí, tal vez tengas razón. El representante parece una persona responsable y con estudios. Probablemente sabrá qué es lo mejor que podemos hacer. Se trata de un asunto muy serio.

El sacerdote salió fuera y aguardó bajo el hastial de la casa hasta que Kjartan llegó a su altura.

—Espero que haya venido hasta aquí para verme —dijo el reverendo Hannes.

—Sí, el alcalde me envió y me pidió que de paso le entregase a su mujer unos cuantos pedazos de foca recién pescada —dijo Kjartan al tiempo que le tendía un viejo cubo blanco metálico lleno de carne cruda.

—Dios se lo pague. Benditos sean los alimentos que Dios y el mar otorgan al ser humano —dijo el reverendo Hannes a la vez que recogía el cubo. Luego invitó a Kjartan a entrar en la salita que utilizaba para recibir a los feligreses, pero metió el cubo en una pequeña alacena del vestíbulo.

—Me siento notablemente conmocionado, sí, notablemente conmocionado —el reverendo Hannes sirvió café de un termo en dos pequeñas tazas que había preparadas sobre el escritorio.

—¿Y eso? —dijo Kjartan tomando una de las tazas.

—Antes fui a la cooperativa y leí su anuncio. Lo estaban colocando mientras yo comprobaba si el anuncio de las misas seguía en su sitio.

—¿Sí? —dijo Kjartan.

—Sí... creo que sé quién es el difunto.

—¿En serio?

—Sí, vaya si lo creo. Tan sólo puede tratarse del profesor Gaston Lund de Copenhague.

—¿Y cómo lo sabe?

—Pues sobre esto aún hay toda una historia que contar. El profesor llegó aquí desde Reykhólar a principios de septiembre del año pasado con algunos temporeros que habían ido al fiordo, a tierra firme, a recoger bayas. El hombre me trajo saludos del reverendo Veigar de Reykhólar y pidió que lo hospedáramos dos noches, lo cual obviamente se da por sentado. Se trataba a todas luces de un hombre de clase alta.

El sacerdote destapó un plato con dulces y se lo ofreció a Kjartan.

—Aquí tiene, tómese una tortita con azúcar.

—Entonces, ¿dice que era danés? —preguntó Kjartan, y aceptó el ofrecimiento.

—Sí, sí. Era profesor en la Universidad de Copenhague. Había pasado el verano viajando por los escenarios de las sagas del *Codex Flateyensis*, es decir, la Saga de Olaf Haraldsson y la Saga de Olaf Tryggvason, en Noruega, por supuesto, pero luego viajó hasta Islandia para hacer una breve visita, por lo que me pareció entender. En primer lugar se dirigió a Skálholt, donde el obispo Brynjólfur ejercía antaño. Después fue al norte a Víðidalstunga, donde con toda certeza se elaboró y se escribió el códice. Finalmente se encaminó al oeste, a Reykhólar, donde el manuscrito fue custodiado durante un tiempo, y luego vino hasta aquí, a Flatey. El hombre entendía que por supuesto nadie podría ostentar el título de especialista en el Libro de Flatey sin haber visitado antes el lugar que le dio nombre. También quería probar suerte con el viejo acertijo, *Aenigma Flateyensis*, ya le hablaré de él más tarde. De aquí fue acto seguido al sur, hacia Reikiavik, para tomar el avión a Copenhague. Tenía que presentarse en una reunión importante sobre los manuscritos guardados en Copenhague y luego, claro está, en la universidad para comenzar inmediatamente con los cursos.

—Pero entonces ¿cómo fue a parar a Ketilsey? —preguntó Kjartan.

—Me resulta absolutamente incomprensible. Se despidió de mí cuando iba a llegar el barco del correo y salió con tiempo de sobra para llegar al muelle.

—Pero ¿cómo está seguro de que se trata de él?

—Tendría que haberlo reconocido por la descripción de la ropa, pero como, por lo que yo sabía, este hombre estaba en Copenhague, era de esperar que no me diese cuenta. Por otro lado, fue el papel con las indicaciones del Libro de Flatey lo que me convenció al respecto. Puede que lo escribiera yo mismo, de mi propio puño y letra.

—¿Y eso? —Kjartan sacó la nota que había metido en su cartera la tarde anterior y se la pasó al sacerdote.

El reverendo Hannes tomó el papel y asintió con la cabeza tras haberlo visto.

—Ya en alguna que otra ocasión he recibido a turistas extranjeros que vienen a las tierras del Libro de Flatey —dijo—. Por eso he intentado documentarme sobre la historia del códice como mejor he podido, y a su vez me he creado mis propias opiniones sobre su origen. Bueno, según ciertas teorías, el flateyense Jón Finnsson dejó constancia de su propiedad del libro con estas mismas palabras, las que están en la nota, para despejar cualquier otra duda sobre los derechos de herencia. Aunque por mi parte considero que él mismo escribió esto en el libro cuando una vez lo envió prestado a Skálholt, bastante antes de que finalmente acabase en manos del obispo Brynjólfur. Y también estoy seguro de que Jón Finnsson le había prestado el códice a Brynjólfur en su visita diocesal tan sólo con la intención de que le fuera devuelto una vez lo hubiesen copiado y estudiado. De lo contrario habría renunciado a esta propiedad de su puño y letra en la parte final, donde consta el relatorio de propiedad del manuscrito. Uno no entrega una propiedad que está ya marcada sin que el

traspaso conste por escrito. Así es como se hace y como siempre se ha hecho. Bueno, todo esto se lo expliqué al profesor y le copié el texto en esta nota. De hecho, estábamos en un gran desacuerdo con respecto a si los daneses tenían que devolver los manuscritos de nuevo a su tierra. Él se oponía a ello por completo y andaba recopilando material para un artículo que respaldase su postura. De todos modos, creo que conseguí hacerle escuchar mi punto de vista. En mi opinión, los herederos de Jón Finnsson o la nación islandesa son propietarios del Libro de Flatey por derecho.

Kjartan escuchaba esta disertación lleno de dudas.

—Pero seguro que a este hombre lo habrían dado por desaparecido en Copenhague. ¿Por qué no lo han buscado? —preguntó.

—Justo eso es lo que no comprendo. De hecho, él dejó ver que no quería llamar mucho la atención con este viaje y evitó encontrarse con sus colegas islandeses o con cualquier conocido. Este debate de los manuscritos es tan delicado que prefirió eludir cualquier polémica en público aquí en Islandia. El profesor Lund es sin duda una personalidad importante entre aquellos que se oponen a nuestras reclamaciones en este asunto. Además, también sería posible que ni siquiera en Copenhague supiesen que se dirigía a Islandia. Lo cierto es que está soltero y tampoco se puso en contacto con nadie en su país natal, Dinamarca, mientras duró el viaje.

—¿Hablabas islandés? —preguntó Kjartan.

—Sí, sí. Entendía la lengua hablada bastante bien, y lo leía y escribía en condiciones. Pero como le ocurre a la mayoría de los daneses, su islandés hablado dejaba bastante que desear... Aun así podía arreglárselas sin problemas durante su visita.

—¿Y cuál es el acertijo que mencionaba antes? —preguntó Kjartan.

—*Aenigma Flateyensis* se llama, y digamos que es una especie de crucigrama. Llegó acompañando la edición facsímil del Libro de Flatey regalada a la biblioteca por su centésimo cumpleaños en 1936. Las hojas están todavía sueltas dentro del libro y se dice que no se pueden sacar de la propia biblioteca ni tampoco copiar la clave que existe para comprobar la solución. De cuando en cuando vienen visitantes que prueban suerte y tratan de descifrar el acertijo, aunque por ahora nadie ha sido capaz. Algunas de las pistas sin duda son muy poco claras y la clave resulta difícil de entender.

—¿Y por qué este hombre estaba intentando resolver el enigma?

El reverendo Hannes esbozó una sonrisa:

—El profesor es, o mejor dicho era, miembro de la Academia de Eruditos de Copenhague. Se reúnen una vez a la semana en el famoso restaurante Det Lille Apotek. Esta congregación se divide en dos grupos: aquellos que han marcado algún hito en el campo de las humanidades, por el que luego se hayan hecho notar, pueden

sentarse en el banco junto a la pared y tienen una panorámica de todo el local; el resto tiene que sentarse del lado del pasillo y sucede que les salpican de cerveza. El profesor tenía pensado ganarse un puesto mucho mejor al resolver el enigma.

—¿Y lo consiguió?

—No lo sé. Él no quería hablar mucho del asunto y se mostraba bastante reticente. No obstante, sospecho que así fue y que tenía intención de anunciarlo al llegar a Copenhague. En todo caso, no puedo asegurarlo. Me dio una copia de sus respuestas pero no sé si concuerdan con la clave.

El reverendo Hannes abrió un cajón de su escritorio, sacó una hoja de papel doblada y se la pasó a Kjartan.

—Tenga. Creo que lo mejor es que guarde usted esta hoja.

Kjartan cogió el papel y lo miró con atención. Las frases estaban en danés y en islandés, pero la caligrafía era prácticamente ilegible.

—Tengo que hacer una llamada a la capital para que comprueben si el cuerpo es el del profesor —dijo Kjartan—. Luego tendrá que venir a ver el féretro para certificar si ésas son las mismas ropas con las que lo vio por última vez. El cadáver en sí obviamente está irreconocible.

El reverendo Hannes dio un sorbo a su café con la mano temblorosa.

—Sí, supongo que tendré que hacerlo —dijo.

Kjartan continuó:

—Pero ¿podría ser que se hubiese caído por la borda del barco postal y llegase a nado hasta Ketilsey?

—No lo creo en absoluto. La isla está demasiado lejos de la ruta del barco.

—¿Y hay muchas corrientes por ahí?

—Pues sí, sin duda, pero no las conozco lo suficiente. Tendrá que preguntarle a los marineros.

—¿Cuándo se marchó de su casa?

—Fue el 4 de septiembre. Ya lo he comprobado en mi diario. Recuerdo que había una noticia sobre la polémica de los manuscritos en la radio la misma tarde de su partida.

—¿Y no llevaba ningún equipaje?

—Tenía una pequeña bolsa de mano, lo justo para un viaje de unos días, artículos de aseo, alguna muda de ropa y esas cosas. Una cámara fotográfica y unos prismáticos pequeños. Creo recordar que me dijo que la maleta la tenía guardada en Reikiavik.

Kjartan recogió la nota que había dejado en la mesa entre los dos.

—¿Qué significa esto que ponía en la nota, «folio 1005»?

—Es el número de registro del Libro de Flatey en la Biblioteca Real de Copenhague. Recuerdo que Lund escribió eso mismo en el papel que yo le di y luego

se lo metió en el bolsillo.

Kjartan le dio la vuelta a la nota.

—¿Sabe qué representan las letras que hay al dorso? —preguntó.

El sacerdote observó la nota.

—No. Esto lo escribió en el papel después de marcharse de aquí. No es muy diferente a la serie que contiene la clave del enigma de Flatey, aunque él ya sabía que no se podía copiar la clave. Tampoco regresó a la biblioteca una vez le di el papel.

Kjartan anotó en su bloc: «Gaston Lund de Copenhague, 4 de septiembre».

—Voy a ir a la central telefónica a llamar a la embajada danesa —dijo a continuación, y se puso en pie.

El reverendo Hannes lo siguió hasta la puerta y lo despidió, luego volvió al salón junto a su mujer.

—El asunto está en buenas manos —dijo él—. Lo que más me angustia es tener que echarle un vistazo al cadáver. Ese tipo de cosas me resultan siempre tan incómodas...

Volvió la vista a la ventana y permaneció un buen rato mirando afuera antes de decir:

—Recuerdo como si fuese ayer el día en que Lund partió de nuestra casa. Lo acompañé a la puerta y me despedí con un apretón de manos. Él me prometió que me escribiría. ¿Tendría que haber sospechado que algo no iba bien al no recibir luego ninguna carta suya?

Su mujer dejó a un lado las labores.

—¿Y tú le escribiste a él alguna vez? —preguntó.

—No, lo cierto es que no. Más bien me esperaba una carta de su parte.

Ella reflexionó.

—¿A lo mejor venía de nuevo aquí de visita cuando Nuestro Señor todopoderoso lo llamó a su lado?

El sacerdote negó con la cabeza.

—No lo sé, pero todavía puedo verlo ante mis ojos cuando salía de aquí camino arriba con su pequeña bolsa en la mano. Marchó con tiempo suficiente al barco porque iba a pasar por la casa de la doctora Jóhanna en busca de pastillas para el mareo. Le asustaba la travesía por mar ya que el tiempo estaba empeorando.

Se quedó callado mirando a través de la ventana y luego dijo en bajo, para sí mismo:

—¿Cómo diantres pudo acabar allá en Ketilsey?

*»La caligrafía de la Edad Media era la letra carolingia, llegada a Islandia desde Noruega e Inglaterra, aunque con diversas modificaciones para poder satisfacer las necesidades de la lengua nórdica antigua. Se fijaron las tildes*

sobre las vocales largas y se añadieron nuevos caracteres. Del inglés antiguo llegaron la þ y la ð, y el islandés las conservó...

»La caligrafía del Libro de Flatey tiene las características personales de los escribas, Jón y Magnus. Jón escribió la primera mitad en su mayor parte, y Magnus la segunda; y por la forma de su caligrafía todavía se pueden averiguar más cosas. Un escriba desconocido, y de escritura más torpe, tomó la pluma en cuatro pasajes de la primera mitad, probablemente mientras Jón estaba cortando la pluma, ya que la escritura de Jón por lo general es algo más fina justo después de aquella mano desconocida que la precede. No se trata de ningún mozo de cuerdas de Víðidalstunga colándose en el taller para probar a escribir. El sacerdote no habría permitido que algo así sucediese. Más probable sería que se tratara de alguien que estuviese por encima del sacerdote, ¿acaso incluso el propio Jón Haakonarson? Creo que es muy posible...

»La mano de Magnus Thórhallsson y sus iluminaciones del Libro de Flatey están entre lo más hermoso que se puede encontrar en manuscritos medievales islandeses. Es de suponer que este artista fuera un escriba muy solicitado y realizara gran cantidad de manuscritos. Para cuando llegó a trabajar con el Libro de Flatey, ya tenía un buen entrenamiento a su espalda. Sin embargo, su mano y su caligrafía tan sólo se hallan en unas pocas palabras en otros dos manuscritos, por lo que se puede deducir que la gran labor de toda una vida se ha perdido...

Cuando Kjartan volvió de la central telefónica se encontró al alcalde en el muelle. Grímur estaba sentado en una caja de madera y tenía puesto un saco sobre las rodillas. Encima de él había colocado una piel de foca y le estaba raspando la capa de grasa con un cuchillo afilado. A sus pies había un barreño grande de agua enrojecida con jabón en la que descansaba otra piel en remojo. La tercera la había clavado al hastial del barracón, recién raspada y lavada.

Högni se hallaba al borde de la ribera separando las piezas de foca y metiéndolas en barriles, y de vez en cuando lanzaba un trozo de grasa a un tumulto de gaviotas que se había reunido en la orilla. Dejó a un lado el machete y fue hacia ellos cuando vio llegar a Kjartan.

—¿De qué iba el responso de nuestro pastor esta mañana? —preguntó Högni interesado, sentándose sobre una carretilla oxidada y alargando la mano para coger el termo de café y una lata de galletas con comida.

Kjartan empezó a contarles la conversación con el reverendo Hannes, mientras Grímur escuchaba en silencio el relato sin dejar de raspar la piel.

—No me extraña que el sacerdote esté conmocionado al descubrir que su huésped nunca pudo volver a casa. Esta noche no se le olvidará rezar el padrenuestro al bendito hombre —dijo Högni.

—He llamado a la embajada danesa en Reikiavik y allí me confirmaron inmediatamente que el profesor Lund había desaparecido —continuó Kjartan—. Ha habido noticias sobre el asunto en los periódicos daneses este invierno. Parece ser que lo han estado buscando de arriba abajo por toda Noruega durante muchos meses, pero por lo visto nadie sospechaba que hubiese venido a Islandia. El delegado danés va a recabar más información del extranjero. Luego he llamado al gobernador de Patreksfjörður que nos ha encomendado buscar datos más concretos. La policía de Reikiavik seguirá el asunto y tomará el relevo si nos quedamos varados con la investigación. También van a buscar más información sobre los viajes de Lund por Reikiavik.

Grímur pensó en el asunto.

—Hay que hablar con los hombres del barco del correo. A lo mejor se acuerdan de este pasajero. No creo que hubiera mucha gente en ese viaje.

Kjartan asintió con la cabeza.

—¿Y el granjero de Ystakot? Dijiste que solía anotar quiénes iban y venían en el barco. ¿Crees que podría ayudarnos?

—Tienes toda la razón —dijo Grímur—. Tenemos que ir a casa de Valdi después

del café.

*»Cuando se escribió el Libro de Flatey, la lengua islandesa estaba sufriendo cambios considerables. En cualquier caso, el códice se transcribió a partir de otros manuscritos, algunos más antiguos y otros más recientes. Por ello, la ortografía del texto es una mezcla de trazos antiguos y nuevos; hay mucha incoherencia, como de hecho sucede en todos los manuscritos islandeses porque los escribas no disponían ni de reglas de ortografía ni de diccionarios. Cada grupo de escribas desarrolló un modo propio de escribir, aunque a principios del siglo XIII podemos apreciar que el primer tratado de gramática, de mediados del siglo XII, había empezado a tener su influencia. De todos modos cada quien transcribía tal y como estaba habituado a hacer y así fue en los siglos venideros...*

La noticia del cadáver hallado en el Breidafjörður despertó mucho más interés entre las autoridades de Reikiavik una vez se les comunicó que el fallecido con toda probabilidad era un profesor universitario danés, personaje muy valorado en su tierra natal. De hecho, en cuanto se supo que habían encontrado restos humanos, el caso llegó directamente a la mesa del departamento de detectives, aunque estaban a la espera del resultado de la autopsia y aguardaban a que la gente del lugar recopilase tanta información como pudiera. Una vez identificado el fallecido, consideraron oportuno poner a alguien a cargo de la investigación. Era necesario llegar al fondo del asunto y redactar un informe.

Dagbjartur Árnason no era el detective más brillante de la comisaría de Reikiavik, y eso ya lo sabía bien él mismo. Por eso no se tomaba a mal recibir trabajos que al resto le parecían aburridos e incluso sin importancia. De hecho, sobraban casos de ese tipo: cheques falsos de poca monta, hurtos en tiendas y otra clase de infracciones de sus conciudadanos se consideraban su especialidad y su principal ocupación. A Dagbjartur se le tenía por alguien un tanto perezoso y lento, pero también podía ser paciente y cordial, lo que surtía su efecto cuando había que buscar información que no era accesible de primeras. Estas características podían resultar muy útiles en la investigación de asuntos mayores, a pesar de que él mismo fuese bastante torpe a la hora de obtener una visión global de los casos. Por eso normalmente trabajaba como asistente en este tipo de tareas. También era torpe a la hora de interrogar a criminales curtidos.

El oficial de guardia llamó a Dagbjartur pasado el mediodía y le ordenó que investigase los movimientos de Gaston Lund por la capital a finales de agosto del año anterior. ¿Se había hospedado, por ejemplo, en algún hotel de Reikiavik? ¿Lo conocía alguien de la ciudad?

Dagbjartur estaba medio aturdido y cansado. No porque hubiese trabajado a destajo en los últimos días, sino porque había comido demasiada sopa de cordero en el almuerzo. También contaba con que aquél sería un día relajado, y le quedaba todavía el fin de semana por delante para ayudar a su mujer en el jardín, a no ser que, obviamente, surgiese algún trabajo que no pudiese esperar. Esto significaba horas extra y una paga mayor a fin de mes, lo que no venía nada mal.

Dagbjartur tenía una complexión no muy agraciada: era delgado de hombros y su cuerpo se iba ensanchando conforme descendía la vista. Su enorme barriga, las caderas anchas y el culo pesado le daban una forma casi cónica y a todas luces le dificultaban la tarea de encontrar ropa, por lo que el resultado era un aspecto un tanto

peculiar. Los pantalones claramente habían tenido que ensancharse con tan poca pericia como mala tela, y los mantenía sujetos con unos finos tirantes. La cara estaba decorada por una doble papada, pero tenía una expresión amigable y comprensiva.

Además de Dagbjartur, en el caso trabajaban el alcalde de Flatey y el representante del gobernador del distrito de Bardaströnd. Obviamente no se trataba del mejor talento a disposición de la policía, pero había que dejar que lo intentasen antes de sumar efectivos a la investigación. Llegaba el Domingo de Pentecostés y la mayoría estaba de vacaciones. Lo más probable era que aquel suceso tuviese una explicación natural que enseguida saldría a la luz. Además, los habitantes de Flatey ya habían superado las expectativas al dar con el nombre del difunto a pesar de que en un principio no estuviera nada claro.

Dagbjartur también era increíblemente rápido a la hora de conseguir resultados en sus pesquisas. Fue directo al hotel Borg con un taxi y en recepción pidió que le dejaran echar un vistazo al libro de huéspedes desde agosto hasta septiembre del año anterior. Un recepcionista parsimonioso, de mediana edad, trajo un libro grande marcado con el año 1959, lo puso delante del policía y lo abrió en la página exacta. Dagbjartur comenzó buscando desde el principio de agosto. Leyó a conciencia nombre por nombre y no se detuvo hasta llegar al 10 de septiembre. Aquella lectura no arrojó resultados. Gaston Lund no se había inscrito en el hotel, pero a Dagbjartur no le preocupaba mucho. Aún tenía que pasar por el resto de los hoteles de la ciudad e incluso por los hostales. Este trabajo podía alargarse mucho, si tenía suerte.

—Eh, ejem, disculpe. ¿Qué nombre está buscando? —preguntó el recepcionista cuando Dagbjartur se disponía a cerrar el libro.

—Profesor Gaston Lund, de nacionalidad danesa.

El recepcionista asintió con la cabeza.

—Sí, el señor Lund se hospedó en nuestro hotel el año pasado —dijo.

—¿Sí? ¿Y su nombre está en el registro?

—No, decidió permanecer aquí bajo un seudónimo.

—¿Y usted se acuerda de ello después de todos estos meses? —Dagbjartur estaba sorprendido.

El recepcionista esbozó una sonrisa.

—Sí, lo cierto es que no se trató de un registro muy convencional. Yo tengo muy buena memoria para esas cosas.

El hombre giró el libro de huéspedes y pasó las páginas con dedos entrenados.

—Aquí firmó el profesor —dijo señalando una línea el 24 de agosto.

Primero aparecía algo que podía ser la inicial G y una a minúscula, pero habían sido tachadas con dos rayas y luego habían escrito en mayúsculas «Egil Sturluson».

—Yo mismo me llamo Egill, así que me sorprendió especialmente ver mi nombre escrito de este modo —dijo el recepcionista.

—Sí, entiendo que este nombre le llamase la atención —comentó Dagbjartur asintiendo con la cabeza. Sacó su bloc de notas del bolsillo y apuntó esta información —. ¿Y usted no le hizo ningún comentario al respecto? —preguntó después.

—No, el cliente tenía un aspecto muy respetable e inmediatamente aceptó pagar su cuenta por adelantado, además de una fianza extra. No vi ningún motivo por el que preocuparme. Resultaba obvio que era danés y por lo visto un tanto excéntrico. Si no quería utilizar su nombre verdadero, algún motivo tendría.

—¿Y cómo sabe que su nombre auténtico era Gaston Lund?

—Es el nombre con el que firmó la cuenta del restaurante, seguramente por un despiste. Lo recuerdo bien porque luego fui yo quien se ocupó de los recibos del hotel. Poco después vino también un hombre preguntando si el profesor Lund se había hospedado en nuestro hotel.

—¿Y qué le respondió usted?

—Le dije que aquí no había ningún huésped bajo ese nombre.

—¿Por qué?

—Se había tomado muchas molestias para pasar desapercibido, y el hotel no tenía intención de complicarle las cosas; era lo menos que podíamos hacer. Además, cuando llegaron preguntando por él ya se había marchado, así que no mentí a nadie.

—¿Cuándo dejó el hotel?

Egill consultó el libro de huéspedes.

—Estuvo aquí dos noches y abandonó el hotel el 26 de agosto. Dejó una maleta que yo mandé guardar en el trastero para él.

—¿Vino a buscarla?

—Supongo que sí, aunque no lo haría en mi turno.

—¿Dónde guardaron la maleta?

—Tenemos un trastero en el sótano.

—¿Podría verlo?

—Sí. En un momento le acompaño.

Egill desapareció por una puerta pero volvió al minuto seguido de un joven que tomó su relevo junto a la mesa de recepción.

—Acompañeme, por favor —le dijo a Dagbjartur.

Bajaron las escaleras y entraron en un pasillo oscuro; Egill abrió la puerta a una pequeña celda y encendió la luz. Unas cuantas maletas descansaban en estantes.

—Aquí tienen guardadas muchas maletas —comentó Dagbjartur.

—Básicamente es equipaje que nadie ha reclamado y que se ha ido amontonando. A veces sucede que los huéspedes se olvidan de una maleta. Algunas de ellas pertenecen a clientes que se han escapado sin pagar la cuenta. No creo que vayan a venir a buscarlas.

—¿Ve la maleta del huésped danés por aquí?

—No recuerdo muy bien cómo era. Probablemente sería una maleta cara, porque él tenía un aspecto muy elegante —Egill le echó un vistazo a las maletas, sacó algunas y las abrió. Una de ellas era considerablemente más pesada que el resto y encontraron carpetas con documentos en cuanto la abrieron. También algo de ropa.

Dagbjartur cogió una de las carpetas y hojeó el contenido. Se trataba de cuartillas de escritura apretada en danés y al dorso había algunas postales noruegas. Al final encontró grapada a la última página una tarjeta en la que ponía «G. Lund».

—Tiene que ser ésta —dijo Dagbjartur.

El recepcionista estaba verdaderamente desconcertado.

—Esto me sorprende mucho —dijo—. Había dado por hecho que el cliente habría venido a recoger la maleta tal y como dijo que haría.

—Entonces, voy a tener que llevármela —dijo Dagbjartur—. Y dígame, ¿quién era la persona que vino a preguntar si se hospedaba aquí?

—No sé su nombre, pero estoy seguro de que he visto fotos de él en los periódicos. Probablemente sea conocido en su campo.

Dagbjartur sonrió con cordialidad.

—Espero que no esté usted demasiado ocupado estos días, porque está visto que vamos a tener que echar un vistazo a los periódicos viejos.

*»El Libro de Flatey se basa en muchas fuentes y documentos anteriores, no menos de cuarenta. La biblioteca del monasterio de Thingeyri probablemente fuese el filón principal, en tanto que albergaba una amplia cantidad de títulos.*

*»Ha despertado la atención de los estudiosos que los clérigos que escribieron el Libro de Flatey fuesen poco amantes de la poesía. De hecho, copiaron los poemas de los manuscritos más antiguos letra por letra y con el mayor sentido del deber, pero confundiéndose en numerosas ocasiones, y a todas luces se puede ver que no entendían mucho la lírica...*

La calle que llevaba a Ystakot era un sendero de tierra estrecho y sinuoso, así que iban en fila india, Grímur a la cabeza, seguido por Högni y por último Kjartan. El pequeño Nonni estaba sentado sobre una loma y los vio conforme se acercaban. Salió corriendo escopetado, llegó a la casa y desapareció por la puerta. La cabaña se dividía en tres pequeños frontones con tejado de turba y fachada de madera. Por la parte de atrás, estaba excavada en su mayor parte en la loma. En el frontón de en medio había una chimenea de la que salía humo negro. Había una huerta de patatas en la parte norte, y más arriba una pequeña caseta de tierra, probablemente un almacén. En la explanada de la entrada, unas cuantas parcelas cercadas con madera en las que también habían sembrado patatas, una carretilla boca abajo y un bidón de agua grande con una tapa encima.

Valdi apareció por la pequeña puerta. Tenía que agacharse para poder salir.

—Hola, muy buenos días —saludó Grímur.

Valdi asintió con la cabeza, metió tabaco en su pipa y con el ojo sano escrutó con atención a Kjartan.

Grímur le contó el asunto a Valdi. ¿Podría ser que hubiese escrito en sus notas quiénes habían ido con el barco del correo el sábado 4 de septiembre del año pasado?

Valdi se quedó pensativo.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó.

—El reverendo Hannes cree que conoce al hombre que encontrasteis en Ketilsey, pero dice que iba a embarcar hacia Stykkishólmur ese mismo día.

Valdi volvió a entrar en la cabaña, aunque regresó enseguida con una libreta azul en la mano. La estuvo hojeando y leyó en silencio.

—No, alcalde. Ese día no anoté nada sobre la gente que fue al sur.

—¿Y por qué no, Valdi? —Grímur estaba sorprendido.

—Pues ahora mismo no me acuerdo.

—¿No sería porque quizá no había ningún pasajero en el barco? —preguntó Kjartan.

Valdi lo miró.

—Tal vez.

—¿Podemos ver esa hoja? —preguntó Grímur.

Valdi miró primero a uno y luego al otro y acto seguido les pasó el cuaderno y les mostró la página. Las palabras estaban apretadas y a lápiz y junto a la fecha del 4 de septiembre ponía: «Llovizna, brisa leve, 4 grados. Pasajeros de Stykkishólmur, Hákon y Filippía. Estaban en Akranes para ponerse unos dientes nuevos. El hijo de

Gudrún de Innstibaer ha venido de visita». Luego había un pequeño espacio en blanco.

Oyeron un chillido que llegaba de dentro de la cabaña. Jón Ferdinand salió cojeando por la puerta con la mano en la boca.

—Ay, ay, ay —se quejaba—. Me he quemado la boca.

—¿Qué demonios te ha pasado? —le preguntó Valdi bruscamente.

—Sólo estaba probando el caldo de los benditos gaviones —dijo el anciano, compungido.

—¿Te has vuelto loco de remate?, ¿cómo se te ocurre beber del caldo cuando está hirviendo a más no poder en la olla? —dijo Valdi, y levantó la tapa del bidón de agua. Metió un cucharón dentro y le ofreció al anciano—. Aquí tienes, bebe algo fresco.

Jón Ferdinand sorbía el agua, pero Valdi miraba a los visitantes.

—Ahora tengo que cuidar de él como si fuese un crío —se lamentó.

Grímur miró los labios del viejo Jón.

—Le van a salir ampollas de la quemadura —dijo—. A lo mejor deberíais ir a ver a la doctora.

—Si tuviese que llevar de la cuerda a mi padre al médico cada vez que se quema el hocico, no podría hacer otra cosa —respondió Valdi bruscamente.

—¿Puedo echarle un vistazo un momento a tu cuaderno? —preguntó Kjartan.

Valdi lo escrutó.

—¿Para qué?

—El sacerdote dice que su huésped vino de Reykhólar el 2 de septiembre. ¿Anotas también en el cuaderno cuándo llega un barco de allí?

—No, no. No hay manera de estar al tanto de todo lo que va y viene del pueblo. Los barcos atracan en muchos más sitios y uno ya tiene suficiente que hacer. Sólo tomo nota cuando llega el barco del correo los sábados. Los ayudo con las amarras porque el muelle me queda muy cerca. Luego empecé a anotar quiénes venían en el barco, para saberlo y como pasatiempo. Nunca antes me había pedido nadie echarle un vistazo a estas notas.

Grímur suspiró.

—Bueno, Valdi, no vamos a insistir más. Si puedes, intenta acordarte de por qué no apuntaste nada en el cuaderno ese día y me lo haces saber luego.

Los tres hombres se despidieron.

*»La conservación de los manuscritos medievales de pergamino ha sido muy irregular. Durante el siglo XIII y principios del XIV posiblemente muchos manuscritos se exportasen a Noruega como producto de comercio. No obstante, su valor disminuyó cuando la lengua comenzó a cambiar a pasos acelerados a finales del siglo XIV. A la gente dejaron de interesarle aquellos pellejos que*

*nadie era capaz de leer. En Islandia, por el contrario, se les daba un uso continuo que no benefició a los pergaminos. Los libros se prestaban de mano en mano y se leían una y otra vez hasta quedar para el arrastre. Luego se hicieron transcripciones nuevas que eran más fáciles de leer y ya nadie se preocupó de aquellos antiguos manuscritos destartados. La Reforma tampoco fue especialmente buena con todos los mamotretos que habían escrito los monjes anteriores...*

*»Tampoco se sabe quién fue el propietario del Libro de Flatey después de Jón Haakonarson de Víðidalstunga, pero en la segunda mitad del siglo xv estuvo en manos de Thorleif Björnsson, senescal del rey en Reykhólar. Luego pasó a manos del hijo de su hijo, Jón Björnsson de Flatey, que le regaló el códice al hijo de su hijo, Jón Finnsson, que también vivió en Flatey, con cuyo topónimo se conoce el libro...*

*»En el siglo xvi, la conciencia nacional comenzó a despertar en Europa. Se puso énfasis en el poder nacional y se reforzaron los reinos. Los intereses se centraron en las historias nacionales, y en los países nórdicos los estudiosos sabían que había documentos en Islandia. El rey de Dinamarca envió coleccionistas de manuscritos a Islandia en los siglos xvii y xviii, y de todos ellos Árni Magnússon fue el más involucrado. Aunque también hubo muchos otros. En las Sagas de Obispos se cuenta que el granjero Jón de Flatey tenía un grueso libro de pergamino con antigua escritura monacal, que contenía sagas de los reyes de Noruega y mucho más, y con esto mismo se estaban refiriendo al así llamado Libro de Flatey...*

Después de su visita a Ystakot, Kjartan y Grímur se dirigieron a la central telefónica y llamaron a todas partes. Lograron contactar con el barco postal a través de Radio Gufunes, ya que estaba en la bahía de Faxa, camino de Stykkishólmur con una carga de cemento desde Akranes. Los tripulantes no pudieron ayudar con respecto al pasajero danés. Podía haber estado perfectamente a bordo, pero no se acordaban de nadie en especial. Más que nada, era el cocinero el único que tenía algún contacto con los pasajeros, pero el año anterior justo estaba de vacaciones esas semanas. Una muchacha joven, recién licenciada de la Escuela de Amas de Casa, lo había sustituido mientras tanto. Ahora se había casado con un hombre de las islas Vestmann y se había ido a vivir allí, según creían.

El reverendo Veigar de Reykhólar se acordaba bien de Gaston Lund, pero no había oído nada más de él ni tampoco es que esperase noticias suyas. Tan sólo se había hospedado una noche en Reykhólar. El encargado del hotel de Stykkishólmur confirmó que Lund no se había alojado allí la noche después de que el barco llegase de Flatey. El autobús para Reikiavik salía a la mañana siguiente, de modo que debía de haberse quedado a dormir en cualquier otro lugar de la aldea, si es que había llegado en el barco.

El conductor del autobús de Stykkishólmur estaba en su casa en Reikiavik.

—Pero si ya ni me acuerdo de quiénes venían en el bus ayer —respondió cuando Grímur le preguntó si recordaba a un pasajero danés del 4 de septiembre del pasado año.

Al final llegó un mensaje del departamento de detectives de la policía de Reikiavik. Gaston Lund se había hospedado dos noches en el hotel Borg al llegar al país y había pedido que le guardasen la maleta mientras viajaba fuera de la capital. La maleta quedó a buen recaudo en el trastero del sótano del hotel y allí había permanecido olvidada. Nadie se sorprendió de que no hubiesen ido a recogerla.

Kjartan y Grímur estuvieron en la central telefónica hasta la hora de la cena y continuaron con las pesquisas. Stína, la directora de la central, y su colega de Stykkishólmur mantuvieron la línea abierta más allá del horario habitual y siguieron las conversaciones entusiasmados.

De la embajada danesa llegaron más datos. Gaston Lund había salido de Copenhague hacia Noruega a mediados de julio. Era soltero, tenía modos un tanto excéntricos, y por lo visto prefería hacer las cosas por su cuenta. Sus colegas de la Universidad de Copenhague sabían que se dirigía a Bergen, Trondheim y Stiklestad en Noruega, pero no había mencionado nunca una visita a Islandia. Habían

comenzado a buscarlo tan pronto como repararon en que no aparecía para dar su conferencia en el simposio de codicología ni para impartir sus clases en la universidad. Luego se realizó una amplia búsqueda por Noruega. A principios de septiembre había tenido lugar un accidente de ferry en Bergen, por lo que la gente había empezado a suponer que el profesor era uno de los desaparecidos en el percance. La noticia del descubrimiento de su cadáver en una isla desierta de Islandia tuvo un gran impacto.

En las noticias vespertinas de la radio nacional emitieron un largo informe sobre el caso y comunicaron que, según palabras del gobernador de Patreksfjörður, había una investigación en curso.

*»El año 1647, Brynjólfur, el obispo de los Fiordos Occidentales, celebró una misa en la iglesia de Flatey el duodécimo domingo después de la Trinidad, que cuadraba en 15 de septiembre. Brynjólfur propuso comprar el Libro de Flatey, primero a cambio de dinero y luego de terrenos, pero no lo consiguió. Sin embargo, cuando Jón Finnsson acompañó más tarde al obispo al barco, le entregó el buen libro. Podemos suponer que el obispo tenía intención de imprimir el libro con traducciones al latín para los ilustrados, pero no logró el permiso del rey para poner en marcha una imprenta en Skálholt, ya que el obispo de Hólar tenía el permiso exclusivo de impresión en Islandia...*

*»El rey Federico III de Dinamarca reinó de 1648 a 1670. Tenía mucho interés en el saber de la antigüedad y en 1656 escribió a Brynjólfur para que le enviase aquellas antiquitates, documenta y sagas de antaño que encontrarse pudieren en Islandia, para gloria y recabdo de su majestad, enriqueciendo con ello la Real Biblioteca. El obispo anunció esta petición del rey por carta en la asamblea legislativa del Parlamento; ese mismo año envió el Libro de Flatey al extranjero, y desde entonces ha estado en la biblioteca regia. El rey Federico III pasó a tener el Libro de Flatey como rey de Islandia, por lo que habría que considerarlo una propiedad estatal islandesa. Éste es el argumento que aducen los islandeses que desean que el libro sea enviado de vuelta a su tierra natal, y con ello mismo termina esta historia del Libro de Flatey.*

Högni continuó ocupándose de las crías de foca después de que Grímur y Kjartan se fuesen a la central de teléfonos. Ya estaban todas las pieles sobre el hastial del barracón pero todavía quedaba una gran cantidad de carne en los cuerpos y había que convertir el sebo en aceite.

El pequeño Nonni de Ystakot llegó a la carrera bordeando la playa con un cacharro para la leche abollado en la mano y saludó al profesor con timidez.

—¿Ya te has leído la historia de los indios que te he prestado, querido Nonni? —preguntó Högni.

—Sí, dos veces.

—¿Dos veces? No era necesario. Luego podemos ir los dos a la biblioteca y ver si encontramos algún libro divertido que todavía no hayas leído.

—Estoy leyéndome *El holandés errante*. Papá lo ha tomado prestado.

—Ése no es un libro bonito.

—Lo sé. Es de mucho miedo.

—Sí. La verdad es que es una historia muy fantasmagórica. Yo no se la dejaría a un niño pequeño.

—Sólo la leo de día, y por la noche la guardo en el almacén de las patatas. Así no tengo tanto miedo.

—Bueno. ¿Ya has sembrado las patatas?

—Sí, sí, casi todas.

—¿Habéis cazado alguna cría de foca esta primavera?

—No, ninguna. Papá y el abuelo fueron a ver las redes de Ketilsey esta mañana pero no sacaron nada. Dice papá que es sólo por mi culpa.

—¿Y por qué iba a ser culpa tuya?

—Porque cagué en la isla y papá dice que las focas notan el olor. Pero yo estoy seguro de que sobre todo es por culpa del hombre muerto. Olía mucho peor.

Högni encontró un barreño viejo de lavar y metió dentro unos cuantos trozos de foca.

—Ten, chico. Llévale esto a tu padre a casa. Mañana me devuelves el barreño. Después podemos ir a la biblioteca y encontrar algo divertido. Recuerda que los libros son los mejores amigos —dijo sonriendo.

Nonni cogió el recipiente y se lo puso bajo el brazo. Luego se marchó a casa todo concentrado sin despedirse ni dar las gracias.

*Él preguntó:*

—¿Podrías ayudarme a entender las preguntas y respuestas del enigma de Flatey?

—Puedo intentarlo —respondió ella.

Luego ella leyó las preguntas una tras otra, miró la respuesta que tenía en la hoja y buscó en el capítulo pertinente de la edición de Munksgaard del libro, con manos hábiles. Pasaba el dedo por el texto, quizá leía alguna que otra línea en alto, pero por lo general se limitaba a decir por encima de qué trataba el capítulo. Él asentía con la cabeza si las respuestas coincidían, pero si no, leía la otra propuesta. Así fueron repasando las cuarenta preguntas, una a una...

*Sábado, 4 de junio de 1960*

Los vientos del este fueron amainando por la noche, y cuando rayó el alba, el sol brillaba y todo el Breidafjörður se hallaba en calma. Los canales de las islas eran azul oscuro y la superficie del agua estaba lisa como un espejo, excepto allí donde las mareas creaban fuertes corrientes al estrecharse entre las islas y los bajíos.

Kjartan miraba por la ventana de su habitación recordando aquel sabio refrán que decía que los rayos del sol servían de poco a aquellos que carecían de luz en el alma. Respiró hondo unas cuantas veces y luego empezó a vestirse.

Grímur y Högni ya se habían marchado a ocuparse de las redes de focas cuando Kjartan finalmente bajó de la buhardilla. Ingibjörg estaba en la cocina mezclando alguna masa de repostería mientras escuchaba una famosa canción en la radio. La masa amarilla estaba en un bol grande que agarraba con fuerza bajo el brazo izquierdo mientras con la mano derecha la batía enérgicamente con un cucharón de madera. Con toda aquella refriega, un poco de harina había salpicado las mesas. Kjartan se fijó en que los huevos que estaba usando para la masa eran grandes y moteados con pintas negras.

—No son más que huevos de gavión de esta primavera —dijo cuando él cogió uno y se quedó mirándolo con atención—. No es que tengamos que reservarlos para recetas, pero tenemos de sobra en esta época del año y también se puede hacer repostería con ellos aunque estén un poco viejos —añadió.

Kjartan bebió su café matutino y se tomó una rebanada de pan con paté de cordero. Poco a poco se fue encontrando mejor. Había empezado a sentirse a gusto en su estancia con el matrimonio del alcalde, pero las preocupaciones de la investigación todavía le pesaban. No obstante, consiguió olvidarse por un momento mientras miraba a través de la ventana de la cocina a dos lavanderas blancas que saltaban de piedra en piedra sobre la cuesta, e incluso silbó unas cuantas notas al compás de la radio.

Ingibjörg siguió ocupándose de sus labores culinarias y, para alivio de Kjartan, en un primer momento no inició una conversación. Le sentaba bien estar allí sentado y poder pensar un poco. Además, le preocupaba que una conversación entre ambos se desviase pronto al terreno personal; eso era justo lo que quería evitar. No deseaba mentir, así que era mejor mantener la boca cerrada.

Pero sin duda tenía una tarea de la que ocuparse. Había pensado encontrarse con aquellos isleños que contasen con un barco a motor lo suficientemente seguro para un

viaje hasta Ketilsey en septiembre, así que le preguntó a Ingibjörg quiénes eran. Ella le respondió que apenas eran cinco, o más bien tres, descontando a Valdi de Ystakot y el propio alcalde Grímur.

Ingibjörg mencionó a los otros mientras rompía huevos y los añadía a la masa:

—Ásmundur, el tendero del colmado, tiene a *Alda*, una hermosa barca pintada de blanco con un motor fueraborda; mi hermano Gudjón el de Rádagerdi tiene el *Ellidi*, un barco de seis toneladas con una pequeña caseta; y Sigurbjörn, el granjero de Svalbardi, tiene una barca a motor con hechura antigua, de color verde, *Destino*. Todos ellos son hombres decentes, con sentido común, honrados y respetables.

Kjartan se sobresaltó al oír la palabra *Destino* como nombre de un barco. Algo así no se le habría ocurrido. No tenía por qué estar conectado con el mensaje que el hombre de Ketilsey había intentado dejar, pero, no obstante, debía tenerlo en cuenta en su investigación.

Kjartan conocía el camino a Rádagerdi, y en su trayecto únicamente encontró a Benni, solo en casa, todavía pintando las ventanas. Parecía contento de que lo interrumpiesen, dejó a un lado la brocha y sacó un cigarrillo.

—Mi madre y mi hermana Rósa están arriba en el establo ordeñando las vacas y mi padre está con Sibbi el de Svalbardi, dándole un corte para la misa de mañana —respondió cuando Kjartan le preguntó por la gente de la casa.

—¿Dándole un corte? —Kjartan no estaba seguro de si había oído bien.

—Sí, mi padre sabe más o menos cortar el pelo. Se limita a dejarlo bastante corto, pero luego pega tirones porque usa unas tijeras de trasquilar que ya están desgastadas. Por eso no le dejo que me lo corte a mí. A veces también viene el barbero de Stykkishólmur con el barco del correo y le corta el pelo a la gente mientras el barco va hasta Brjónslaekur. A mí me gusta más. Sabe hacer un corte de caballero. También se puede comprar gomina en el colmado de Ásmundur.

Benni se colocó el cigarrillo encendido en la comisura de los labios, sacó un cepillo del bolsillo trasero y se peinó hacia atrás su pelo claro desde la frente.

—Así es como lleva Elvis el pelo —explicó, pero al decirlo se le cayó el cigarrillo de la boca.

Kjartan se despidió y se puso en marcha hacia Svalbardi mientras Benni intentaba pescar la colilla del cigarrillo entre las matas de ruibarbos que crecían a lo largo de la fachada de la casa.

Kjartan tuvo suerte y dio con los dos granjeros, Sigurbjörn y Gudjón, en su primer intento. Sigurbjörn estaba sentado en un taburete a la entrada de Svalbardi con una sábana vieja sobre los hombros y atada al cuello. Gudjón permanecía de pie a su lado y le estaba cortando el pelo. Además de ellos, también había dos mujeres en la explanada, probablemente madre e hija, lavando ropa de cama en un lavadero grande. La más joven, una muchacha hermosa de quince o dieciséis años, miraba con

curiosidad a Kjartan, pero bajó los ojos con timidez cuando él le devolvió la mirada.

Gudjón de Rádagerdi era un hombre elegante en los cuarenta, recién afeitado, y tenía el pelo oscuro y cuidadosamente peinado hacia atrás con gomina. Llevaba unos pantalones planchados de color beis y una camisa de algodón a cuadros con un pañuelo rojo al cuello. Sigurbjörn, por su parte, era bastante más mayor, con el pelo encrespado y unas greñas grises del lado de la cabeza que todavía no le habían cortado. Con una mejilla rasurada y la otra no, la tez tenía un aspecto blanco azulado. En los pies llevaba calcetines de lana y unos zapatos de goma que sobresalían de la sábana.

Por la impresión que se llevó Kjartan, aquella técnica de peluquería se parecía más al esquilado de las ovejas que a un corte de pelo. El proceso también iba lento porque el peluquero se atascaba y le hacía daño a Sigurbjörn.

Kjartan se presentó y ellos lo saludaron.

—Hace buen tiempo —comentó por decir algo.

—Sí, y lleva así toda la primavera —respondió Sigurbjörn—. Creo que incluso mejor de lo que las más ancianas recuerdan. Yo diría que los charranes nunca antes han llegado tan pronto a poner sus huevos. Para mí que esto va a acabar con alguna calamidad. Ay, ay, ve con cuidado con esas tijeras del demonio, Gutti.

—Ah, ¿entonces creen que va a empeorar? —dijo Kjartan mirando al cielo y sin poder divisar ni una sola nube. Luego continuó—: Bueno, ya conocen mi cometido aquí en el pueblo, ¿no? ¿Podría hacerles algunas preguntas?

Gudjón dejó de cortar y se estiró.

—Sí, claro, faltaría más —dijo con curiosidad.

—Hemos averiguado que el cadáver hallado en Ketilsey era de un danés que se hospedó aquí el año pasado en casa del sacerdote, el profesor Gaston Lund —dijo Kjartan.

—Sí, ya nos enteramos ayer enseguida —respondió Gudjón.

—¿Y se acuerdan de ese hombre?

Gudjón negó con la cabeza pero Sigurbjörn, por su parte, asintió al tiempo que respondía:

—Sí, sí, ya lo creo. Me acuerdo muy bien del tipo. La verdad es que tuvimos una pequeña discusión.

—¿Y eso? —Kjartan era todo oídos.

—Bueno, o digamos que la tuvimos como pudimos. Él estaba intentando hablar islandés el pobrecillo pero no es que resultase fácil entenderlo.

—¿No era capaz de hacerse entender?

—Sabía algo de nórdico antiguo y esas cosas. Sin duda había aprendido de los manuscritos, según dijo. Luego había practicado algo de islandés moderno hablando con los estudiantes islandeses en las cervecerías de Copenhague. Obviamente le

habían enseñado bien a maldecir y a decir groserías.

—¿Maldecía mucho? —preguntó Kjartan.

Sigurbjörn sonrió y agitó la cabeza.

—No, no.

—¿Y sobre qué discutieron entonces?

—Yo le pregunté que cuándo iban a devolver los daneses el Libro de Flatey y él dijo que tenía que quedarse en Copenhague. Allí es donde estaban los mejores especialistas, dijo. Entonces me puse a repasar un poco la Saga de Sverre con él y no fue capaz de responderme a mucho. Luego intentamos razonar algo más sobre el asunto, pero, a decir verdad, no creo que ninguno de los dos llegase a entender al otro.

Sigurbjörn se rio sarcásticamente, pero luego se puso serio y dijo:

—Por supuesto, es horrible que el hombre haya acabado muerto en Ketilsey.

Gudjón lo secundó asintiendo con la cabeza.

—¿Dónde se encontraron ustedes dos? —preguntó Kjartan.

—En la biblioteca. Hallbjörg de Innstibaer se lo había llevado allí para que le echase un vistazo a nuestra edición de Munksgaard. A él le impresionó cómo tenemos guardado el libro bajo una urna de cristal. Dudo que traten mejor al original. También iba a probar suerte con el viejo enigma. Fue entonces cuando le pregunté cuándo iban a devolvernos nuestro códice, pero él no podía ni oír mencionar el asunto.

—Sabemos que el difunto dejó la casa del sacerdote el 4 de septiembre y tenía intención de ir a Stykkishólmur con el barco postal —dijo Kjartan—. Lo que no sabemos es si llegó a subir a bordo. En caso de que no, ¿sería posible que hubiese salido de la isla con algún otro barco? ¿Sería posible que hubiese ido en el barco de alguno de ustedes?

Gudjón y Sigurbjörn se miraron el uno al otro y luego sacudieron la cabeza a la vez.

—Ya a principios de septiembre no salimos mucho, a no ser quizá a recoger el heno en las islas exteriores después de la siega. Más tarde damos algún que otro viaje a tierra firme a por las ovejas de los campos de verano. Todo el que tiene que ir al sur coge el barco del correo —dijo Sigurbjörn.

Kjartan no se dio por vencido:

—¿Y sería posible que alguien hubiese viajado en el barco de alguno de ustedes sin su conocimiento? —preguntó.

Gudjón le respondió con otra pregunta:

—¿Quiere decir que alguien lo haya cogido sin permiso?

—Sí.

—Sería la primera vez que pasa algo así aquí en las islas.

—Pero ¿podría haber sucedido? Alguna vez ha de ser la primera.

Gudjón y Sigurbjörn se miraron de nuevo el uno al otro y volvieron a negar con la cabeza a un tiempo.

—No —respondieron a coro, y Sigurbjörn añadió—: Yo creo que me daría cuenta enseguida si otra persona hubiese movido el barco del embarcadero.

Gudjón estaba de acuerdo.

—En ese caso, ¿tienen alguna idea de cómo podría haber llegado este hombre a Ketilsey?

—Estoy seguro de que no desapareció por la borda del barco postal de camino a Stykkishólmur —afirmó Gudjón—. Menos aún en septiembre, cuando por lo general hay muy pocos pasajeros a bordo. Los tripulantes son gente bien despierta y responsable.

Kjartan se preguntó si no tendría que mencionar que aquel danés quizá había intentado escribir DESTINO con piedrecillas en Ketilsey, pero decidió no hacerlo. No podía saber si aquello guardaba conexión con el barco de Sigurbjörn y no estaba seguro de si debía comentarlo. Consideró que aquellos granjeros difícilmente podrían ayudarle por el momento. Se despidió y se dirigió de nuevo al pueblo. Cuando volvió la vista atrás se fijó en que los dos colegas se habían enfrascado en una conversación y parecían haber olvidado por completo rematar el corte de pelo.

*Ella leyó:*

*—1.ª pregunta: «Ningún caballo era capaz de llevarlo. Cuarta letra». Rögnvald había desposado a Ragnhild, hija de Hrolf el Nasón. Su hijo primogénito fue Hrolf, quien ganó Normandía. Era tan grande que no era capaz de llevarlo ningún caballo. Por ello lo llamaban Hrolf el Caminante. De él descienden los condes de Rúda y los reyes de Inglaterra. La respuesta es «Hrolf el Caminante» y la cuarta letra es la L.*

*—Aquí el huésped responde «Caminante» —dijo él—, por lo que la cuarta letra es la I...*

El detective de la policía Dagbjartur se hallaba en la Biblioteca Nacional con Egill, el recepcionista del hotel Borg, que estaba hojeando los periódicos de los últimos meses. Egill tenía que intentar reconocer a la persona que había ido a preguntar por el profesor Lund el otoño anterior. El recepcionista estaba seguro de haber visto fotos de aquel hombre en los periódicos y ahora debía repasarlos hasta encontrarlo. Ya era su segundo día en la tarea y parecía que la cosa iba lenta. Egill observaba minuciosamente las fotos de todos los hombres con cuidado, y de tanto en tanto caía en algún detalle de algún artículo que parecía despertar su interés. Dagbjartur se limitaba a permanecer sentado con paciencia, bostezaba y se limpiaba las uñas. La búsqueda suponía un trabajo bien claro y definido que en el mejor de los casos podría durar uno o dos días más. De este modo, mientras tanto, se libraba de delincuentes de poca monta y de redactar informes. Aquella mañana, de hecho, había enviado un anuncio a los periódicos reclamando que aquella persona en cuestión se pusiese en contacto con la comisaría. Sonaba más o menos así: «Se solicita que el hombre que entró en el hotel Borg a finales del mes de agosto del año pasado y que preguntó por el danés Gaston Lund se ponga en contacto con la brigada de detectives de Reikiavik». El anuncio no se publicaría antes del próximo miércoles, como muy pronto. El Domingo de Pentecostés estaba al caer y ese día no salía ningún periódico.

Delante de ellos, sobre la mesa, tenían carpetas grandes y gruesas. Dagbjartur se ocupaba de renovar el montón una vez revisado. Se trataba de una tarea tranquila para un hermoso día de junio y daba la oportunidad de tomárselo con calma. La biblioteca también estaba tranquila aquel sábado, apenas había un pequeño grupo de usuarios fijos trabajando. De cuando en cuando se oía una tos ahogada o un estornudo, un susurro o el chirrido de una silla. Por lo demás, reinaba un silencio propio de un mausoleo.

Dagbjartur se había quedado dormido en la silla cuando el recepcionista exclamó de repente:

—¡Aquí está!

El detective se despertó de un sobresalto.

—¿Está seguro? —preguntó decepcionado.

—Sí, sí —dijo—. Completamente seguro.

Dagbjartur miró la página. En la fotografía aparecía un hombre canoso de aspecto amigable y debajo el nombre: Fridrik Einarsson. El artículo se titulaba «El arte de dar muerte en la Saga de los Orcadenses».

Miró el reloj. Aquel día aún tenía tiempo suficiente para buscar al hombre y

hablar con él. No iba a poder escaquearse. Dagbjartur suspiró con cansancio.

—2.<sup>a</sup> pregunta: *«La cabeza mató a un hombre aun estando decapitada del cuerpo. Sexta letra»*. Melbrigdi el Diente, conde de Escocia, y el conde Sigurd organizaron una reunión para llegar a un acuerdo. Cada uno de ellos podría ir escoltado por una comitiva de cuarenta hombres, pero Sigurd hizo que dos personas montasen en cada uno de los cuarenta caballos. Cuando el conde Melbrigdi vio aquello, les dijo a sus hombres: *«Hemos sido engañados por el conde Sigurd, pues veo dos piernas a cada lado de las grupas»*. Hubo entonces una dura batalla y en ella cayó Melbrigdi, y también toda su compañía. Sigurd ordenó cortarles las cabezas y las llevaron a casa cabalgando y celebrando la victoria. En el camino, Sigurd quiso azuzar a su caballo y su pantorrilla se dio contra un diente que sobresalía de la cabeza de Melbrigdi. Aquello le provocó mucho dolor e inflamación y al final incluso la muerte. La respuesta es *«Melbrigdi»* y la sexta letra es la I...

El colmado se hallaba en una casa de dos plantas junto al espigón de Thýskavör, cerca del edificio de la cooperativa. Las puertas del comercio daban al oeste, aunque en el flanco oriental habían construido un vestíbulo adosado y habían abierto otra puerta. De allí se subían las escaleras al piso de arriba, donde vivía Ásmundur con su mujer en un pequeño apartamento. La tienda y el almacén estaban en el piso de abajo. Cuando Kjartan abrió la entrada del colmado, la hoja de la puerta dio contra una pequeña campanilla que resonó estridente en aquel espacio desierto. Kjartan miró a su alrededor y respiró hondo. Había un olor fuerte pero familiar allí dentro. Los muebles de madera despedían diversas notas de una sinfonía de aromas que se correspondían con una variedad innumerable de productos. Caramelos, betún para el calzado, café, clavos, libros, copos de avena, anzuelos, patatas, agujas de coser, levadura de repostería, cafeteras, uvas pasas, guadañas, azúcar moreno, pintura, limonada, piedras de afilar, rapé, viseras, guisantes, zapatos de goma, esencia de vainilla, rastrillos, chocolate y boyas para las redes. Todo esto y mucho más estaba colocado sin ningún orden en pilas en las estanterías que cubrían todas las paredes del comercio. Luego había otros productos amontonados en el suelo o sobre el mostrador.

Ásmundur apareció enseguida en la tienda. Era un hombre bajo y orondo, calvo, con una cara redonda y alegre, y llevaba una bata blanca de comerciante que tenía atada en la panza. En el bolsillo de la pechera tenía dos lápices y una vara de medir plegable. El tendero lo saludó amigablemente:

—Buenos días, joven. Las navajas y las vitaminas están de oferta esta semana, igual que los piensos que tenemos en stock. Nos ha llegado de nuevo la pomada para las ubres y también la última moda en elegantes zapatos de Reikiavik.

—No vengo a comprar nada, disculpe la molestia. Me gustaría hablar con usted por otro motivo —dijo Kjartan después del discurso del tendero, y a continuación realizó las mismas preguntas que les había hecho antes a los granjeros. Las respuestas de Ásmundur eran parecidas. Se acordaba bien del huésped danés. El hombre había ido a la tienda y había preguntado por carretes fotográficos.

—Por desgracia, no tenía ninguno. Hago un encargo especial y me los traen directamente de Reikiavik cuando alguien los requiere. Como el danés se dirigía de todos modos al sur, no me preocupé por encargárselos —explicó Ásmundur—. Sin embargo, pude venderle dos pares de calcetines de lana —luego pensó un momento y dijo—: Con toda seguridad, mi barco no se movió del sitio durante ese tiempo.

—¿Para qué utiliza el barco? —preguntó Kjartan.

—Más que nada para pequeños transportes para la tienda —respondió el

comerciante—. Puede resultar muy útil disponer de un barco a motor decente para hacer un viaje rápido a tierra firme o a las islas interiores cuando los granjeros no pueden salir de casa con los trabajos del verano. La cooperativa no ofrece ni por asomo un servicio tan bueno y es así como se consigue hacer negocio. De todos modos no voy nunca al sur hasta Stykkishólmur, porque de allí ya viene el barco del correo todas las semanas con la mercancía. Después del tiempo de la siega siempre recojo mi barco y lo dejo dentro del cobertizo durante el invierno. No me gustan las travesías por el mar en invierno, porque aparte del frío hay una oscuridad cegadora. Además, los granjeros tienen más tiempo en invierno y les gusta venir a comprar al pueblo, para variar.

—¿Y se le ocurre cómo pudo ir a parar ese danés a Ketilsey? —preguntó Kjartan.

—Pues no se habla de otra cosa en el pueblo —respondió el comerciante—. Pero no hay nadie que lo entienda. ¿Quién demonios iría a dejar allí a aquel hombre? Conozco a cada hijo de vecino aquí en las islas y puedo asegurar que no hay nadie que tenga maldad alguna, mucho menos que fuese capaz de algo así. Tal vez fue un accidente. Tal vez el hombre subiese a bordo del barco postal sin que la tripulación reparase en él. Luego igual se apoyó en la baranda, le dio un vahído y cayó al mar. En ese caso, habría recobrado el conocimiento en el agua y habría nadado hasta encontrar algo con lo que mantenerse a flote o algo a lo que agarrarse. Si cuadró que la creciente del mar era muy rápida, sería posible que hubiese sido arrastrado todo el trecho hasta Ketilsey. No obstante, eso sería tan improbable que cuesta creerlo.

Kjartan se sentía a punto de darse por vencido en la investigación. No se había acercado en absoluto al destino de Gaston Lund.

—¿Cuánto cuestan estas navajas? —preguntó.

—3.<sup>a</sup> pregunta: «Hendida en dos con la proa de un barco. Cuarta letra». En el Relato de Sörli se cuenta cómo Hédin, el hijo del rey, había sido atacado con un hechizo. Cegado por la brujería, ordenó colocar a la reina Hervör, mujer del rey Högni, delante de la proa de su barco cuando éste iba a ser botado, de modo que la partió en dos. Luego combatieron Hédin y Högni en un duelo. Se cuenta que era tal la maldad que provocaba aquel hechizo que, aunque se hubiesen partido en dos el uno al otro, volvieron a levantarse como antes y continuaron luchando. Siguió la contienda durante catorce décadas y tres años hasta que un hombre de la corte del rey Olaf los liberó de aquella desgracia. La respuesta es «Hervör» y la cuarta letra es la V...

Kjartan iba de camino a casa del alcalde cuando de repente recordó que habían mencionado un nombre nuevo en relación con el visitante danés. El granjero Sigurbjörn había dicho que Hallbjörg de Innstibaer había llevado al visitante a la biblioteca. No podía hacer daño alguno oír algo más concreto sobre esa parte de la historia. El niño pequeño que le había dado el recado del sacerdote al alcalde Grímur apareció en el camino de Kjartan y pudo darle indicaciones de cómo llegar. No era nada complicado. Tan sólo había un sendero en aquella dirección e Innstibaer era la última casa en la parte de la calle que daba al mar. Dos corderitos lo recibieron entre balidos amistosos junto a una casa pequeña y bonita. Sobre la acera, dos mujeres sentadas en sendos taburetes de madera tejían calcetines de lana a la luz del sol. Una andaba por los setenta, de cuerpo grande y robusto. La otra podía tener poco más de cincuenta, y era pequeña y delicada.

Kjartan saludó y se presentó. Las mujeres recibieron el saludo con curiosidad pero no se presentaron por su parte.

—¿Alguna de ustedes se llama Hallbjörg? —preguntó entonces Kjartan.

—Sí, esa viejecita soy yo, querido —respondió la mayor.

Kjartan le contó la conversación con Sigurbjörn de Svalbardi y le preguntó si recordaba al visitante danés.

—Sí, lo cierto es que mi labor en este pueblo es la de cuidar la llave de la biblioteca. Quienes quieran pedir prestado un libro tienen que pedirme la llave antes. Pero cuando viene gente desconocida y quiere echarle un vistazo a la biblioteca, entonces voy yo misma con ellos. A grandes rasgos así funciona, querido.

—¿Y se acuerda de ese hombre danés? —preguntó Kjartan.

—Sí, sí. Quería probar a resolver el viejo enigma.

—¿Se refiere a las preguntas del Libro de Flatey?

—Sí, no es más que un simple acertijo, pero de todos ellos todavía no ha habido ninguno que haya conseguido resolverlo.

—¿De quiénes?

—Hay todo tipo de engreídos que presumen de saber mucho sobre el Libro de Flatey.

—¿Sabe si el profesor Lund fue capaz de resolver el enigma?

—No. No lo creo. Yo estuve vigilando mientras lo intentaba. Se quedó hasta bien entrada la noche.

—¿Podría ver esa hoja con las preguntas?

—Sí, supongo que no hay ningún peligro en ello. Te voy a dejar prestada la llave

y te ocupas tú mismo. ¡Me duelen tanto las piernas hoy!

La mujer se puso en pie con cierto esfuerzo y entró en la cabaña.

La otra miraba fijamente a Kjartan sin decir nada, pero luego, cuando él la miró a ella, bajó la vista y se concentró en las agujas de calcetar. En su época debía de haber sido una mujer muy hermosa; ahora la edad se le estaba echando encima, aunque todavía se podía notar un cierto atractivo en sus modos.

Kjartan se agachó sobre los corderos que se habían puesto a sus pies y los estuvo acariciando hasta que regresó Hallbjörg.

—Aquí tienes —dijo mientras le entregaba la vieja llave.

Kjartan la cogió.

—¿Voy a poder encontrarlo yo solo? —preguntó.

—Sí. El libro de Munksgaard está en la mesa acristalada que hay en la pared norte. No le pasa desapercibido a nadie. La biblioteca no es grande. Puedes abrir el cajón y las hojas del enigma están al principio del libro. Sólo recuerda que esas hojas no pueden salir de la biblioteca. No traen más que la desgracia y la desdicha si se sacan o si son copiadas.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, es una verdad que todos conocen. Una antigua maldición, querido. Hay una runa mágica dibujada en la hoja y nadie sabe qué brujerías desata si no se la trata con respeto. La clave de la respuesta únicamente está escrita en esa hoja, y no se puede sacar nunca de la biblioteca. A no ser, por supuesto, una vez que se haya resuelto el enigma. Entonces, el vencedor podrá quedarse las hojas.

—¿Son un trofeo?

—Sí, y un honor. ¡Quien resuelva el enigma alcanzará la fama!

—¿Es un enigma muy antiguo?

—No tanto. Aunque tiene mucho más de cien años.

—¿Y esas hojas han estado en la biblioteca todo este tiempo?

—No, no. El viejo bibliotecario que recibió el libro de Munksgaard en el centésimo aniversario de la biblioteca recibió con él el enigma. Lo cierto es que antes estuvo bajo la custodia del rey, en Copenhague. Se trata de unos documentos muy importantes.

Kjartan iba a despedirse, pero Hallbjörg le indicó que se acercase a ella y le dio algo.

—Aquí tienes un trozo de azúcar cande, querido. Seguro que te gustan los dulces —sonreía amigablemente.

Kjartan se fijó en el pedazo oscuro que tenía en la palma de la mano y le dio las gracias. Luego se despidió y los corderitos fueron siguiéndolo cuando se encaminó hacia el pueblo.

—4.<sup>a</sup> pregunta: «Hombres del rey Magnus. Primera letra». El rey Sverre Sigurdsson reinó en Noruega del año 1177 al 1202 y sus hombres eran los heroicos Birkebeines. En un principio se consideraba una ofensa llamar birkebein a alguien, pero después de la caída del conde Erling aquel apodo se convirtió en elogio y otorgaba gran prestigio a quien así era llamado. Por aquella época había conflictos constantes con el rey Magnus y sus hombres, que recibieron el sobrenombre que aquí se cuenta. Sucedió entonces que una anciana mendiga con bastón murió dejando tan sólo su hekla, un manto con capucha. En ella se encontró mucha plata. Los hombres de Magnus cogieron la hekla y la quemaron, pero se repartieron la plata. Mas cuando los Birkebeines supieron de esto, los llamaron Herederos de la Hekla o Heklungos, así que la primera letra es la H...

El detective Dagbjartur encontró a Fridrik Einarsson, profesor universitario de Filología Islandesa, en su hogar, una hermosa casa particular de la calle Aragata. Hacía dos horas que Dagbjartur se había despedido de su ayudante Egill en la Biblioteca Nacional. Luego había podido hacer una llamada desde el teléfono de los bibliotecarios y enseguida logró ponerse en contacto con el hombre que Egill había reconocido en el periódico. Acordaron una cita, y Dagbjartur se fue a comer al Hressingarskálinn mientras esperaba a que Fridrik pudiese recibirlo. Acto seguido se dio un paseo a lo largo del estanque de Tjörninn bajo aquel buen tiempo y llamó con la mano a un taxi para que lo llevase atravesando el campus universitario hasta Aragata.

El profesor condujo a Dagbjartur a un salón y le ofreció asiento en una butaca baja. Las paredes estaban completamente cubiertas de estantes apretados de libros y en una hermosa mesa había una especie de piezas grandes de ajedrez talladas a mano sobre un tablero. El detective las estuvo observando y le parecieron bastante exóticas.

—Es un ajedrez vikingo —explicó Fridrik, un hombre alto y delgado que rondaba los sesenta años—. Además de las piezas habituales, hay dos vikingos en los extremos. Este tablero tiene diez recuadros en cada lado, mientras que un tablero convencional tiene sólo ocho.

Fridrik apartó el tablero de la mesa y esperó con paciencia a que Dagbjartur le explicase cuál era el motivo de su visita.

El detective se tomó su tiempo para observar el tablero y finalmente dijo:

—Usted fue al hotel Borg a finales de agosto del año pasado para preguntar por el profesor Gaston Lund de Copenhague, ¿no es cierto?

Fridrik parecía muy sorprendido. Pensó un momento y luego respondió:

—Pues sí. Probablemente sea justo así. ¿Cómo demonios lo sabe?

—Eso no es que sea lo más importante en este asunto, pero ¿por qué motivo preguntaba por aquel hombre?

—¿Esta investigación suya está relacionada con la repentina muerte del profesor Lund al oeste del Breidafjörður? Algo he oído sobre el tema.

—Sí, estoy investigando su muerte —respondió Dagbjartur, y repitió la pregunta—: ¿Por qué estaba usted preguntando por él?

Fridrik tuvo que pensar un momento:

—Iba conduciendo mi coche por Pósthússtraeti y al pasar miré por casualidad hacia una de las ventanas del hotel —dijo al final—. Por lo que vi, el profesor estaba sentado allí en una mesa del restaurante. Lo conocía muy bien de cuando estuve trabajando en Copenhague y me parecía increíble que pudiese estar en Reikiavik sin

haber venido a visitarme y sin haber contactado conmigo por teléfono siquiera. El asunto me estuvo carcomiendo todo el día, así que a la mañana siguiente fui hasta el hotel y pregunté si acaso no estaría allí hospedado. Al parecer, sólo fue un espejismo.

Dagbjartur miró inquisitivamente a Fridrik.

—Pero ahora ya sabe que en realidad sí se encontraba aquí aquellos días, ¿no es cierto?

—Sí, como le he dicho, ya me he enterado de este horrible suceso en el oeste. Imagino que tuve algún tipo de premonición. Ya me ha sucedido antes. Me parece que veo a algún conocido en un lugar y luego resulta que no había visto bien. Después, quizá algo más tarde, me encuentro con esa misma persona en otro sitio. Digamos que se trata de un don inexplicable.

Dagbjartur negó con la cabeza.

—Quizá en esa ocasión sus ojos no le engañaron. Simplemente no recibió la información correcta en el hotel.

—Vaya, ¿de verdad? Lo cierto es que tenía que ser él. Pude ver a Lund con mucha claridad.

—¿Y dice que habría esperado una visita suya?

—Sí, por supuesto. Trabajamos juntos durante muchos años en Copenhague y hablamos a menudo de qué haríamos cuando volviese de nuevo a Islandia. Vino aquí dos veces, en los años veinte y en los treinta, pero viajó muy poco. No obstante, gracias a los textos conocía los lugares de las sagas tan bien que podía describirlos al detalle. Debía de tener previsto venir a darme una sorpresa más tarde, pero al final su estancia se remató con esta tragedia.

Fridrik bajó la vista a la mesa.

Dagbjartur esperó un instante y luego dijo:

—Parece que nadie sabía nada de esta visita del profesor.

—Vaya, ¿en serio? Pues tampoco es que sea tan extraño.

—¿Y eso?

—Bueno, el profesor no tenía familia, y de hecho, en la época en que estábamos más unidos, él tenía por costumbre viajar solo en las vacaciones de verano. Nunca informaba a nadie de adónde iba y vagaba por Europa a su antojo. Luego, cuando regresaba a casa en Copenhague tenía muchas cosas interesantes que contar. Decía que conseguía conectar mejor con la gente de cada lugar si viajaba solo.

Fridrik se levantó y fue hasta la librería.

—El sacerdote de Flatey dice que Lund había estado evitando a la gente que conocía en Islandia, debido a algún desacuerdo con respecto a los manuscritos. ¿Cree que puede haber sido así? —preguntó Dagbjartur.

Fridrik esbozó una sonrisa apagada.

—¿Ah, sí? A decir verdad, estaba enfrentado con la mayoría de sus amigos

islandeses en esta controversia, pero no sé de ninguno que hubiese querido hacérselo pagar de algún modo. Aunque estoy seguro de que él era nuestro oponente más difícil en esta disputa. Amaba los manuscritos con toda su alma, más que ningún otro. Y sabía bien qué tipo de razonamientos y vericuetos legales podía usar para defenderse y rebatir su devolución a Islandia.

Mientras hablaba, sacó una carpeta de la estantería, la abrió y allí encontró una página escrita a máquina.

—He estado recopilando material sobre la disputa de los manuscritos. Aquí tiene un artículo de Gaston Lund que yo traduje. Escuche este extracto: «El trabajo de investigación internacional que se lleva a cabo con los manuscritos se vería completamente impedido con la división de la colección. Los frutos de las investigaciones realizadas en Copenhague se publican en cada una de las principales lenguas de Europa, mientras que en Reikiavik tales estudios verían la luz únicamente en islandés moderno. Todos los miembros del Departamento de Humanidades de la Universidad de Copenhague protestarán contra la entrega de los manuscritos».

Fridrik volvió a guardar la hoja en la carpeta y la colocó en su lugar. Luego sacó un álbum de fotos y lo dejó sobre la mesa junto al tablero.

—Pero, entonces, ¿Gaston Lund se estaba ganando enemigos aquí en el país? —preguntó Dagbjartur.

—Bien podría ser que algunos de nuestros compatriotas le hubiesen dedicado ciertos insultos cuando los dejó sin argumentos en las reuniones. Además, Lund podía responder de un modo temperamental y precipitado, pero sus palabras nunca hirieron tan profundamente como para que el asunto no sanase luego con un buen chupito de *akvavit*. Por otra parte, creo que conozco la razón por la que quería venir de incógnito.

—¿Ah, sí?

—La primera vez que Gaston Lund vino aquí fue en 1926 o 1927. Formaba parte de un grupo de jóvenes investigadores daneses a los que se consideraba muy talentosos. Según se cuenta, Lund llegó a conocer muy de cerca a una hermosa belleza local al este de Fjall, y dicho encuentro había dado su fruto. El hecho de que se negase a tener nada que ver con el niño dice algo sobre su lado más mezquino. La siguiente vez que vino a Islandia lo hizo como parte del séquito del rey Cristián X de Dinamarca en 1936. La madre del niño tenía pensado darle a conocer al pequeño, pero Lund reaccionó muy mal ante aquel reencuentro y se los quitó de encima. Los islandeses de Copenhague se enteraron de aquello y les pareció indigno. No obstante, personalmente creo que aquel comportamiento quedaba fuera de su control. Creo que el solo pensamiento de ser padre le resultaba abrumador y que por ello se comportó de aquel modo. Además, después de aquello siempre tuvo mucho cuidado con las mujeres. Puede que no se atreviera a regresar a Islandia por temor a reencontrarse con

la madre de su hijo. Y ahora, cuando al fin decidió venir, lo hizo de incógnito de esta torpe manera.

—¿Tendría algo que temer de aquella mujer?

—No, con toda seguridad no. Pero de todos modos él le tenía tanto miedo que no se arriesgó a volver al país en muchas décadas.

—¿Sabe cómo se llama la mujer?

—No. Conozco la historia de oídas y nunca me he puesto a preguntar datos más concretos.

—¿Y podría escribirme una lista con los nombres de aquellos islandeses que sabe que llegaron a conocerle personalmente?

—Eso sí puedo hacerlo —dijo Fridrik, y hojeó el álbum de fotos—. Aquí está la única fotografía que tengo de Gaston Lund. Se tomó en un breve viaje a Suecia.

Dagbjartur pudo ver a un hombre con la cabeza alta que estaba en la delantera de un grupo de personas.

—Si le sirve de ayuda que le nombre otro de los defectos del profesor, puedo decirle que era bastante autoritario —dijo Fridrik—. Siempre se ponía al mando en este tipo de viajes sin que nadie se lo pidiese, lo cual podía resultar bastante cansino. Los que no le conocían lo interpretaban simplemente como arrogancia e insolencia. También podía ser muy soberbio, demasiado pagado de sí mismo y de su posición. En la mayoría de las cosas era muy diferente a los otros daneses que conozco. Por lo general, son más amables y afables que el profesor Lund.

—¿Podría llevarme prestada esta foto? —preguntó Dagbjartur.

Fridrik la sacó cuidadosamente del álbum y se la entregó al detective, que la metió dentro de su bloc de notas.

—Dicen en Flatey que Gaston Lund había ido hasta allí para tratar de resolver un enigma vinculado al Libro de Flatey. ¿Conoce usted esa historia?

Fridrik sonrió.

—*Aenigma Flateyensis*. Habría supuesto un gran prestigio para el profesor Lund resolver ese acertijo. Le habría encantado apuntarse ese tanto.

—¿Qué tipo de acertijo es? —preguntó Dagbjartur.

—No son más que unas cuantas preguntas acerca de las sagas del Libro de Flatey, pero yo no soy el más indicado para contarle esa historia. Árne Sakarías, el poeta e historiador, es quien mejor la conoce.

—5.<sup>a</sup> pregunta: «Asesinado por una sierpe de los matorrales. Cuarta letra». El rey Olaf Tryggvason fue con sus hombres a la granja de Raud el Fuerte y entraron al asalto. Raud fue reducido y amordazado, y sus hombres, asesinados o capturados. El rey le ofreció a Raud que se bautizase. Raud dijo que nunca creería en Cristo y blasfemó de muchos modos. Después de aquello lo ataron a

*un poste de hierro y le colocaron una cuña entre los dientes para mantenerle la boca abierta. Acto seguido el rey ordenó que trajeran una sierpe de los matorrales y la metieran en la boca de Raud, pero la culebra retrocedía porque Raud soplaba con fuerza. Entonces el rey ordenó que le colocasen el cuerno de guerra en la boca y metiesen a aquella víbora dentro. Luego la azuzaron con un hierro candente de forma que la sierpe escapó metiéndose por la boca de Raud, adentrándose luego en su pecho hasta el corazón, y se abrió camino a mordiscos hasta salir por el costado izquierdo. Así perdió Raud la vida. La respuesta es «Raud» y la cuarta letra es la D...*

La Biblioteca de la Asociación Progresista de Flatey se encuentra en la parte más elevada de la isla, unos pasos a la espalda de la iglesia. Kjartan se detuvo a observar la construcción cuando llegó a la cancilla de una cerca baja. Se trataba de un edificio diminuto, incluso más pequeño de lo que parecía visto desde el pueblo. Una vez dentro, apareció ante él una habitación estrecha con estanterías de libros a lo largo de las paredes. El alcalde Grímur le había dicho que hacía mucho tiempo que todas las posesiones de valor de la colección —antiguos manuscritos de papel, diarios y documentos— habían sido trasladadas al sur, a Reikiavik, y ahora estaban bajo custodia de la Biblioteca Nacional. Sólo quedaba la vieja literatura popular, que todavía se podía pedir prestada y que era lo que leían los habitantes de la pedanía. Kjartan les echó un vistazo a los lomos de los libros y miró algún que otro título. Allí estaban *El anillo del general*, de Selma Lagerlöf; *El barco sigue navegando*, de Nordahl Grieg; *Anna de Heidarkot*, de Elínborg Lárusdóttir. No es que fuese una selección de libros muy reciente.

No había duda de dónde estaba guardada la edición de Munksgaard del Libro de Flatey. En la pared norte, entre dos ventanas, había una mesa baja con un panel de cristal encima, y en el cajón inferior había un libro grande y abierto. Kjartan observó las páginas a través del cristal. Eran copias en blanco y negro de las hojas del manuscrito en tamaño original. La escritura era clara y nítida pero Kjartan no era capaz de leer aquellas letras. Abrió el cajón y hojeó el libro. En lo alto de la primera página habían escrito las palabras *Aenigma Flateyensis*, y debajo había un poema:

Oscura la noche cae  
 en ruta a la muerte helada.  
 Avante la singladura  
 el alma su azar demanda.

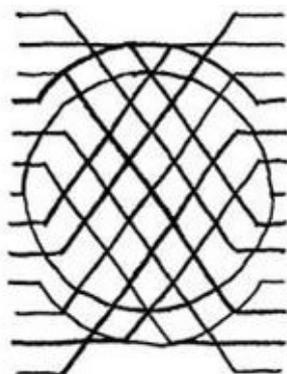
La magia que cruel decide  
 remar con denuedo y ansia  
 desecha encontrar respuesta  
 peleando como esperanza.

So furia de hielo y ondas  
 sortear soluciones falsas.  
*El mundo en un cráneo abierto*

*despensa invernal del alma.*

Las dos últimas líneas habían sido escritas por otra mano y debajo se añadía: «Así debe de ser como el poeta quiso acabarlo».

En la parte inferior había un dibujo extraño, trazado con un lápiz afilado. Probablemente la runa mágica de la que le había hablado Hallbjörg, pensó Kjartan.



En las páginas siguientes había una especie de preguntas, cuarenta en total, escritas con una caligrafía hermosa y clara:

1. No era capaz de llevarlo ningún caballo. Cuarta letra.
2. La cabeza mató a un hombre aun estando decapitada del cuerpo. Sexta letra.
3. Hendida en dos con la proa de un barco. Cuarta letra.

Kjartan sacó de su bolsillo las respuestas del profesor Lund que le había dado el sacerdote y las comparó con las preguntas.

1. Caminante - I
2. Melbrigdi - I
3. Hervör - V

Si Kjartan se estaba acercando, era muy poco. Le pareció que las preguntas eran raras y las respuestas no le decían nada. La cuadragésima y última pregunta sonaba así: «¿Cuál ha sido la frase más sabia?». A continuación, una serie de letras en tres filas.

U C P C D A S U N L N E A  
S O L O D A L U E I N O S  
D S D U S O E S I E P A T

Kjartan sacó la nota que Jóhanna había encontrado en el bolsillo de Gaston Lund y que el sacerdote había reconocido más tarde. Observó la serie de letras del dorso y

la comparó con la que había en la hoja de las preguntas. Las letras eran exactamente las mismas y en el mismo orden.

El profesor Gaston Lund había entrado en aquel edificio tras despedirse del sacerdote y había copiado la clave. Algo que, según la leyenda, estaba prohibido bajo el castigo de aquella maldición. Y lo cierto es que había sufrido una auténtica desgracia. A Kjartan le pareció un pensamiento incómodo. No quería creer en ese tipo de hechizos, pero aquello, de todos modos, resultaba escalofriante.

Debajo de la serie de letras estaba escrito: «Las treinta y nueve respuestas correctas han de ordenarse al modo de las treinta y nueve letras que forman la respuesta de la cuadragésima pregunta, y así habrá de ser recitado el poema».

Kjartan volvió a meter las páginas en el libro. Estuvo mirando durante un buen rato la nota que había sido hallada con el cadáver y decidió que también sería mejor guardarla en el libro. Tal vez lo más prudente fuese hacer caso de aquella superstición según la cual la clave tenía que permanecer en la biblioteca y en ningún otro lugar. Él no sería capaz de sentirse cómodo yendo de un lado a otro con ella en el bolsillo ahora que se había dado cuenta de lo que era en realidad. Guardó el libro tal y como lo había encontrado. Luego cerró el cajón y salió a la luz del sol con la mente en otra parte.

¿Qué había hecho que Gaston Lund regresara a la biblioteca cuando iba de camino al barco y se pusiese a copiar la clave? ¿Tan ansioso estaba por resolver el acertijo que rompió a sabiendas aquella viejas y estrictas reglas del juego? ¿Cómo pudo entrar en el edificio si estaba cerrado con llave?

—6.<sup>a</sup> pregunta: «Soldados del rey Juan Sin Tierra. Segunda letra». A principios de verano, el rey de Inglaterra había enviado al rey Sverre, que por entonces se hallaba en Bergen, doscientos soldados a los que llamaban Ribaldos. Eran de pies tan veloces como los animales y además grandes arqueros, de enorme audacia, y no tenían reparos en causar estragos. La respuesta es «Ribaldos» y la segunda letra es la I...

Durante el mediodía, Thormódur el Corneja permaneció vigilante dos horas enteras en una atalaya de la colina, junto al asta de la bandera que había delante de la iglesia, y luego bajó al pueblo con paso apurado para anunciar solemnemente que ya se divisaba el barco del correo, que venía del sur. Algunos hombres se pusieron en marcha hacia la orilla tirando de dos carretas y precedidos por una manada de niños.

Cuando reparó en la cantidad de gente que se estaba juntando, Benni de Rádagerdi dejó a un lado la brocha de pintar y caminó despreocupado hasta el muelle siguiendo un viejo hábito, sin tener nada especial que hacer allí. La vida en la isla no ofrecía mucha variedad para un muchacho joven y la llegada del barco una vez a la semana se convertía en una especie de evento. A lo mejor conocía a alguno de los pasajeros. Siempre quedaba la esperanza de que viniesen a bordo comerciantes del sur, de camino a las islas interiores.

Para cuando los primeros chiquillos doblaron a la carrera la esquina de la planta de pescado, el barco ya había enfilado los islotes exteriores. Se trataba de un viejo navío de madera de roble pintado de blanco, pesado y lento, aunque el capitán conseguía atracarlo en el muelle con sorprendente habilidad. Valdi de Ystakot los recibió y aseguró en el noray el calabrote que le lanzaron desde proa. Luego el barco fue amarrado por detrás. El pequeño Nonni observaba paso a paso todo lo que hacía su padre, sin prestar atención a ninguno de los otros chiquillos del muelle.

Dos niños con ropa de domingo permanecían de pie en la cubierta del barco del correo, y pronto los llevaron al borde del muelle, seguidos al instante por una maleta marrón bien afianzada con cuerdas. Una mujer los recibió y abrazó a ambos, al tiempo que los llamaba «mis queridos pequeñuelos». Descargaron del barco tres sacas de correos y las colocaron en una de las carretas; luego llegaron cuatro cajas de refresco de malta y dos sacos de harina que fueron a la otra carreta. Aquélla parecía ser toda la mercancía que traía aquel viaje. Lo que había que transportar al sur, a Stykkishólmur, se cargaría a bordo cuando el barco regresara en el camino de vuelta más tarde ese mismo día.

La tripulación del barco lo estaba arreglando todo para partir cuando un rostro cansado apareció por la puerta de proa y un hombre alto con una gabardina sucia de color claro y una visera marrón subió con torpeza a cubierta. Llevaba una pesada bolsa de mano y miró a un lado y a otro del muelle.

—Joven —llamó con voz ronca a Benni, que estaba junto al barco—. Cógeme esto —dijo entregándole la bolsa—. Pero ten cuidado, ten mucho cuidado, que aquí guardo el elixir de la vida —añadió cuando Benni se acercó para recoger la bolsa. El

tipo subió entonces al borde del embarcadero y se tambaleó al verse de pie en el muelle; tuvo que agarrarse del brazo de Benni—. Qué mareo del demonio —dijo—. Creo que he echado una cabezada en el viaje. No íbamos a llegar nunca.

Se quedó mirando hacia el pueblo y observando la planta de pescado allí cerca.

—Así que ésta es la isla de Flatey del Breidafjörður, célebre desde los tiempos de antaño. ¿Y esto de aquí son todas las glorias pasadas?

—El pueblo no se ve desde aquí —se disculpó Benni—. Está al otro lado de la isla. Allí están todas las casas.

—Bueno, amigo. ¿Cómo te llamas?

—Benni... Ben.

—Benni Ben. Muy bien. Yo me llamo Bryngeir, poeta y escritor, aunque de forma provisional estoy haciendo de chupatintas para un periódico basura de Reikiavik.

—Es sólo Ben... o Benni —corrigió el chico hablando atropelladamente. Estaba a punto de darse por vencido con aquel nuevo nombre que había decidido utilizar después de haberse quedado la noche en vela leyendo *Ben Hur* dos semanas atrás. No recordaba siquiera haberlo usado él mismo.

—Deja la bolsa con cuidado en el suelo, compañero Benni Ben —dijo Bryngeir—. Tengo que echarle un vistazo a mi elixir de la vida.

Se oyó el tintinear del cristal en la bolsa cuando tocó el suelo del muelle, y Bryngeir se acuclilló, abrió la cremallera y sacó una botella de ron medio vacía. La desenroscó, se sirvió en el tapón y bebió. Luego también le pegó un trago a la botella a morro. Después se puso de pie de nuevo con el apoyo de la farola del muelle.

Benni intentó adivinar la edad de Bryngeir. Su rostro era tosco y demacrado, pero aun así algo parecía indicarle que no era tan mayor como cabría pensar a primera vista. Probablemente andaría por los treinta y tantos. El cabello oscuro no había empezado a volverse cano ni a ralearse por ningún lado; sin embargo, una de las cejas era blanca como la nieve, al igual que las pestañas de ese mismo lado.

Bryngeir volvió a servirse en el tapón.

—¿Puedo invitarte a probar el ron, joven? —le preguntó a Benni.

Benni le echó un vistazo al muelle y pudo ver que la gente de la isla ya iba camino del pueblo. No quedaba nadie excepto Valdi, que andaba soltando las amarras del barco. No estaba bien visto entre los isleños que alguien bebiese alcohol en mitad del día, aunque, por su parte, agradecía tomarse un pequeño aperitivo. Después de todo, era sábado.

—Gracias —dijo. Bebió y luego tosió.

Bryngeir sacó un puro a medio fumar del bolsillo de su gabardina y consiguió encenderlo tras varios intentos.

—¿Hay alguna novedad acerca del hombre muerto, ese que encontraron en una de las islas? —preguntó.

—Pues resultó ser danés. Lo van a llevar al sur con el barco en la ruta de vuelta esta tarde —respondió Benni, y se encendió un cigarrillo para hacerle compañía a Bryngeir.

Bryngeir dio un trago a la botella y acto seguido dijo:

—Sí, ya me había enterado de que se trata de un profesor danés, el único y genuino Gaston Lund. ¿Quién lo dejaría tirado en ese escollo?

—Eso no lo sabe nadie. Un tipo de Patreksfjörður está investigándolo.

—¿Un tipo de Patreksfjörður?

—Sí, el representante del gobernador. Se llama Kjartan.

—¿Kjartan, un abogado?

—Sí. Acaba de empezar a trabajar para el gobernador.

Bryngeir dio una calada a su puro y se quedó pensando en el asunto.

—Oye, ¿y ese espía no tendrá por casualidad una cicatriz grande en la frente?, ¿así, desde la ceja izquierda hasta el nacimiento del pelo? —Bryngeir acercó el dedo a la frente y trazó una línea invisible.

—Sí, tiene una cicatriz como ésa.

—Vaya, vaya, ¿qué te parece? Creo que esto ya lo había oído yo también en Reikiavik. Que Kjartan se había ido a trabajar a Patreksfjörður —Bryngeir se quitó el gorro, lo sacudió y se acarició la cabeza antes de volver a ponérselo.

—¿Lo conoces? —preguntó Benni con curiosidad.

—No, no es que lo conozca mucho, pero sí lo suficiente.

—¿Y eso?

Bryngeir evitó responder.

—¿Dónde puede uno encontrar hospedaje en este pueblo? —preguntó.

—¿Hospedaje? —dijo Benni—. Bueno, sólo tienes que encontrar a alguien con una cama libre.

Bryngeir sonrió con una mueca:

—Claro, por supuesto. Los hostales no habrían de existir siquiera en tierra cristiana, escribió algún hombre de Dios que quería viajar barato. Oye, pongámonos en marcha y veamos qué opciones hay. Tú me llevas la bolsa mientras yo me quito el mareo de encima —le dio otro trago a la botella y la metió luego en el bolsillo de la gabardina.

Valdi de Ystakot se quedó mirándolos mientras subían por el muelle y anotó algo en su cuaderno. El pequeño Nonni, sentado en un noray, observaba cómo se iba alejando el barco al oeste de la isla, y cómo enfilaba rumbo al norte.

Conforme andaban, Benni iba mirando a hurtadillas el rostro de su acompañante. Al final, no pudo contenerse por más tiempo y le preguntó sin más:

—¿Qué te ha pasado en el ojo? ¿Por qué tienes la ceja tan blanca?

El otro respondió sin siquiera mirar a Benni:

—Fue una mujer, jovenzuelo, una mujer que me echó un maleficio después de que yo la engatusara una noche de San Juan. Me dijo que a partir de entonces yo habría de quedar marcado para que fuese posible distinguirme del resto, para prevenir a todo el mundo. Cuando volví a mirarme en el espejo, se me había quedado la cara así. Debes tener mucho cuidado con las mujeres, jovenzuelo, nunca sabrás cuándo has topado con una bruja.

Pasaron por delante de la planta de pescado y al poco apareció a la vista la casa del médico.

—Esto tiene pinta de ser un hogar excelente —dijo Bryngeir—. ¿Y no podría quedarme aquí?

Benni tenía sus dudas.

—No lo creo, a no ser que estés enfermo. Es la casa del médico.

Bryngeir se detuvo y preguntó:

—¿Y cómo se llama el señor doctor?

—Es una tipa. Se llama Jóhanna —respondió Benni.

—¿Jóhanna la doctora? ¿No será Jóhanna Thorvald?

—Pues sí, exactamente. ¿Es que conoces a todo el mundo?

—No es de extrañar. Me parece que el bando de mis enemigos multiplica sus huestes en estas tierras —dijo Bryngeir pensativo; parecía haber oído la pregunta de Benni—. No, no vamos a pedir alojamiento aquí. Sigamos adelante, mi querido camarada Benni Ben.

Bryngeir dejó atrás a grandes zancadas la casa del médico y Benni fue tras él con la bolsa.

—Oye —dijo Bryngeir—, ¿no se había alojado en casa del sacerdote el difunto Gaston Lund?

—Pues sí.

—¿No tendría entonces que pedir alojamiento allí?

Benni miró la bolsa que sujetaba.

—Eso podría ser un problema. Tanto el reverendo como su mujer pertenecen a la Regla y no soportan las bebidas alcohólicas.

—Tienes toda la razón, amigo. No demos pie a discusiones. Pero, entonces, ¿adónde nos hemos de dirigir, joven? ¿No vive nadie por aquí que agradezca una copita de ron, que sea hospitalario, tenga una cama libre y conozca el antiguo Libro de Flatey?

Benni mostró una amplia sonrisa:

—Pues sí. Sigurbjörn de Svalbardi.

—7.<sup>a</sup> pregunta: «Ninguno pudo contener las lágrimas. Tercera letra». En aquel momento levantaron el cadáver y el rey Sverre afirmó que se trataba del

*cuerpo del rey Magnus. Pusieron un escudo bajo el cadáver, lo llevaron al barco y remarón con él hasta tierra. El cuerpo era fácil de reconocer, pues su complexión no había cambiado, no había mudado el color de sus mejillas ni tampoco su rostro se había crispado. Y antes de que el cadáver fuese cubierto con lienzos, el rey hizo que todos aquellos que antes habían sido vasallos de Magnus acudiesen ante el cuerpo, y les pidió que lo reconociesen y diesen su testimonio. Ellos fueron ante el fallecido y a duras penas pudo ninguno de los vasallos contener las lágrimas. Alguno fue ante él y besó el cadáver. La respuesta es «vasallos de Magnus» y la tercera letra es la S...*

El sonido chirriante de las carretas de la cooperativa se colaba en la casa del médico según iban desfilando ante su puerta camino del pueblo. Jóhanna miró por la ventana de la cocina y observó cómo se alejaban hasta desaparecer ladera abajo más allá del cementerio. Aquello significaba que el correo llegaría pronto a la central de teléfonos y ella podría ir a buscar sus periódicos. De todos modos, era mejor esperar un poco. Stína, la jefa de Correos, era muy rápida clasificando los envíos, pero muchos de los isleños se apresurarían a acercarse para recoger su correspondencia y charlar unos con otros. Sin embargo, a Jóhanna no le apetecía encontrarse con nadie aquella tarde. Oyó los pasos de alguien por delante de la casa y luego volvió a reinar el silencio en los alrededores. El archibebe que tenía su nido al borde del camino se tranquilizó y dejó de lanzar su chirrido de alarma. Resultaba extraño que hubiese anidado en un lugar tan incómodo, teniendo como tenían en las inmediaciones suficientes terrenos tranquilos para poner los huevos. Y había venido a anidar al mismo lugar de la primavera anterior.

Media hora más tarde, al oír un ligero gemido en la habitación de al lado, Jóhanna levantó la vista del libro que estaba hojeando. Se puso en pie y fue a ver a su padre.

—¿Te duele, papá? —le preguntó.

—No mucho, pero no estaría mal tomar ahora la dosis de la tarde —respondió él. Estaba en una cama de hospital arropado con un edredón blanco y tenía un aspecto marchito y consumido.

Ella miró su reloj de mano y acto seguido fue a buscar su dosis a la farmacia, un cuartito anexo a la clínica. El padre se quejó apenas cuando le inyectó la dosis en el goteo intravenoso conectado a su brazo, pero los efectos del calmante no tardaron en llegar y cerró los ojos.

—¿Quieres que te lea algo? —le preguntó ella.

—No, voy a descansar un poco.

—El barco del correo ya ha llegado. Dentro de un rato iré a buscar la prensa. Podemos leer los periódicos cuando vuelva. No tardaré.

Él intentó sonreír:

—Me parece que en cierto modo ya he leído suficiente. Creo que no tardaré mucho en ir al encuentro de mi tocayo Snorri Sturluson y del desconocido autor de la Saga de Njáll.

El hombre cerró de nuevo los ojos y cayó rendido. Jóhanna le arregló el edredón y le besó con suavidad en la mejilla.

—8.<sup>a</sup> pregunta: «Le traje el picor a Haakon, conde de Hladir, en el culo. Segunda letra». Thorleif visitó al conde en Hladir la víspera del solsticio de invierno, bajo el disfraz de un viejo mendigo. El conde lo hizo llamar a su presencia y le preguntó cómo se llamaba. «Poco común es mi nombre», respondió aquél, «Rufián del Berreador, originario de los Valles de la Tristeza en la fría Suecia. He viajado mucho y visitado a numerosos caudillos, y he oído mucho de vuestra nobleza». El conde habló: «¿Destacas en algún tipo de arte, pues dices que con tantos caudillos has estado?». Rufián quiso recitar un poema que había compuesto para el conde. Mas cuando el poema hubo concluido, el conde empezó a sentir un picor inesperado que le recorría el cuerpo y se centraba en sus nalgas, de modo que ya no soportaba permanecer sentado. Ordenó entonces que lo rascasen con cepillos, allá hasta donde llegaban, y luego ordenó a dos de sus hombres que tirasen de una tela de saco con tres nudos pasada entre sus nalgas. No le agradó al conde aquel poema... La respuesta es «Thorleif Ásgeirsson», y la segunda letra es la H.

—Aquí el huésped escribe «Rufián el Exacto» —dijo él.

—Entonces la respuesta es la H o la U...

Bryngeir y Benni siguieron su camino por la calle en dirección al pueblo. Benni tenía curiosidad y le preguntó al visitante el motivo de su estancia en Flatey, pero Bryngeir no se apresuraba a contestar y parecía demasiado ocupado con lo que veía a su alrededor.

—Amigo mío, Benni Ben —le respondió al fin—, la prensa amarilla de Reikiavik no acostumbra a enviar a sus mejores chupatintas a un viaje largo como éste aunque encuentren un puñado de huesos en una isla deshabitada. Pero cuando salió a la luz que los huesos eran de uno de esos especuladores de manuscritos daneses, que había pasado aquí fuera el invierno y olvidó pedirle a alguien que viniese a buscarle, entonces la gente empezó a olerse la noticia. Y cuando yo me enteré de que el muerto se llamaba Gaston Lund y que mi viejo libro favorito, el *Codex Flateyensis*, formaba parte de este enigma, me ofrecí a venir y resolver el crimen.

—¿Qué te parece tan importante del Libro de Flatey? —preguntó Benni.

Bryngeir miró a su compañero.

—¿Has leído el libro, joven?

—No, es muy largo. Empecé una vez pero me pareció muy aburrido. Además, resulta raro cómo están escritas algunas palabras.

Bryngeir negó con la cabeza.

—Entonces no podré explicarte la magia del Libro de Flatey, chico, del mismo modo que no podría describirle un cuadro de Rembrandt a un viejo mendigo ciego, una magnífica ópera de Wagner a un prestamista que hace oídos sordos a cualquier lamento, o la sensualidad de una joven prostituta marroquí a un eunuco carente de hombría. Pero no sabes lo injusto que me parece que semejante tesoro haya de ser conocido por el nombre de esta miseria de isla sólo porque permaneció aquí unas cuantas décadas, debajo de algún colchón piojoso. Habría sido más apropiado llamarlo Libro de Húnavatn, de Tunga o de Víðidalur, en honor de los hombres de Víðidalstunga que recopilaron y escribieron el manuscrito. Eran unos genios, chico. Unos verdaderos genios. ¡Brindo por ellos, señor Benni Ben! —Bryngeir le dio un trago a la botella de ron.

Ese tema no le interesaba a Benni lo más mínimo.

—Me importa un bledo el título del libro. A lo mejor lo leo más adelante, en algún momento —dijo mirando fijamente la botella con ojos esperanzados.

Se detuvieron en la ladera que bajaba hasta la aldea y Bryngeir observó las casas del lugar. Le preguntó a Benni por cada una de las cabañas y sus habitantes. Benni respondía de mala gana, porque para él aquel tema de conversación no resultaba nada

interesante.

Bryngeir mostraba un interés especial por el alcalde.

—Es un buen hombre, se emplea a fondo en la caza de focas y frailecillos pero la siega le da pereza —dijo Benni—. Por lo general, es el profesor Högni el que siega su parte y luego Grímur rastrilla el heno. Después lee la revista *Tíminn* y discuten sobre política.

—¿Crees que podría haber llevado al danés hasta esa isla? —preguntó Bryngeir.

—No, seguro que no, a pesar de que tiene el mejor barco. El motor está nuevecito. En otoño no lo saca del agua a no ser que la ruta esté completamente helada. Pero ¿de verdad crees que alguien de por aquí ha dejado al tipo danés en esa isla a propósito?

—En el género de periodismo al que me dedico, todo el mundo es culpable hasta que se demuestre lo contrario, chico. Alguna historia tendré que desenterrar, porque la editorial me está pagando esta excursión con un billete de bus y una propina, a la que de hecho llaman dietas y que por algún motivo se esfumó tan pronto como arrancó el viaje.

Bryngeir volvió a beber de la botella y finalmente le ofreció también a Benni.

—¿Crees que podré llevarme algo decente a la boca con esos magníficos anfitriones? —preguntó.

A Benni no le parecía improbable. Siguieron bajando el camino y atravesaron el pueblo hasta la granja Svalbardi, una casa señorial y de madera de una planta, con un sótano de cemento y una buhardilla. Cerca había un almacén, un establo para las ovejas y un henar.

El granjero Sigurbjörn estaba sentado ante la piedra de afilar, fuera, en el patio; la hacía girar con un pie y tenía entre las manos un cuchillo bien grande.

—Aquí se trabajan las armas blancas —le dijo Bryngeir.

—Esto no es más que un cuchillo de cocina de mi mujer, pero siempre es bueno tenerlo a mano por si hace falta defender la casa —replicó Sigurbjörn, sarcástico.

Bryngeir se rio y dijo:

—Aquí venimos en son de paz pero he oído que la gente de esta casa no le niega el techo a un viajero que busque dónde dormir.

Sigurbjörn dejó el cuchillo a un lado y observó atentamente al recién llegado.

—Siempre se puede encontrar una cama para un huésped decente —contestó.

Bryngeir sacó la botella de ron, dio un trago y se la tendió al granjero.

—¿Y puede que hasta algo de comer si el huésped hace alguna aportación? —preguntó.

Sigurbjörn tomó la botella, olfateó el contenido y luego la terminó de un solo trago.

—¿Y esto era toda la aportación? —preguntó devolviendo la botella.

Bryngeir le indicó a Benni que trajese la bolsa.

—Aquí hay otro poco más —sacó una botella entera de la bolsa y desenroscó el tapón.

Sigurbjörn retiró el pie de la afiladora.

—Entremos en casa y echémosle un vistazo a la despensa, muchachos.

—9.<sup>a</sup> pregunta: «*Le faltaba a Ivar. Primera letra*». *Ivar el Deshuesado fue rey de Inglaterra durante mucho tiempo. No tuvo hijos porque carecía de deseo carnal, aun cuando no le faltaban sabiduría ni crueldad. Murió de viejo en Inglaterra y allí fue construido su túmulo. La respuesta es «lujuria» y la primera letra es la L...*

El escritor Árne Sakarías no estaba inscrito en la guía telefónica, y Dagbjartur no tuvo otro modo de encontrarse con él que yendo directamente a su casa para ver si había alguien. Árne vivía en un pequeño bloque de apartamentos en Raudarárstígur y la puerta de fuera no estaba cerrada. Dagbjartur encontró el piso en cuestión en la segunda planta, pero el timbre de la puerta no funcionaba, así que llamó con los nudillos; en eso andaba por cuarta vez cuando un vecino asomó la cabeza al pasillo para pedirle al agente de policía que dejase de armar escándalo. Le dijo que el poeta se había ido a la piscina de Sundhöll para darse un baño, como hacía todos los días a esa misma hora.

Dagbjartur lo encontró en la piscina menos profunda: flotaba plácidamente tendido de espaldas, con una bola hinchable de goma negra bajo la nuca, entre una manada de niños que se estaban divirtiendo en el agua. El agente de policía reconoció al poeta nada más verlo: Árne Sakarías era una de las figuras pintorescas de la ciudad, alto y gordo, con melena y barba abundantes.

Dagbjartur tardó un rato en atraer hacia sí la atención del bañista, pero en cuanto lo consiguió se presentó y le preguntó:

—¿Conoce usted la historia del viejo enigma de la isla de Flatey?

Árne Sakarías lo miró entrecerrando sus ojos miopes a través de unas gafas gruesas y mojadas.

—El enigma de Flatey, *Aenigma Flateyensis*. Sí, joven. Esa historia la conozco bastante bien.

Dagbjartur no estaba acostumbrado a que se dirigiesen a él de aquel modo, ya casi estaba en los cincuenta y parecía incluso mayor, pero probablemente Árne Sakarías no pudiese ver muy bien ni aun con las gafas puestas. En realidad, Dagbjartur podía considerarse joven si se comparaba con aquel autor, que rondaría los setenta.

—¿Podría hacerle un par de preguntas sobre ese asunto?

El escritor dio una brazada y se dejó flotar hasta el bordillo antes de responder.

—Sí, por supuesto que puede hacerlo, pero antes voy a salir de la piscina, me voy a secar y me voy a vestir. Supongo que el departamento de policía puede invitarme a un café en el comedor del barrio como agradecimiento por la información proporcionada. Seguro que me refresca la memoria, cosa que ya no sobra cuando uno llega a mi edad, joven.

Dagbjartur asintió con la cabeza y media hora más tarde estaban ambos sentados a la mesa de un restaurante de la calle Laugavegur. Eran los únicos clientes y Árne Sakarías le pidió a la camarera lo de siempre. Ella tenía bien claro a qué se refería y

le trajo una cafetera, un bollo y un pastel de Viena. Dagbjartur se tomó lo mismo y pidió la cuenta, que corrió de su bolsillo.

Mientras Árni Sakarías saboreaba el refrigerio, le habló a Dagbjartur del enigma de Flatey.

—Debió de ser a finales del verano de 1871 cuando unos cuantos estudiantes universitarios islandeses embarcaron rumbo a Copenhague para asistir a los cursos durante el invierno. Viajaban en el barco de vapor *Diana*, que se ocupaba de transportar el correo hasta Islandia por aquel entonces. Un barco excepcional por lo que he leído, con zona de primera y de segunda clase. Eso fue unos cuantos años después de que el Libro de Flatey se imprimiese por primera vez, en una edición promovida y costeada por el Estado noruego. Gudbrandur Vigfússon y Unger se hicieron cargo de la edición y el libro fue impreso en Oslo; el último tomo publicado con fecha de 1868. Se trataba de una lectura muy popular entre los estudiantes de Copenhague y a bordo del barco había un ejemplar: lo llevaba consigo un pasajero, un estudioso islandés. Los estudiantes se entretuvieron de muchas formas durante la travesía del *Diana*, entre otras cosas se hacían preguntas sobre las narraciones del Libro de Flatey. Claro está, son muchos los personajes que aparecen en todos estos relatos, y cada uno de aquellos estudiantes los conocía mejor o peor. No obstante, aquél era su pasatiempo favorito, así que la noche siguiente decidieron celebrar formalmente un concurso de preguntas.

»A bordo también viajaba un joven de los Fiordos Occidentales, un escritor y poeta muy prometedor, y él fue el encargado de organizar el concurso, pues era célebre por sus amplios conocimientos en literatura antigua. Se enfrascó en el estudio del ejemplar de la edición de Oslo y a la tarde siguiente ya tenía terminada la tarea. No había pegado ojo en toda la noche, con la ayuda de una botella de *brennivín*<sup>[2]</sup>. Presentó entonces una lista con cuarenta preguntas, de las cuales la última era la clave para el resto de las respuestas correctas. Esa clave venía acompañada de un poema inconcluso que había de ser completado con la respuesta correcta. Una letra de cada respuesta formaba parte de la clave, y la última respuesta daba la pista final sobre cómo ordenar las letras de dicha clave. Después de aquello, el joven anotó en las hojas del acertijo que si no se encontraba solución al enigma durante aquel viaje, la clave tendría que ser custodiada en la biblioteca de Flatey, de donde no podría moverse hasta que la solución fuese hallada. Había dibujado una extraña imagen en la primera hoja y surgió la leyenda de que ese dibujo era una runa mágica que custodiaba las reglas que había dejado el autor. Lo cierto es que la gente de los Fiordos Occidentales siempre ha tenido fama de conocer ciertas cosas sobre los saberes ocultos. Los estudiantes se volcaron con el enigma aquella tarde e intentaron resolverlo. Las preguntas resultaban algo extrañas y muchas daban pie a varias respuestas posibles, que dependían más del gusto personal que de argumentos

lógicos. Algunos de los muchachos hallaron las respuestas y con ellas las treinta y nueve letras, pero nadie fue capaz de ordenar la clave de la última pregunta de modo que pudiese completar el poema.

Una vez más, Árni Sakarías guardó silencio y, por un instante, permaneció con la mirada fija más allá de la ventana, contemplando a los transeúntes que caminaban por Laugavegur. Dagbjartur aguardaba callado y paciente.

Al fin llegó la continuación de la historia:

—Pero después, aquella misma noche, ocurrió un terrible incidente: el poeta que había creado el enigma desapareció del barco sin que nadie se percatase. Como era de esperar, hubo una gran conmoción a bordo y el interés por el acertijo quedó a un lado. Uno de los estudiantes, sin embargo, guardó las hojas y escribió la historia de cómo habían sido creadas. Tenía la intención de llevarlas hasta Flatey, tal y como había determinado el poeta; no obstante, por algún motivo, se retrasó. Ese estudiante murió el siguiente invierno en Copenhague y las hojas fueron a parar a la Biblioteca Real, donde fueron archivadas junto con otros documentos sobre el Libro de Flatey y estuvieron perdidas durante muchas décadas. De todos modos, la historia del *Aenigma Flateyensis* era bien conocida entre los estudiantes de Copenhague, que la transmitieron de una generación a otra.

»En el invierno de 1935, un erudito islandés estaba enfrascado buscando cierto material en la Biblioteca Real y fue a dar con estas hojas. Aquel islandés era un tipo atrevido y se dirigió a los bibliotecarios para que acatasen las órdenes del autor y entregasen aquellas páginas a la biblioteca de Flatey. La discusión sobre el tema (que, a decir verdad, había sido expuesto por pura provocación) duró varios meses. Resultó entonces que vinieron a saber que la biblioteca de Flatey cumplía su centésimo aniversario en 1936 y que el editor de Munksgaard tenía intención de regalarle un ejemplar del facsímil del Libro de Flatey que había sido publicado en 1930. Los bibliotecarios de la Biblioteca Real vieron una oportunidad de librarse de aquel incordio del enigma de Flatey y metieron las hojas dentro de la edición de Munksgaard, que enviaron luego hasta Flatey. La tarea de entregarlo todo en su lugar de destino recayó en aquel arrogante erudito islandés, que no era ni más ni menos que yo mismo, por lo que se considera que sé más sobre este enigma que ningún otro. También es culpa o mérito mío el hecho de que las páginas estén hoy día en la isla. En algún momento alguien había escrito *Aenigma Flateyensis* en las hojas, que no es más que el nombre en latín, que se traduce como “enigma de Flatey”, probablemente para establecer cierto paralelismo con el título en latín de la edición de Munksgaard: *Codex Flateyensis*. Esta misma persona también llegó a hacer un intento de completar por escrito el poema, pero nadie ha podido comprobar que se trate de la solución correcta. Y ésta es toda la historia del enigma.

Árni Sakarías se metió en la boca el último trozo de pastel de Viena y se sirvió

más café en la taza.

—Entonces, ¿todavía no han resuelto el enigma? —preguntó Dagbjartur.

—No, no que yo haya oído.

—¿Y no hay otro modo de resolverlo más que yendo a Flatey?

—No, imposible. La clave no está en ninguna otra parte. Se pueden localizar las preguntas en muchos sitios, pero la clave, que es una serie de letras, sólo se encuentra en la hoja que está dentro de la edición de Munksgaard de la biblioteca de Flatey. De ahí que quien quiera probar sus respuestas se vea obligado a desplazarse hasta allí.

—¿Y por qué nadie la ha copiado?

—Eso no resultaría apropiado. Los bibliotecarios de Flatey han custodiado bien la hoja, y quienes desean probar sus respuestas deben jurar que no copiarán la clave. Además, sigue viva la superstición de que quien rompa las reglas será víctima de una catástrofe. El destino del poeta y del joven estudiante de Copenhague sirvieron para reforzar esa leyenda. Dicen que la clave del enigma encierra una poderosa maldición de la cual sólo se está a salvo entre las cuatro paredes de la biblioteca.

—¿Y hay mucha gente que haya intentado resolverlo?

—No, no lo creo, aunque los estudiantes de los últimos cursos de Filología Islandesa suelen ir en peregrinación a Flatey para probar suerte. Uno necesita estar muy bien preparado para poder aportar alguna hipótesis como respuesta. No es un reto para aficionados.

—¿Usted no ha intentado resolver el enigma?

—Una vez le eché un vistazo al asunto. De hecho, el enigma son dos acertijos diferentes. Me di cuenta de que lo primero era resolver la clave de la cuadragésima pregunta. Sin ella no hay manera de poder comprobar las respuestas a las otras treinta y nueve incógnitas. Estuve un rato dándole vueltas, pero no encontré solución alguna.

—¿Qué sucede si alguien resuelve el enigma?

—¿Qué sucede? Pues no es que suceda nada. El vencedor podrá disfrutar el momento y ganar el reconocimiento, la admiración y la envidia de otros eruditos. Yo sólo espero que eso no ocurra pronto, porque muchos disfrutaban en secreto con el fracaso de los fanfarrones que se esfuerzan por conseguirlo. Vaya, tal vez el enigma sea imposible de resolver. ¿Quién sabe?

—10.<sup>a</sup> pregunta: *«Regalo de Haakon, conde de Hladir. Segunda letra». Haakon se había vuelto un hombre de tan mala vida con las mujeres que para él todas ellas eran igual de accesibles, tanto si eran madres e hijas como hermanas, doncellas o esposas de otro hombre. Y en otras muchas cosas se llenó de crueldad para con sus súbditos y por ello fue llamado desde entonces Haakon el Malvado. Los súbditos reunieron a sus gentes y armaron un ejército para atacar al conde. Éste logró escapar y se escondió junto con su esclavo*

*Kark, quien le había sido regalado al perder su primer diente. Sucedió así que Kark mató al conde en su escondite y fue a llevarle su cabeza al rey Olaf Tryggvason. El rey le concedió a Kark la única recompensa de ser también decapitado. La respuesta es «Kark» y la segunda letra es la A...*

Ya casi había terminado el día; el barco postal tenía que estar a punto de regresar desde Brjánslaekur, camino de Stykkishólmur. Thormóður el Corneja subió con su carreta hasta la puerta de la iglesia, donde ya se encontraban los tres: Grímur, Kjartan y Högni. Era hora de llevar el cuerpo al muelle. El reverendo Hannes llegó poco después ataviado con su sotana. Esta vez sí iba a acompañar a su huésped hasta el barco. Grímur y Högni entraron en la iglesia en busca del féretro y lo colocaron sobre la carretilla. Había también un saco de correos sellado que parecía de todos modos prácticamente vacío. Stína había aprovechado este viaje hasta el muelle para llevar de paso el correo al barco.

Se pusieron en marcha y de nuevo volvió a suceder lo mismo que la primera vez que habían atravesado la isla trasladando la caja: el pueblo parecía desierto. Los habitantes se habían esfumado, y Kjartan se preguntó cómo era posible que todo el mundo pudiese estar tan bien coordinado. Era como si una mano invisible pasase por la aldea y fuese recogiendo a cada uno de los isleños y metiéndolos en sus casas al mismo tiempo.

No obstante, había dos hombres en la orilla, observándolos conforme bajaban. Kjartan pudo distinguir a uno de ellos, Benni de Rádagerdi, pero al otro no podía reconocerlo desde tanta distancia.

—¿Quién es ese que anda con el muchacho? —preguntó dándole con el codo a Grímur y señalando hacia atrás.

Grímur volvió la vista.

—Es un reportero de Reikiavik. Al parecer estaba bien achispado cuando llegó hoy en el barco y se ve que la situación no ha ido a mejor. Me parece que ha encontrado un compañero de borrachera.

—¿Crees que habrá venido para escribir algo en los periódicos sobre Gaston Lund? —preguntó Kjartan.

—Primero tendrá que dormir la mona. Creo que se va a quedar en Svalbardi, con Sigurbjörn, mientras esté por aquí.

Ya podían ver cómo el barco postal se aproximaba desde el norte de la isla, y los portadores del féretro apuraron la marcha. No era necesario hacerle esperar.

Valdi de Ystakot, el viejo Jón Ferdinand y el pequeño Nonni eran los únicos que se encontraban en el muelle cuando la carreta de Thormóður el Corneja dobló la esquina de la planta de pescado. El barco estaba atracando y en esta ocasión sólo echaron un calabrote desde la regala. Los habitantes de Flatey tenían manos rápidas. Lanzaron a bordo la saca del correo y luego el reverendo Hannes recitó un texto

mientras los otros cuatro alzaban la caja de la carreta y la subían a bordo. Dos tripulantes la recibieron mientras el capitán observaba desde la ventana del puente de mando con una pipa de fumar en la comisura de los labios, y el gesto serio.

—¿Quién paga luego el flete? —gritó uno de los marineros que habían recogido la caja.

Todos miraron a Kjartan.

—El gobernador de Patreksfjörður pagará la factura —respondió tras un instante de vacilación.

Luego el barco volvió a apartarse del muelle y Valdi soltó amarras.

—La gracia y la paz de Dios Padre y Nuestro Señor Jesucristo sean con vosotros —dijo el reverendo Hannes rematando su discurso y haciendo la señal de la cruz al barco postal.

Cuando vieron cómo se alejaba rumbo al sur, fue como si a todos ellos les quitasen un peso de encima.

Benni y su compañero de borrachera habían estado observándolo todo desde la esquina de la planta de pescado, pero se dieron la vuelta y desaparecieron tan pronto como la comitiva del difunto regresó con la carreta vacía.

El alcalde Grímur estaba de buen humor y hablaba por los codos. Ahora la vida podría seguir su curso habitual en la isla. Sin duda era todavía un enigma cómo había ido a parar Gaston Lund a Ketilsey, pero aquello era una nimiedad en comparación con tener el cadáver de un desconocido esperando en la iglesia. Agarró a Högni y a Kjartan de los hombros y dijo:

—Bueno, muchachos. Esta tarde nos la tomamos libre y echamos unas partidas con Imba y mañana vamos a la misa de Pentecostés del reverendo Hannes —miró entonces a Kjartan y le preguntó—: Sabrás jugar a las cartas, ¿no?

—Pues sí, supongo —respondió Kjartan, y sonrió ampliamente por primera vez en muchos días.

Cuando regresó a casa, el alcalde Grímur tenía un largo telegrama de la brigada de detectives de Reikiavik aguardándole. Informaba de los detalles que habían averiguado aquella jornada. No es que hubiese nada nuevo, excepto que Gaston Lund probablemente había tenido un hijo no reconocido en Islandia en 1927, del cual no quería saber nada. Tal vez la madre aún se la tuviese jurada. Todavía no se sabía nada sobre aquella familia, pero la investigación tenía que continuar. Se solicitaba que el alcalde comprobase esta parte del caso.

—11.<sup>a</sup> pregunta: «Nada le podrás ocultar. Primera letra». Thormódur se acercó al cocinero, cogió una morcilla, la partió en dos y se comió la mitad. El cocinero dijo: «Pocos reparos tienen los siervos del rey, no le placereá a su majestad si se entera de lo que haces». A lo que respondió Thormódur: «A

*menudo hacemos cosas que no son voluntad del rey. Él a veces se entera, pero a veces no». El cocinero dijo: «Nada podrás ocultarle a Cristo». «No tengo intención de hacerlo», replicó Thormódur, «pero o bien nos separa a Cristo y a mí mucho más que una morcilla, o podemos estar perfectamente de acuerdo». La respuesta es «Cristo» y la primera letra es la C...*

Bryngeir y Benni siguieron con atención el modo en que colocaron el féretro con el cuerpo a bordo del barco postal. Bryngeir no quiso acercarse más, pero le pidió a Benni que le dijese quién era cada uno de los hombres que había en el muelle.

—El alcalde, el profesor, el sacristán y el sacerdote —dijo Benni—. El más joven es el representante del gobernador —añadió.

—¿De quién son esos barcos? —preguntó Bryngeir señalando las pequeñas lanchas ancladas en la parte interior del muelle.

—De pescadores de otros pueblos que salían a faenar para la planta. Aunque no han pescado nada y seguro que se marchan a otros caladeros. Ese bote negro es de Valdi de Ystakot, fue él quien encontró al hombre muerto en Ketilsey —añadió Benni.

—Y de éstos, ¿cuáles estaban el otoño pasado, cuando vino el danés?

—¿Quieres decir aquí en el muelle? —Benni respondió con otra pregunta.

—Sí.

—Nadie salió de aquí el otoño pasado.

—Entonces ¿no había ningún barco?

—Como mucho el de Valdi. Luego lo guarda en invierno. No recuerdo cuándo lo hizo el año pasado.

—¿Y no hay más barcos en la isla?

—Sí, pero en otoño todos se guardan en la bahía, así se les puede echar un ojo desde el pueblo si el tiempo empeora.

Ahora el barco del correo estaba dando marcha atrás desde el muelle y el cortejo fúnebre empezaba a moverse. Bryngeir agarró a Benni y tiró de él hacia el otro lado de la esquina, y ambos corrieron a ocultarse en la cara este de la planta de pescado. Allí había unos cuantos barriles de madera, así que se escondieron tras ellos mientras los otros pasaban por delante. Benni estaba muy sorprendido de aquel modo de actuar, pero le encantaba acompañar a un tipo con tanto mundo y le pareció emocionante espiar un poco.

Desde su escondite observaron cómo aquellos cinco hombres seguían por el camino más allá de la casa del médico. Thormódur el Corneja iba a la cabeza arrastrando el carro; le seguía el sacerdote, y finalmente Grímur, Kjartan y Högni.

—Si tuvieses la absoluta necesidad de llegar hasta Stykkishólmur y no pudieses esperar al barco del correo —le preguntó Bryngeir a Benni—, ¿qué harías?

—Le pediría a mi padre que me dejase el bote —respondió Benni, aunque no mencionó que con toda seguridad no se lo prestaría para ir a Stykkishólmur. Era una

travesía demasiado larga y él no conocía la ruta de navegación por la parte sur del fiordo.

—¿Y los forasteros?, ¿cómo llegarían hasta la isla principal? ¿Qué tendría que hacer yo si necesitase llegar allí esta misma tarde?

Benni se lo pensó. Le costaba imaginar que alguien pudiese tener tanta urgencia.

—Por supuesto podrías pedirle a mi padre que te llevase hasta Brjánslaekur. O a Sigurbjörn de Svalbardi, o quizá a Ásmundur, el tendero. Desde allí se puede ir andando carretera arriba para coger el autobús a Ísafjörður. Por mar, también podrías ir hasta Vatnsfjörður si hay buena corriente. Esa caminata es más corta.

Bryngeir estaba impaciente.

—Pero ¿al sur, a Stykkishólmur, chico?

—Sí, tal vez podrías encontrar a alguien que te llevase en barco en caso de no hacer muy mal tiempo. Es una travesía un poco larga para ir en un barco abierto y por la noche.

Bryngeir se alejó de la planta y bajó hasta el muelle vacío. Se quedó mirando los botes allí amarrados.

—¿Y el dueño de ese barco negro? —preguntó—, ¿podría llevarme hasta Stykkishólmur?

—No, no creo —dijo Benni—. Valdi nunca tiene dinero para comprar suficiente gasolina. Además, lo llevan gratis en el barco del correo porque siempre se ocupa de recoger las amarras cuando atracan aquí en el muelle.

—Vayamos a hacerle una visita a la cabaña. Muéstrame el camino.

Benni subió el muelle y siguió por un sendero que conducía hasta Ystakot. Vieron al pequeño Nonni en la playa y él también los vio a ellos.

—Papi, papi —llamó el niño hacia la casa—. Vienen dos hombres grandes. Benni de Rádagerdi y el borracho.

Valdi había salido a la entrada de la casa cuando Bryngeir y Benni se detuvieron. Bryngeir se quedó mirando a Valdi en silencio. Benni no se acercó más.

—¿Qué queréis? —preguntó Valdi al final.

—¿Podrías llevarme a Stykkishólmur esta noche? —preguntó Bryngeir.

—¿Por qué no has ido con el barco del correo?

—Me retrasé y lo perdí.

Jón Ferdinand salió al patio mientras Valdi se lo estaba pensando.

—¡No veo nada, no veo nada! —chillaba el anciano.

—¡Abre los ojos y verás como ves, idiota! —dijo Valdi.

—Sí, ahora veo la luz, mi querido Valdi. Qué bueno eres conmigo —respondió Jón Ferdinand, contento.

—Qué condenadas chorradas sueltas, papá. Nos pones en evidencia —dijo Valdi, enfadado, y se volvió de nuevo hacia Bryngeir—. Puedes conseguir que alguien de

las islas del interior te lleve a tierra firme después de la misa de mañana. Va a venir todo el mundo a la misa de Pentecostés.

—Pero yo necesito llegar a Stykkishólmur esta noche. ¿Cuánto tengo que pagarte?

Valdi se negó.

—Yo no puedo apartarme de casa. Tengo que cuidar del niño y de mi padre. Al viejo se le ha ido la cabeza.

—¿Y si te doy tres mil coronas?

—¿Tres mil coronas?

—Sí.

—Eso es mucho dinero —hizo cálculos mentales—. Más o menos cinco pieles de foca completamente trabajadas, o casi.

—Sí, es bastante dinero, pero es muy urgente —Bryngeir sacó la cartera del bolsillo de los pantalones.

Valdi cargó la pipa y la encendió. Al final dijo:

—Pero mi padre se viene con nosotros, y me hará falta comprar gasolina antes de nada. Tendrás que pagarme por adelantado.

Bryngeir se volvió hacia Benni sonriendo sarcásticamente.

—¿Lo ves? Sólo se trata de dar con el precio —y luego, dirigiéndose a Valdi, dijo—: Oye, creo que Stykkishólmur puede esperar.

Valdi se exasperó:

—¿Estabas jugando conmigo?

Bryngeir se rio.

—Sólo estaba viendo cuál sería el precio del viaje, amigo.

—Largaos inmediatamente de aquí —dijo Valdi, enfurecido, y se dirigió amenazante hacia Bryngeir, que retrocedió entre risas, tropezó con una mata de hierba y cayó de culo.

Benni se interpuso entre los dos:

—Ya me lo llevo yo y me encargaré de que no vuelva.

Ayudó a Bryngeir a ponerse de pie y lo sacó de allí.

—No deberías hacer rabiar a Valdi —le dijo Benni una vez se alejaron lo suficiente de la cabaña—, pierde el control por completo. Una vez hace tiempo estuvo a punto de estrangular a un forastero en una pelea. El hombre se salvó clavándole a Valdi el dedo en el ojo. Por eso está tuerto.

Bryngeir no parecía satisfecho con aquella retirada que no entraba en sus planes.

—Pues habría que quitarle el otro ojo si fuese necesario —afirmó malhumorado.

—12.<sup>a</sup> pregunta: «Cortó una oreja del rey Sverre. Segunda letra». Un hombre yacía gravemente herido muy cerca de allí. Se trataba de Brynjólfur,

*hijo de Kalf, el legado de las islas Feroe. Éste se puso de rodillas y blandió su espada contra el rey Sverre apuntando al cuello. El rey desvió la estocada con el borde de su yelmo de acero, mas el filo sangriento de la espada le arrancó la oreja de cuajo y le hirió en el cuello causándole un corte de gran tamaño. Y en aquel mismo instante, espadas y alabardas cayeron sobre Brynjólfur con tanta fuerza que apenas llegó a desplomarse su cuerpo al suelo. La respuesta es «Brynjólfur» y la segunda letra es la R...*

Después de la cena y las noticias de la radio, Grímur fue a buscar la baraja y repartió cartas en la mesa del salón donde estaban sentados Högni y Kjartan con sendas tazas de café. Llamó entonces a Ingibjörg, que había estado recogiendo la cocina, y comenzó el juego. Kjartan se divertía observando a los isleños, que la mayor parte del tiempo permanecían callados, más allá de los habituales comentarios y exclamaciones propios del desarrollo de la partida. Además, se podían ver todo tipo de expresiones y miradas. Grímur era competitivo y no le gustaba nada cuando las cosas se le ponían difíciles. Ingibjörg, por su parte, era astuta y se le daba muy bien vérselas con su marido.

—¿Se juega mucho a las cartas aquí en Flatey? —preguntó Kjartan.

—En verano no —dijo Grímur mientras escrutaba sus naipes—, pero en invierno es mucho más frecuente. Sirve para matar el tiempo. ¡Ahora toca jugar a quien saque menos puntos!

Cuando hicieron una pausa entre partidas, Kjartan les contó lo que había descubierto al visitar la biblioteca aquel mismo día. El profesor Lund había cometido un error en su lucha por descifrar el enigma de Flatey y había copiado la clave en una hoja que luego había sacado del edificio. Y entonces se acordó Kjartan de la llave de la biblioteca que todavía guardaba en su bolsillo.

—Ya se la doy yo a Hallbjörg —dijo Ingibjörg—. Pensaba acercarme luego a Innstibaer y llevarles a las dos algunas galletas para acompañar el café en Pentecostés.

—¿Son solteras? —preguntó Kjartan.

—Ninguna de las dos se ha casado nunca, aunque de joven Gudrún tuvo un hijo fuera del matrimonio —respondió Ingibjörg—. El muchacho está ahora de marinero en Akranes y viene de visita de tanto en tanto. Gudrún es algo inestable y a ratos no anda muy en sus cabales. Hallbjörg la acogió por ser de la familia y cuida bien de ella. En la isla se les tiene cariño, y la gente les lleva algunas cosas de vez en cuando. Nunca se apartan de las agujas de calcetar y eso las ayuda bastante. Hallbjörg se ocupa también de la biblioteca y recibe una paga del fondo rural por ello. Creo que este año le pagaron con dos corderitos. Y también tienen la pensión de Hallbjörg. Gudrún y Sigurbjörn de Svalbardi son parientes cercanos. Él también se preocupa por ellas.

Después de dos horas de partidas de cartas, Grímur y Kjartan salieron a buscar las vacas. La noche estaba refrescando tanto que parecía más sensato meterlas dentro. Aunque tampoco duraría mucho. Las noches eran claras y el verano probablemente

ya había llegado para quedarse. Entonces sería posible ordeñarlas en los pastos y al caer el sol permanecerían a cielo abierto.

De camino al pastizal, Grímur instruyó a Kjartan sobre la ganadería vacuna de Flatey, la actual y la del futuro. El problema hoy era la falta de buenos sementales. No se había criado ningún ternero en Flatey en los últimos semestres, así que había que ir a buscar un buey a las islas interiores, lo cual podía ser un traslado bastante revuelto en un barco pequeño, aunque por lo general conseguía hacerse sin ningún accidente. Después del viaje por mar, el toro necesitaba su tiempo para recuperarse antes de que fuese posible llevarlo a que cubriera a las vacas.

—De todos modos, los ganaderos de la zona estamos pensando en comprar un ternero de buena raza en Islandia este verano. No estaría de más mejorar la casta un poco —dijo Grímur.

Las vacas sabían que iban a ir a buscarlas y esperaban mugiendo junto a la cancela del prado. Thormódur el Corneja ya había ido a recoger sus dos reses, pero las de Gudjón de Rádagerdi aún seguían en el pastizal.

—Nos las llevamos a todas —dijo Grímur—. Mi cuñado Gudjón y yo nos turnamos para venir a por ellas.

Se encontraron por la calle con los hombres de Ystakot, que iban de camino a casa. Valdi llevaba una carretilla vieja y cuando pasaron más cerca pudieron ver que lo que acarreaban era una oveja muerta. La cornamenta colgaba de la parte delantera de la carreta, y la lana gris estaba empapada y manchada de arena y algas. Valdi se apartó ante las vacas que pasaban por la calle y luego apoyó la carretilla en el suelo cuando los hombres se encontraron.

—Alcalde Grímur —dijo al tiempo que sacaba su pipa.

—¿Sí, Valdi? —dijo Grímur deteniéndose.

—Escucha. Ya recuerdo por qué no anoté nada en mi cuaderno cuando el barco del correo se fue al sur el 4 de septiembre del año pasado. Y tú también deberías acordarte, alcalde.

—¿Y eso?

—Pues sí, porque ese día yo mismo viajé en el barco a Brjánslaekur para visitar a mi Thóra. Por eso aquel día no estaba en la isla cuando zarpó hacia el sur. Le pedí a mi padre que escribiese quiénes iban en el barco, pero él, obviamente, lo olvidó y no anotó nada.

—Ah —dijo Grímur—. Y ¿por qué debería acordarme?

Valdi encendió la pipa con una cerilla.

—Cuando volví una semana más tarde, me habían robado toda la gasolina del barco. Puse una denuncia, ¿no te acuerdas?

—La verdad es que sí —Grímur miró a Kjartan como disculpándose—. Ahora lo recuerdo. No fui capaz de encontrar al ladrón.

Valdi volvió a meter su cuaderno en el bolsillo, levantó la carreta y se puso en marcha, sin despedirse, con la pipa humeante entre los dientes. El pequeño Nonni y Jón Ferdinand iban de la mano y caminaban detrás de él.

—Ay, siempre hay que andar con tanta prisa —oyeron que farfullaba el anciano.

Cuando la familia de Ystakot se había alejado un pequeño trecho de ellos, Grímur dijo:

—Lo cierto es que aquéllos fueron días para recordar. Valdi viajó al norte del fiordo en busca de su mujer, Thóra, que trabajaba en la construcción de carreteras, pero ella se negó rotundamente a volver a casa con él. Ya no aguantaba más vivir con tantas estrecheces. La vida en la cabaña era soportable mientras la madre de Valdi seguía aún con vida. Era una mujer excelente y muy buena con todo el mundo. Pero desde que murió, los tres se han vuelto unos bichos. Aquello no era modo de vivir para una mujer joven. Por supuesto, Valdi regresó sin su esposa y hecho una furia, se sentía humillado ante el resto del mundo. Al final se dio a la bebida y pasó varios días borracho como una cuba. A decir verdad, no me tomé ese asunto de la desaparición del combustible muy en serio, pero se ve que a él se le ha quedado grabado.

—¿Qué van a hacer con el cadáver de la oveja? —preguntó Kjartan.

—Sigurbjörn de Svalbardi perdió esa oveja y dos corderos en un escollo que cubrió el agua con las mareas vivas del lunes —respondió Grímur—. Por lo que he oído, el animal fue a varar a la parte interior del canal esta mañana. Ésa es una de las desventajas de tener rebaños en las islas: se pierden muchas reses en el mar. Hace muchos años, la corriente originó semejantes mareas que se perdieron cien cabezas en la pedanía de las islas. Fue un desastre demasiado grande en una sola noche para una población tan pequeña.

—Pero ¿qué van a hacer con ella? —repitió Kjartan, y miró atrás por encima del hombro hacia el clan de Ystakot.

—Les han dado el cadáver. Van a hacer paté de mar con él —respondió Grímur.

Kjartan no estaba seguro de haber oído bien.

—¿Paté de mar?

—Sí. Cocerán la carne y el unto. Ya se ha salado y ablandado bien después de tantas vueltas por el mar y se puede hacer una comida decente con ello. El problema es que hay muy poca gente a la que le apetezca tomarse todo ese trabajo, pero para esta familia supone una gran diferencia.

*—13.<sup>a</sup> pregunta: «Muerte de Erling, hijo de Haakon. Segunda letra». Erling era un infante prometedor de siete inviernos cuando su padre Haakon, conde de Hladir, tuvo que defenderse del ataque de los vikingos de Jomsborg en Noruega. La batalla se complicaba para los hombres del conde, así que Haakon invocó a la gigante Thorgerd Hördabrúd para que aceptase un humano, y la ofrenda era*

*Erling. Cambiaron entonces mucho las cosas, pues aparecieron nubes espesas que trajeron una gran helada y los vikingos de Jomsborg tuvieron que luchar contra ella. El calor del día los había animado a quitarse parte de las vestiduras, pero ahora hacía demasiado frío. Se dieron cuenta de que la gigante estaba del lado del conde y de que de cada dedo de su mano salían saetas. Y con cada disparo alcanzaba a un hombre hiriéndolo de muerte. La respuesta es «sacrificio». La segunda letra es la A...*

El matrimonio de Rádagerdi estaba sentado jugando ante un tablero en la cocina cuando oyeron a Benni llegar tarde aquella noche. Se estaba calentito y a gusto cerca de los fogones y el aroma del café flotaba en el aire.

—¿Hay algo para jalar? —preguntó el muchacho.

—Hay pechugas de frailecillo cocido en la despensa —respondió Hildur, su madre.

—¿Has estado por ahí con ese reikiavikingo? —preguntó el granjero Gudjón mientras Benni aparecía con una pechuga de frailecillo y se llevaba un trozo a la boca con una navaja.

—Sí, pero ya no lo aguantaba más. Era demasiado tacaño como para invitarme a ron. Se lo ha bebido todo él solo.

—Tú eres demasiado joven para andar bebiendo con adultos, querido Benni —dijo la madre.

—No soy tan joven como para no poder probar un poco. Por aquí nunca pasa nada divertido —replicó Benni, y se fue de la cocina. Lo oyeron subir a la buhardilla y encender su radio.

—Creo que el chico se va a marchar de casa si seguimos viviendo aquí —dijo Hildur—. Sin duda se habría ido ya si no fuese porque le gusta la pequeña Hafdís de Svalbardi.

Gudjón asintió con la cabeza y movió el alfil dos recuadros en el tablero.

Se quedaron en silencio un rato y se concentraron en la partida. Al final Gudjón rompió el silencio.

—El profesor Högni ha mencionado que tendría interés en comprar la cabaña si nos mudamos. Está harto de vivir en la escuela.

Hildur respondió después de pensárselo un poco:

—Si vendemos la casa, podríamos liquidar la deuda con la cooperativa y quizá tener para el billete a Stykkishólmur. No dará para mucho más. ¡Jaque!

—¿Jaque? Mmm, algo más deberíamos sacar por nuestras hectáreas. Sigurbjörn podría aprovechar bien estas tierras. Seguro que tiene algo en la caja de ahorros para comprarlas. Si alquilamos algún terreno en tierra firme, podemos llevarnos las vacas y las ovejas con nosotros. Si no, las sacrificamos y con eso liquidamos la deuda de la cooperativa.

Gudjón hizo retroceder a su rey, ocultándolo tras una torre.

—¿Y qué pasa si no conseguimos ninguna tierra? —preguntó Hildur.

Gudjón sonrió animándola:

—Tú eres una máquina cortando pescado y yo puedo trabajar de obrero. Además, siempre puedo hacer algo de carpintería o salir al mar a faenar si arreglo el motor.

—No será fácil marcharse de aquí y dejar a todos nuestros amigos —comentó ella mientras movía un caballo.

—Podemos venir en primavera y ayudar con los trabajos. Pero es imposible seguir subsistiendo aquí en invierno sin una granja más grande.

—¿Estás seguro de que Högni podría comprar la casa?

—Sí, sí. Seguro que le pueden conceder algún préstamo —dijo Gudjón moviendo el alfil.

—Vamos a pensarlo durante este verano y lo decidimos en otoño —respondió la señora de la casa concentrándose en el tablero.

—Sí, pero creo que tendríamos que ponernos a ello —dijo Gudjón. Le costaba concentrarse en la partida y seguir la conversación al mismo tiempo. Miró confuso el tablero y finalmente hizo una jugada con el caballo.

Hildur movió una torre.

—¡Jaque mate!

—14.<sup>a</sup> pregunta: «De modo que se podía ir a caballo alrededor de todo el país. Quinta letra». Hubo en Islandia un invierno de nieves tan gélido que todo el mar de la costa se congeló, de manera que era posible cabalgar por cada uno de los cabos y fiordos. La respuesta es «invierno de nieves» y la quinta letra es la E...

*Domingo, 5 de junio de 1960*

La Radio Nacional se ocupaba de dejar bien claro a todos los islandeses que llegaba el Domingo de Pentecostés. Del transistor de Ingibjörg salían cánticos de salmos que llenaban la casa del alcalde. El coro de la radio cantaba un salmo islandés de Pentecostés extraído del Graduale Romanum.

El cielo sobre el Breidafjörður continuaba claro y poco nublado. El viento estaba amainando y parecía cambiar de dirección. La gente con buen ojo meteorológico escrutaba el cielo y pronosticaba un día de buen tiempo y lluvia al caer la tarde, y no vendría mal, porque los campos necesitaban algo de agua para crecer bien. Los pozos también se estaban vaciando. Sin embargo, era deseable que no cayera una gota durante el día mientras los feligreses acudían a la iglesia.

Había cierta atmósfera festiva en el pueblo cuando Kjartan bajó de la buhardilla a eso de las diez y echó un vistazo fuera. El alcalde Grímur ya se había vestido con ropa oscura de gala, se había lavado, había peinado hacia atrás su mata de pelo y también se había retocado y cepillado la tupida barba. Ingibjörg llevaba puesto un hermoso traje tradicional con corpiño y se había echado perfume. Había bollos dulces acompañando el café matutino.

La bandera nacional estaba izada hasta el tope del asta en la cima de la colina que había delante de la iglesia y ondeaba perezosa en aquella brisa tibia. Por aquí y por allá se veía a gente caminando, pero nadie trabajaba. El día de descanso era sagrado y honrado especialmente al tratarse del Domingo de Pentecostés.

Desde la ventana de la cocina, Grímur observaba cómo iban llegando los barcos a motor de las islas interiores por el estrecho del puerto. Venían cargados de feligreses.

—Era más majestuoso antes, cuando llegaban los barcos de las islas con sus velas blancas al viento. Estoy seguro de que Nuestro Señor sabía apreciar mejor aquella imagen —dijo nostálgico mientras iba recitando los nombres de los barcos y de quienes probablemente venían a bordo. De cuando en cuando se llevaba unos viejos prismáticos a los ojos para confirmar que había acertado—: Sí, sí, lo sabía, ése es el barco de las islas Skáleyjar —dijo contento.

Los viajeros completaban la travesía con ropa de diario, pero traían en maletas los trajes para la misa, así como comida en cestas de pícnic y termos de café. La gente desembarcaba en el muelle de Eyjólfur y desaparecía en casas de amigos y familiares para reaparecer acto seguido en el pueblo, ya vestida con ropas de gala. Algunos llamaban a hurtadillas a la ventana de Ásmundur, y él los hacía pasar al colmado por

la puerta de atrás. Por supuesto, el colmado no abría al público en un día sagrado de misa, pero siempre se podía hacer una excepción con la gente necesitada. Por su parte, la cooperativa estaba cerrada a cal y canto, ya que la casa de al lado era el hogar del sacerdote y el propio reverendo era el presidente de aquella sociedad.

Una vez todos los barcos de las islas interiores hubieron llegado, Högni, el organista, reunió a los miembros del coro y encabezó el grupo hacia la iglesia. Había que hacer un ensayo para calentar las voces antes de la misa.

A la una y media, Thormóður el Corneja salió de su casa con la ropa de domingo y atravesó el pueblo tirando de la carreta: en ella iba sentada su esposa Gudrídur, con las piernas bien estiradas. Cuando llegaron a la casa del sacerdote, el reverendo y su mujer salieron preparados para la misa y los cuatro juntos se dirigieron hacia la iglesia.

Ingibjörg formaba parte del coro de la iglesia, y el organista y ella habían desaparecido tan pronto como la mujer del alcalde terminó de lavar la loza del almuerzo. Grímur y Kjartan permanecían en el salón, ambos bebiendo en silencio su café con azúcar. Grímur le estaba echando un vistazo a su ración semanal de la revista *Tíminn*, que le había llegado con el barco del correo el día anterior, mientras Kjartan garabateaba el rompecabezas de unos pasatiempos de un semanario danés y pensaba en Gaston Lund. Estaba intentando crearse una imagen global a partir de los pocos datos que tenía.

—Dime una cosa —comentó para llamar la atención de Grímur—: ¿se sabe quién es el padre del hijo de Gudrún de Innstibaer?

Grímur se quedó sorprendido.

—No. El chico ya había crecido y empezó a faenar en el mar cuando Gudrún se mudó aquí, a casa de Hallbjörg. Nunca he oído hablar del padre.

—Valdi de Ystakot escribió en su cuaderno que el hijo de Gudrún había venido con el barco el día que Gaston Lund desapareció.

Grímur hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Ahora estás llevando las cosas demasiado lejos, compañero —dijo.

—Y además, está también *Destino* —dijo Kjartan cada vez más excitado—. Nos pareció que Lund había escrito esa palabra con piedrecillas en Ketilsey, y el barco de Sigurbjörn de Svalbardi se llama *Destino*. ¿No eran parientes él y Gudrún?

Grímur mostraba un rostro preocupado.

—Yo no me había fijado en lo del nombre, pero vamos a andarnos con mucho cuidado con estas cosas, nada de ir a cotorrearle a la policía de Reikiavik.

—¿Por qué no? —preguntó Kjartan.

—Todo esto es tan descabellado que podría perjudicar mucho a la gente de por aquí, si se difunden ese tipo de rumores. A las falsas acusaciones las sigue un destino cruel.

Kjartan no soltó ni un comentario más. Aquellas palabras del alcalde fueron un duro golpe. Él mismo tendría que haberse dado cuenta.

La segunda tanda de campanadas de la iglesia hizo que el alcalde dejase a un lado el periódico y se levantase. Se aclaró la garganta y dijo que ya era hora de ponerse en marcha. Kjartan lo siguió. Se daba por supuesto que asistiría a misa como todos los demás, y él no vio ningún motivo para oponerse e iniciar una discusión sobre el asunto, aun cuando no le apetecía especialmente. No había asistido a misa desde su propia confirmación, exceptuando algún que otro funeral. Al fin y al cabo podía ser una buena oportunidad para observar a los isleños sin ser él mismo el foco de atención.

Grímur y él se dirigieron a la iglesia con paso lento pero solemne, al compás de otros grupos de personas que llevaban el mismo rumbo. La gente se reunía ante las puertas de la iglesia y a un lado y a otro se cruzaban saludos, besos y apretones de manos.

Unos cuantos niños vestidos de gala jugaban en la ladera al pie de la iglesia cuando llegaron los de Ystakot. A primera vista, no parecía que se hubiesen cambiado de ropa para la ocasión. Dos chiquillos se separaron del grupo y gritaron en alto:

—¡Nonni el Bostas, Nonni el Bostas!

La diversión de los niños no duró mucho, porque Högni había salido de la iglesia para tomar un poco de aire fresco después del ensayo del coro y estaba cerca de ellos. Les gritó con enojo y los pequeños callaron con aire avergonzado.

—¿Qué le han llamado al niño? —preguntó Kjartan.

—Bostas —respondió Grímur.

—¿Y qué significa eso?

—La bosta es un combustible excelente para el fuego, hecho de estiércol de vaca. Antes era lo que se usaba para encender el fuego, junto con piel de ave seca. Hoy casi todos encendemos el fuego de casa con gasoil, aunque no hace mucho que el combustible casero era el más común. En Ystakot todavía lo hacen a la antigua usanza y en primavera el pequeño Nonni se encarga de ir al establo y recoger el estiércol para hacer bosta seca. La pone en el campo en pequeños montones y la deja que se seque. Eso era algo que hacíamos todos los de mi generación cuando éramos niños, y uno de nuestros trabajos favoritos. Pero ahora la bosta se ha convertido en un insulto. No es que me parezca un progreso.

Las campanas de la iglesia volvieron a llamar y la gente entró apretándose por las estrechas puertas. A Kjartan le pareció completamente distinta del lugar en el que había estado aquella misma semana, cuando Jóhanna y él estuvieron observando el cadáver del féretro. En aquella ocasión, él no se había fijado en nada a su alrededor. Ahora alumbraban una multitud de velas y la imagen sobre el altar —un hermoso cuadro de Jesucristo y dos de sus discípulos, del estilo de las estampitas que daban en

el catecismo en algún momento de su infancia— había cobrado vida. Grímur le señaló un banco, y allí se sentó junto a Sigurbjörn. Estaba claro que Gudjón había acabado de cortar el pelo al granjero una vez que Kjartan se hubo marchado, pero aun así los lados habían quedado un tanto irregulares. Sin poder evitarlo, Kjartan empezó a fijarse en las nuca que tenía delante. Había cabezas de todo tipo. Calvas de diferentes formas y peinados arreglados con mayor o menor pericia, aunque la mayoría de las mujeres llevaban trenza. Todo el mundo lucía un cabello limpio y peinado y un fuerte olor a jabón se mezclaba con el ligero olor a moho de la iglesia. Sigurbjörn desprendía cierto tufo a alcohol y parecía medio resacoso.

En ese momento, las notas del órgano descendieron desde el palco y el coro comenzó a cantar los salmos. Mientras los escuchaba, a Kjartan le pareció que la música le resultaba peculiarmente relajante. Puede que aquél no fuese uno de los mejores coros del país, pero había cierta armonía entre el canto y las notas del órgano.

El reverendo Hannes salió de la sacristía y se volvió hacia su congregación. Tosió dos veces y dijo:

—Queridos feligreses, hermanos y hermanas. Quiero comenzar esta sagrada ceremonia comunicándoos la triste noticia de que Björn Snorri Thorvald, padre de la doctora Jóhanna, ha fallecido la pasada noche. Como todos sabréis, el hombre llevaba mucho tiempo enfermo y ahora el Señor Todopoderoso lo ha acogido en su seno poniendo fin a sus sufrimientos. Su maravillosa hija velaba a su lado cuando fue llamado de este mundo, y yo me he acercado esta mañana para encomendar su alma al Señor. El martes tendrá lugar el velatorio en la casa familiar, y el entierro será el miércoles. Unámonos ahora en la oración.

Los feligreses bajaron la cabeza y el sacerdote dirigió el rezo. Kjartan se preguntó si la doctora estaría presente en la misa. Parecía como si cada hijo de vecino de aquellas islas se encontrase en la iglesia. Echó un vistazo rápido hacia atrás para mirar a la congregación, pero no divisó a Jóhanna por ninguna parte. Sin embargo, pudo ver cómo al fondo el pequeño Nonni de Ystakot se levantaba y escapaba a hurtadillas por las puertas abiertas de la iglesia. Bueno, probablemente él habría hecho lo mismo, de ser posible. Allí dentro enseguida hizo demasiado calor y faltaba el aire.

El órgano volvió a sonar y cantaron otro salmo.

—15.<sup>a</sup> pregunta: *«Respuesta de Búi al perder el mentón. Segunda letra». En la batalla de los vikingos de Jomsborg contra el conde Haakon, Thorkell saltó de su barco al de Búi espada en mano, y de una embestida le arrancó el mentón y el labio, e hizo que una fila de dientes cayese sobre la cubierta. Entonces dijo Búi al recibir la herida: «Mal le parecerá ahora besarme a la danesa de*

*Bornholm, si es que un día regreso a casa». Le asestó entonces una estocada a Thorkell. El golpe le llegó por el medio, de modo que cayó al suelo partido en dos. Mi padre considera que la respuesta debe ser la frase: «Mal le parecerá ahora besarme». La segunda letra es la A.*

*Él miró la nota con las respuestas.*

*—El huésped responde: «Cortó a Thorkell en dos mitades».*

*—Entonces tenemos dos posibilidades para esta respuesta, la letra A y la O...*

Fridrik Einarsson no parecía demasiado contento cuando el detective Dagbjartur lo visitó la tarde del Domingo de Pentecostés, por segunda vez en dos días. Aun así le invitó a entrar y tomar asiento, aunque miraba preocupado el reloj.

—Mi mujer y yo vamos a ir a una boda. No quiero llegar tarde —explicó.

Dagbjartur intentó ser breve:

—Hemos comparado su lista de amigos y conocidos de Gaston Lund en Islandia con una lista de habitantes de Flatey que recibimos ayer del oeste. Björn Snorri Thorvald aparece en ambas.

—Sí —respondió Fridrik—. Debería habérselo dicho ayer mismo. Sabía perfectamente que Björn Snorri y su hija Jóhanna vivían en los Fiordos Occidentales, pero no pensé que tuviese la menor importancia. De hecho, este mediodía he oído en la radio que Björn Snorri acaba de fallecer. Cada vez quedan menos de mis viejos colegas.

—¿Tenían buena relación Björn Snorri y Gaston Lund?

Fridrik miró estupefacto a Dagbjartur:

—¿A qué se refiere?

—Usted comentó que el profesor tuvo alguna que otra disputa con sus colegas islandeses respecto a los manuscritos.

Fridrik sonrió.

—Björn nunca tomó parte en la discusión sobre los manuscritos. Era uno de los pocos islandeses que no tenía ninguna opinión sobre dónde debían ser custodiados. Le bastaba con saber que se encontraban en un lugar seguro y tener buen acceso a ellos... —calló repentinamente y frunció el ceño—. Buen acceso a ellos... —repitió titubeante, inmerso en sus pensamientos.

Dagbjartur percibía que había algo más detrás de aquellas palabras y esperó tranquilo a que Fridrik continuara.

—Ése era el problema. Al final de la guerra, Björn Snorri perdió su puesto en Copenhague y con él la posibilidad de acceder a los manuscritos. Ahora que me acuerdo mejor, estaba muy descontento con sus colegas daneses, Lund incluido. Lo habían echado del Instituto de un modo innecesariamente brusco. Pero aquéllos eran tiempos extraños al final de la guerra y muchas de las decisiones desafortunadas que se tomaron entonces respondían a toda aquella ira acumulada. Mi familia y yo los acogimos a él y a su hija justo después de aquel despido repentino y volvieron con nosotros a Islandia unas cuantas semanas más tarde. Jóhanna y Einar, mi hijo pequeño, estuvieron medio prometidos desde la época del instituto, hasta que Einar

falleció en un trágico accidente.

La voz de Fridrik se quebró por un momento, pero luego continuó:

—De todos modos, creo que Björn Snorri tuvo que haberse recuperado de aquel mal trago que se vio obligado a pasar en Copenhague, aunque lo cierto es que llevaba enfermo unos cuantos años. Supongo que al final el cáncer se lo llevó por delante.

—¿Podría describirme un poco mejor a Björn Snorri? —pidió Dagbjartur.

Fridrik pensó un rato antes de empezar a hablar.

—Björn Snorri era un pensador absolutamente preclaro, un académico excepcional, y pocos contemporáneos podían llevarle ventaja en la investigación de los manuscritos islandeses. En vez de centrarse en exclusiva en el texto, él comenzaba formándose una imagen de los escribas. Al ponerse en su piel, podía adivinar qué documentos tendrían ante sus ojos. ¿Estaba acostumbrado un cierto escriba a cortar la pluma cuando pasaba las páginas del manuscrito original? ¿En qué momento rendía mejor ese escriba, al inicio de la jornada o más tarde? ¿Corría un mayor riesgo de cometer errores en determinadas ocasiones? ¿Encontraba entretenido el texto, de modo que se apuraba para poder acabar de leerlo, o le parecía tedioso, incitándole así a esmerarse con la caligrafía y las iluminaciones de las letras iniciales? ¿En qué ambiente habían aprendido su oficio y cuáles eran sus características principales? Björn Snorri se formaba una imagen de estos hombres y observaba su trabajo como si los mirase escribir por encima de su hombro. Pero andaba tan absorto en su cruzada por definir a aquellos amigos suyos de hace siglos que olvidó por completo el presente. Sus contemporáneos estaban tan cerca de él que no se tomaba ni un segundo para considerar las opiniones que tenían. Nunca le habría preguntado a nadie cómo se encontraba ese día. Sin embargo, era capaz de rastrear la huella de un mismo párrafo en diferentes copias de manuscritos y deducir su evolución a partir de las características personales de cada escriba. No se preocupaba por ver cómo le iba a la gente que lo rodeaba en aquel mismo tiempo y espacio. Simplemente contaba con que si alguien tenía algún asunto que hablar con él, se limitaría a comunicárselo. El lenguaje corporal quedaba más allá de su capacidad de entendimiento. El día a día le resultaba insignificante cuando batallaba por comprender y analizar notas escritas setecientos años atrás en los márgenes de un pergamino roto y agujereado. Disponía de una sabiduría sin límites, la que acumuló en sus investigaciones. Y necesitaba encontrarle una vía de escape. No es que fuese muy bueno redactando le aburría realizar informes, pero podía subir a la palestra y hablar sin parar sobre lo que le interesaba. No le suponía el menor problema, en cualquiera de las lenguas nórdicas. Además, era bastante bueno en alemán. Se servía de aquellas conferencias para formular sus conclusiones y sus opiniones, ordenarlas y ponerlas en un contexto lógico. El discurso era para él la etapa final a la hora de formular una teoría. Lo único que le importaba era que alguien estuviese escuchando. Si se daba el caso de que a

los estudiantes sus palabras les entraban por un oído y les salían por el otro durante sus clases en la universidad, entonces se limitaba a hablar para sí mismo o para el oyente que siempre estuvo cerca de él y no lo abandonó nunca: la pequeña Jóhanna. Y aprovechaba el tiempo para encontrarle nuevas perspectivas al tema que estaba tratando, e incluso podía realizar descubrimientos completamente novedosos en mitad de una conferencia en una ciudad desconocida. Pero tan pronto como lo privaron de todo ello se encerró en sí mismo. Nunca encontró paz en nada de lo que hacía, ya que no podía dar salida a su talento en los trabajos cotidianos. Cayó en una depresión y anestesió su dolor con la bebida. Sólo podía acabar de un modo.

Fridrik miró su reloj y se puso en pie, pero Dagbjartur permaneció sentado.

—¿Cómo cree que reaccionó Björn Snorri cuando Gaston Lund se presentó en Flatey? —preguntó.

Fridrik se encogió de hombros.

—Lo cierto es que no tengo la más mínima idea. Tal vez se lo tomase a mal, tenía razones para ello, pero bien podría haber ocurrido que ambos se alegrasen de aquel encuentro. Yo diría que eso es lo más probable.

—¿Es posible que Björn Snorri hubiese querido hacerle algún daño a Lund?

Fridrik volvió a sentarse y miró estupefacto a Dagbjartur.

—¿Qué quiere decir?

—¿Quizá podría haber sido el causante de que Lund fuese a parar a aquella isla?

—Björn Snorri ha sido un enfermo terminal los últimos años —dijo Fridrik.

—¿Y su hija?

—¿Me está preguntando si Jóhanna Thorvald podría haberle causado algún mal al profesor Lund?

—Sí.

Fridrik se puso en pie de repente.

—Durante años, mientras estuvo con mi hijo, Jóhanna fue como una hija para mí. No toleraré comentarios de ese tipo sobre ella —exclamó, y se dirigió a la puerta—. Debo pedirle que me disculpe. Mi mujer me está esperando.

Dagbjartur se puso en pie.

—Perdone. No tenía intención de molestarle y no voy a demorarle por más tiempo. Pero ¿podría indicarme a alguien que los conociera a él y a su hija?

—Mi hija Thorgerdur estudió Medicina al mismo tiempo que Jóhanna y han mantenido el contacto desde entonces. Thorgerdur es médica en el Hospital Nacional. Intente contactar con ella.

Dagbjartur estaba a punto de salir cuando se giró bajo el umbral y preguntó en tono de disculpa:

—¿Y la madre del hijo de Gaston Lund?, ¿tiene alguna idea de dónde podría encontrar información sobre ella?

Fridrik tenía el rostro serio.

—¿Ha hablado ya con Árne Sakarías del enigma de Flatey?

—Sí.

—¿Le ha preguntado sobre Gaston Lund?

—No.

—Entonces hágalo.

—16.<sup>a</sup> pregunta: «La mujer más cruel. Séptima letra». La Saga de los Groenlandeses habla de Freydís, hija de Erik el Rojo, quien había llegado a un acuerdo con los hermanos Helgi y Finnbogi para que fuesen con ella a Vinlandia. Pero una vez allí, Freydís instigó contiendas contra los hermanos y embaucó a sus hombres con engaños para que los atacasen a ellos y a su gente en sus cabañas y los matasen. Una vez todos los hombres fueron asesinados, quedaron cinco mujeres a las que nadie quiso matar. Entonces Freydís tomó un hacha en la mano, fue contra ellas y las dejó sin vida. La respuesta es «Freydís» y la séptima letra es la S.

—Aquí el huésped tiene escrito el nombre de Sigrídur Tóstadóttir —dijo él.

—También podría ser —dijo ella tras hojear el libro—. El rey Harald Grenski llegó a la corte de la reina Sigrídur Tóstadóttir. Esa misma noche llegaron otros seis reyes y todos pidieron su mano. Los reyes se sentaron en el palacio antiguo, donde no les faltó bebida, y ésta era tan fuerte que pronto se emborracharon y los guardianes se quedaron dormidos. Aquella misma noche, Sigrídur hizo que los atacasen con fuego y armas. La sala ardió, y con ella los siete reyes y los hombres que allí estaban. Sigrídur dijo entonces que aquello haría que otros reyes menores prefiriesen acudir a otras tierras si pretendían buscar esposa. Entonces la letra sería la U...

Tras la misa de Pentecostés, los feligreses tomaron un café en la ladera a los pies de la iglesia de Flatey. Lo hicieron fuera porque el día se mantenía espléndido, en caso contrario habrían abierto la casa de la congregación para el café misal. La gente de las islas interiores sacó sus pícnicos y enseguida se formaron pequeños grupos que se dividían por edad y por sexo. El alcalde Grímur se encontraba en el de los granjeros más mayores. Primero se habló sobre el danés que se había quedado atrapado en Ketilsey. Uno de los hombres de las islas interiores estaba seguro de que habían sido unos piratas extranjeros quienes lo habían dejado en aquella tierra. Y a lo mejor también un tesoro. ¿Lo había comprobado alguien? Grímur aseguró que la investigación había dejado claro que en Ketilsey no había ningún tesoro escondido. Luego se hicieron conjeturas sobre que la isla quedaría maldita durante generaciones y que probablemente no se podría sacar mucho provecho de ella mientras aquello durase. En eso coincidían la mayor parte de los feligreses, y entonces miraban de soslayo a los hombres de Ystakot —a Valdi y a Jón Ferdinand—, que se apañaban a duras penas gracias a aquella isla. Ninguno de los dos se había juntado con nadie, aunque bebían café y picoteaban algún trozo de pastel que alguien les había ofrecido. Al niño no se le veía por ninguna parte.

Grímur les dijo a sus paisanos que había llegado un periodista de Reikiavik a Flatey y que su misión era informar sobre aquel inesperado deceso. El alcalde le pidió a la gente que se cuidase bien de lo que le contaba a este visitante. Era completamente innecesario señalar a ningún otro isleño por tan desgraciado acontecimiento. Por así decirlo, ya se había causado suficiente daño.

Después se pusieron a hablar sobre las labores del campo y las expectativas de futuro. Había buenas noticias sobre el precio de la producción. El director de la cooperativa había oído que se pagaban ochocientas coronas por una buena piel de cría de foca y al menos mil cuatrocientas por el kilo de plumón de ánade limpio. Éste podía ser uno de los mejores años de la agropecuaria regional, si el tiempo seguía siendo bueno.

*—17.<sup>a</sup> pregunta: «El peor torturado y sin embargo curado. Cuarta letra». Tras la muerte del rey Olaf el Santo surgieron muchos relatos acerca de los milagros que se le atribuían al invocar su nombre, y los sacerdotes que escribieron el Libro de Flatey los compilaron a conciencia, haciendo honor a su trabajo. Quien sufrió las peores torturas fue el sacerdote Ríkgard. Einar y su sirviente le rompieron las piernas y lo arrastraron entre los dos al bosque, luego*

*le colocaron una cuerda en la cabeza y una tabla bajo los brazos, pusieron un palo a modo de torniquete y apretaron con fuerza. Acto seguido, Einar tomó una cuña y se la puso al sacerdote en el rostro, y su sirviente, que estaba al lado, la golpeó con un hacha, de modo que el ojo saltó de su órbita y fue a parar al bigote. Entonces colocó la cuña en el otro ojo y reventó el globo ocular y le saltó la pupila sobre la mejilla. Luego le abrieron la boca y le agarraron la lengua para sacársela y cortársela, aunque después le desataron las manos y la cabeza. Tan pronto como recobró el conocimiento, el sacerdote volvió a colocar sus ojos bajo los párpados y presionó con ambas manos tan fuerte como pudo. Entonces los hombres le preguntaron si podía hablar y Ríkgard trató de decir algo. Aquí Einar le dijo a su hermano: «Si se recupera y se le cura el muñón de la lengua, entonces se me ocurre que podría hablar». De modo que agarraron el muñón de la lengua con unas tenazas y lo cortaron dos veces y hasta una tercera, ya de raíz, antes de dejarlo allí tirado medio muerto... Se necesitó un gran poder para curar aquellas heridas, pero por medio del buen rey Olaf el Santo sanó por completo quien tan terriblemente había sido torturado. La respuesta es «Ríkgard el sacerdote», y la cuarta letra es la G...*

Dagbjartur se pasó lo que quedaba del Domingo de Pentecostés buscando de nuevo a Árni Sakarías. Éste no se encontraba en su casa de Raudarárstígur, ni en la piscina ni en el comedor del barrio Este.

—Pruebe en el bar de Hressingarskálinn —dijo el conserje de la piscina—, o en Laugavegur 11.

Y fue en este último lugar donde Dagbjartur halló al poeta rodeado de un buen grupo de amigos. Árni Sakarías estaba un poco borracho. Presentó al detective de la policía a todos los compañeros de mesa.

—Este buen hombre trabaja en la oficina de investigación de la policía y está especializado en colaborar con poetas y escritores. Quitaos el sombrero.

Dagbjartur saludó con una inclinación de cabeza y acto seguido comunicó el motivo de su visita a Árni Sakarías. ¿Era posible que conociese a Gaston Lund y supiese que tenía un hijo en Islandia?

—Ésa es una pregunta considerable —respondió Árni Sakarías—. No es algo que se pueda contestar con el estómago vacío. Vayamos a cenar al hotel Borg: unas hamburguesas con huevos fritos, por cortesía de la comisaría.

Dagbjartur no tenía claro si podría lograr que le devolviesen el importe de aquellas facturas, pero no se arriesgó a contrariar a Árni Sakarías. No estaba en absoluto obligado a responder a aquellas preguntas y lo mejor era mantener al hombre contento. Una comida barata tampoco era un gran gasto si se conseguía información a cambio.

Árni Sakarías no se mostró dispuesto a responder a las preguntas mientras bajaban por Laugavegur, sino que, en su lugar, le dio una conferencia sobre la poesía del momento. Hasta que les sirvieron la comida en el Borg no pasó a ocuparse de la pregunta del detective.

—Me está usted preguntando sobre unos hechos que sucedieron durante la visita del rey Cristián X en junio de 1936. El rey todavía estaba algo preocupado por su imagen después de su última visita, con motivo de la fiesta del Althingi, en 1930. En aquel entonces, allá donde iba, las conversaciones parecían girar en torno a las Sagas de los Islandeses, como si creyeran que debía conocerlas de arriba abajo, y él nunca sabía cómo responder a aquello. En esta ocasión decidió llevar como acompañante a un erudito danés que no se viese en ningún aprieto a la hora de responder sobre la materia: Gaston Lund. Su deber era acompañar al rey en cada paso y responder por él si las sagas salían a colación. Tan pronto como aquello llegó a oídos del gobierno islandés, les entró el pánico: les preocupaba mucho que aquel erudito danés pudiese

poner en un apuro a los islandeses con alguna pregunta que no fuesen capaces de contestar sobre los tesoros nacionales, así que llamaron a un especialista y le asignaron el cometido de seguir las conversaciones y tomar parte en ellas si algún compatriota tenía dificultades. Fue a mí a quien encargaron esa tarea. Nada más desembarcar en el puerto se pudo apreciar que Lund había hecho los deberes, porque el rey pronunció un breve discurso en islandés. Al día siguiente hicimos un viaje espantoso al este para visitar la catarata de Gullfoss y Geysir y hacer noche en Laugarvatn. Gaston Lund y yo éramos como dos gallos de pelea el uno contra el otro, aunque, como acostumbra a suceder en las peleas de gallos, se trataba más que nada de roces con las patas y empujones con las alas y muy pocos picotazos. Luego las tensiones se fueron relajando y al final todo se remató con una estupenda borrachera.

Árni Sakarías soltó una carcajada al recordarlo y luego continuó su narración:

—Al día siguiente, de camino a Reikiavik, nos dirigimos a la planta hidroeléctrica de Sogsvirkjun para un estúpido acto de inauguración. Aquella noche se celebró una fiesta aquí en el hotel Borg, y es ahí cuando de verdad comienza la historia.

Árni Sakarías se inclinó sobre la mesa para acercarse a Dagbjartur y bajó la voz:

—Yo había llegado temprano porque quería discutir algunos asuntos con Gaston Lund antes de que comenzara la cena, así que me anuncié en recepción y enviaron arriba a un botones con un recado de mi parte. Esperé pacientemente porque sabía que él estaba preparándose para la fiesta, y eso podía llevar un buen rato. Los huéspedes extranjeros empezaban a juntarse en el vestíbulo antes de entrar en la sala y fui saludando a los que conocía. A pesar de la multitud, no pude evitar fijarme en una joven que se había sentado en una silla de la recepción y a todas luces esperaba a alguien. Era una joven hermosa y de aspecto refinado, aunque sin ostentaciones. Al lado de la mujer había un niño pequeño, de unos nueve años, que también iba muy bien vestido y arreglado. Los dos pasaban casi desapercibidos, y tal vez yo fuese el único que llegó a fijarse en ellos. Aun cuando la mujer era bastante más joven que yo, me permití lanzarle alguna mirada de vez en cuando. No había ninguna otra dama entre los invitados a la fiesta que fuese semejante regalo para los ojos, y yo siempre me he deleitado admirando la hermosura del género femenino, si se presenta la oportunidad. Pasó todavía un rato hasta que Gaston Lund se dejó ver. Yo me hallaba algo apartado, hablando con uno de los hombres de la comitiva real, y no reparé en él cuando comenzó a bajar las escaleras, pero luego vi que se había detenido en los últimos peldaños y que miraba estupefacto a aquella mujer y al niño, que se acercaban a él desde el otro lado de la recepción. Cuando se encontraron, la mujer le dijo algo y le tendió la mano. Él reaccionó de un modo muy extraño: ignoró el saludo y escondió la mano derecha detrás de la espalda, como para evitar que ella se la cogiese. La mujer tomó entonces al niño por los hombros y lo empujó hasta ponerlo junto a Lund, al tiempo que decía: «Gaston Lund, éste es tu hijo». Lund retrocedió

entonces dos escalones con la boca abierta y los miró sin ser capaz de articular palabra. Aquello empezó a llamar la atención de todo el mundo. La mujer miró a su alrededor como disculpándose y luego volvió a mirar a Lund y le pidió encarecidamente que hablase con ellos. En ese instante fue como si Lund despertase de un trance: le hizo un gesto al portero y, señalando a la mujer y al niño, agitó la mano como si quisiera alejarlos a la vez que decía en alto: «¡Fuera, fuera!». El niño, que hasta entonces había sido tan educado, empezó a berrear, y la mujer también, sí, ella también. En la vida he sido testigo de una visión tan lamentable. El aura de elegancia que portaba desapareció como si se la hubiesen sacudido con la mano. Se le encorvó la espalda y perdió la mirada hacia el suelo, confusa e inexpresiva, sin emitir un solo sonido. «¡Fuera!, ¡fuera!», gritaba aterrado Lund mientras los echaba con un gesto. El portero tomó a la mujer del brazo y al niño de la nuca y los sacó prácticamente a rastras del edificio. Todos los que estaban en aquel momento en el vestíbulo habían sido testigos de la escena y ahora escudriñaban a Lund. Éste se dio la vuelta y, apresurado, volvió a subir las escaleras. Las palabras de la mujer resonaron como un eco por el vestíbulo conforme la gente las repetía. «Ha dicho que el niño era hijo suyo», decían una y otra vez en islandés y en danés. Quienes conocían a Gaston Lund mejor que otros recordaban que él había venido a Islandia en el verano de 1926. ¿Podría haber tenido una relación con aquella mujer y ser el padre del niño? En cualquier caso, su reacción había sido verdaderamente bochornosa y no volvió a hacer acto de presencia en aquel viaje. La historia llegó hasta Copenhague y empañó su reputación. A mí nunca me ha dado vergüenza contarlo cuando me han preguntado. Creo que Gaston Lund nunca había vuelto a Islandia hasta el otoño pasado.

Árni Sakarías concluyó su relato y pasó a concentrarse en la comida.

—¿Y quién era aquella mujer? —preguntó Dagbjartur.

El escritor sacudió la cabeza mientras terminaba de masticar y tragaba.

—Eso no lo sabe nadie. Ninguno de los que la vieron en el hotel la conocía de vista, y nunca más se la volvió a ver. Yo intenté encontrarla pero sin ningún éxito. Nadie en la ciudad reconoció la descripción que di de ella. Lo más probable es que no fuese de Reikiavik. Nuestros paisanos de Copenhague buscaron a los compañeros de viaje de Gaston Lund que también vinieron a Islandia en 1926, pero ninguno de ellos recordaba especialmente que hubiese trabado amistad con alguna mujer. A nadie se le pasó tampoco por la cabeza mencionarle el asunto al propio Lund, y poco a poco se fue olvidando la historia en Copenhague.

—18.<sup>a</sup> pregunta: «*La lengua más desvergonzada. Tercera letra*». Cuando llegaron a Reine, vieron que había tres barcos vikingos navegando en el interior del fiordo. El tercero era un barco con cabeza de dragón. Y cuando las naves

*pasaron remando junto al barco mercante, un hombre de porte señorial se acercó a la cubierta del barco dragón y tomó la palabra: «¿Quién gobierna este barco y dónde habéis tomado primero tierra y habéis pasado la noche?». Halli el Sarcástico, al que las sagas llaman Sneglu Halli, respondió: «Pasamos el invierno en Islandia, pero zarpamos desde Gásir, y el capitán se llama Bard. Tomamos tierra en Hítrar e hicimos noche en el cabo de Agdi». Aquel hombre, que en realidad era el rey Harald Sigurdsson, preguntó: «¿No os ha enculado bien Agdi?». «Por ahora no», contestó Halli. El rey sonrió y dijo: «¿Habéis llegado a un acuerdo para que os preste más tarde tales servicios?». Y respondió Halli: «Si tanta curiosidad tienes por saberlo, Agdi se reserva para hombres de mayor alcurnia y aguarda tu llegada esta noche para terminar de pagaros por completo la deuda». «Tienes una lengua verdaderamente desvergonzada», dijo el rey. La respuesta es «Sneglu Halli» y la tercera letra es la E...*

Después de la cena, Kjartan salió al terraplén que había frente la casa del alcalde. Le gustó sentir la brisa del anochecer en la cara y decidió dar un paseo hacia la punta más oriental de la isla. Reinaba la calma en el pueblo y no se encontró con nadie excepto un ternero curioso que andaba suelto entre las casas. Pasó por delante del colmado de Ásmundur y a través de la ventana abierta le llegó el sonido de un transistor. Poco después había llegado a Innstibaer. Le pareció que lo estaban observando desde una ventana de la casa, pero se obligó a no mirar en aquella dirección. A base de dar vueltas, su imaginación había relacionado a bastante gente con la desaparición de Gaston Lund. Incluso a las mujeres de Innstibaer. Pero ahora prefería olvidarse de aquello y pasó de largo sin titubeos. El sendero discurría por encima de unos acantilados que se alzaban sobre el mar y pudo ver algunos frailecillos en lo alto de las peñas. Siguió caminando y al poco llegó a una playa en lo más recóndito de la isla. El pueblo había desaparecido a su espalda, y al este del estrecho se veían las casas de las islas cercanas bajo el sol del atardecer. Muy a lo lejos se aproximaba un cielo oscuro y cargado de nubes de lluvia.

Kjartan disfrutó del panorama durante unos instantes, pero luego dio la vuelta para tomar ahora la costa sur de la isla. Por todas partes podía ver ánades eider que se alejaban volando de sus nidos cerca del sendero, y los charranes lo atacaban a su paso. Arrancó una acedera seca del año anterior que ya se había vuelto dura y la agarró por encima de su cabeza mientras atravesaba el denso enjambre de charranes. La marea estaba baja y el mar había dejado al descubierto los fangales entre los islotes al sur de Flatey. Numerosas aves zancudas, que él no conocía para nada, se reunían allí en grupos grandes para comer. Una oveja con dos corderos aprovechó la oportunidad y cruzó el bajío hasta un islote cubierto de hierba que había al otro lado de un estrecho. Kjartan tenía ganas de seguir su paseo por los pequeños islotes de la parte meridional de la isla, pero decidió dejarlo para otra ocasión. Se había hecho tarde y amenazaba lluvia.

Cuando volvía por la costa, justo al sur de la iglesia vio una luz tenue que alumbraba a través de la ventana de la biblioteca. Sintió curiosidad y decidió ir a ver si había alguien allí dentro. En caso de que se tratase de alguien con quien no tuviera ganas de hablar, siempre podía decir que había visto la luz y había pensado que se habrían olvidado de apagarla. Luego podía irse.

Subió el campo hacia el edificio y llamó a la puerta.

—Adelante —dijo una voz femenina desde dentro.

La puerta chirrió cuando él la abrió y entró.

La doctora Jóhanna estaba sentada junto a la mesa acristalada, con la edición de Munksgaard abierta ante sí. En la pared, por encima de ella, una lámpara de aceite encendida. Tenía una pequeña estufa de gas en el suelo que hacía que allí dentro hubiese una temperatura acogedora.

Kjartan se quedó vacilante en el umbral antes de arrancar a hablar:

—Esta mañana en la iglesia he oído que tu padre ha fallecido. Te acompaño en el sentimiento.

Ella no le respondió inmediatamente.

—Gracias —dijo al fin—. La verdad es que estaba muy enfermo. Llevaba mucho tiempo aguardando la muerte.

—De todos modos, sé que es duro perder a un padre —replicó Kjartan.

—Sí, es cierto. Produce una cierta sensación de vacío y quizá es más difícil de lo que había imaginado, después de todo lo sufrido. Esta noche he venido hasta aquí para echar un vistazo a sus libros favoritos.

Kjartan miró a su alrededor.

—No es una biblioteca muy grande —dijo.

—No, pero ha cumplido su propósito durante ciento treinta años. El edificio tiene exactamente 3,4 metros de ancho y 4,7 de largo, por lo que me han dicho.

Se puso de nuevo a hojear el libro.

—¿Estás leyendo el Libro de Flatey? —le preguntó él.

—Sí, sólo le estoy echando un vistazo y repasando viejos recuerdos. Mi padre conocía el original de este libro mejor que la gran mayoría. La gente de Flatey cuida bien de su libro, aunque sólo sea una copia imperfecta. La guardan bajo esta vitrina, pero me han dado permiso para hojearla.

Kjartan se acercó, miró el libro y le preguntó:

—¿Eres capaz de leer este texto?

—Sí, en su mayor parte.

—¿Dónde has aprendido?

—Mi padre me enseñó, indirectamente.

—¿Qué quieres decir con «indirectamente»?

—Aunque a algunos les pueda parecer una historia extraña, para mí estas cosas eran algo que se daba por sentado en su momento. Mi madre murió cuando yo tenía seis años, y después de aquello mi padre siempre me llevó con él en sus viajes. Vivimos en Copenhague mientras él realizaba sus investigaciones en el Instituto Arnamagnaeano de la Biblioteca Real. Él acababa de obtener su doctorado cuando mi madre enfermó de un cáncer que la arrastró a la muerte en apenas dos años. Mi padre y yo estábamos muy unidos y después de aquello no podíamos separarnos el uno del otro. Papá era reservado, no era muy dado a juntarse con otra gente excepto cuando lo requería el trabajo, así que no teníamos muchos amigos. Yo aprendí enseguida que si

era capaz de quedarme sentada en silencio y sin moverme demasiado podía seguirle casi hasta cualquier sitio adonde fuese. Por eso tampoco hizo en ningún momento planes de dejarme bajo la tutela de nadie. Ni siquiera fui a la escuela hasta que volvimos a mudarnos a Islandia después de la guerra. Papá me enseñaba todo lo que tenía que aprender e incluso más. Tal vez no todo fuese acorde al programa oficial de estudios, pero la mayoría de las veces me permitía decidir por mí misma lo que íbamos a leer.

El recuerdo le hizo sonreír.

—Además, en mi opinión, tendrían que ser los propios niños los que decidieran qué quieren aprender. Habría que presentarles las materias de estudio, pero que fuesen ellos los que tomaran la decisión. Eso supondría un profesor particular para cada niño, y obviamente no sería económico.

Jóhanna sonrió una vez más.

—Mi padre viajaba por los países nórdicos y por Alemania y daba charlas sobre literatura medieval islandesa en las universidades. Le seguía a todas partes y me sentaba en las esquinas de las salas de conferencias. A menudo yo leía algo que llevaba conmigo o, si no, dibujaba o soñaba despierta con amigas y compañeros de juego. Por supuesto, yo quería tener amigos, pero nunca me atreví a comentárselo a mi padre. Me daba miedo que fuese a enviarme a un internado para que pudiera estar con otras niñas. Alguna que otra vez mencionó que sería una buena idea, aunque yo me negaba rotundamente. Él era lo único que me quedaba después de la muerte de mi madre y no me atrevía a dejarlo. Prefería acompañarlo en sus viajes y contentarme con quedarme quieta y sentada durante horas en aulas sin apenas ventilación.

Se quedó callada un instante pensando y luego continuó:

—A veces escuchaba a papá cuando daba sus conferencias. También lo acompañaba cuando estaba investigando en la biblioteca. Las condiciones eran las mismas: en principio no podía molestarlo nunca mientras trabajaba. Los textos de los manuscritos pueden ser bastante difíciles de leer y él acostumbraba a leer en alto y seguir las letras con el dedo. A menudo yo estaba a su lado, escuchando y siguiendo la lectura. Así fue como aprendí a leer la escritura gótica, a desenmarañar aquellas letras y entender la grafía.

Guardó silencio. Con esto ya había respondido a la pregunta de Kjartan.

—Parece una vida peculiar —dijo él.

—Sí, pero aquéllos también eran unos tiempos muy extraños. Yo no tenía más de diez años cuando estalló la guerra y entonces cada cual pasó a ocuparse tan sólo de sus propios asuntos. La gente no se preocupaba mucho por que una chiquilla extranjera acompañase a su padre a cada paso que daba.

—¿Dónde estuvisteis durante los años de la guerra?

—Seguimos viviendo en Copenhague y papá continuó con sus estudios. Después

de que los alemanes tomasen Dinamarca, retomó sus giras de conferencias por Alemania. Él era completamente apolítico, y le daba igual quién tuviese el poder siempre y cuando le permitiesen realizar su trabajo. Investigar las sagas medievales y descifrar sus misterios era su única meta en la vida. En aquel tiempo Alemania tenía mucho interés en los estudios germánicos.

—Entonces ¿por qué os mudasteis a Islandia?

—Nos vimos obligados a hacerlo. Mi padre no se dio cuenta de que durante la ocupación alemana sus colegas daneses se habían opuesto firmemente a que continuara viajando a Alemania para impartir sus conferencias. Le costaba tanto comprender su entorno que ni siquiera reparó en que la actitud de la gente con respecto a él estaba cambiando. No necesitaba amigos. Le bastaba con encontrar un nuevo grupo de alumnos dispuestos a escuchar sus lecciones una parte de la jornada. Le daba lo mismo si hablaban islandés, danés, sueco, noruego o alemán. Yo también iba por ahí con él y seguía sus conferencias. Pero después los alemanes perdieron la guerra, y el día en que se rindieron en Copenhague, el mundo de mi padre se vino abajo: lo expulsaron de su puesto en el Instituto Arnamagnaeano y nunca más pudo cruzar aquella puerta. La Biblioteca Real también le quedó vetada. Su tesoro, el Libro de Flatey, lo había perdido para siempre. Vino a parar a Islandia y tuvo la suerte de encontrar un puesto de profesor en un instituto técnico de secundaria.

—¿De verdad necesitaba tener acceso al original para seguir investigando? ¿No podía utilizar un facsímil? —Kjartan señaló el libro que se hallaba sobre la mesa, delante de Jóhanna.

—Ésa es una buena pregunta. ¿Tiene algún valor ese viejo libro de pergamino? Todo cuanto podría decirnos hace tiempo que ya fue transcrito en ediciones paleográficas, letra a letra, e incluso copiado en facsímiles, como puedes ver. Lo que queda es un objeto, el soporte físico de un mensaje que hace ya mucho que llegó a su destino. ¿Por qué existe entonces gente que se desvive por estos pergaminos antiguos?

Miró a Kjartan a los ojos, pero él no tenía ninguna respuesta para aquella pregunta. La respondió ella misma:

—Es porque cuando vemos este libro y lo cogemos, entramos en contacto directo con la gente del siglo XIV. Sentimos su cercanía en el aura del libro. Ésa era la cercanía que mi padre necesitaba sentir. Creo que son pocos los que consiguen este tipo de conexión. Para otros, esto no es más que el folio 1005 de la Biblioteca Real.

—¿Has leído el códice? —preguntó él.

—Sí, lo he leído, casi siempre por encima del hombro de mi padre.

—¿Y has sentido esa cercanía?

—No del mismo modo en que mi padre la disfrutaba, pero este libro es una de las cosas más hermosas que han visto mis ojos. Esas letras de un negro reluciente en el

pergamino marrón oscuro son como hileras infinitas de perlas en un collar. Para mí, las iluminaciones son como los frescos más bellos de las bóvedas de un palacio real. Estas fotografías, desgraciadamente, no son más que una sombra de la realidad.

Jóhanna hojeó el libro que tenía delante.

—Cuando miro estas páginas siento lo mismo que cuando veo fotografías de familiares y amigos cercanos. Siento alegría, aunque preferiría encontrar a los originales. Cada página del libro es como un viejo amigo que uno desea ver en persona.

—Háblame sobre el Libro de Flatey —le pidió él.

Se quedó pensativa.

—¿Quieres oír la historia larga o la corta? —preguntó al fin.

—La larga, si tienes tiempo.

Ella miró a través de la ventana, el sol se estaba poniendo tras las montañas del noroeste, y susurró:

—Ahora mismo tengo tiempo de sobra.

Comenzó entonces a contarle la historia y siguió haciéndolo sin pausa durante las siguientes horas. Kjartan la escuchaba, y ambos perdieron la noción del tiempo.

Finalmente terminó el relato y Jóhanna pasó las páginas de la edición de Munksgaard en silencio. Kjartan también estaba callado y pensativo. Luego sacó la hoja con las respuestas de Gaston Lund al enigma de Flatey que Hannes le había entregado.

—¿Conoces la historia del enigma de Flatey? —preguntó él.

Jóhanna asintió con la cabeza.

—He leído las preguntas. Mi padre se entretenía intentando descifrar la clave.

—¿Alguna vez pudo resolver el enigma?

—Había averiguado dónde estaba la clave para solucionarlo. No tengo noticia de que ningún otro haya llegado tan lejos, pero por supuesto él gozaba de acceso diario a las pistas en la biblioteca. Sabía que las treinta y nueve preguntas no servían de nada mientras no se encontrase la respuesta a la cuadragésima. De otro modo resultaba imposible comprobar las respuestas. La noche en que descubrió la clave se exigió a sí mismo más de lo que su cuerpo era capaz de soportar y se derrumbó aquí, junto a la mesa. Lo encontré muy enfermo en el suelo. Thormódur el Corneja me ayudó a llevarlo a casa en su carreta. Mi padre no pudo volver a ponerse en pie para rematar el trabajo y quería que yo lo concluyese. Sus notas llevan esperándome desde entonces.

Jóhanna sacó un montón de papeles de una de las estanterías.

—Yo tengo una copia de las respuestas del profesor —dijo Kjartan—. ¿Podrías ayudarme a entender las preguntas y las respuestas?

—Sí, probablemente —dijo ella pensativa—. Puedo intentarlo.

Jóhanna pasó las páginas del libro de Munksgaard hasta que encontró las hojas sueltas con el enigma de Flatey. Las puso a un lado, donde podía verlas, y juntó también una hoja que extrajo de la carpeta de su padre. Luego fue leyendo las preguntas una tras otra, se fijaba en la respuesta que su padre había propuesto y buscaba el capítulo correspondiente en la edición de Munksgaard con dedos hábiles. Conocía aquellas páginas tan bien que en un abrir y cerrar de ojos encontraba el capítulo correcto. Recorría los párrafos con el dedo, leía algunas líneas en alto, pero por lo general le comentaba por encima a Kjartan de qué trataba el capítulo. Él permanecía callado y asentía con la cabeza si la respuesta de Gaston Lund era la misma que la que había propuesto Björn Snorri; si no, leía la otra respuesta. De este modo repasaron las cuarenta preguntas, una tras otra...

—19.<sup>a</sup> pregunta: *«Un corazón pequeño. Séptima letra»*. Thorgeir Hávarsson llegó a Hvassafell y allí encontró a unos hombres que estaban fuera. Había un pastor que acababa de llegar a casa y permanecía allí en el campo apoyado sobre su bastón. Estaba un tanto encorvado y tenía el pescuezo estirado. Mas cuando Thorgeir lo vio, levantó el hacha y la hizo caer sobre el cuello. El hacha cortó limpiamente y lanzó la cabeza lejos del cuerpo. Luego Thorgeir comentó sobre esta muerte: *«No es que ese hombre hubiese hecho nada malo en mi contra, pero sí es cierto que estaba en muy buena posición para ser decapitado»*. Más tarde, cuando Thorgeir ya había muerto, dicen los hombres que abrieron su cuerpo para ver su corazón, pues querían saber qué tipo de corazón tenía un hombre tan osado. Cuentan que su corazón era especialmente pequeño, y muchos tienen por cierto que es más pequeño el corazón de los audaces que el de los cobardes. La respuesta es *«Thorgeir»* y la séptima letra es la I...

*Lunes, 6 de junio de 1960*

Por la noche estuvo lloviendo y el viento soplaba con fuerza del este, aunque amainó por la mañana. Las precipitaciones, sin embargo, continuaron después de la hora en que los isleños se levantaron y se reunieron para los trabajos matutinos. Por la noche los rebaños habían buscado refugio bajo los aleros de las casas del pueblo. Las ovejas estaban tumbadas en la grava y rumiaban pensativas mientras los corderillos dormían después de una noche agitada. Los granjeros miraban el cielo y presagiaban más de lo mismo.

El alcalde Grímur no tenía ninguna red en el mar, así que se lo tomó con calma aquella mañana. Había recogido todas las redes el día previo a la misa y no tenía necesidad ninguna de salir al mar. Aquel día, las crías de foca podrían seguir jugando entre las olas rompientes de los escollos sin que las molestasen.

Kjartan continuaba arriba en la buhardilla y parecía seguir durmiendo. Grímur se había acostado temprano la noche anterior y no había oído llegar a su huésped, aunque sí había visto su abrigo mojado en el vestíbulo. «Dejémoslo dormir», pensó el alcalde mientras se bebía su café de la mañana. No tenía una idea clara de qué sería lo siguiente que tendrían que hacer en su investigación. Probablemente lo más sensato sería pedir ayuda a Reikiavik.

Ingibjörg estaba sentada en el salón y escuchaba la música de la radio mientras tejía un calcetín con pura lana virgen. Högni se pasó por allí y aceptó una taza de café, pero luego volvió a su casa cuando Grímur decidió posponer su salida al mar. Todo apuntaba a que aquél sería un día sin novedades.

Grímur fue al establo, ordeñó las vacas y las sacó al prado. Eran tres, dos de ellas de su propiedad, pero además le daba forraje a una de Sigurbjörn. A cambio, el granjero de Svalbardi tenía unas cuantas ovejas de Grímur en su casa.

Thormódur el Corneja estaba ocupado con algo delante de su destartalado granero. Empezaba el día temprano y por supuesto ya hacía tiempo que había llevado sus vacas al campo. Grímur pasó por allí y le dio los buenos días.

—¿Qué estás haciendo, Corneja? —le preguntó.

—¿Es que no lo ves? Una trampilla nueva para la boca del pozo. El alcalde ya me ha insistido lo suyo para que la repare —respondió Thormódur el Corneja mientras blandía el martillo. Estaba de mal humor.

Grímur se quedó mirando aquel objeto. Alguna que otra vez le había comentado a Thormódur el Corneja que arreglase la tapa del pozo junto al establo. La madera ya

estaba podrida y los animales podían tener un accidente si pasaban por encima. Thormóður había conseguido material para la tapa entre los restos de un barco que había en la playa en la parte interior del estrecho.

—Te va a quedar una trampilla estupenda, querido Corneja —dijo el alcalde, y se despidió al advertir que Thormóður no tenía previsto responderle.

Grímur dejó que las vacas se quedasen en el campo mientras él sacaba el estiércol de la cuadra, pero luego las llevó hasta los pastos que había más allá en la isla. Las vacas se volvían perezosas con un tiempo tan húmedo y avanzaban muy despacio. La pequeña Rósa de Rádagerdi también había salido de casa y conducía las vacas de su padre.

—Tío Grímur, tío Grímur —lo llamó ella como una loca cuando se encontraron—. Svenni dice que hay un ángel rojo en el cementerio. ¿Crees que será verdad?

—Lo más probable es que haya muchos ángeles en el cementerio, querida Rósa —respondió Grímur—. Nunca se sabe si alguno de ellos será rojo.

—Sí, pero normalmente no se los ve. Svenni dice que éste se puede ver con claridad.

—¿Y cuándo ha visto a ese ángel el pequeño Svenni?

—Antes. Se metió a escondidas en el cementerio para coger huevos de charrán. Yo me lo encontré cuando volvía corriendo. Tenía tanto miedo que escapó derecho a casa. A lo mejor el ángel sabía que Svenni iba a robar los huevos del cementerio.

—¿Y tú crees que Dios nos enviaría a un ángel sólo porque alguien anda sisando unos cuantos huevos de charrán en el camposanto? —dijo Grímur.

—El sacerdote dice que no se puede coger ningún huevo del cementerio. Es sagrado. Ni siquiera se pueden coger las acederas —contestó Rósa con seriedad.

Los dos hicieron pasar las vacas por la cancela del pastizal y cerraron luego echando el cerrojo.

—Id para allá y llenaos bien la panza —se despidió Grímur de ellas.

—¿Vamos a echarle un vistazo al ángel, tío Grímur? —sugirió Rósa.

Grímur le sonrió.

—Sí, podemos pasarnos por el cementerio sin problema, aunque está lloviendo un poco —afirmó—. No todos los días tiene uno la oportunidad de saludar a un auténtico ángel.

Caminaron de vuelta a paso tranquilo y se desviaron a la derecha para tomar el estrecho sendero que conducía al camposanto. Todo parecía estar como de costumbre. Las verjas seguían alrededor de las tumbas, las lápidas continuaban en su sitio, hacinadas y cubiertas por la vegetación crecida y seca del otoño anterior, y el hierro forjado brillaba con la llovizna. Lo cierto era que algo había inquietado a los charranes que anidaban en la parte sur del cementerio. Sobrevolaban la zona en círculos, chillando, y a Grímur le dio la impresión de que había algo junto a una

lápida.

Rósa también lo vio y se quedó paralizada. Tiró de la cazadora de Grímur y susurró:

—Tío Grímur, tío Grímur, creo que voy a ver al ángel más tarde. Acabo de recordar que tenía que volver directa a casa.

—Sí, sí, ve mejor para casa —le dijo Grímur, y ella no se hizo esperar: salió corriendo y desapareció cuesta abajo sin mirar atrás.

No había ninguna entrada en la verja por aquel lado del cementerio, pero Grímur no tuvo ninguna dificultad para pasar una pierna y luego la otra por encima de la reja de alambre, a pesar de cierta rigidez en su cadera. Una vez dentro, le pareció oportuno hacer un alto para persignarse y después continuó su camino. Los charranes encolerizados se lanzaron en picado contra Grímur, uno tras otro, mientras él seguía el sendero entre las sepulturas. Hizo algún que otro aspaviento con las manos e inclinó la gorra para cubrirse la nuca: de ese modo la visera apuntaba al aire y los charranes más osados centraban en ella sus ataques en vez de en la cabeza de Grímur. Ya se las había visto con los charranes un montón de veces antes y sus ataques no le preocupaban en absoluto. Su atención se centraba en lo que le esperaba allí delante.

Siguió caminando, y cuando se aproximó a aquel bulto, en un principio sí que lo tomó por un ángel rojo, tal y como el pequeño Svenni había dicho. Pero en cuanto se acercó un poco más se dio cuenta de que se trataba del cuerpo de un hombre semidesnudo y cubierto de sangre, postrado de rodillas sobre la tumba. Los brazos y la cabeza colgaban de la lápida blanca. De su espalda descubierta sobresalía algo que desde la distancia podría haberse confundido con pequeñas alas rojas como el fuego. Con la lluvia, la sangre había goteado por todo su cuerpo pintándolo de rojo. Le habían bajado la gabardina, la chaqueta y la camisa blanca hasta la cintura.

Grímur se quedó inmóvil y tragó saliva para humedecer la garganta. Luego se acercó aún más para ver quién había encontrado un destino tan cruel aquella noche.

—20.<sup>a</sup> pregunta: *«Comida de los sirvientes de Harald. Tercera letra»*. El rey Olaf partió hacia un estanque donde los muchachos se estaban divirtiendo, los llamó y le preguntó a Guttormur: *«¿Qué es lo que más desearías poseer, primo?»*. «Campos», respondió él. *«¿Y cuán grandes querrías que fuesen esos campos?»* Guttormur respondió: *«Desearía que todo el cabo fuese sembrado por completo cada verano. Allí hay diez granjas»*. Luego el rey le preguntó a Hálfdan: *«¿Qué es lo que más desearías poseer?»*. «Vacas», respondió él. *«¿Cuántas?»*, preguntó el rey. *«Tantas que si todas ellas rodeasen la orilla del lago tendrían que estar apretadas unas contra otras para poder beber»*. El rey habló entonces: *«Con semejante manada no se podrá decir que seas un hombre moderado. ¿Y qué desearías tú, primo Harald?»*. «Sirvientes», afirmó él.

*«¿Cuántos?». «Contar no se me da mejor que otras cosas, pero creo que estaría bien que fuesen los suficientes como para comerse todas las vacas de mi hermano Hálfdan de una sola tacada». El rey soltó una carcajada: «¡Bien me parece, madre, que estás criando a un rey de nombre Harald!». La respuesta es «vacas de Hálfdan» y la tercera letra es la C...*

La doctora Jóhanna llevaba un impermeable verde y un paraguas negro; Kjartan, su gabardina y la cabeza descubierta. Se hallaban a unos metros de la sepultura, observando al hombre de la lápida que el alcalde Grímur los había traído a ver. La lluvia había arreciado desde la mañana.

—No hay duda de que se trata del periodista de Reikiavik que llegó con el barco del correo el sábado —susurró Grímur—. Me han dicho que se llama Bryngeir.

Jóhanna se acercó y a continuación dio una vuelta alrededor de la sepultura. Después se agachó y se inclinó sobre la espalda del hombre, para estudiarla mejor.

—Han cortado las costillas por la espalda a ambos lados de la columna vertebral con dos o tres golpes fuertes y han forzado la caja torácica. Luego han extraído ambos pulmones desde atrás, sacándolos del tórax de una sola pieza.

Dio otra vuelta alrededor del hombre antes de añadir:

—No veo ninguna otra lesión aparte de ésta.

Grímur miró a uno y a otro sucesivamente y preguntó:

—¿Vamos a cogerlo y llevarlo a la iglesia?

—No, no, en absoluto —respondió Kjartan con voz trémula—. No vamos a mover nada de aquí. Ya no somos de ninguna utilidad en este caso. Cerramos el cementerio y llamamos inmediatamente al departamento de investigación criminal de Reikiavik.

Kjartan mantenía la gabardina cerrada al cuello con una mano, aunque el agua de la lluvia le chorreaba por el pelo y bajaba por su pálido rostro.

—Quien haya mutilado de semejante forma a este hombre es alguien fuerte y acostumbrado a usar el cuchillo —dijo Jóhanna—. Se necesita mucha fuerza y precisión para cortar a través del hueso de esta manera. Y el cuchillo debe de haber sido grande y bien afilado.

—¿Llamas tú a la policía de Reikiavik? —le preguntó Grímur a Kjartan.

—Te agradecería que lo hicieras tú —respondió Kjartan—. Todo este asunto hace ya tiempo que me ha sobrepasado. Creo que cogeré el primer barco hacia Patreksfjörður. Espero que puedas ocuparte tú de comunicarte con la policía.

Grímur se rascó la barba del mentón.

—Pero yo tengo que quedarme aquí y cuidar de que los niños no se acerquen demasiado —dijo apocado.

—Yo llamaré a Reikiavik y les pediré que envíen detectives inmediatamente. Puedo darles una descripción de las lesiones —intervino Jóhanna.

Para Grímur fue un alivio.

—Sí, y ve a buscar a Högni y pídele de mi parte que venga con ropa de pesca. Así podrá relevarme haciendo guardia por el momento.

—Ya me ocupo yo de ello —respondió Kjartan. Se dio la vuelta rápidamente y salió apurado del camposanto.

*—21.ª pregunta: «El hielo se hizo resbaladizo por ello. Primera letra». Los Birkibeins siguieron a los que se batían en retirada por el hielo e hicieron caer a muchos, porque la mayoría llevaban crampones en su calzado, mientras que los que huían no llevaban más que la suela desnuda, y el hielo se hizo resbaladizo por la sangre. El rey se acercó a ellos cabalgando, y su tarea consistía en asestarle una estocada con la lanza a cada hombre al que asaltaba, y los Birkibeins llevaron a la muerte a todo aquel con el que tuvieron que enfrentarse. La respuesta es «sangre» y la primera letra es la S...*

El anuncio de una nueva muerte en Flatey no alegró mucho a Dagbjartur. Ahora estaba seguro de que se le había acabado la calma. Le ordenarían que diese cuenta de la investigación de los últimos días y tendría que entregar informes. Lo peor era que aún no había empezado a poner nada por escrito. Ahora el caso tomaría prioridad, pondrían la investigación en manos de alguien con mayor responsabilidad y enviarían a Flatey a los mejores hombres de la policía. Lo único positivo de aquella mañana era que se había librado de un viaje a las islas.

Dagbjartur martillaba a tres dedos una máquina de escribir mientras redactaba las conclusiones de las entrevistas con Fridrik Einarsson y Árne Sakarías. No necesitaba escribir demasiado para cubrir lo esencial, pero aun así requería bastante tiempo. Sus dedos gordos se movían rígidos por el teclado y no siempre daban con la tecla correcta.

El jefe de la división leyó rápidamente lo que su subordinado había escrito.

—¿El enigma de Flatey? —dijo enfadado—. ¿Qué niñería es ésa?

Dagbjartur reaccionó a la defensiva:

—El representante del gobernador al oeste lo ha considerado algo importante.

—¿Ah, sí? ¿Y esto qué es? Un hijo no reconocido. A lo mejor merece la pena seguir este hilo. ¿Quién es la madre?

—No se sabe.

—¡No se sabe! Pero ¿se puede saber qué has estado haciendo estos días?

—Esto —Dagbjartur señaló testarudo los papeles—. Pero nadie conocía a la mujer.

—¿Y no hay aquí ningún registro de nacimientos de esos años que puedas revisar?

—Todo ha estado cerrado durante Pentecostés.

—De acuerdo, sigue con ello y mantenme al tanto.

El resto del día, Dagbjartur lo aprovechó yendo entre amigos, familiares y colegas de trabajo del reportero Bryngeir, en busca de información sobre su vida y costumbres. La mayoría de los compañeros del periódico parecían contentos de habérselo quitado de encima, aunque no lo confesasen abiertamente.

La lista de familiares era corta. El abuelo materno estaba internado en un geriátrico de Stokkseyri, y un hermano de su madre tenía una granja al este, en Öraefi. Dagbjartur intentó llamar al abuelo, pero sólo averiguó que el anciano era sordo y por tanto incapaz de hablar por teléfono. Cuando finalmente pudo contactar con el tío en Öraefi, éste tardó un rato en recordar que tenía un sobrino que respondía

a aquel nombre. No había recibido noticias del fallecimiento y no pareció que le afectase demasiado. No obstante, preguntó si el fallecido había dejado alguna propiedad a su muerte.

La mayoría de los amigos de Bryngeir se consideraban a sí mismos más como conocidos que como amigos cercanos, y no dieron demasiadas muestras de aflicción. Por lo visto, nadie lo iba a echar mucho de menos.

Escarbando aquí y allá, Dagbjartur consiguió elaborar una descripción decente de Bryngeir y se la presentó a su jefe la tarde de aquel mismo día.

—22.<sup>a</sup> pregunta: «El mayor brujo. Tercera letra». El enano Svasi llegó una tarde de Navidad a la corte del rey Harald el de la Hermosa Cabellera y mediante su oscura ciencia hizo que se obsesionase por una mujer fina de nombre Snjófrídur. Harald la tomó por esposa y la amó por encima de todo, pues le parecía que no existía mujer más bella, cegado por las palabras de Svasi. Juntos tuvieron un hijo varón. Cuando Snjófrídur falleció, se cubrió su cuerpo con un velo llamado el don de Svasi, y en él se escondían tales sortilegios que al rey Harald le parecía que aquel cuerpo era cándido y entrañable, y no quiso sepultarla, sino que se quedó velándola tres inviernos. Entonces un hombre sabio sugirió que el velo del cadáver había de ser retirado y así lo hicieron. Para entonces el cuerpo se encontraba podrido por completo y despedía un hedor fétido. Después de esto, el rey Harald estaba tan furioso con aquella brujería y con todo aquel antiguo paganismo que no volvió a tolerar la magia en su reino. La respuesta es «Svasi» y la tercera letra es la A...

Aquella mañana las mujeres de Innstibaer no habían salido de casa debido al mal tiempo y no habían visto a nadie desde la ventana. Siguieron ocupándose de sus labores, aunque les sorprendía no haber recibido ninguna visita. La señora de la casa de Svalbardi solía acercarse después del parte del mediodía de la radio y les contaba lo más importante que estaba sucediendo por el mundo. En Innstibaer no podían permitirse el lujo de un transistor, de modo que necesitaban recibir las noticias a través de otros medios. Los periódicos no llegaban antes de que hubiesen pasado por las manos de muchos otros lectores. El alcalde Grímur compraba la revista *Tíminn*, y Ásmundur de Eyjaverslun, el diario *Morgunbladid*. El *Tíminn* pasaba de la mano de Grímur a la de Gudjón de Rádagerdi, mientras que la gente de Svalbardi le compraba el *Morgunbladid* al tendero Ásmundur a mitad de precio cuando éste ya lo había leído. El profesor Högni compraba el diario socialista y lo iba coleccionando en unas carpetas bien ordenadas. Los otros granjeros, por su parte, dejaban que sus periódicos fuesen a parar a la biblioteca después de haberlos leído, y era entonces cuando las dos mujeres podían ir a echarles un vistazo al igual que otros isleños. Para entonces, en la mayoría de los casos los periódicos ya tenían muchas semanas y las noticias estaban reventadas. Las novelas por entregas, sin embargo, no envejecían y eran lo que más gustaba a las mujeres de Innstibaer. Una vez que los periódicos habían permanecido en el estante de los diarios de la biblioteca durante unos meses, se ponían en un tonel junto al edificio y allí eran recogidos para terminar su vida rotos a jirones en los retretes de algunas familias pobres de la isla. Lo poco que no servía para darle aquel uso lo recibían los de Ystakot para encender el fuego.

Aquel día no les llegaban noticias de nadie y el profesor Högni, que acostumbraba a venir por la tarde y tomar una taza de café, no se había dejado ver. Las dos mujeres tenían el café preparado en el termo y habían guardado un trozo del pastel que Ingibjörg de Bakki les había llevado el Domingo de Pentecostés. No habían visto que el barco del alcalde se hubiese echado a la mar aquel día, así que el profesor debía de estar con toda seguridad en casa. Habría de venir a hacerles una visita en cualquier momento.

Hallbjörg estaba sentada junto a la ventana de la cocina y miraba a través del cristal mojado por la lluvia. Quería ver si llegaba algún visitante para estar preparada y abrirle la puerta. Nunca lo hacía, pero esta vez había echado el cerrojo a la puerta de fuera. Los últimos dos días habían oído muchas historias sobre aquel reikiavicense que rondaba borracho por el pueblo provocando líos y problemas allá donde fuese. Las dos comadres no se habían atrevido a otra cosa que a cerrar la cabaña. Pero había

algo en ellas que las tenía inquietas. Aunque se negaran a admitirlo, aguardaban expectantes los nuevos rumores sobre el alborotador.

Hallbjörg terminó un calcetín de lana y empezó a hacer los puntos del siguiente, pero de tanto en tanto echaba un vistazo por la ventana. Gudrún había dejado las agujas y había cogido un *Morgunbladid* viejo. Leyó en alto la continuación de *Una vida*, de Guy de Maupassant, la decimoquinta entrega. Así pasaban los días. Una leía en alto mientras la otra seguía trabajando. De ese modo se aprovechaba mejor el tiempo. Por lo general era Gudrún quien leía. Tenía mejor vista y Hallbjörg se quedaba afónica si hablaba mucho rato seguido.

Al fin, Hallbjörg advirtió movimiento fuera. A través de la ventana vio que la señora de Svalbardi se acercaba a paso apresurado por el sendero que conducía a la casa. Hallbjörg se levantó con rigidez para ir a abrir el cerrojo.

—23.<sup>a</sup> pregunta: «Sus tripas sobre el tejado de la iglesia. Cuarta letra». Llegaron por sorpresa a Fólskn y mataron inmediatamente a Gunnar en la sala. Allí también cayeron más hombres. Ivar Korní estaba en la buhardilla y consiguió escapar por una ventana llevando tan sólo una camisa y unos pantalones de lino. Quiso entrar en la iglesia, pero estaba cerrada con llave. Había una escalera apoyada junto a la pared y la subió deprisa y se quedó en el tejado toda la noche. Mas ellos salieron corriendo a rodear la iglesia y se quedaron vigilando hasta el amanecer. Ivar estaba prácticamente muerto de frío, y pidió clemencia, pero no le fue otorgada. Subió, pues, un hombre la escalera y lo atravesó con una lanza. Cayó entonces su cadáver desde aquella altura, aunque quedaron su sangre y sus tripas sobre la iglesia. La respuesta es «Ivar» y la cuarta letra es la R...

Ásmundur estaba en ascuas. Tan pronto como abrió la tienda por la mañana, le había llegado la noticia de que algo terrible había sucedido en el cementerio. Más tarde había podido hablar con Thormódur el Corneja, que le había dicho que el periodista de Reikiavik estaba allí tirado, muerto sobre una sepultura. La historia empezó a tomar forma según fue pasando el día. Y aquello pronosticaba buenas ventas. Los isleños acudieron muchas veces durante la jornada: buscaban algún recado que hacer allí, pero lo más importante era conseguir más información. Obviamente, había que comprar algo para que la curiosidad no fuese tan descarada, y nadie se atrevía a quedarse demasiado tiempo en la tienda; era mejor marcharse y volver más tarde a comprar alguna otra cosa. Incluso esperaba que la gente de las islas interiores hiciera algún viaje de compras con aquel mismo propósito.

La historia que rondaba por el pueblo era la siguiente: aquella mañana temprano habían hallado a Bryngeir, el periodista de la capital, terriblemente mutilado en el camposanto. No había unanimidad sobre quién lo había encontrado primero, pero ahora el alcalde había prohibido el acceso al área y había puesto vigilancia en la cancela. Se esperaba la llegada de policías de Reikiavik en el primer barco para investigar el caso. Habían visto salir del cementerio al representante del gobernador y encaminarse con Högni hacia la escuela; de allí fue a casa del alcalde y no se le había visto salir de nuevo. Fue la doctora quien llamó en primer lugar a Reikiavik y habló con las autoridades policiales. Luego el alcalde había hecho unas cuantas llamadas más. El sacerdote se había prestado a officiar los rezos en la escuela a las cuatro, porque la iglesia tenía ahora prohibido el acceso y el alcalde había ordenado vigilarla.

Aquella misma historia la repitió Ásmundur en innumerables ocasiones a lo largo del día mientras despachaba todo tipo de cosas innecesarias que a la gente se le ocurría comprar.

—24.<sup>a</sup> pregunta: *«Eligieron el lugar en que caer. Segunda letra». El rey Sverre asedió a los Baglar en Túnsberg. Los Baglar vieron las banderas de ambos ejércitos: una bajaba por el cerro de Fródaás, otra salía de la ciudad. Algunos blandían sus espadas y al poco muchos cayeron aunque unos pocos lograron escapar. Entonces los Baglar incitaron a Hreidar a que abandonase la peña y apoyase a sus hombres. Hreidar respondió: «Veamos primero cómo responden, si los Birkibeins acaban saliendo de la fosa». Y añadió: «Muy extraño actúan estos hombres, pues me parece como si fuese algún tipo de juego. Mirad cómo eligen el lugar donde caer, siempre allí donde está seco y,*

*además, con los escudos por encima. ¿O acaso veis que haya algo de sangre en sus armas o en sus vestiduras?». «No, no se ve ni lo uno ni lo otro», respondieron. «Debe de ser una de las estratagemas de Sverre». La respuesta es «Birkibeins» y la segunda letra es la I...*

Aún llovía a las once de la noche cuando dos detectives de la policía llegaron a Flatey. Se habían puesto en marcha conduciendo desde Reikiavik tan pronto como Jóhanna contactó con las autoridades policiales de la capital y solicitó ayuda, según había pedido el alcalde Grímur. Un guardacostas que se hallaba en mar abierto frente a los Fiordos Occidentales se había dirigido a Stykkishólmur a recogerlos y los había transportado hasta Flatey. Ahora el barco estaba amarrado en el muelle nuevo, empapado, gris y sombrío en la penumbra de la tarde.

Grímur recibió a los policías en el muelle desierto, sin más compañía que Thormóður el Corneja con su carro y vestido de gala, y las tres generaciones del clan de Ystakot. Valdi había visto cómo el barco se acercaba desde el sur y había bajado al muelle para recoger las amarras, tal y como tenía por costumbre. Después del hallazgo en el cementerio, Kjartan había pedido que se le relevase de la investigación, había asegurado que se encontraba enfermo y se había metido en la cama.

El nuevo jefe de aquella investigación fue el primero en saludar a Grímur.

—Me llamo Thórólfur —dijo, y luego presentó a su compañero—: Lúkas, de la policía científica. Se va a hacer cargo de analizar el escenario del crimen y luego me ayudará tomando informes.

Thórólfur rondaba los sesenta y era delgado pero vigoroso. El pelo blanco le comenzaba a ralearse y lo llevaba peinado hacia atrás. Tenía arrugas en el rostro bronceado y bien afeitado, como si hubiera estado expuesto al sol demasiado tiempo. Lúkas, por el contrario, era más joven, probablemente estaba en la treintena: bajo pero corpulento, tenía labios gruesos, una piel áspera, rostro ancho y el cabello castaño claro.

Había dos marineros en la cubierta del guardacostas, preparándolo todo para hacer noche en aquel muelle. Bajo la luz del puente también se veía movimiento.

Los policías iban bien equipados para su excursión bajo la lluvia, llevaban unas excelentes gabardinas y botas de goma. Traían consigo dos maletas pesadas y una caja alargada, parecida a la que habían utilizado para transportar al profesor Lund a Reikiavik. El policía más veterano aceptó muy agradecido cuando Thormóður el Corneja le ofreció el carro para llevar el equipaje.

Se pusieron en marcha, Thormóður a la cabeza con el carro y el resto detrás. Grímur relató a los policías los sucesos de los últimos días y lo que sabía de las andanzas de Bryngeir las jornadas precedentes. Por su parte, Thórólfur le preguntó cuánta gente había estado en la isla, habitantes y visitantes.

—Esta mañana aquí había cincuenta y dos almas —respondió Grímur después de

pensarlo un momento.

—¿Cuántos de ellos tienen suficiente fuerza como para ejecutar algo de este tipo?  
—preguntó el policía.

—Bueno, no sabría decirle. La mayoría de los hombres adultos, y obviamente alguna de las mujeres más robustas.

—Mañana interrogaremos a todo el mundo entre la edad de confirmación y los ochenta años. ¿Cuántos serán?

Grímur hizo cálculos mentales.

—Probablemente sean veintidós hombres y quince mujeres. Hay dos ancianos que superan los noventa y el resto son niños que todavía no se han confirmado.

El policía se quedó callado y pensativo.

—Esto no debería ser difícil de resolver —dijo al fin—. Conforme vayamos descartando, el grupo ha de quedar pronto muy reducido. Sólo espero que ese desgraciado no tome más medidas desesperadas.

El sol aún se encontraba en alguna parte del cielo detrás de las oscuras nubes de lluvia, y sin embargo había empezado a oscurecer. Pasaron por delante de la casa del médico y vieron luz en las ventanas. Grímur no tomó el atajo hacia el cementerio, sino que los llevó por las calles que eran más transitables para el carro. Llegaron junto a la iglesia, que permanecía abierta. Högni estaba en la entrada, vestido con su ropa de lluvia y el gorro de pescador, viendo pasar a la gente; los saludó con la mano.

Los detectives de la policía sacaron su equipaje del carro y lo metieron en la iglesia. Luego le dieron las gracias a Thormódur el Corneja y le dijeron que podía irse si quería, aunque les sería útil que les prestase el carro. Thormódur el Corneja no sabía por dónde tirar hasta que Grímur intervino.

—Vete a la cama, Corneja. Ya me ocupo yo de tu carro.

Thormódur el Corneja se puso de puntillas.

—Muy bien, señor alcalde. Entonces me iré, aunque no es mi costumbre ser el primero que abandona el campo de batalla, no más que mi tocayo el poeta de Kolbrún.

Grímur se volvió hacia Högni.

—Tú también puedes irte. Ya se ha acabado tu turno. Pásate por casa y dile a Imba que te prepare una taza de café caliente. En una noche como ésta, a nadie le gusta estar solo.

Högni estaba visiblemente aliviado. Tomó a Thormódur el Corneja del brazo.

—Vamos, compañero. Tu ropa de domingo se está quedando empapada.

Bajaron juntos la ladera de la iglesia sin volver la vista atrás.

Lúkas sacó dos linternas grandes antes de que los policías entrasen en el cementerio. Grímur los acompañó, aunque no tuvo que indicarles el camino. El cadáver se veía bien desde la cancela del camposanto porque todavía había luz

diurna, aun cuando las nubes de lluvia hubiesen oscurecido el cielo. El solsticio de verano estaba cerca, la noche sería muy corta.

Lúkas caminaba encorvado y alumbraba con la potente linterna el camino cubierto de hierba a sus pies. Thórólfur lo seguía.

—No hay ningún rastro de sangre —dijo Lúkas—. Ni tampoco ninguna marca de pasos.

Los policías se detuvieron al llegar ante la tumba sobre la que descansaba el cuerpo.

—Por aquí sí que han pisado —dijo Lúkas señalando la hierba apelmazada alrededor de la sepultura.

—Sí, yo pasé por aquí esta mañana y luego la doctora —dijo Grímur.

—Peinaré mejor el cementerio —le dijo Lúkas a Thórólfur—, pero si no encontramos ningún rastro de sangre, entonces lo más probable es que al hombre lo matasen aquí mismo.

Se acercó al cadáver y escrutó la espalda.

—Dudo que estuviera consciente cuando lo mutilaron: no hay señales de resistencia. Es como si lo hubiesen colocado en esta postura, le hubieran bajado la ropa de la parte superior del cuerpo y luego le hubiesen cortado en pedazos la espalda.

Observó las manos y los pies y finalmente la cabeza.

—No existen marcas de ataduras y, por lo que se ve, tampoco se aprecian lesiones craneales. No parece probable que lo dejaran inconsciente con un golpe en la cabeza.

—¿Y por exceso de alcohol? —preguntó Grímur—. Ya estaba achispado cuando desembarcó en la isla, y por lo que yo sé, la borrachera no se le disipó en todo este tiempo.

—Eso saldrá a la luz en la autopsia —respondió Thórólfur—. Concluiremos esta investigación del escenario del crimen y enviaremos el cadáver en el guardacostas. Se lo llevarán a Stykkishólmur esta noche y allí habrá un coche esperando para trasladarlo directamente a Reikiavik. Tendríamos que recibir un informe provisional antes de veinticuatro horas.

Lúkas fue a buscar una cámara de fotos con un flash de gran tamaño e hizo unas cuantas fotografías al cadáver, cambiando la bombilla del flash después de cada toma. Cuando a Grímur se le ocurrió mirar a la cámara, quedó cegado por la luz y le pareció que el cementerio estaba completamente a oscuras entre un disparo y el siguiente.

—Cuesta creer que esté tan cerca el solsticio de verano —dijo mientras alzaba la vista al cielo nublado.

Una vez Lúkas hubo terminado la serie de fotos, Thórólfur se agachó sobre el cadáver y le quitó la gabardina de la cintura. Sostuvo la prenda en el aire con el dedo índice de la mano izquierda, mientras con la otra mano buscaba en los bolsillos. No

encontró en ellos más que una botella de ron vacía. Metió la gabardina en una bolsa grande de papel y luego también la botella. Acto seguido, aflojó la chaqueta y buscó en ella del mismo modo. En el bolsillo interior había una cartera de plástico. Lúkas la cogió y alumbró con la linterna el contenido empapado por la lluvia: un billete de autobús de Reikiavik a Stykkishólmur, un carné de periodista con una fotografía de Bryngeir y un talonario de cheques con dos hojas en blanco. Del otro bolsillo interior salió un fajo sujeto con una goma gruesa. Lúkas lo deshizo con cuidado. Resultó ser un pasaporte danés, una cartera y un bloc de notas también en danés. Abrió el pasaporte azul con sumo cuidado. La foto no estaba clara pero aún se podía leer el nombre: Gaston Lund.

Grímur se quedó estupefacto.

—Ése es el hombre que murió en Ketilsey. ¿Cómo demonios es posible que Bryngeir tuviese sus pertenencias? —preguntó al final.

—Por lo visto le ha ido mejor investigando la suerte del danés que a usted, alcalde —dijo Thórólfur.

—¿En serio cree que existe alguna conexión entre este crimen y la muerte del danés? —preguntó Grímur.

Thórólfur permaneció callado y pensativo por un momento antes de responder:

—Si guarda alguna relación, resulta extraño que estos papeles sigan aún en el bolsillo del periodista. Si lo asesinaron porque sabía demasiado sobre el destino del danés, entonces lo más lógico sería que le hubiesen quitado estos papeles del bolsillo. Pero también es improbable que dos sucesos como éstos ocurran en un área tan poco poblada, a no ser que exista una relación entre ellos o el autor sea la misma persona.

Grímur negó con la cabeza, afligido.

—Yo pensaba que conocía a mi gente.

Lúkas terminó su trabajo y fue a la iglesia a recoger el féretro. Entre los dos policías levantaron el cadáver y lo metieron con cuidado boca abajo en la caja. También colocaron dentro las bolsas de papel con los efectos personales. Ahora el difunto ya no se parecía a un ángel rojo, a Grímur le recordaba más que nada a una gigantesca mosca del pescado aplastada en el fondo de la caja. Sintió alivio cuando fijaron la tapa del féretro y la aseguraron con las tuercas. Pensó que necesitaba decir algo apropiado, aunque lo único que se le ocurrió fue un fragmento de un viejo himno:

—«Enciendo mis velas junto a las santas tablas de la cruz» —dijo en voz baja, pero no pudo recordar el resto, así que añadió casi en silencio—: Amén.

Los policías sacaron la caja del cementerio y la colocaron en el carro. Luego se pusieron en marcha hacia la punta de la isla para llevarla al guardacostas.

Iban a dar las tres de la madrugada y no se veía ninguna luz en las casas a excepción de la del médico. De hecho, allí había otro difunto y su hija estaba sola en

casa. No era de extrañar que tuviese la luz encendida. El reverendo Hannes le había dicho a Grímur que ella quería que su padre fuese enterrado en Flatey. Gudjón de Rádagerdi ya había empezado a hacer el ataúd. El cuerpo sería trasladado a la iglesia tan pronto como lo hubiesen colocado en el féretro.

El barco de la guardia costera se hallaba completamente a oscuras excepto por la luz del puente, donde cuatro hombres hacían el turno de noche. Dos de ellos bajaron a tierra, cargaron la caja y la subieron a bordo. También embarcaron los policías, cada uno con una pequeña bolsa de mano con su equipaje personal. Luego volvieron a tierra, levantaron la escalera de embarque y soltaron amarras. El barco se apartó del muelle y fue retrocediendo tranquilamente hasta salir al estrecho. Hasta que se adentró en mar abierto no viró hacia el sur y puso los motores a toda marcha.

Ahora el barco tenía que tomar rumbo directo a Stykkishólmur, llevar el cadáver a puerto y regresar a Flatey, donde la tripulación tendría que estar preparada para ayudar a los policías según lo necesitasen durante los próximos días. Tendría que servir además como centro de comunicaciones. Cualquiera en la isla podía escuchar sin problemas las conversaciones que se desarrollaban a través de los canales habituales de radio, pero los guardacostas podrían enviar mensajes que el resto del mundo sería incapaz de descifrar, y los policías los necesitaban para comunicarse con sus colegas en Reikiavik, donde la investigación aún seguía su curso.

Grímur y los detectives observaron cómo se alejaba el barco y luego se pusieron en marcha de vuelta al pueblo. Les habían preparado un lugar para hospedarse en la escuela.

—25.<sup>a</sup> pregunta: *«Mal eligió para mí. Quinta letra»*. El rey Magnus habló: *«Muchos hay que han de sentirse agradecidos ante la bondad de su padre, y no hay otro hombre que le deba tanto y en tantas cosas como yo, mas al escoger a mi madre hizo una mala elección para mí»*. Así que *«madre»* es la respuesta y la quinta letra es la E...

*Martes, 7 de junio de 1960*

El alcalde Grímur se despertó temprano a pesar del trabajo de la noche anterior y ya estaba en movimiento antes de las ocho. Kjartan también bajó de la buhardilla y le dio los buenos días.

—¿Te encuentras mejor, compañero? —preguntó Grímur.

—Sí. Ya se me ha pasado, gracias. Siento mucho haber tenido que retirarme de ese modo.

—Es natural que la gente reaccione así ante semejantes sucesos. Eres un chico joven y no estás acostumbrado a estos horrores.

—Sí, y también es este trabajo representando a las autoridades. No va conmigo. Tendría que haber rechazado este encargo tan pronto como el gobernador decidió enviarme aquí. Yo no he venido al oeste para ocuparme de este tipo de tareas: me deprime, mis nervios no lo aguantan.

—Esto te hará más duro cuando haya pasado. Lo que no te mata te hace más fuerte.

—No estoy tan seguro de eso —respondió Kjartan.

Aún seguía lloviendo y empezaba a llegar de nuevo el fuerte viento del este.

Grímur le echó un vistazo al cielo.

—Tiene pinta de que va para largo —dijo decaído mientras Ingibjörg se ponía la ropa de agua para salir al establo. El alcalde tenía que ayudar a los policías, pero alguien debía ocuparse de las vacas.

Sobre las ocho, Grímur y Kjartan salieron de la casa en dirección a la escuela con el café de la mañana en un termo y pan recién salido del horno para los visitantes de aquella noche. Por el camino fueron a recoger a Benni de Rádagerdi, hicieron que se vistiese a toda prisa y se lo llevaron a la escuela. Lo mejor era empezar inmediatamente con los interrogatorios de todos los adultos de la isla, y obviamente Benni era quien más tenía que decir. Había estado deambulando por ahí con el periodista durante dos días.

Los policías ya se habían levantado. Högni les había calentado agua para que se afeitasen en una palangana con un hornillo Primus y estaban acabando de acicalarse. Kjartan los saludó, se presentó y les preguntó si iban a necesitar su ayuda.

Thórólfur se quedó mirando de un modo inquisitivo y un tanto curioso al hombre que había enviado el gobernador. Al final dijo:

—No, ya nos las arreglamos nosotros con los interrogatorios de hoy y tendremos

al alcalde a mano para traernos a la gente aquí. Puede tomárselo con tranquilidad hasta que llegue su turno.

—¿Mi turno? —Kjartan estaba sorprendido.

—Sí. Vamos a tomar declaración a todos los que estaban en la isla antes de ayer por la noche. Es más, el propio alcalde nos dará cuenta también de adónde fue y qué hizo.

—Claro, por supuesto. Estoy preparado para cuando sea —dijo Kjartan, y asintió con la cabeza como señal de despedida antes de marcharse.

Los policías se sentaron para tomar el café y le ofrecieron asiento a Benni. Grímur y Högni se quedaron a la espera junto a la puerta. No estaban muy seguros de cuál era su papel en aquel proceso.

Habían unido cuatro pupitres y los policías se sentaron uno a cada lado, con Thórólfur frente a Benni. Hubo un largo silencio mientras los visitantes se tomaban algún que otro trozo de pan. Benni encendió un cigarrillo y Högni le acercó un platillo viejo de café como cenicero.

Finalmente, Thórólfur le indicó a Högni que dejase la habitación, y a Grímur, que permaneciese con ellos. Cuando se cerró la puerta, se volvió hacia Benni y le preguntó su nombre y su edad. El joven respondió con la voz un poco trémula.

El policía lo miró a los ojos durante un buen rato.

—¿Cuándo viste a Bryngeir por última vez? —preguntó de repente.

Benni también fue rápido en su respuesta.

—La noche del domingo, sobre las siete.

—¿Dónde?

—En el establo de Thormódur el Corneja.

—¿Qué estuvisteis haciendo el domingo, adónde fuisteis y con quién hablasteis?

Ahora Benni tuvo que pensárselo un poco.

—Estuve con él dos veces. Primero al mediodía. Vino a casa a Rádagerdi para pillar algo de comer porque Sibbi el de Svalbardi lo había echado de casa en mitad de la noche.

—¿Por qué lo había echado?

—Ese Bryngeir era un imbécil de cojones. Me contó que había sido por un malentendido, pero luego me enteré de que había intentado colarse en la cama de Hafdís cuando todos estaban durmiendo. Si llego a saberlo antes, lo habría dejado estar y no me habría preocupado más por él. Hafdís es una buena chica y nunca habría dejado que un tipo así se le acercase.

—¿Qué hicisteis al mediodía?

—Le di de comer en la cocina de casa las sobras de la sopa de frailecillo y después fuimos al muelle de Eyjólfur a echar un vistazo a los barcos que venían de las islas del interior. Luego yo tenía que ocuparme de otras cosas, así que no lo volví

a ver hasta la tarde.

—¿Y qué tenías que hacer? —preguntó Thórólfur con rapidez.

Benni se sonrojó. Le dio una calada al cigarrillo y soltó el humo por la nariz.

—Tenía que ir a la iglesia —dijo—. La cosa es que canto en el coro. Necesitaban un tenor este invierno y Högni me pidió que me uniese.

—¿Dónde volviste a encontrarte con Bryngeir?

—En el colmado después de la misa. Él estaba hablando con Ásmundur.

—¿No estaba cerrado el comercio?

Benni se ruborizó y miró de reojo a Grímur.

—Ásmundur tiene *brennivín* en la tienda que da de prestado por lo mismo y la mitad si uno se encuentra en un aprieto. El alcalde Grímur no debería oír esto. Bryngeir estaba intentando que Ásmundur le prestase una botella de *brennivín*.

—¿Lo mismo y la mitad? ¿Eso qué quiere decir?

—Pues que uno devuelve una botella igual a la que le han prestado más una mitad extra en cuanto recibe el envío por correo.

—¿Y consiguió que Ásmundur le prestase una botella?

—Sí, se llevó una de ron, pero no antes de que yo prometiese cubrir la deuda si Bryngeir no la saldaba.

—Entonces ¿confiabas en él?

—Sí, eso creo. Él había dicho que esperaba un porrón de dinero. No sé cómo irá todo ahora que está muerto. A lo mejor me toca pagar. Iré a hablar con Ásmundur: tengo una buena piel de foca que debería ser suficiente para liquidar la deuda.

—¿Cómo es que Bryngeir esperaba recibir dinero?

—Después de conseguir la botella de ron subimos hasta el granero de Thormóður el Corneja, que era donde Bryngeir había guardado sus cosas. Entonces me comentó que ya había resuelto el misterio del danés. Lo iba a escribir para el periódico y nadie podía enterarse del asunto hasta que el artículo estuviese publicado. Ni siquiera la policía. El periódico se vendería como churros y él se llevaría un porcentaje. Yo le prometí no contárselo a nadie. Iba a hacer una visita y luego a tratar de encontrar a alguien que lo llevase a Stykkishólmur aquella tarde.

—¿Y a quién iba a buscar para que lo llevase a Stykkishólmur?

—Pues simplemente a alguien que tuviese un barco.

—¿A quién iba a visitar?

—Sólo me dijo que iba a ver a un amigo. A veces era un poco misterioso.

—¿Conocía ya de antes a alguien de la isla?

—No..., bueno, sí, al menos sabía quién era el representante del gobernador, sí, y también la doctora Jóhanna. Aunque no sé si los conocía de verdad.

—¿Cuándo te despediste de él?

—Antes de las ocho. Tenía que ir a casa a cenar. Ya tenía hambre.

—¿Estaba solo cuando lo dejaste?

—No, Thormódur el Corneja había ido al establo y estaban charlando los dos. Creo que el Corneja le estaba contando algún viejo sueño. El tipo suele hacerlo cuando da con alguien dispuesto a escucharle.

—¿Le contaste a alguien que Bryngeir había resuelto el caso del danés?

—No, no. Sólo a mis padres. Y mi hermana Rósa también lo oyó, pero no se lo dije a nadie más. Lo juro.

Thórólfur mascaba un trozo de pan y bebía café mientras procedía al interrogatorio. De cuando en cuando escribía algo en una hoja pautada.

Entonces pasó Lúkas a realizar las preguntas:

—¿Estás seguro de que no le viste después de las ocho?

—Sí, estaba pensando en salir de nuevo y buscarlo. Incluso en irme con él si había encontrado a alguien que lo llevase a Stykkishólmur. Pero entonces se puso a llover y no me apeteció. Me quedé escuchando las noticias de la radio.

—¿Tus padres estaban en casa?

—Mi madre se fue a la central telefónica en cuanto acabó de fregar los cacharros, pero mi padre se quedó en casa leyéndole un libro a mi hermana Rósa.

—¿Él podrá corroborar entonces que estuviste en casa toda la noche?

—¿Se refiere a algo así como una coartada?

—Sí.

—¿Me hace falta?

—Eso ayudaría a descartar a más gente.

—Mi padre se quedó roque después de leerle el cuento a Rósa, pero para entonces mi madre ya había vuelto a casa.

—¿Podrías haber salido de casa sin que nadie se hubiese enterado?

Benni apagó el cigarrillo.

—No lo creo. No creo que pudiese salir de casa sin que mi madre se enterase. Cuando volvió, me contó que Bryngeir había estado acosando a Hafdís. Stína, la de la centralita, se lo había oído a los de Svalbardi después de la misa.

Thórólfur volvió a hacer preguntas:

—¿Qué hicisteis los dos el sábado?

—Lo encontré en el muelle cuando llegó en el barco y lo llevé hasta Svalbardi para que pidiese alojamiento. Estuvimos un rato de cháchara y bebiendo ron con Sigurbjörn, aunque yo apenas lo probé: el tipo era terriblemente tacaño y eso que tenía dos botellas y media. Luego salimos y espiamos un poco mientras llevaban el féretro del danés al muelle.

—¿Qué quieres decir con espigar?

—Pues simplemente no dejar que nos viesen. Bryngeir no quería que se diesen cuenta de que los estábamos mirando. No sé por qué. Luego fuimos a Ystakot y

hablamos un rato con Valdi.

—¿Sobre qué?

—Bryngeir estaba comprobando si Valdi estaría dispuesto a llevar a alguien hasta Stykkishólmur si le pagaban lo suficiente.

—¿Y qué dijo ese Valdi al respecto?

—Que a lo mejor, si le ofrecían lo suficiente.

—¿Qué hicisteis luego?

—Volvimos por el mismo camino y fuimos a echarle un ojo a la iglesia. Bryngeir estuvo intentando tocar el órgano, pero lo cierto es que no tenía ni idea. Entonces entró el profesor Högni, que también es organista y venía a ensayar para la misa, y le enfadó mucho que Bryngeir estuviese jugando con aquel instrumento. Nos quería echar fuera, pero Bryngeir no se iba a ningún lado y no hacía más que contestarle de mala manera. Creo que le gustaba meterse con la gente. Era un provocador de mil demonios. A mí ya no me apetecía andar más con él por ahí, así que me fui a casa. Supongo que se iría a Svalbardi a echarse un rato cuando se cansó de discutir con Högni.

Benni calló y esperó la siguiente pregunta.

Thórólfur lo dejó esperar y se quedó mirándolo inquisitivamente.

—¿Has sido testigo de algún modo de la muerte de Bryngeir? —le preguntó al final.

—No, lo juro —dijo Benni enseguida—. Ya se lo he dicho.

—Bueno. Es suficiente por el momento. Ya hablaremos de nuevo más tarde.

—26.<sup>a</sup> pregunta: «Hombre de madera. Novena letra». El conde Haakon invocó a sus protectoras Thorgerd, la prometida de Hörði, y su hermana Irpa para que enviasen tal brujería a Islandia que acabase con Thorleif por completo. Haakon ordenó coger un tronco varado y que tallasen con él un hombre. Luego mataron a un hombre y le sacaron el corazón para ponérselo al hombre de madera. Lo vistieron entonces con ropas y lo llamaron Thorgardur, y le dotaron de fuerza con semejantes poderes diabólicos que podía caminar y hablar con la gente. Fue entonces enviado en barco a Islandia y allí llegó cuando la gente estaba reunida en el Althingi. Sucedió un día que Thorleif, escaldo de condes, salió de su tienda y vio a un hombre cruzando el río Öxará desde el oeste. Thorleif le preguntó cómo se llamaba. Él dijo que se llamaba Thorgardur y al mismo tiempo atravesó a Thorleif por el medio con su alabarda. Cuando Thorleif recibió el ataque, le devolvió el golpe a Thorgardur y éste se desplomó. Thorleif se ató la túnica alrededor y volvió a la tienda, donde le contó a la gente lo sucedido antes de quitarse la túnica y dejar que cayesen fuera sus entrañas. De este modo abandonó Thorleif la vida con buena reputación. La

*respuesta es «Thorgardur» y la novena letra es la U...*

Högni se estaba ocupando de llamar a la gente según la lista de nombres, y entraba con Sigurbjörn de Svalbardi cuando Benni salió con Grímur de la sala de la escuela donde le habían tomado declaración.

—Éstos son policías de verdad —afirmó Benni entusiasmado. Grímur le dijo que podía irse a casa y le indicó a Sigurbjörn que entrase y tomase asiento frente a los detectives de la policía. Él, por su parte, se sentó junto a la puerta.

—Tengo entendido que el difunto Bryngeir se hospedó en su casa la víspera del domingo —dijo Thórólfur—. ¿Es eso cierto?

—Pues malamente se puede decir que se hubiese hospedado —respondió Sigurbjörn—. Llegó el sábado y pidió sitio para pasar la noche. Tenemos una cama libre que a veces dejamos a algún huésped y le abrimos las puertas de casa. También le dimos de comer cuando llegó y luego más tarde por la noche, pero era un caradura y muy cansino si le daba a la botella. Lo eché de casa a eso de las tres de la madrugada. Por lo que he oído, luego se metió en el pajar del Corneja y durmió sobre el heno viejo hasta la mañana del domingo.

—¿Por qué lo echó de su casa?

—El tipo resultó ser un condenado sinvergüenza. Nos fuimos todos a dormir pasada la medianoche y él tendría que haber hecho lo mismo. Pero debía de estar inquieto y en plena madrugada se coló sin pantalones en el cuarto de mi hija Hafdís y se le quería meter en la cama. ¡Quería camelar a la niña, ese maldito canalla!

—¿Qué sucedió entonces?

—Bueno, la abuela duerme en la cama de al lado y estaba alerta. Lo agarró al borde de la cama y lo espantó. Creo que le echó la bacinilla encima al tipejo. Al menos tenía la espalda empapada cuando lo encontré en el pasillo y lo eché fuera con un palo. Luego recogí todas sus cosas y se las dejé a la entrada.

—¿No lo volviste a ver?

—No, y tampoco es que lo estuviese buscando. No me extrañó que el tipo tuviese los días contados.

—¿Y eso?

—Pues sí. Cuando le eché un vistazo a su bolsa para asegurarme de que no había robado nada en casa, vi que llevaba encima las hojas del enigma de Flatey, que tienen que estar en la biblioteca y no pueden sacarse bajo ningún concepto. Ese condenado las había robado la tarde anterior. En cuanto amaneció fui a casa de Hallbjörg en busca de la llave de la biblioteca para devolver las hojas a su sitio, y ella me dijo que el representante del gobernador había sido el último que había entrado el sábado y

que probablemente se habría olvidado de cerrar. No saben cuidar las cosas valiosas, esos cultuoretas de Reikiavik.

—¿Y es la única llave que hay de la puerta?

—Sí, exceptuando la que el difunto Björn Snorri tenía en préstamo. Iba a la biblioteca muy a menudo.

—¿Está seguro de que no volvió a ver a Bryngeir la tarde del sábado?

Sigurbjörn se enfadó.

—No, por supuesto que no volví a encontrármelo. ¿Piensa que le estoy mintiendo? ¿Cree que yo iba a llevarme a ese canalla al cementerio, colocarle sobre una lápida y marcarle un águila de sangre en la espalda por el hecho de no ser un huésped respetuoso?

—¿Marcarle un águila de sangre? —preguntó Thórólfur.

—Sí.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues está claro. Alguien le ha marcado un águila de sangre en la espalda. ¿No ha leído el Libro de Flatey?

—No.

Sigurbjörn negó con la cabeza.

—¿No se les exige un poco de cultura a los policías hoy en día?

—El Libro de Flatey no entra en los estudios de criminalística —respondió Thórólfur con arrogancia.

Sigurbjörn sonrió sarcástico.

—Bueno, pues no entrará, pero debería. Intentaré repasar el asunto para ustedes. Sigurd, el Matador de Fáfñir, luchó contra Lyngvi Hundingsson en Frisia y lo apresó. Entonces se discutió qué tipo de muerte merecía. Regin, el padre adoptivo de Sigurd, propuso que se le marcara un águila de sangre en la espalda y así lo hicieron. Regin cortó entonces las costillas de la columna con su espada y sacó los pulmones. Y murió Lyngvi por ello con gran valor. También se habla de águilas de sangre en la Saga de los Orcadenses y en el relato de Orm Stórólfsson, si mal no recuerdo. Si me preguntas, eso es justo lo que le han hecho al pobre diablo del cementerio.

Los detectives se miraron el uno al otro y Sigurbjörn continuó:

—Y además, está el danés. También se puede encontrar algún paralelismo en el Libro de Flatey sobre lo que le sucedió, pero por supuesto tampoco conocerán esa historia.

Thórólfur negó con la cabeza.

—¿Cómo es? —preguntó.

—Es en la Saga de Olaf Tryggvason. Eyvind Kelda llegó al cabo Ögvaldsnes con la intención de matar al rey Olaf. Mediante brujería provocó una niebla oscura para que el rey no pudiese verlos, aunque ellos mismos quedaron tan cegados que

avanzaban en círculos. Los guardias del rey vieron a aquellos hombres y los apresaron. El rey les ofreció que renegasen de su error y abrazaran la fe del Dios verdadero, pero cuando Eyvind y sus hombres se negaron en redondo los llevaron a un escollo y los dejaron allí para que muriesen de frío e inanición, por lo que desde entonces el lugar se llama isla del Brujo. Y así fue. Me parece deberían ustedes empezar por leer el Libro de Flatey antes de intentar resolver ningún misterio aquí en el Breidafjörður.

—¿Es largo ese libro? —preguntó Thórólfur.

—No mucho. Thormóður el Corneja tiene la edición que se publicó después de la guerra. Son cuatro volúmenes de seiscientas páginas escasas cada uno. Si son aplicados con la lectura, habrán acabado de leerlo para la recogida de las ovejas de este otoño.

Thórólfur miró a Grímur.

—¿Podría conseguirnos un ejemplar de ese libro?

*—27.<sup>a</sup> pregunta: «El mayor campeón de esquí. Tercera letra». Fueron a parar a la cima de una gran montaña. La ladera descendía abrupta hasta el mar. Había camino para cruzarla, pero era un sendero estrecho que tan sólo se podía atravesar a pie y de uno en uno. El rey Harald Sigurdsson le dijo a Heming: «Ahora has de divertirnos con tu pericia esquiando». «No sería ésta una buena ocasión para ir esquiando, porque no hay nada de nieve y el suelo de la montaña está helado y duro», dijo Heming. El rey le respondió que tampoco sería un reto esquiarse si se diesen las condiciones óptimas. Heming se lanzó con los esquíes y se deslizó zigzagueando por la pendiente. Todo el mundo cuenta que nunca habían visto a nadie deslizarse tan limpiamente. Y en ningún momento se ladeó de modo que perdiese el equilibrio. La respuesta es «Heming» y la tercera letra es la M...*

Högni salió a buscar a Thormóður el Corneja, que se presentó en el interrogatorio con su vestimenta de gala, un bastón y la medalla de honor en el pecho. Las ropas aún seguían mojadas después de la noche, aunque había hecho un digno intento de secarlas sobre la cocina aquella mañana. Había traído consigo los ejemplares de la edición impresa del Libro de Flatey como le había pedido el alcalde Grímur, y los agarraba con fuerza bajo el brazo.

Thórólfur se quedó mirando un largo rato al sacristán de arriba abajo antes de comenzar con el interrogatorio.

—¿Se encontró con el difunto Bryngeir el domingo? —preguntó.

Thormóður el Corneja respondió con solemnidad:

—Bryngeir acudió a mi establo sobre la hora de la cena el domingo. Me invitó a un trago de ron y yo por mi parte le ofrecí una taza de leche y pescado seco. A veces tengo un poco de pescado seco colgado en un rincón del pajar, para picar entre horas, y esa noche nos vino bien. Luego nos sentamos y estuvimos charlando un rato.

—¿Sobre qué hablaron?

—Hablamos sobre sueños y sobre las capacidades sobrenaturales de aquella gente que sabe pensar. El difunto Bryngeir sabía bien de qué hablaba y enseguida pude ver que era un genio interpretando sueños importantes. También había estudiado espiritismo en la escuela nocturna con un médium famoso de Reikiavik. Por desgracia, uno no encuentra muy a menudo almas tan desarrolladas en esta isla. Tenía cierta clarividencia cuando estaba sobrio. Por eso bebía tanto, me dijo. Hay gente que nunca es capaz de acostumbrarse al poder e intenta reprimir su talento. Necesitan ayuda. Pero para los sueños se mostraba muy solícito y capaz. Pudo interpretar el Sueño de los Terneros, con el cual yo llevaba mucho tiempo lidiando. El sueño consiste en que me parece como si estuviese allá arriba donde la iglesia y entonces...

—Gracias —lo interrumpió Thórólfur—, es suficiente. ¿Adónde fue cuando se despidió?

—Dijo que iba a buscar transporte para ir a Stykkishólmur, pero antes pensaba acercarse a saludar a la doctora.

—¿Se encontraba mal?

—No, no era una visita como paciente. Yo le comenté que el cadáver del anciano estaba en la casa y él dijo que iría a visitar a Jóhanna para darle el pésame. Le pedí que se mostrase respetuoso.

—¿Esperaba que actuase de otro modo?

—Naturalmente el hombre iba un poco entonado, aunque no tanto como para no

poder manejarlo. Sólo que de cuando en cuando se exaltaba y se le ocurría alguna que otra locura.

—¿Hizo alguna mención del danés?

—No, a mí no, por lo menos.

—¿Sabe cuándo tenía pensado ir a Stykkishólmur?

—Bueno, iba a hablar con los isleños que tuviesen motoras o alguna pequeña barca de pesca. De todos modos, dudo que nadie se hubiese prestado a llevarlo aquella noche. El tiempo estaba empeorando.

—¿Habló de hospedarse en alguna parte aquí en Flatey si no conseguía llegar a Stykkishólmur?

—No. Yo no podía ofrecerle alojamiento en mi cabaña porque no tengo cama extra, pero le dije que podía quedarse en el pajar, si quería. Sólo le pedí que tuviese cuidado con el fuego.

—¿Cree que se alojó en el pajar?

—Sus cosas todavía estaban allí cuando llegué al establo ayer por la mañana.

—¿A qué hora se fue de su casa?

Thormódur el Corneja se lo pensó.

—Vamos a ver. Yo marché con la leche a casa del reverendo Hannes alrededor de las ocho y regresé a casa para la cena. Luego volví a subir al establo sobre las diez para abreviar a las vacas y arreglar las cosas para la noche. Para entonces ya se había ido.

—¿No volvió usted a verlo?

—No, con vida no.

—28.<sup>a</sup> pregunta: «El más sagaz de los caudillos. Segunda letra». Los nórdicos que entraron a servicio en Constantinopla recibieron el nombre de varegos. Su caudillo era Harald, a quien llamaban Nordbrigt... Partieron entonces al asedio de otra ciudad que era mayor y a su vez más difícil de atacar. Allí en el campo había árboles en flor y de gran ramaje. Los pájaros volaban siempre de la ciudad hasta allí por el día y volvían a sus nidos en los tejados de las casas por la noche. Nordbrigt habló entonces con sus hombres: «Aquí cerca de la ciudad hay mucho barro que vamos a coger y amasar. Se volverá como pegamento. Luego untaremos con este pegamento mojado los árboles que hay fuera de la ciudad». Este consejo funcionó, ya que los pájaros se quedaban pegados a los árboles cuando venían a buscar su comida y con semejante truco consiguieron apresar un gran número de aves. Entonces dijo Nordbrigt: «Ahora vamos a tomar la madera que esté más seca y que sea más inflamable y vamos a prender un pequeño fuego añadiéndole azufre y cubriéndolo con cera, y ataremos tal carga a los pájaros para que se la lleven volando. Y cuando

*comience a anochecer, volveremos a liberarlos a todos para que regresen veloces a su hogar y vayan a sus nidos de la ciudad tal y como tienen por costumbre». Siguieron estas mismas instrucciones y los pájaros volaron a la ciudad nada más ser liberados, en busca de sus nidos y sus polluelos. Mas todas las casas tenían tejado de caña y no hubo que esperar mucho hasta que el fuego prendió en las plumas de los pájaros y luego en los tejados, con lo que ardieron uno tras otro. Al mismo tiempo, el ejército se armó y atacó la ciudad, y los ciudadanos tenían ahora que defenderse de dos cosas a la vez: el fuego y el feroz ataque de los varegos. No pudieron lidiar con ambas. La respuesta es «Harald» y la segunda letra es la A.*

*—Aquí Lund ha puesto el sobrenombre «Nordbrigt» —dijo Kjartan.*

*—Entonces la respuesta es la A o la O...*

Dagbjartur se presentó temprano en el Hospital Nacional y preguntó por la doctora Thorgerdur Fridriksdóttir. Después de indagar un poco, averiguó que estaba en medio de una operación.

—Esperaré —dijo Dagbjartur, y sonrió paciente.

Llevaba esperando tres horas cuando una mujer joven se acercó a él.

—Me han dicho que me estaba buscando —dijo. Vestía una bata blanca con grandes manchas de sangre en la parte delantera—. Estaba extirpando unas amígdalas. A veces pueden sangrar mucho —añadió cuando se dio cuenta de que él miraba las salpicaduras.

Dagbjartur sonrió incómodo.

—Disculpe la molestia. No le voy a robar mucho tiempo.

—No hay problema. ¿Qué ocurre?

—Tengo entendido que conoce a Jóhanna Thorvald.

—Sí. Somos amigas.

—¿La ha visto últimamente?

—No, no este año. Ella ha estado muy ocupada haciéndose cargo de su padre. He oído que ha muerto.

—¿Cómo se conocieron?

—¿Por qué me pregunta por Jóhanna?

—Se han cometido algunos actos terribles en Flatey y estamos intentando investigar a los habitantes de la isla. Se trata de un número relativamente pequeño de gente, así que podemos buscar información sobre cada uno bastante bien.

—Bueno. Yo sólo puedo hablar bien de Jóhanna y espero que esto no le afecte de ningún modo. Nos conocimos en Copenhague al final de la guerra, de adolescentes, y nos hicimos buenas amigas cuando se prometió con mi hermano.

—¿Cómo era de adolescente?

—Era una chica peculiar, se había criado sola con su padre y yendo de un lado para otro por el norte de Europa. Mi familia y yo tardamos muchos meses en romper aquel caparazón suyo, y cuando lo conseguimos pudimos ver que era muy inteligente, dulce y divertida. Al principio, cuando decía algo sonaba demasiado adulto y su islandés podía ser bastante gracioso; en ocasiones era como si acabase de salir de una saga medieval. No tenía costumbre de hablar esta lengua con la gente de su edad. Para empezar porque entre nosotras hablábamos en danés, que era a lo que yo estaba acostumbrada cuando hablaba con mis amigos de Copenhague. A veces lo seguimos haciendo, como en broma.

—¿Ha seguido en contacto con ella desde entonces?

—De vez en cuando. Desde que mi hermano murió, desapareció de la vida de nuestra familia. Durante un tiempo se enredó en una relación algo tormentosa con otro hombre. Iba un curso por delante de mí en la Facultad de Medicina y retomamos el contacto una vez puso fin a esa relación. Había sido muy infeliz aquellos años pero le iba muy bien en la universidad. Creo que acudía al psicólogo por aquel entonces.

Una enfermera llegó corriendo por el pasillo.

—Thorgerdur, ven enseguida —la llamó—. ¡El niño ha empezado a sangrar de nuevo!

*—29.ª pregunta: «Ahogada en un profundo pantano. Tercera letra». Y él le dijo que cuando ella llegase celebraría una boda con todos los honores. A Gunnhild le agradó aquella idea y fue a Dinamarca con una hermosa comitiva. Cuando el rey Harald supo de su llegada, envió junto a ella a esclavos e invitados. Éstos agarraron a Gunnhild con gran tumulto y humillantes abucheos, y ahogaron a la vil reina en un pantano terriblemente profundo. Así terminó la historia de las crueldades y crímenes de la reina madre. La respuesta es «Gunnhild» y la tercera letra es la N...*

En la casa parroquial, Alfrídur seguía indignada: no consideraba en absoluto apropiado que unos detectives de Reikiavik la citasen sin previo aviso para tomarle declaración. Habían enviado allí al profesor Högni para que transmitiese la solicitud de la policía al matrimonio, pero recibió una respuesta muy negativa por parte de la mujer, y ahora permanecía apabullado en el vestíbulo con el gorro entre las manos, mientras el reverendo Hannes intentaba tranquilizar a su esposa.

—Frída, cariño. Se trata de una petición de lo más corriente por parte de las autoridades —dijo él, suplicante.

—¡Petición! ¡Por el amor de Dios, somos gente de Iglesia!

—Ya, ya, sólo es una formalidad: tienen que hablar con todos los habitantes de Flatey.

—¿Y no pueden mostrarnos un poco de respeto esos señores y venir ellos mismos, y así ahorrarnos el tener que ir hasta allí a la vista de todos como si fuésemos unos delincuentes?

El reverendo Hannes intentó explicarle el asunto:

—Esos hombres están ocupados, querida. Piensa que están investigando unos crímenes terribles.

Alfrídur rompió a llorar.

—Precisamente por eso. ¿Cómo creen que nosotros podríamos saber algo del asunto?

—No pasa nada, no pasa nada, querida Frída —el sacerdote tomó a su mujer de los hombros—. Diles a esos hombres que llegaremos a las once —le pidió a Högni.

—A las once y media, ni un minuto antes —replicó Alfrídur con hipo.

Högni llevó aquel mensaje a la escuela y Grímur cambió el orden de los interrogatorios de acuerdo con los deseos de la mujer del sacerdote. Los interrogatorios iban bien, y los agentes no parecían mostrar ninguna señal de cansancio. Casi todas las declaraciones duraban diez o quince minutos. La gente iba dando cuenta de sus movimientos la tarde del domingo y la víspera del lunes. Daban también los nombres de aquellos que podían confirmar sus testimonios. El proceso avanzaba rápido y sin problemas, y no se apreciaba ninguna contradicción en las declaraciones. Poco a poco iban formándose una imagen global más clara de los movimientos de Bryngeir durante aquellos dos días que duró su estancia en Flatey. Únicamente quedaba por completar aquella hora que había durado la misa a mediodía, acerca de la cual nadie tenía nada que decir. Todos estaban en la iglesia, exceptuando a la doctora Jóhanna y dos pescadores de las otras islas que estuvieron

tirados durmiendo la resaca en una casa vieja que habían alquilado junto a más gente.

Jón Ferdinand apenas pasó dos minutos con los detectives. Thórólfur escribió «senil» en su hoja y lo mandó salir. El pequeño Nonni fue el siguiente en entrar y corroboró todo lo que Valdi había dicho sobre lo que habían hecho. Se habían pasado la noche entera en la cabaña cocinando el paté de mar.

El sacerdote y su esposa llegaron a la escuela a las once y media en punto.

Högni llamó a la puerta del aula, asomó la nariz y anunció su llegada. Stína, la de la centralita, estaba terminando su declaración; muy a su pesar, no tenía nada nuevo que añadir. Recordaba que la señora de la casa de Rádagerdi le había comentado en secreto que el periodista reikiavicense consideraba que había resuelto el misterio de Ketilsey. Podría ser que ella le hubiese confiado la historia a alguien más por la tarde. No se acordaba con toda seguridad.

—Deje que entre primero la mujer del reverendo —le pidió Thórólfur a Grímur cuando Stína se marchó. Tenía claro que el domingo por la tarde la mayoría de los habitantes de Flatey ya estaban al tanto del secreto del periodista.

Grímur salió, pero luego volvió a entrar él solo por la puerta.

—La señora del sacerdote se niega a hablar con ustedes a no ser que su marido esté presente —dijo—. Creo que sería correcto respetar lo que pide, si es posible. Se muestra un poco tajante —añadió.

Thórólfur sonrió:

—Llame a los dos y dígales que entren.

Hubo que poner otra silla junto a la mesa.

—Les pido disculpas por haberles molestado —comenzó Thórólfur con una sonrisa—. Nos ha parecido correcto tomar declaración a todos los habitantes de la isla, y resulta especialmente importante oír lo que personas instruidas e inteligentes como ustedes tienen que decir, ya que, por supuesto, poseen una perspectiva más clara de cuanto les rodea que los exhaustos trabajadores.

Ahora Alfrídur no sabía cómo debía reaccionar ante tan excelente saludo y optó por permanecer callada. El reverendo Hannes respondió por ella.

—Para nosotros sería un gran placer si pudiéramos servirles de ayuda —dijo.

—¿Llegaron a conocer ustedes a este periodista sobre el que se desenvuelve el caso? —preguntó Thórólfur.

—No, apenas lo vimos. Lo cierto es que llamó a nuestra puerta el sábado por la tarde, temprano, pero se había equivocado de casa. Andaba buscando alcohol y lo espanté de allí. Luego alguna que otra vez lo vimos pasar por el pueblo o el camino de subida. Tenemos buenas vistas desde la ventana del salón.

—¿Podría decir sobre qué hora hizo aquellos recorridos, especialmente el domingo?

El reverendo se lo pensó.

—El domingo lo vimos en principio alrededor del mediodía, puede que a las once y media: en ese momento él bajaba del establo de nuestro querido Thormódur el Corneja, el sacristán. Luego estuvo dando algunas vueltas por el pueblo. Después, claro está, nos encontrábamos ocupados preparando la misa y no volvimos a verlo hasta que más tarde Benjamín de Rádagerdi lo acompañó al establo del Corneja. Luego Benjamín volvió solo, a eso de las siete. El Corneja nos trajo media jarra de leche a las ocho y nos dijo que le había dado permiso al periodista para que se cobijase en su pajar, si se veía en la necesidad. Nuestro Corneja es muy buena persona y a veces deja que se aprovechen de él. También cree cualquier cosa con demasiada facilidad, como sucede a menudo con los espiritistas.

El reverendo Hannes miró a su mujer.

—¿Es todo correcto, querida Frída? —le preguntó.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Hubo más movimiento de gente por el camino de subida aquella noche? —preguntó Thórólfur.

Esta vez respondió Alfrídur:

—El profesor Högni salió de cenar en casa del alcalde sobre las ocho y el representante del gobernador bajó poco antes de las nueve, atravesó el pueblo y se dirigió al interior de la isla. Luego el Corneja volvió a subir al establo sobre las diez. Después nos fuimos a la cama y no supimos de nadie más que anduviera por ahí.

Thórólfur anotó aquellos datos en una hoja y luego preguntó:

—¿Hay algún otro detalle que se les ocurra que pudiera ayudarnos en esta investigación?

—No —dijo el reverendo Hannes negando con la cabeza, pero Alfrídur le dio un codazo.

—¿No te acuerdas? —susurró.

—¿Si no me acuerdo de qué, querida Frída?

Ella se decidió a hablar.

—La gente de esta isla ha estado murmurando que el danés había sido nuestro huésped y que nosotros fuimos los últimos de todo el pueblo en verlo. Y eso no es para nada cierto y quiero que se sepa.

—¿Quién fue la última persona que lo vio con vida?

—Cuando salió de nuestra casa iba a ver a la doctora Jóhanna para comprarle unas pastillas para el mareo. Tenía mucho miedo de marearse. Por eso se puso en marcha tan pronto. Así que fue ella la última en verlo con vida, no nosotros, y eso es algo que ustedes tienen que anotar para que conste —Alfrídur puso énfasis en aquella afirmación echando hacia atrás la cabeza y cruzándose de brazos.

Thórólfur agradeció su colaboración al sacerdote y su esposa, y ellos se despidieron e invitaron a los policías a acudir a la casa parroquial cuando quisiesen.

Incluso podrían ofrecerles hospedaje si no se sentían a gusto en la escuela. Alfrídur se había reconciliado con ellos.

—Tenemos que hablar con la doctora —dijo Thórólfur a su asistente una vez el matrimonio se hubo marchado—. Todos los hilos llevan a ella.

Un marinero del guardacostas apareció con un sobre en la mano. Thórólfur lo abrió y leyó el mensaje.

—Sí, definitivamente tenemos que hablar con la doctora —volvió a decir mientras doblaba el papel.

*—30.<sup>a</sup> pregunta: «Causa de la muerte del rey Harald Gormsson. Primera letra». En la Saga de los Vikingos de Jomsborg se habla de Palnatoke, un vikingo que vivía en Fionia y era uno de los hombres más poderosos de Dinamarca después del rey Harald Gormsson. Entre aquellos caudillos existían hostilidades, mas concluyeron cuando Palnatoke acudió al lugar donde el rey descansaba al calor de la lumbre después de una batalla. El monarca permanecía en pie junto al fuego, con el pecho muy inclinado sobre la lumbre y el culo en pompa. Palnatoke oyó hablar al rey, puso una saeta en el arco y disparó. Según cuentan, la saeta entró directa por el culo del rey y le salió por la boca. Cayó éste entonces muerto, como era de esperar. La causa de la muerte fue una «saeta en el culo» y la primera letra de la respuesta es la S...*

Después del mediodía, enviaron al profesor Högni a casa de la doctora Jóhanna para citarla a declarar. Continuaba lloviendo y hacía frío. Högni avanzaba deprisa a contraviento y se sujetaba el cuello de la chaqueta cerrado bajo el mentón. En poco más de veinticuatro horas, parecía que todo había cambiado a peor en Flatey, entre otras cosas el tiempo. Y en vez de estar ocupándose de las redes de focas y de recoger el plumón de ánade, los granjeros se encontraban sentados en casa esperando a que los detectives de la policía descubriesen a ese desgraciado al que le había dado por matar gente.

Högni estuvo un buen rato llamando a la puerta de la doctora, y como nadie respondía, abrió la puerta y entró en el pequeño recibidor. No era costumbre cerrar con llave las casas en Flatey y resultaba normal cruzar el umbral si el recado era urgente.

—Hola —dijo en voz alta, pero la única respuesta fue el eco en aquel oscuro vestíbulo. Sintió el olor del dispensario y la farmacia. Todo tipo de aromas extraños se mezclaban en aquel tufillo peculiar y misterioso de los hospitales, que podía inspirar a la vez miedo y atracción, dependiendo siempre de las sustancias y de las circunstancias.

Högni se adentró más en la casa, y a su derecha pudo ver el interior de la habitación donde estaba la cama de hospital, y en ella un cuerpo cubierto con una sábana blanca. Björn Snorri Thorvald esperaba allí su ataúd y el velatorio. Había un cirio en un candelero junto a la cama.

«Jóhanna probablemente no habría dejado la casa sola, debe de estar por aquí», se dijo.

—Hola —repitió aún más alto que antes.

Entonces oyó un abrir de puertas en el piso de arriba y Jóhanna apareció en las escaleras.

—¿Qué ocurre, Högni? ¿Estás enfermo? —preguntó.

—No, no, no hay nadie enfermo, pero los policías de Reikiavik quieren hablar contigo. Están tomándole declaración a todo el mundo.

—Sí, lo sé. ¿Ya me toca? Me doy prisa.

—Te espero —dijo Högni—. Vamos juntos.

Jóhanna desapareció un instante y volvió a bajar las escaleras con el abrigo puesto. Fue junto a la cama de su padre, apagó la vela y cerró la puerta al salir. En el vestíbulo, cogió un paraguas de un colgador.

—No es nada frecuente ver un chisme de esos aquí en Flatey —dijo Högni

cuando salían de casa y Jóhanna abrió el paraguas.

—No, por lo general la gente de aquí tiene las manos ocupadas con algo cuando va de una casa a otra bajo la lluvia —respondió Jóhanna.

Luego siguieron caminando en silencio.

Högni no estaba seguro, pero le pareció que la gabardina de Kjartan estaba colgada en el recibidor de la casa del médico.

*—31.ª pregunta: «Donde reside la risa de todo hombre. Segunda letra». Mas la rabia de todo hombre reside en la bilis, y la vida en el corazón, la memoria en el cerebro, la ambición en los pulmones, la risa en el bazo, el deseo en el hígado. La respuesta es «bazo» y la segunda letra es la A...*

El detective Thórólfur observó a la mujer que estaba sentada frente a él con la espalda erguida. Tenía un aspecto tranquilo y pensativo y no había dicho palabra desde que se habían saludado y ella había tomado asiento. El alcalde Grímur aguardaba atento junto a la puerta.

—¿Deberíamos ir llamando a alguien más? —preguntó.

Thórólfur negó con la cabeza.

—No, vamos a esperar un poco. Ésta va a ser una conversación larga.

Se dirigió entonces a Jóhanna.

—Antes de nada tenemos que hablar sobre el profesor Gaston Lund. ¿Usted recuerda cuando fue a su casa el otoño pasado en busca de pastillas para el mareo?

—Sí, me acuerdo bien.

—¿Se llevó las pastillas?

—Sí. Las tengo en la farmacia.

—¿Qué sucedió después?

—Se fue a coger el barco.

—¿Está segura de que llegó a cogerlo?

—No, no estoy segura. No fui con él.

—¿Estuvo en su casa más tiempo del necesario para comprar una caja de pastillas para el mareo?

—Sí, se quedó un rato conmigo y con mi padre.

—¿Por qué?

—Nos conocíamos de cuando mi padre y yo vivíamos en Copenhague.

—¿Así que fue un reencuentro celebrado?

—Al profesor Lund y a mi padre les alegró tener la oportunidad de volver a verse.

Thórólfur desdobló el papel que tenía sobre la mesa.

—Como es lógico, hay más gente trabajando en esta investigación, tanto en Copenhague como en Reikiavik. Han contactado con algunas personas para tratar de averiguar cuál era la situación de Gaston Lund y Bryngeir. ¿Hay algo en especial que usted quisiera contarnos antes de continuar con esta entrevista?

Jóhanna se quedó mirando a Thórólfur, pero luego negó con la cabeza con una sonrisa apagada.

—Vamos a contar con que sus colegas hayan hecho su trabajo y usted el suyo. Luego veremos qué pasa —dijo.

—Muy bien, si así lo prefiere —Thórólfur levantó el papel—. Aquí tengo el primer mensaje que ha llegado con información sobre el asunto. En Copenhague han

estado preguntándole a la gente si habría alguna persona que le guardase una especial animadversión al profesor. Y a todo el mundo se le ha ocurrido el mismo nombre.

—¿Ah, sí?, ¿y de qué nombre se trata?

—Björn Snorri Thorvald. ¿No es ése el nombre de su padre?

—Sí.

—Por tanto, el profesor Lund no habría sido una visita tan bien recibida en su casa el otoño pasado.

—Pues sí, lo cierto es que sí lo fue. De hecho, durante años mi padre y Lund fueron muy buenos amigos y colegas de trabajo en el Instituto Arnamagnaeano. Aquella amistad se empañó un poco en los años de la ocupación de Dinamarca y se convirtió en enemistad al terminar la guerra. Después, cuando el profesor Lund vino a parar a nuestra casa por casualidad el otoño pasado, estuvieron hablando los dos un rato y volvieron a reconciliarse. Creo que ambos se sintieron mejor después de aquello.

—¿Hay alguien más que pueda dar testimonio de ello?

—No, mi padre ha fallecido, como seguramente ya sabrá.

—¿Qué originó aquellas desavenencias en el pasado?

—Mi padre fue expulsado de su puesto en el Instituto Arnamagnaeano y consideraba que en cierta medida había sido culpa del profesor.

—¿Por qué lo expulsaron?

—Estoy segura de que sus hombres de Copenhague pueden encontrar sin problema una explicación razonable al respecto. No han pasado más de quince años desde aquello y alguien debe de acordarse de esa historia.

Thórólfur apretó los puños y se inclinó hacia ella sobre el escritorio.

—Podría acelerar esta entrevista si estuviese dispuesta a colaborar con nosotros —dijo.

Jóhanna sonrió fríamente.

—Sí, probablemente tenga razón. A lo mejor podría explicarles lo que sucedió, ya que dudo que sus hombres tengan la capacidad o la motivación suficiente para llegar al fondo del asunto.

Jóhanna les contó a los detectives cómo creció viajando con su padre por los países nórdicos y Alemania. Cómo su padre continuó viajando a Alemania después de que Dinamarca hubiera sido ocupada y cómo se originó con ello la animadversión de sus colegas del Instituto Arnamagnaeano y la Biblioteca Real. Al final, la guerra terminó y los alemanes se retiraron de Copenhague.

—Aquella mañana, yo acompañaba a mi padre al Instituto, como hacía siempre, pero cuando íbamos a entrar le negaron el paso. Vino algún superior y le anunció que su puesto había sido retirado y que ya no tenía acceso a la colección de manuscritos. Mi padre no recibió ninguna explicación, y cuando empezó a alzar la voz lo

expulsaron del edificio. Algunos empleados fueron testigos, entre otros el profesor Lund. No tengo ni idea de cómo habría terminado si Fridrik Einarsson, un islandés amigo suyo, no hubiese estado presente para mediar en el asunto. Nos llevó a su casa y nos ofreció un refrigerio. Le pudo explicar a mi padre que probablemente habían sido los viajes académicos a Alemania lo que había causado aquella animosidad. Poco después nos sugirió que lo acompañásemos a Islandia con su familia, y que viviésemos allí hasta que se calmase el tumulto.

—Entonces, ¿se mudaron a Islandia?

—Sí.

—Pero ¿nunca más volvieron a Copenhague?

—No.

—¿Por qué?

—Mi padre intentó recuperar su puesto desde Islandia con todas sus fuerzas, pero no lo consiguió. Además, yo me resistía a mudarnos porque había conocido a Einar, el hijo de Fridrik, mientras vivimos con ellos en Copenhague y luego viajando juntos en el barco. Fue el primer amigo de mi edad que tuve, y más tarde se convirtió en mi novio. Era un chico estupendo y no podía imaginarme lejos de él. Compartimos los primeros años de instituto y luego murió en un accidente.

Thórólfur anotó algo en su hoja y después preguntó:

—A usted se le encargó examinar los restos de Gaston Lund cuando fue hallado y transportado a Flatey la semana pasada. ¿No es cierto?

—Sí.

—¿Y no lo reconoció?

Jóhanna esbozó una sonrisa apagada.

—Sería fácil para mí decir que no. Nadie podría dudar de ello, teniendo en cuenta el estado del cadáver. Y también me resultaría menos embarazoso atenerme a esa respuesta. Pero no quiero mentir. Reconocí el cuerpo tan pronto como se abrió el féretro.

—¿Por qué no lo dijo?

—Me quedé completamente horrorizada. Y pensé en mi padre. El cáncer estaba muy avanzado y yo sabía que sólo le quedaban unos pocos días de vida. Aun así no estaba sufriendo, porque me ocupé de darle un tratamiento para el dolor. En aquel instante no podía ni imaginar que fuese a pasar sus últimas horas angustiado por el destino de su amigo, así que decidí darme un tiempo mientras me hacía a la idea. No es que influyese en el desarrollo de la investigación, el hombre llevaba muerto muchos meses. Aquel retraso no supuso más que un día, pero bastó. Mi padre murió sin llegar a saber nada de aquel incidente.

Lúkas tosió unas cuantas veces para llamar la atención de Jóhanna. Era su turno.

—Ésa es una gran historia —dijo humedeciéndose los labios—, aunque creo que

difiere un poco de la realidad. Por ejemplo: Lund acudió a usted como médica y farmacéutica. Lo que sucedió entre ustedes en un primer momento no lo sé con certeza, pero él quería comprar pastillas para el mareo. Usted le entregó algún tipo de fármaco y le sugirió que se tomase una pastilla enseguida, a lo mejor dos. Él así lo hizo y pronto sintió pesadez y cayó dormido. Usted dispone de somníferos potentes a mano, ¿no es cierto? Sin duda podemos obtener una lista de sus medicamentos.

Jóhanna lo miró espantada.

—Tiene razón, la casa cuenta con una farmacia bien surtida, pero aparte de eso su idea es absurda.

—Bueno, ya veremos. Lund está inconsciente en su salón. ¿Tal vez necesitó darle o inyectarle algo más fuerte para que continuase durmiendo profundamente? Luego, aquella noche, usted lo llevó en barco hasta la isla desierta más remota que conocía en el Breidafjörður. Sabemos que en aquellos días desapareció una cantidad considerable de combustible de uno de los barcos de la isla. Usted sabe llevar un barco, ¿no? Sabe que no me costaría averiguarlo.

—Pues sí, sé llevar un barco bastante bien. Pero no tengo ni idea de en qué parte del fiordo está Ketilsey. Y no tengo tanta fuerza como para levantar yo sola a un hombre inconsciente, ni mucho menos para llevarlo hasta una barca y sacarlo de nuevo.

—¿Tal vez su difunto padre le echó una mano? Tal vez se encontraba más fuerte en otoño que últimamente. Y con ganas de vengarse. Además, también se puede transportar un cuerpo en una carretilla, y hay unas cuantas por aquí en la isla.

—Ahora está usted resultando de mal gusto.

—Sin duda, no es que se puedan contar de un modo bonito todas estas atrocidades. Y todo ese ingenio. La venganza debió de ser memorable y puso un punto final. ¿Cómo cree que se debió de sentir aquel hombre cuando se despertó allí y se dio cuenta de dónde había llegado?

Jóhanna se quedó mirando a Lúkas antes de responder:

—¿Que cómo creo que se sintió? Se lo voy a decir. Las primeras horas estuvo enfadado. Luego, completamente enfurecido. Estuvo gritando y gritando y pidiendo socorro sin parar. Luego sintió frío y cuando cayó la noche empezó a tener miedo. Después tuvo mucho frío y se sintió aterrado y rompió a llorar. Cuando volvió a salir el sol por la mañana, tenía sed y hambre y se encontraba muy cansado. Recogió madera varada y se construyó un refugio apoyando los palos contra una peña. Amontonó piedras y algas para que abrigasen mejor, se metió dentro y se tumbó. Tal vez lograse dormir una o dos horas, pero luego se despertó temblando de frío. Entonces comenzó a llover. Encontró en la orilla una vieja botella de plástico y la usó para acumular el agua de la lluvia que se escurría por la pared de la roca. Se puso a beber y a beber, pero al mismo tiempo la lluvia le iba calando y se guareció dentro

del refugio, pero estaba empapado y por la noche tuvo más frío que nunca antes en su vida. Se quedó tumbado, temblando durante muchas horas, hasta que ya no pudo soportarlo más y salió fuera y se puso a correr para intentar entrar en calor. Aquello ayudó un poco, pero seguía lloviendo, así que se caló aún más y después sintió más frío. Al día siguiente cesaron las lluvias y pudo ver el sol. Fue capaz de dormir unas cuantas horas. Luego bajó a la orilla para ver si encontraba algo comestible: levantó piedras, recogió pulgas de mar y desenterró lombrices de arena. Encontró algún marisco, se lo metió en la boca y tomó un trago de agua para pasarlo todo sin masticar. No podía ni imaginarse tener que masticar aquellos bichos. Dispuso las piedras sobre la hierba para formar un enorme SOS. Cuatro días más tarde se encontraba resfriado, al día siguiente no paraba de toser y después contrajo una pulmonía. Entonces recogió piedrecillas y escribió un mensaje con ellas sobre una piedra plana. Siguió tosiendo y tosiendo hasta que vomitó y empezó a tener una fiebre muy alta. Y entonces dejó de temblar. Y luego murió.

Lúkas se había quedado sin palabras. Fue Thórólfur el que al final habló:

—¿Cómo sabe todo eso?

—No es algo que realmente sepa —respondió Jóhanna—. No obstante, puedo imaginármelo y puedo decirle que no he dejado de pensar en él desde que vi su cuerpo en aquella caja. He sufrido mucho por él, he intentado ponerme en su lugar, he intentado convencerme de que en realidad el sufrimiento duró poco y no fue insoportable. Pero lo que han dicho ustedes aquí no es más que pura imaginación. Yo no he tenido nada que ver con que Gaston Lund se viese atrapado en aquella isla. Lo que sucedió en mi casa fue exactamente como se lo acabo de describir.

Thórólfur la miró con escepticismo.

—Bueno, pues cuéntemelo una vez más, incluyendo hasta el más mínimo detalle.

—El profesor Lund llamó a la puerta de nuestra casa y dijo a qué había venido. Lo recibí y, nada más verlo, lo reconocí. Por supuesto, él a mí no me reconoció ya que yo no era más que una niña cuando vivía con mi padre en Copenhague. Yo iba a limitarme a darle las pastillas para el mareo pero entonces vio a mi padre entrar por la puerta. Les llevó un momento decidir cómo tendrían que tomarse aquel reencuentro, pero luego se abrazaron y después todo fue como al principio, cuando se conocieron. Tenían mucho de lo que hablar y poco tiempo. Lund le dijo a mi padre que había ido a la biblioteca para intentar resolver el enigma de Flatey. Tenía respuesta para todas las preguntas, pero no podía probar la solución sin la clave. No era capaz de entender qué había que hacer con ella. Mi padre había pasado muchas horas en la biblioteca y había estudiado aquella serie de letras de la clave. Había descubierto que si las letras se colocaban en un orden concreto, formaban una frase. Si las letras de las respuestas se ordenaban siguiendo el mismo patrón, formaban los últimos versos del poema y con ello la solución al acertijo, el *Aenigma Flateyensis*. Lund estaba muy centrado en

ello y había decidido volver a la biblioteca para probar las respuestas siguiendo aquellas instrucciones. Mi padre le podía dejar la llave. Entonces vimos que ya llegaba por el norte el barco postal desde Brjánslaekur, de modo que no le quedaba mucho tiempo. No volvimos a saber de él, y supusimos que había conseguido embarcar. Yo me pasé más tarde por la biblioteca: la puerta no estaba cerrada con llave y la llave se encontraba sobre la mesa.

—Pero ¿no llegó a coger el barco del correo? —dijo Thórólfur.

—No, por lo visto no. Se marcharía corriendo a la biblioteca, se sentaría y empezaría a ordenar las letras. El barco se iría acercando cada vez más y al final ya no se habría arriesgado a seguir allí. Lo último que hizo fue anotar la clave en un papel para poder continuar más tarde. Encontramos dicho papel en su bolsillo, aun cuando iba contra las reglas del juego.

—Y según la leyenda, a riesgo de caerle la maldición encima —dijo Thórólfur.

—Eso es lo que cuenta la gente, pero yo no creo en esas cosas. Lo cierto es que me parece un juego vanidoso pero completamente inocente. Ponerse a relacionarlo con accidentes y muertes es ir demasiado lejos.

—32.<sup>a</sup> pregunta: «Augurio de un buen viaje. Cuarta letra». Los hombres del rey Magnus y del conde Erling anclaron junto a los arenales de Bröttueyri, a las afueras de Skipakrókur, y allí desembarcaron. Mas cuando el conde fue corriendo a tierra, cayó de rodillas dándose con las dos manos en el suelo. Dijo entonces: «Una caída augura un buen viaje». La respuesta es «caída», y la cuarta letra es la D...

Después del mediodía se esperaba el informe preliminar de la autopsia de Bryngeir, que había llegado en coche desde Stykkishólmur aquella mañana temprano. Habían enviado a Dagbjartur a recoger los resultados de primera mano, ya que no siempre era fácil descifrar aquellos papeles. Si algo resultaba difícil de comprender, más valía que lo pudiesen explicar in situ. A veces era posible conseguir que un forense hablase extraoficialmente sobre cosas que nunca pondría por escrito, salvo quizá después de varias semanas de investigación. No parecía haber ninguna duda sobre la causa de la muerte del periodista, pero había que constatarlo. Además, podrían salir a la luz nuevos datos, por ejemplo la fuerza corporal del agresor, si se trataba de alguien zurdo o diestro, etcétera.

Dagbjartur se encontró con el forense Magnús Hansen en la sala de autopsias. Había dos mesas de trabajo en medio de la sala y ambas estaban ocupadas por una forma humana cubierta con una sábana. A Dagbjartur le alivió ver que, al parecer, la autopsia ya había acabado. Había ido allí a menudo y la escena nunca era muy agradable. De ser posible, prefería ahorrarse el mirar los cuerpos.

—Os llueven los trabajos —dijo Magnús. Era un hombre alto de unos sesenta y tantos años, con una nariz de gran tamaño y joroba hidalga. Había algo honorable en él mientras miraba a Dagbjartur desde arriba, vestido con su bata y gorro blancos, y delantal de plástico. La mascarilla le colgaba suelta en el cuello sobre el delantal. Llevaba las gafas posadas en la parte baja de la nariz y nunca parecía mirar a través de ellas. En la mano sujetaba unos documentos escritos con letra apretada.

Dagbjartur asintió con la cabeza y dio un paso atrás. Le tenía un respeto mezclado con temor a Magnús, conocido por mofarse de los detectives a los que consideraba demasiado arrogantes.

—¿Tienes algo para nosotros? —preguntó humildemente.

Magnús lo observó por encima de las gafas, pero llegó a la conclusión de que no merecía la pena burlarse de aquella pequeña alma.

—Del primero poco hay que decir. Ha pasado demasiado tiempo como para extraer conclusiones sobre la causa de la muerte. Tenemos poco más que un esqueleto y los restos de piel en torno a las piernas, enganchados a la ropa. Algunos restos de músculo y tejido blando sobre el hueso. Salvo por los picotazos de las aves, por supuesto: en esos puntos sólo queda el hueso. De los órganos internos no hay más que algunos restos del corazón y una próstata enorme, lo que me dice poco de la muerte, aunque el hombre debía de tener dificultades urinarias. Todos los huesos están enteros, de modo que no ha sido víctima de ninguna agresión. He prestado

especial atención al cráneo, pero parece que está completamente intacto. Así que no hay nada que añadir al informe del médico del distrito, que sugiere que el hombre murió al quedarse a la intemperie. Por lo tanto, muy probablemente la causa de la muerte sea hipotermia, a no ser que existiese una enfermedad subyacente que saliera a flote al menguar su resistencia.

Magnús calló y se quedó de nuevo mirando a Dagbjartur por encima de las gafas.

—¿Y el otro? —preguntó el detective cuando le pareció que tenía que decir algo.

—El otro es una historia muy diferente —respondió Magnús a la vez que su expresión cobraba vida. Se acercó los papeles a la nariz y ahora sí miraba a través de las gafas—. Éste es un caso muy interesante —dijo—. Primero estuve estudiando las grandes lesiones que tiene el sujeto en la espalda.

Leyó entonces de los documentos:

—*Paravertebral*, contiguo a la espina dorsal por ambos lados, *bilateral*, con heridas incisocontusas que perforan el tejido subcutáneo, *subcutis*, y las costillas, *costae*, de la tercera a la undécima en el costado derecho, y de la tercera a la décima en el izquierdo, en intersección con la *columna vertebralis*.

—¿Con qué? —preguntó Dagbjartur.

—La columna vertebral.

—De acuerdo.

—Las fisuras han sido realizadas con dos potentes cortes de cuchillo en el lado izquierdo y tres en el derecho. Yo hablaría más bien de golpes que de apuñalamiento, porque hace falta mucha fuerza para poder cortar de este modo las costillas. Lo más probable es que el agresor sea diestro, y seguramente agarró el arma con ambas manos; debía de tratarse de un cuchillo muy grande y afilado, un machete o incluso un hacha. A continuación, extrajeron los pulmones a través de los cortes; en ellos hay marcadas fisuras superficiales, probablemente causadas por los bordes de las costillas. También se aprecian fisuras en las venas pulmonares, por idéntico motivo.

Magnús se quedó callado y siguió leyendo en silencio.

—¿Crees que murió en el acto? —preguntó Dagbjartur.

Magnús lo miró de nuevo por encima de las gafas.

—¿Tú qué crees?

—Es lo más probable, imagino.

—Pues sí, probablemente habría muerto en el acto de no haber llevado ya un tiempo muerto.

—¿Eh?

—Cualquiera con un mínimo de cerebro habría reparado en ello en el propio escenario del crimen, aunque supongo que no abundan los cerebros donde tú trabajas.

Dagbjartur no respondió ni una palabra. Era consciente de que Magnús ya se había puesto en aquella actitud suya y más valía pasar desapercibido.

—No hay ninguna inflamación en los bordes de las heridas. Hasta un aficionado se habría dado cuenta.

—Tienes razón —dijo Dagbjartur, aunque no estuviese de acuerdo. No estaba seguro de que alguno de sus compañeros fuese a reconocer estas señales.

—Los bordes de las heridas son de color marrón amarillento y están secos. No ha habido sangrado en el tejido adyacente. Son indicios claros de que el hombre no se encontraba con vida cuando las lesiones fueron efectuadas.

—Pero ¿cómo murió entonces? —preguntó Dagbjartur.

—He encontrado una mancha en la nuca que muestra una hemorragia en el cuero cabelludo. Todo apunta a que el hombre recibió un golpe de algún tipo en la cabeza, aunque no fue letal. Más bien debió de perder el conocimiento. Por lo que probablemente la causa de la muerte haya sido ahogamiento.

—¿Ahogamiento?

—Sí. El ahogamiento es difícil de determinar, y mucho más cuando se han manipulado los pulmones como en este caso. Pero, en cualquier caso, el cuerpo muestra todos los indicios de un ahogamiento si se saben buscar —Magnús leyó—: «Espuma en laringe, *larynx*, tráquea y bronquios, *trachea* y *bronchi*».

Dejó de leer y miró a Dagbjartur por encima de las gafas.

—De hecho, esto puede ser también indicio de insuficiencia cardíaca o de intoxicación por monóxido de carbono, así que he tenido que descartarlo mediante otros métodos. Pero después busqué otras señales de ahogamiento.

Dagbjartur asentía con la cabeza para mostrar su interés.

Magnús siguió leyendo:

—«Pulmones demasiado hinchados, *hyperinflatio pulmonum*, con hendiduras en la superficie, *indentationes*, por las costillas. Edema pulmonar, *oedema pulmonum*, y derrame pleural, *hydrothoraces bilaterales*. Líquido en las cavidades craneales y en los senos, *ethmoidal* y *sphenoidal*, y congestión sanguínea en los huesos en torno al canal auditivo». Por supuesto, no son más que indicios más o menos fiables, pero una vez tomados todos juntos en consideración, estoy bastante seguro.

Dagbjartur estaba confuso, y después de pensar un poco preguntó:

—¿Primero lo dejaron inconsciente, luego lo ahogaron y finalmente lo mutilaron?

—Eso no lo sé. He recibido el resultado de los análisis, que muestran que el hombre se encontraba en un completo estado de ebriedad. Sus niveles de etanol eran de 3,02 en sangre y 2,56 en orina. Puede haberse caído y haberse causado esta lesión en la nuca poco antes de ahogarse.

Dagbjartur siguió pensando en aquellos datos.

—¿Se ahogó en el mar? —preguntó.

Magnús pensó un momento.

—¿Sería posible?

—Sí, muy probable —respondió Dagbjartur—. Sucedió en una pequeña isla completamente rodeada de mar.

Magnús se volvió y dio dos pasos hacia una de las mesas. Levantó la sábana con cuidado descubriendo el rostro del cadáver y le indicó a Dagbjartur que se acercase. Ahora pudo ver el policía a Bryngeir por primera vez. La ceja clara era muy llamativa. El forense se inclinó y observó con atención los ojos de aquel cuerpo.

—No, dudo que se haya ahogado en el mar —dijo—. El agua salada es muy irritante para la córnea: tendría los ojos más rojos. Seguramente se ahogó en agua dulce.

Magnús volvió a cubrir el cuerpo con la sábana.

—Debería añadir que el hombre padecía una cirrosis hepática avanzada y que habría muerto en pocos años de no dejar la bebida.

—Hay algo que no entiendo —dijo Dagbjartur—. El informe de mis compañeros, que viajaron a la isla, dice que el cuerpo estaba cubierto de sangre en la escena del crimen. Pero si estaba ya muerto cuando fue mutilado, entonces no debería haber ninguna hemorragia, ¿no es cierto?

—Precisamente —dijo Magnús mostrando reconocimiento en su voz—. Todo indica que murió tumbado de espaldas e incluso con las piernas en alto. La sangre se acumuló en la espalda, de modo que luego se liberó con los cortes. Las arterias también se rasgaron, así que es de suponer que perdió mucha sangre.

—¿Se te ocurre cómo podría haberse ahogado en semejante postura? —preguntó Dagbjartur.

—No tengo ninguna explicación que pudiese escribir sobre papel con la conciencia tranquila.

—Pero ¿podrías decirme algo extraoficialmente?

Magnús miró al detective por encima de sus gafas y se quedó pensativo.

—Una vez, en una revista especializada, leí algo sobre un hombre que había asesinado a tres de sus esposas en un lapso de unos cuantos años —dijo al fin—. Las cogía a todas cuando estaban en la bañera, las agarraba por la pantorrilla y les levantaba las piernas. De este modo, la cabeza les quedaba sumergida y se ahogaban sin poder defenderse. No se encontraba lesión alguna en los cuerpos, por lo que siempre se consideraba un accidente. Aquello sucedió en tres ciudades distintas y nadie sabía una palabra de la anterior esposa cuando moría la siguiente. Al final, alguien vio la conexión entre los casos y se abrió una investigación. La policía probó aquella técnica: pidieron a una buena nadadora que se tumbara en una bañera y luego le levantaron las piernas. La mujer casi se ahoga con el experimento. No menciones que te lo he comentado yo, pero algo así podría haber sucedido: quizá dejaran al hombre tumbado con las piernas en alto durante algún tiempo. El hematoma de la nuca pudo causarlo el borde de una bañera.

—33.<sup>a</sup> pregunta: «¿Qué quebró con tanto estruendo? Primera letra». Entonces habló el conde con Finnur Eyvindarson: «Dispárale a aquel hombre en la proa». Finnur respondió: «No se puede disparar a un hombre que no está destinado a morir. No obstante, puedo romper su arco». Finnur disparó su saeta, que dio en mitad del arco de Einar cuando éste lo estaba tensando por tercera vez hasta el límite. Quebró entonces el arco con gran estruendo. Preguntó el rey Olaf: «¿Qué ha quebrado con tanto estruendo?». Einar respondió: «Noruega en vuestra propia mano, majestad». La primera letra es la N...

Thórólfur hizo una pequeña pausa en el interrogatorio cuando un tripulante del guardacostas le entregó un grueso sobre que traía consigo. Jóhanna se puso en pie y salió a tomar un poco de aire fresco; ambos policías fumaban y la atmósfera dentro del aula de la escuela estaba saturada de humo. Grímur se levantó de su asiento, salió hasta el pasillo y fue con ella. Högni se había ido a Rádagerdi a buscar a Gudjón para que le ayudase a armar el ataúd de Björn Snorri.

—Sigue lloviendo —dijo ella.

Grímur miró el cielo.

—Alguien dijo una vez: no pidas un aguacero si no soportas mojar te los pies. Los campos se estaban secando demasiado y los manantiales habían bajado de nivel.

—Todavía me queda por aprender que cada tiempo tiene su propósito —dijo Jóhanna.

Se quedaron de pie en silencio hasta que Thórólfur salió para decirle a Jóhanna que la declaración podía continuar. Ella respiró hondo y luego volvió a entrar.

Thórólfur le pidió a Grímur que fuese a buscar a Kjartan para hacer la última declaración. Luego volvió al aula y se sentó enfrente de Jóhanna.

—Acaba de llegar un mensaje de Reikiavik —dijo—. Les enviamos una lista con los nombres de todos los habitantes de la isla y los comparamos con los nombres que salieron a relucir mientras recopilaban información sobre Bryngeir en la capital, y resulta que su nombre ha vuelto a aparecer.

—No es improbable.

—¿Cuándo conoció a Bryngeir?

—Cuando estaba en mi segundo año en el instituto de bachillerato.

—¿Cómo se conocieron?

Jóhanna se quedó pensativa. Al final respondió:

—Yo había escrito un trabajo sobre el relato de Halli el Sarcástico del Libro de Flatey. A veces usaba el códice como tema escolar cuando no tenía ganas de esforzarme. Lo conocía muy bien después de haber oído a mi padre dar seminarios sobre el libro en cinco lenguas distintas, y no tardaba nada en escribir una redacción aceptable sobre el asunto. Aquel trabajo recibió una buena nota y lo publicaron en la revista del instituto. Ese invierno Bryngeir estaba preparando la selectividad y andaba muy centrado en los estudios islandeses. Por aquel entonces se dedicaba a leer la versión impresa del Libro de Flatey todas las noches, y después de ver aquel artículo pensó que tenía que conocerme. A mí no me hacía demasiada gracia la idea porque estaba prometida con Einar Fridriksson, como antes he mencionado. Einar y yo nos

habíamos conocido en Copenhague cuando yo tenía quince años y él diecisiete, nos hicimos amigos y cuando tuvimos más edad nos enamoramos. Sus padres estudiaban y trabajaban en Dinamarca. Ya les he contado cómo se mudaron de nuevo a Islandia a la vez que mi padre y yo. En aquella época, Einar cursaba el último año del bachillerato, en la misma clase que Bryngeir.

—Y ha dicho usted que murió, ¿no es cierto?

—Sí, falleció en un terrible accidente.

—¿Qué sucedió?

—Invitaron a Einar a formar parte de un club cultural estudiantil bastante peculiar que se llamaba Amigos de los Vikingos de Jomsborg o simplemente Vikingos de Jomsborg. Se trataba en cierto modo de una sociedad secreta para jóvenes esnobs y vanidosos. A los nuevos miembros de la asociación se los bautizaba conforme a un estúpido ritual, y durante la ceremonia tuvo lugar un accidente horrible y Einar murió.

—¿Qué tipo de accidente?

—La ceremonia estaba inspirada en el escenario de ejecución de los vikingos de Jomsborg después de su derrota en la batalla contra Harald, conde de Hladir. Los miembros interpretaban la escena de la saga, recitando el diálogo entre los vikingos y los soldados del conde como en una obra de teatro. El nuevo iniciado tenía que arrodillarse bajo una espada que luego descendía sobre él. Naturalmente, debía apartarse a tiempo, igual que hizo Sveinn Búason en la saga. En sí, era un juego del todo inocente aun cuando la espada fuese pesada y estuviese afilada. Sin embargo, en aquella ocasión estaban más bebidos de lo normal, algo no salió bien y la espada aterrizó en la cabeza de Einar.

—¿Quién blandía la espada?

—¿Acaso no lo sabe?

—Pues sí, pero quiero oírse lo decir a usted.

Jóhanna miró durante un buen rato al policía sin mostrar ninguna reacción y finalmente dijo:

—Fue Kjartan, el representante del gobernador de Patreksfjörður.

Thórólfur esbozó una leve sonrisa.

—Sí, fue Kjartan y por ello fue condenado por homicidio y pasó unos cuantos años en la cárcel. Debe de haber sido un duro trago para usted encontrárselo aquí. Al hombre que mató a su prometido, ¿no?

Jóhanna permaneció un tiempo callada.

—Sí, fue difícil pero no en el modo en que se lo imagina —dijo al final.

—¿Y en qué modo, entonces?

—Es una larga historia.

—Me encantan las historias largas.

—Está bien. Tendrá una historia larga. A mí me afectó mucho la muerte de Einar. Era un buen muchacho y tenía mucho talento, y no lo digo sólo porque fuese un amor de juventud. Ahora soy adulta y aún recuerdo el tiempo que pasamos juntos y nuestras conversaciones hasta el amanecer. No ha habido un solo día que no lo haya echado de menos desde que lo perdí.

Jóhanna volvió a quedarse otro largo rato en silencio y no retomó su relato hasta que Thórólfur le hizo una seña con la cabeza.

—Bueno, hubo un funeral y la investigación policial y al final el juicio y Kjartan fue sentenciado. Yo hallé una cierta liberación en odiarlo y me alegré cuando lo condenaron a prisión. Durante aquellos meses, los estudios por supuesto no me decían mucho, aunque me arrastré a clase como pude la mayor parte de los días. Fue Bryngeir quien se ocupó de consolarme. Cuando lo conocí, me pareció más considerado de lo que me esperaba, y yo me sentía vulnerable ante cualquiera que se preocupase de verdad por mí. No podía encontrar mucho apoyo en mi padre por aquella época. El único trabajo que había conseguido era como profesor en un instituto técnico, lo que obviamente echaba por la borda toda su carrera y su talento. Así que cayó en una depresión y además empezó a beber mucho. Bryngeir hizo la selectividad y comenzó la carrera de Literatura en otoño. Yo seguía en el instituto y aquel mismo invierno nos hicimos pareja. Alquilamos un pequeño sótano en el barrio de Melar y nos fuimos a vivir juntos. Duramos cuatro años y la relación casi acaba conmigo antes de terminar.

—¿Y eso? —preguntó Thórólfur.

—En cuanto me mudé con Bryngeir, comenzó a controlar mi vida a cada instante del día. Yo tenía que estar en la escuela en el horario de clase y centrarme exclusivamente en los estudios y en las tareas del hogar, cuando no me necesitaba para el sexo o alguna otra cosa que se le ocurriese. No podía quedar con nadie, a no ser que él también estuviese presente. No podía tener opiniones, a no ser que él estuviese de acuerdo con ellas. No podía tomar ninguna decisión sobre nada en lo tocante a mi vida sin que él tuviera la última palabra al respecto. Cuando acabé la selectividad, decidió que debía estudiar Medicina porque se me daban bien los estudios y si me convertía en neurocirujana tendríamos una buena fuente de ingresos. Nunca me puso la mano encima, pero podía manejar me con las palabras igual que un músico a su instrumento. Con un par de frases era capaz de hacer que me sintiese como si yo fuera lo mejor que le había sucedido nunca, y luego, con unas pocas palabras más, podía hundirme en la miseria. Al final esto último se convirtió en una regla, porque bebía mucho, casi nos arruina y me culpaba de todo lo que sucedía. De repente, una de las cuerdas del instrumento se rompió y me dio un ataque de nervios en medio de una clase en el segundo año de Medicina. Me llevaron a un hospital y me internaron en atención psiquiátrica. Un psicólogo inusualmente intuitivo se dio

cuenta de la situación desde la primera consulta y me hizo entender que aquella relación podía costarme la vida. Me fui directa del hospital a casa de mi padre. Él despertó de su autocompasión y empezó a ocuparse de mí. Bryngeir intentó que volviese con él de todos los modos posibles, pero yo ya había recobrado la sensatez tras cuatro años de inconsciencia. Al final, después de varias semanas, se resignó a que nuestra relación hubiera acabado y me dejó pasar por casa a recoger mi ropa y los libros de texto. Por supuesto, le tenía algo de miedo porque me había amenazado con todo tipo de cosas horribles, aunque estaba segura de que no me pondría la mano encima y pensaba que la terapia con el psicólogo ya me había inmunizado contra sus palabras y no podría hacerme daño. Fui sola a encontrarme con él. Craso error.

Jóhanna tomó el vaso de agua, se lo llevó a los labios y lo mantuvo ante su boca un buen rato sin beber. Finalmente, dio un pequeño sorbo y volvió a apartar el vaso.

—Ya había recogido mis cosas en una maleta y estaba a punto de salir cuando Bryngeir me pidió que me quedase un momento a hablar con él. Dijo que era algo que quería haberme dicho la primera vez que me vio. Había leído mi redacción sobre el relato de Halli el Sarcástico en la revista de la escuela, como he contado antes, y en cierto modo le había resultado sexualmente excitante que una muchacha de dieciocho años escribiese un texto como aquél. Me había buscado en la escuela, y en cuanto me vio decidió que tenía que ser suya. El hecho de que yo tuviese novio resultaba un impedimento para sus planes, aunque encontró una solución. Se ocupó de que invitasen a Einar a formar parte de los Vikingos de Jomsborg, y el día en que se realizó el ritual de iniciación, él llevó una cantidad exagerada de alcohol, así que los chicos iban ya borrachos como cubas cuando a Einar le llegó el turno de postrarse bajo la espada. Bryngeir esperó detrás de él, y cuando Einar iba a apartarse del golpe de Kjartan tal y como era costumbre, Bryngeir le dio un rodillazo y volvió a lanzarlo bajo la espada. Einar murió al instante y el resto fue un juego de niños, porque mi novio ya no se interponía entre nosotros. Esto era lo que Bryngeir quería contarme cuando nos separamos, sólo por el placer de hacerlo, y aunque yo iba preparada para cualquier cosa, aquello no pude soportarlo. Intenté acudir a la policía pero sin duda consideraron que estaba histérica y Bryngeir los convenció de que yo intentaba vengarme porque él había roto nuestra relación. Era mi palabra contra la suya, y él siempre fue muy persuasivo en su trato con la gente. Probablemente debería considerarme afortunada por que no me denunciase y me condenasen por perjurio. No soy capaz de describir con palabras cómo me sentí después de aquello. Cada uno de los recuerdos de aquellos cuatro años de relación había sido igual que una violación espantosa. Volví a acudir al psicólogo, y él, tras una terapia de varios años, consiguió enseñarme a superar aquella tortura. Obviamente, el dolor sigue ahí, pero ya no dejo que tome el control de mi vida y me la arruine.

Jóhanna permaneció en silencio un momento, se tomó un trago de agua y

continuó hablando sin mirar a los policías:

—Lo raro es que continué estudiando Medicina. De hecho, Bryngeir andaba en lo cierto en una cosa: yo tenía facilidad para aprender esta disciplina y el único modo que encontré para ponerle riendas a mis pensamientos fue enfrascarme de lleno en mis estudios. No obstante, no continué estudiando neurocirugía, sino psiquiatría.

Jóhanna volvió a callar y se inclinó sobre la mesa. Finalmente, retomó su discurso.

—Algunos años después de poner punto final a mi relación con Bryngeir, mi padre solicitó trabajo en la Universidad Nacional de Islandia. Ya habían decidido que iba a recibir el puesto y se lo habían comunicado cuando aquel demonio vio un punto débil. Bryngeir había dejado pronto la carrera universitaria y había empezado a ganarse el pan con algún tipo de periodismo. Obviamente, yo le había contado todo sobre mi padre cuando vivíamos juntos, así que él escribió un artículo muy retorcido sobre la repentina salida de mi padre del Instituto Arnarnagnaeano. No se consideraba muy aceptable que un viejo simpatizante de los nazis impartiese clases en la universidad, así que la oferta de aquel puesto le fue retirada. Con ello, mi padre vio que se le escapaba de las manos la última oportunidad de su vida, se pasó medio año bebiendo sin descanso y al final terminó en un asilo para enfermos psiquiátricos crónicos.

Jóhanna dio a entender que su historia había terminado.

—¿Y qué hace una psiquiatra trabajando como médico de un distrito rural? —preguntó Lúkas.

—Cuando acabé el posgrado, mi padre ya había desarrollado un cáncer incurable. Yo quería ocuparme de él, pero a la vez tenía que trabajar para poder comer, así que decidí solicitar el primer distrito rural que quedase libre. Por casualidad, resultó ser aquí en Flatey, lo que encajaba a la perfección. Nunca antes había venido a este lugar, ni había pensado que en cierto modo mi vida estaba unida a él a través del Libro de Flatey. Nos hemos sentido bien aquí. Soy buena en mi trabajo y le he administrado a mi padre la medicación que le mantenía en un equilibrio mental razonable. A medida que el cáncer fue avanzando, comenzó a necesitar también tratamientos paliativos. Al final recibió la muerte sin rencor.

—¿Cómo reaccionó usted al encontrar a Bryngeir aquí?

—No me lo encontré y no tenía la menor idea de que estaba aquí hasta que el alcalde Grímur me pidió que fuese al cementerio a examinar el cadáver. Me sorprendió un poco.

—¿Le sorprendió un poco?

—Sí. A Bryngeir siempre le había fascinado esa costumbre ancestral de cortar águilas de sangre en la espalda de los enemigos. Me pareció una extraña coincidencia encontrármelo en esas mismas circunstancias.

—¿Está familiarizada con este tipo de mutilación?

—Nunca antes lo había visto con mis propios ojos, pero las descripciones del Libro de Flatey se me habían quedado bien grabadas en la memoria. Era evidente lo que habían hecho.

—Un testigo afirma que Bryngeir tenía pensado ir a visitarla la tarde en que fue asesinado.

—No lo hizo. En realidad, yo no estaba en casa, así que no sé si intentó entrar.

—¿Dónde se encontraba esa noche?

—Salí a dar un paseo y fui a leer a la biblioteca.

—¿Estaba con alguien?

—Kjartan se pasó por allí.

—¿Cuánto tiempo permanecieron en la biblioteca?

—Bastante. De hecho, hasta después de que amaneciera.

—¿Tanto tiempo? ¿Qué estuvieron haciendo?

—Le estuve hablando a Kjartan del Libro de Flatey.

Grímur asomó la cabeza dentro del aula.

—Disculpe, Thórólfur. No encuentro al representante del gobernador.

—¿Que no encuentra al representante del gobernador? —Thórólfur sonaba enfadado.

—No, es como si se hubiese desvanecido —dijo Grímur desconcertado—. He pasado por casi todas las casas y he enviado el recado a las otras.

—¿Ha ido a la casa del médico? —preguntó Thórólfur.

—Sí, pero no había nadie.

Thórólfur se giró hacia Jóhanna.

—¿Sabe algo de Kjartan?

—Sí, me visitó esta mañana y yo le propuse que se diese un baño caliente. Hay una bañera en la casa, la única en la isla. Se relajó un rato. Los acontecimientos de los últimos días han sido un poco difíciles de asimilar para él y ha tenido problemas de sueño. Consiguió dormir, y estaba dormido cuando Högni vino a buscarme antes. Yo preferí dejarlo descansando. Quizá se haya despertado y haya ido a alguna parte.

Thórólfur la miró desconfiado.

—Espero que no le haya hecho nada.

Ella se levantó repentinamente.

—¿Ha de continuar tratándome así? ¿Acaso piensa que lo he atado a algún poste y le he arrancado las entrañas o algo parecido?

Salió apresurada por la puerta.

Thórólfur le indicó a Lúkas que fuese tras ella y luego miró a Grímur.

—¿Qué ha querido decir con eso?

Grímur se encogió de hombros.

—Podría estar refiriéndose al asesinato de Ásbjörn el Magnífico.

—¿El asesinato de quién?

—Está en el Libro de Flatey.

—¿Otra vez ese condenado libro? Descríbame ese asesinato.

Grímur se lo pensó.

—No es que me sepa todo el libro de memoria como mi colega Sigurbjörn de Svalbardi, pero lo intentaré, no hace mucho que le eché un vistazo al texto. Ásbjörn Virfilsson el Magnífico acabó en las garras del gigante Brúsi. Éste le abrió las entrañas a Ásbjörn, le agarró las tripas y las ató a un poste de acero. Luego hizo girar a Ásbjörn alrededor del poste hasta el final de sus tripas. Mientras lo hacía, Ásbjörn iba recitando gran cantidad de poemas y bien largos. Al final perdió la vida con mucho coraje y mucha valentía. Luego Orm Stórolfsson mató al gigante Brúsi y le marcó un águila de sangre en la espalda, pero toda esa parte ya la sabes.

Grímur terminó su relato y se volvió a encoger de hombros.

Thórólfur sacudió la cabeza.

—Tan sólo espero que el representante del gobernador todavía conserve las tripas dentro.

—34.<sup>a</sup> pregunta: «Tal precio pone el rey a su hacha. Tercera letra». El rey tenía un hacha en la mano, toda ella decorada con oro, y el mango estaba revestido de plata y la parte superior del mango, decorada con una cenefa grande de plata y una piedra preciosa engastada. Halli el Sarcástico no dejaba de mirarla. El rey se percató de ello enseguida y le preguntó si le gustaba. Él le respondió que así era. «¿Has visto algún hacha mejor?». «No lo creo», respondió Halli. «¿Aceptarías que te sodomizaran a cambio de esta hacha?», preguntó el rey. «No», respondió Halli, «pero puedo entender que queráis vender del mismo modo en que comprasteis». «Así será, Halli», dijo el rey, «tómala y dale el mejor de los usos, a mí me fue regalada, así que del mismo modo la entrego». Halli se lo agradeció al rey. La respuesta es «sodomía» y la tercera letra es la D...

A las cuatro en punto de la tarde, Gudjón y Högni terminaron de armar el ataúd de Björn Snorri Thorvald. Estaba sobre dos caballetes en el pequeño taller de la parte de atrás de Rádagerdi, esperando a que lo llevaran a la casa del médico. Los dos carpinteros se quedaron mirando el objeto mientras se sacudían el serrín y las virutas. Högni dio un tiro al rapé y Gudjón se fumó un cigarrillo. El ataúd era de elaboración sencilla, hecho con tablas de pino lijadas sin pintar, con una cruz de latón en la tapa, justo como lo había pedido el fallecido. Había acordado el encargo con Gudjón muchos meses antes. De hecho, Björn Snorri quería que el carpintero se pusiese manos a la obra de inmediato, aunque Gudjón no quiso ni oír hablar de aquello. Era capaz de realizar unos ataúdes bastante buenos para sus paisanos si era necesario, pero se negaba a empezar a fabricarlos antes de que el interesado estuviese definitivamente muerto. Cualquier otra cosa habría sido inapropiada e irrespetuosa para con el Todopoderoso.

Aún seguía lloviendo, pero el aire estaba calmo y no hacía frío cuando Thormódur el Corneja llegó vestido con su ropa de gala y cargaron el féretro en el carro. Luego atravesaron la isla tirando de él.

El inspector Lúkas y un miembro de la guardia costera estaban fuera de la residencia del médico.

—Seguro que tienen a Jóhanna bajo arresto domiciliario —susurró Högni, apenado.

Entraron con el ataúd en la casa y lo llevaron a la sala en la que yacía Björn Snorri en la cama de hospital, recién lavado y vestido con una túnica blanca. Tenía una cinta de lienzo blanco atada en la cabeza para que la mandíbula se mantuviese en su lugar y no abriese la boca. Junto a la cama, tres velas encendidas. Jóhanna Thorvald y el reverendo Hannes estaban en la sala y los recibieron.

Colocaron el ataúd en el suelo junto al cuerpo y Jóhanna depositó en su interior un edredón blanco y un cojín para la cabeza. Los tres hombres trabajaron a una para levantar aquel cuerpo marchito y depositarlo en el féretro.

El reverendo Hannes dio un paso adelante y pronunció unas palabras de despedida, a continuación rezaron el padrenuestro y cantaron un salmo breve. Finalmente, todos ellos hicieron la señal de la cruz sobre el cuerpo, lo cubrieron con el edredón y por último colocaron la tapa. Gudjón cogió el martillo y fijó la tapa a conciencia con unos pocos clavos.

Entre Högni y Gudjón sacaron el ataúd de la casa y lo depositaron en el carro. Thormódur el Corneja levantó el mango del carro y se puso en marcha. Jóhanna y el

reverendo Hannes caminaron tras él, seguidos por Högni y Gudjón, y por último, y a una distancia considerable, el inspector Lúkas y su ayudante del guardacostas.

Mientras avanzaban, Högni se puso a pensar en el difunto. Su hija y él habían vivido en aquella casa los últimos dos años. El verano anterior, Björn Snorri se encontraba lo bastante bien como para caminar, se daba algún paseo por la isla y charlaba con la gente. Todos sabían que había venido a Flatey a morir, por lo que los isleños, de alguna manera, se sentían tímidos con él. Pero saltaba a la vista que aquel hombre era muy inteligente y educado. Y que todavía conservaba las ansias por aprender. Hacía muchas preguntas a unos y a otros sobre sus trabajos y sus quehaceres y lo anotaba todo en un pequeño libro que tenía. Pero sus días de paseo eran cada vez menos y al final no podía salir de casa y tuvo que quedarse postrado en la cama de hospital. Entonces los habitantes de Flatey comenzaron a ir de visita a casa del médico para contarle historias. Por lo general eran relatos de naufragios y accidentes que habían sucedido décadas o siglos antes y que la gente había preservado en su memoria. Björn Snorri escuchaba todo ello con una sonrisa en los labios y con gratitud en los ojos. Y ahora a Högni le había dado por preguntarse si todas aquellas historias no las habría recogido por escrito en alguna parte. Tal vez algunos de aquellos hechos se mencionaran en los anales, pero no era seguro que los relatos que habían pasado oralmente de generación en generación se conservaran por escrito. Tal vez todo aquel conocimiento incalculable se estuviese perdiendo con cada habitante que fallecía en las islas. Incluido el propio Björn Snorri. Sin duda había escrito numerosísimos artículos sobre sus estudios, pero ¿no es cierto que el grueso del conocimiento no queda jamás registrado? ¿O acaso los muertos no desaparecen del todo sino que sólo nos llevan algo de ventaja? ¿No tendría también él la posibilidad de aprender algo de Björn Snorri en algún otro lugar?

Llegaron a la iglesia y Högni y Gudjón sacaron el ataúd del carro mientras Thormódur el Corneja abría las puertas. Lo llevaron adentro y lo posaron sobre los caballetes en medio de la estancia. Luego volvieron a salir.

Jóhanna se despidió y regresó a casa con Lúkas y su compañero, mientras los demás se quedaban de pie junto a la iglesia disfrutando del buen tiempo y del paisaje.

—¿Me falla la vista o hay alguien haciendo aspavientos en los islotes de Kerlingarhólmur? —dijo Thormódur el Corneja mientras miraba hacia el sur, escrutando el canal en la distancia ahora que había marea alta. Högni miró hacia donde le señalaba el sacristán y vio a un hombre en la orilla agitando ambos brazos.

—¿No será el representante del gobernador que se ha quedado atrapado en el escollo por la marea? —dijo Högni—. Antes lo andaban buscando.

Gudjón sonrió ampliamente.

—No es mucho más espabilado que las ovejas de la orilla. ¿Qué se le habrá perdido allí?

—Tengo que ir a buscarlo —dijo Högni—. La chalana vieja de Sigurbjörn está aquí en la rada. Ayudadme a echarla al mar.

—35.<sup>a</sup> pregunta: *«Un filete menor que el rey. Segunda letra». Áli Hallvardsson iba ataviado igual que el rey. Entró a caballo en la arboleda llevando consigo pocos hombres. Los granjeros llegaron apresurados y lo mataron. Le quitaron las armas y proclamaron a grandes voces que el rey había caído. Mas cuando el rey lo escuchó, hizo que sonasen los cuernos de batalla y se lanzó a la carga con dureza y coraje. Se encontraron entonces los granjeros con que tenían en su espetón un filete menor del que se había llevado el rey. La respuesta es «Áli» y la segunda letra es la L...*

Högni, Gudjón y Thormódur el Corneja encontraron una pequeña chalana tendida boca abajo sobre un borde de hierba por encima de la playa al sur de la iglesia. Le dieron la vuelta a la barca con cuidado, colocándola sobre la quilla, y pudieron ver que habían dejado dos remos debajo. Los hombres agarraron la barca, la empujaron con suavidad hasta el mar y la pusieron a flote. Högni se subió a bordo con los remos y se cercioró de que la barca no hacía aguas. Luego remó con energía atravesando el canal mientras sus compañeros permanecían en la orilla.

Cuando Högni llegó finalmente remando, se encontró con un joven de aspecto avergonzado de pie sobre una piedra al borde del agua. Kjartan saltó a la barca en cuanto Högni estuvo a su altura, e inmediatamente viraron para regresar.

—Muchas gracias por venir a buscarme. He tenido mucha suerte de que te dices cuenta de que estaba aquí —dijo Kjartan.

—Seguramente habrías sobrevivido de todos modos —respondió Högni sin poder esconder una sonrisa—. Pronto empezará a bajar la marea y habrías podido volver por el mismo camino por el que viniste.

—También tienes razón. Me asusté un poco cuando me di cuenta de que la marea había cubierto la orilla. El canal estaba prácticamente seco cuando pasé por allí. Sólo iba a echarles un vistazo a los pájaros. Cuando me disponía a volver, había subido la marea y no me atreví a vadearlo. No sabía si sería demasiado profundo.

—Has hecho bien en esperar —respondió Högni—. Hay zonas arenosas y un desnivel por el camino.

—Espero que la gente no se haya empezado a preocupar por mí.

—Los policías han estado preguntando por ti. Seguro que se van a poner contentos de volver a verte.

—36.<sup>a</sup> pregunta: «El pie más feo. Quinta letra». Thórarinn Neffjúlffsson se hallaba en Túnsberg, hospedado con el rey Olaf. Sucedió una mañana temprano que el rey yacía despierto mientras el resto dormía y brillaba el sol, de modo que dentro había mucha luz. Uno de los pies de Thórarinn asomaba por debajo de la ropa de cama. El rey miró aquel pie por un momento y dijo: «He visto algo verdaderamente digno de ver: el pie de este hombre tiene que ser el más feo de toda la villa». Thórarinn respondió: «Dispuesto estoy a apostar con vos a que encuentro otro pie aún más feo», y replicó el rey: «Aquel de nosotros que esté en lo cierto podrá hacerle una petición al otro». «Que así sea», dijo Thórarinn. Destapó entonces el otro pie, que no era para nada más hermoso que el

*anterior, y le faltaba el dedo más pequeño. «Y ahora he ganado la apuesta», dijo Thórarinn. El rey dijo: «El otro pie es más feo, pues tiene cinco horribles dedos, mientras que éste tiene tan sólo cuatro, de modo que soy yo quien puede pedirte lo que desee». La respuesta es «Thórarinn» y la quinta letra es la A...*

El alcalde Grímur y el detective Thórólfur estaban solos en la escuela cuando Kjartan llegó sin aliento después de haber ido corriendo. Högni llegó justo después.

—Disculpen —dijo Kjartan—. Creo que me han estado buscando.

Grímur parecía feliz de verlo de una sola pieza, aunque Thórólfur tenía un aspecto grave.

—Högni ha prometido suspender la búsqueda —continuó Kjartan.

—¿Dónde ha estado metido todo el día? —preguntó Thórólfur.

—Cuando salí de aquí fui a buscar mi bolsa y me dirigí a la otra punta de la isla, a casa de la doctora Jóhanna —respondió Kjartan—. Me había ofrecido que me diese un baño en la casa. Después del baño me eché una pequeña siesta y sin duda me quedé dormido como un tronco, porque ella se había marchado cuando desperté. No me resultaba agradable permanecer en una casa sin nadie más que el cadáver de un anciano. Salí y estuve paseando por la costa sur para mirar los pájaros y pensar. Me alejé mucho por los escollos y no reparé en que subía la marea.

Thórólfur negó con la cabeza con aire escéptico.

—¿Qué era lo que tenía tanta necesidad de pensar? —preguntó.

—Tenía que orientarme un poco.

—¿Ha perdido el rumbo últimamente?

—No, pero han sucedido muchas cosas durante los últimos días y no estoy acostumbrado a enfrentarme a semejante presión. Por lo general intento evitar cualquier tipo de situación que pueda superarme anímicamente. No se necesita mucho para hacerme perder el equilibrio y luego acabo deprimiéndome.

Thórólfur esperó un momento antes de preguntar:

—¿Hay algo en especial que quiera decirme antes de que comience con la primera pregunta de la declaración?

—¿Algo en especial?

—Sí. ¿Algo que considere que podría explicar este asunto?

—No. No lo creo.

—Bien. Hemos sido informados de que usted conocía al difunto Bryngeir y de que, además, ha estado en prisión por homicidio.

Kjartan miró a Grímur como pidiéndole disculpas antes de responder.

—Sí, ambas cosas son ciertas. Conocía a Bryngeir y he estado en prisión. No obstante, sostengo que aquella muerte fue un accidente.

—Bryngeir también está conectado con ese homicidio involuntario —dijo Thórólfur.

—Sí.

—Cuéntemelo.

—¿Quiere oír la historia desde el principio?

—Sí.

—Es una historia larga.

—Ya he escuchado muchas historias largas hoy, así que una más no va a marcar la diferencia.

Kjartan se soltó el cuello de la camisa.

—Muy bien. La historia comienza cuando yo estaba estudiando el último curso en el instituto de bachillerato y formaba parte de una asociación llamada Amigos de los Vikingos de Jomsborg, o simplemente los Vikingos de Jomsborg.

—¿Amigos de los Vikingos de Jomsborg? ¿Eso qué significa? —preguntó Thórólfur.

—Los Vikingos de Jomsborg eran un grupo de jóvenes guerreros mercenarios que tenían su base en la antigua ciudad de Jomsborg, a finales del siglo x. Su historia acabó cuando cayeron derrotados en la batalla contra Haakon, conde de Hladir, en Noruega.

—Hábleme más de esa asociación.

—Sus miembros eran una treintena de chicos en su último año de instituto o en los dos primeros de universidad. Un buen número de jóvenes alegres e inteligentes, la mayoría de ellos de familias adineradas. Yo era la excepción: no tenía dinero y era apocado.

—¿Cuál era el propósito de esa asociación?

—Oficialmente se trataba de un círculo de lectores o un club cultural, aunque a la vez era también, más o menos, una sociedad secreta. Llevaba en marcha algunas décadas. Los nuevos miembros se seleccionaban entre los alumnos de los últimos años de bachillerato, y por lo general no abandonaban la asociación hasta haber avanzado un buen trecho en su carrera universitaria. Así que había una renovación constante. Cuando yo entré había reuniones una vez al mes, solían arreglárselas para conseguir una pequeña sala en algún local de la empresa del padre de alguno de los miembros. Para divertirnos, leíamos versos con doble sentido y subidos de tono y alguna otra cosa por el estilo que encontrábamos o que componíamos nosotros mismos. De tanto en tanto se invitaba a algún escritor prometedor para que recitase algo o presentase alguna ponencia. También se hacían debates y en ocasiones algún concierto e incluso alguna obra de teatro. Era cultura ligera y esnob. Todo aquello iba acompañado de una cantidad considerable de bebida y a veces las reuniones degeneraban en una auténtica borrachera hasta llegar la noche.

—¿Qué le llevó a formar parte de esa asociación?

—La vanidad.

—¿Y eso?

—Yo había leído muchas obras de autores foráneos. Un pariente mío, que era marinero, solía traerme muchos libros del extranjero, que yo luego traducía por encima para las reuniones. Así podía contribuir con buen material para las lecturas. Para mí fue como un ascenso cuando me invitaron a entrar, y tampoco le hacía ascos a unas copas.

—¿Qué fue entonces lo que sucedió?

—Cuando algún miembro nuevo ingresaba en la sociedad tenía que arrodillarse bajo la espada, tal y como solían llamarlo. La asociación tenía una espada al estilo de las armas de nuestros ancestros. Una buena copia que habían ordenado hacer a un herrero muchas décadas atrás. Era muy pesada y tenía un buen filo. Uno de los miembros sujetaba la espada en alto sobre una viga de madera, y el nuevo miembro se arrodillaba debajo, luego leían el fragmento correspondiente de la Saga de los Vikingos de Jomsborg, y en el lugar preciso de la historia había que dejar caer la espada. El texto que se recitaba al final era más o menos así: «Un hombre del rey le coge del pelo, lo retuerce y sujeta la cabeza de Sveinn contra el tocón con ambas manos, mientras Thorkell se dispone a descargar la espada y golpea fulminante». Al leer «golpea fulminante» era cuando tenía que caer el mandoble. De todos modos, el nuevo siempre podía ver la silueta del verdugo, así que podía retirar la cabeza a tiempo. Cuanto más aguantase la cabeza sobre la madera, más valiente se suponía que eras. Entonces todos vociferaban: «¿Quién ha puesto sus manos sobre mi cabello?», y con esto se consideraba que el nuevo miembro ya había sido iniciado.

—¿Por qué era usted quien sujetaba la espada aquella vez?

—Era una cierta honra. Hasta que no llevabas una buena temporada en la asociación y te habías hecho un sitio, no podías blandir la espada y ascender a otro nivel. Bryngeir sugirió que fuese yo quien ocupase el puesto aquella noche.

—¿Y hubo un accidente?

—Sí, hubo un accidente, o al menos pareció un accidente. Cuando sonaron las palabras clave dejé caer la espada y pude ver de soslayo que Einar retiraba la cabeza. Pero luego fue como si se hubiese dado contra una pared, porque volvió a meterse de nuevo bajo el golpe justo cuando caía la espada. Le dio en la nuca y murió al instante.

—Debió de ser muy impactante para usted.

—Sí, por supuesto, fue horrible. Cuando la espada dio contra el obstáculo, parecía algo duro, justo como imaginas que sería la viga, pero luego cedió como si hubiese topado con algo peculiarmente blando. Cuando me percaté de lo que había sucedido, me desmayé y me golpeé la cabeza con la esquina de la mesa.

Kjartan alzó la mano y se tocó la cicatriz de la frente.

—Entonces ¿fue un accidente, o qué?

—Claro, desde luego, un terrible accidente, pero luego alguien dijo que yo había

dejado caer la espada demasiado pronto. Y en vez de respaldarme en la investigación policial, mis compañeros testificaron que yo había lanzado el golpe más rápido y más fuerte de lo acostumbrado. Dijeron que por lo general aquello no era más que un juego inocente y que no suponía ningún peligro.

—¿Y eso era cierto?

—No, era parte del ritual que la espada se quedase bien clavada en la viga después del golpe.

—Según la información que me han dado, usted culpó más tarde a Bryngeir del accidente.

—Sí. Unos días después, cuando la angustia empezó a mitigarse, pude recordar mejor aquellos momentos. Estoy seguro de que Bryngeir estaba detrás de Einar y que lo volvió a empujar bajo el golpe.

—¿Y le creyeron?

—No, y alguien llegó a decir incluso que Bryngeir ni siquiera había estado en la sala. Aquello fue usado en mi contra como agravante cuando el juez dictó sentencia. Adujeron que yo había presentado falsas acusaciones. Pasé en la cárcel cinco años, como bien sabe.

Thórólfur asintió.

—¡Y luego se viene hasta aquí y se pone a hacer el trabajo de la policía!

Kjartan negó con la cabeza:

—Eso nunca fue idea mía. Yo esperaba otro tipo de tareas cuando me dieron este trabajo de verano.

—¿Cómo reaccionó usted al encontrarse aquí con Bryngeir?

—Yo no sabía quién era el periodista hasta que vi el cadáver en el cementerio. Para mí fue un *shock* terrible.

—¿Qué estuvo haciendo la noche del domingo?

—Salí a dar un paseo por la isla y en el camino de vuelta pasé por la biblioteca. La doctora Jóhanna estaba allí.

—¿Y sabía usted que ella era la novia del difunto Einar?

—No lo sabía entonces, pero ahora lo sé.

—¿Cuándo lo descubrió?

—Me lo dijo aquella noche después de una larga conversación.

—¿Le dijo también que Bryngeir le había confesado que había sido él el causante de la muerte de Einar?

—Sí.

—¿Cómo se sintió?

—Me alegró mucho oírlo.

—¿Y eso?

—Sí. Aunque yo estuviese convencido de que el accidente no había sido culpa

mía, fue un alivio poder corroborarlo. Aunque no es que pueda borrar de un plumazo el infierno que he vivido todos estos años.

—¿A lo mejor quería usted vengarse de Bryngeir?

—He estado luchando por encontrar la paz conmigo mismo y comenzar una nueva vida. Se supone que Bryngeir ni siquiera entraba en el cuadro.

—Pero sí que entró.

—Sí. Fue como un fantasma resucitado del pasado allí en el cementerio. Creo que sufrí un ataque de nervios después de haberlo visto ahí ayer por la mañana.

—¿Se siente mejor hoy?

—Sí. Ayer por la tarde fui a casa de Jóhanna y le pedí que me ayudase. Me dio unos tranquilizantes y he conseguido recuperarme.

—Qué útil que hubiese un psiquiatra en la isla al que acudir —Lúkas acababa de llegar y ahora se incorporaba al interrogatorio—. Pero todas estas coincidencias me resultan un poco extrañas —continuó—. Un gacetillero borracho y con mala reputación llega desde Reikiavik y en poco más de veinticuatro horas ha recorrido la isla, montando jaleo y ofendiendo a diestro y siniestro. Pero vosotros, la parejita, ¿no teníais ni la más pajolera idea de que andaba por aquí! ¿No resulta un poco difícil de creer?

—Yo sabía que había llegado un periodista, pero no sabía quién era. Después de darle muchas vueltas, creo que él estaba intentando evitarme y de hecho también a Jóhanna. Tal vez no sea tan raro.

—Sí, por supuesto que lo intentó, pero luego resulta que decidió hacerle una visita a ella la noche del domingo —dijo Lúkas.

Un tripulante del guardacostas asomó la cabeza por la puerta y le entregó a Thórólfur un sobre.

—Los dos estábamos en la biblioteca aquella noche. Se encontró con las puertas cerradas —respondió Kjartan.

—Pero ¿y si os hubiese encontrado a los dos juntos? No habría habido ningún otro testigo del encuentro y tú tenías una navaja recién comprada a mano. ¿No habría sido tentador ajustar las cuentas con aquel tipejo?

Kjartan se sobresaltó y se llevó la mano al bolsillo del pantalón.

—Compraste una navaja en la tienda, ¿no es cierto?

—Pues sí, pero creo que la he perdido. Tengo un agujero en el bolsillo.

—Bueno. Pues yo creo que la historia fue así. Bryngeir fue a hacerle una visita a Jóhanna. Se encontró con que la casa del médico no estaba cerrada y, como nadie respondía, entró a echar un vistazo. Jóhanna estaba de cháchara contigo en la biblioteca. Bryngeir, naturalmente, como el granuja que era, aprovechó la ocasión para husmear en los cajones de la doctora sin importarle que hubiese un cadáver en la casa, y mira por dónde, fue a dar con los papeles del profesor Gaston Lund que

Jóhanna había guardado el pasado otoño, después de llevar al hombre narcotizado hasta Ketilsey. Por lo que cuentan los testigos, al parecer algo puso a Bryngeir sobre la pista del caso Lund. Bueno. En cualquier caso, luego Bryngeir vuelve y decide atajar por el cementerio, ¿y a quien debió de encontrarse a mitad de camino? A la parejita. Y tú todavía no habías perdido la navaja, ¿verdad que no? Así que después de darle las buenas noches, tirasteis al desgraciado al suelo y lo agarrasteis con el rostro contra la hierba para ahogar los gritos cuando le abriste la espalda y le sacaste los pulmones por la herida. ¿O acaso fue la doctora quien se puso manos a la obra? En cualquier caso, cuando aquello estuvo acabado, lo colocasteis sobre una lápida y volvisteis a casa para celebrar un trabajo bien hecho. Simplemente, no tuvisteis la precaución de mirar en sus bolsillos, por lo que no encontrasteis los papeles que había robado poco antes.

Kjartan no respondió nada, pero metió la mano en el bolsillo y sacó un bote de cristal con píldoras.

—¿Qué es eso?

—Son las pastillas que me ha dado Jóhanna. Creo que necesito una. Esas acusaciones son escandalosas.

Thórólfur le cogió el frasco, leyó la etiqueta y lo guardó en su bolsillo.

—Vamos a esperar un poco. La hipótesis de mi colega resulta bastante probable, aunque de todos modos hay que añadir algo. Acabo de recibir un informe preliminar de la autopsia que afirma que Bryngeir murió ahogado y que posiblemente llevase mucho tiempo muerto cuando fue mutilado.

Ahora era Lúkas el que estaba sorprendido.

—¿Ahogado en el mar? —preguntó.

—No, en agua dulce —respondió Thórólfur.

—¿En agua dulce? ¿Hay algún estanque o algún riachuelo en la isla? —Lúkas miró al alcalde Grímur.

—No. Sólo el pantano de Skansmýri, y andaba bajo mínimos después de la racha de buen tiempo —respondió Grímur.

Thórólfur volvió a leer el informe y luego miró a Kjartan.

—Nuestro colega de Reikiavik considera plausible que Bryngeir fuese ahogado en una bañera, y precisamente hay una en casa del médico, por lo que tengo entendido. Tal vez ahogasteis al desgraciado en el baño antes de mutilarle. Así que debisteis de toparos con él en casa de la doctora y lo despachasteis allí. ¿Es posible?

Kjartan parecía haber dejado de escuchar y sus hombros temblaban. Thórólfur sacó el bote de píldoras del bolsillo y lo soltó de golpe sobre la mesa delante de él.

—¡Aquí tienes, tómate tus píldoras y dinos la verdad!

Kjartan miró a Grímur.

—¿Podría tomar un vaso de agua?

Grímur salió al pasillo y volvió enseguida con una taza llena de agua.

Kjartan se metió dos pastillas en la boca y dio un sorbo. Finalmente dijo:

—No hay ninguna otra verdad que contar.

Thórólfur sacudió la cabeza.

—Ya hemos corroborado todos los movimientos de los habitantes de la isla la tarde noche del domingo y la madrugada del lunes. Todo discurrió con normalidad. No obstante, Jóhanna y tú estuvisteis en vela hasta el alba y teníais motivos considerables para desear ver muerto al periodista. Vas a tener que contarme mucho, muchísimo más, para que empiece a creerte.

—Yo ni siquiera me acerqué a Bryngeir —repitió Kjartan.

—Descríbeme aquella noche —dijo Thórólfur.

—Jóhanna y yo estuvimos en la biblioteca hasta la mañana siguiente, y luego, en el camino de vuelta, la acompañé hasta la puerta de su casa. Había empezado a llover, así que me apresuré a regresar a casa del alcalde y me metí en la buhardilla. No supe nada de Bryngeir hasta que Grímur mandó que me viniesen a buscar por la mañana —Kjartan se enjugó el sudor de la frente con la palma de la mano.

—¿Qué demonios estuvisteis haciendo en la biblioteca toda la noche? —preguntó Thórólfur.

—Jóhanna me estuvo hablando del Libro de Flatey.

—¿Y eso da para hablar una noche entera?

—Sí.

—¿Qué hora era cuando te fuiste a dormir?

—No estuve pendiente del reloj pero el día ya había clareado mucho. Supongo que serían cerca de las seis.

Thórólfur pensó un momento.

—Vas a venir con nosotros a bordo del guardacostas. Allí te tenemos reservada una celda. Jóhanna se quedará en la casa del médico bajo vigilancia. Vosotros dos vais a tener que hacer una descripción de cada segundo de aquella noche. Será interesante ver cómo coinciden los pequeños detalles.

—37.<sup>a</sup> pregunta: «Bebe de la quilla. Primera letra». Egill, hijo de Ragnar, sostuvo una lucha naval contra los vendos. Cuando la batalla estaba en su apogeo, Egill dio un salto de su barco al barco de los vendos y le asestó una estocada a su jefe, hiriéndolo de muerte. Después de esto, los vendos se batieron en retirada. Egill le pidió a su sirviente que le trajese bebida y el sirviente respondió: «Ha habido tal tumulto aquí que todos los barriles se han roto y toda la bebida ha corrido a la quilla». Egill contestó: «No por ello voy a dejar de beber». El sirviente respondió: «No lo hagáis, señor, porque la mayor parte es sangre y fluidos corporales». Egill se levantó y, sacándose el yelmo, lo hundió

*en la quilla y dio tres grandes tragos. Por este suceso se conoce a Egill como «el Sangriento». Ésta es la respuesta y la primera letra es la S.*

*—Aquí Lund escribió tan sólo «Egill» —dijo Kjartan—, así que la primera letra es la E...*

Había una atmósfera pesada sobre la mesa de la cena en casa del alcalde. Grímur, Högni e Ingibjörg estaban sentados en la cocina comiendo huevos fritos de gaviota, pechuga frita de frailecillo y patatas caramelizadas. Había comida más que suficiente en la mesa, ya que Ingibjörg había contado con los dos detectives y con Kjartan para cenar, pero estaban a bordo del guardacostas, donde permanecerían aquella tarde y probablemente pasarían la noche. El entierro de Björn Snorri Thorvald iba a ser a las once de la mañana siguiente, y se suponía que el barco de la guardia costera llevaría anclas después del mediodía. Jóhanna y Kjartan tendrían que presentar una declaración más detallada. Los detectives estaban convencidos de que ambos eran responsables del asesinato de Bryngeir y, además, de que Jóhanna también estaba involucrada en la muerte del profesor Lund.

—No es posible que Kjartan y Jóhanna tengan nada que ver con esta locura —dijo Ingibjörg con determinación—. Yo sé cuándo mi gente no me dice la verdad, se lo veo en los ojos.

Grímur se encontraba descolocado.

—Sin embargo, todo esto es tan misterioso... Toda la gente de la isla ha declarado dónde estuvo aquella noche. Ellos dos eran los únicos que seguían despiertos. No es que piense nada malo de Jóhanna. Kjartan también parece ser un hombre completamente decente, a pesar de que le pasara aquella desgracia cuando era adolescente.

Högni tenía la boca llena de comida. Aquel menú le encantaba.

—Mmm, a lo mejor se lo encontraron muerto y le hicieron aquello por idiotez —comentó.

—No, no, no —dijo Ingibjörg—. Mi Jóhanna no haría eso.

Terminaron la cena y luego tomaron café. Había dejado de llover y ahora se abría paso por el oeste el sol del atardecer. Grímur se sentía intranquilo. Al final le dijo a Högni:

—Ven a dar un paseo. Se me da mejor pensar fuera, al aire de la tarde. De paso, le llevamos el agua a las vacas para la noche.

Los hombres salieron de casa y bajaron la cuesta por el lado este. Thormódur el Corneja estaba llevando agua a su establo. No respondió nada cuando le dieron las buenas tardes, simplemente desapareció con los cubos por la puerta.

—Parece que nadie se encuentra de buen humor esta tarde —comentó Grímur. Miró a su alrededor—. Aquí es donde el difunto Bryngeir fue visto vivo por última vez —dijo desconcertado—. Y de aquí iba a ir a la otra punta de la isla a visitar a

Jóhanna. ¿Qué camino tomaría?

—Bueno —respondió Högni—, habrá cogido la calle y la habrá seguido hasta el final. Hoy he hecho ese recorrido con el detective Lúkas. Estuvo midiendo el tiempo y la distancia. Eran más o menos seiscientos pasos.

Una de las vacas de Thormóður el Corneja mugió estrepitosamente desde el establo.

—Sí, se hace rápido el camino —dijo Grímur—. Pero ¿qué haría el hombre al ver que la doctora no estaba en casa?

Högni pensó un momento.

—El Corneja dice que estaba buscando a alguien que pudiese llevarlo hasta Stykkishólmur.

—Pero ninguno de los que tienen barco reconoció que le hubieran pedido transporte aquella noche.

Högni se volvió a quedar pensativo.

—Tal vez fuese hasta Ystakot para preguntarle a Valdi. Ya lo había hecho antes —dijo.

Grímur se puso en marcha.

—Pero recuerda —dijo—, el pobre diablo se ahogó antes de que lo mutilasen. En agua dulce. No hay ni una gota por las peñas de Ystakot.

—No, excepto en los barriles que tiene Valdi en el patio.

—¿Crees que Valdi pudo haber agarrado a ese granuja del pellejo y haberle ahogado como un gato en el tonel?

—Nooo —Högni estaba desconcertado—. Aunque Valdi tiene tendencia a perder los nervios.

—¿Y por qué crees que se iba a molestar en dejar el cadáver de aquel modo en el cementerio?

—Eso no lo sé —respondió Högni, que no estaba contento con haber adoptado el papel del acusador en aquella charla.

—Vamos a ir hasta allá y a ver qué nos tienen que decir los de Ystakot esta noche —dijo Grímur. Caminaron calle abajo en completo silencio y pasaron al pie del cementerio, cada uno de ellos sumido en sus propios pensamientos. No había ninguna luz en la casa del médico, pero cuando llegaron a la altura del muelle vieron que el barco de la guardia costera estaba completamente iluminado.

—Estos reikiavícenses probablemente se acuestan tarde —dijo Grímur, y se detuvo al ver que el barco de Ystakot no estaba en su lugar junto al muelle.

—Qué demonios. Están pescando —dijo—. No vamos a poder hablar con ellos hasta que vuelvan.

Högni miró el guardacostas.

—¿Vamos a ir a bordo a hablar con los detectives sobre Valdi? —preguntó

vacilante.

Grímur se lo pensó.

—No. Esto no son más que suposiciones nuestras, no tenemos ninguna prueba. Quiero hablar yo mismo con él en cuanto vuelva a casa.

Högni pareció alegrarse.

—Entonces no nos queda más que irnos a la cama —dijo.

Desanduvieron sus pasos, una vez más callados y sumidos en sus pensamientos. En el cruce de caminos, Högni dio las buenas noches y siguió en dirección a la escuela.

—38.<sup>a</sup> pregunta: *«Ya tocará más cerca cuando Dios quiera. Segunda letra».* El rey Sverre regresaba a su barco a bordo de un pequeño bote de remos cuando dispararon una flecha que se clavó en la proa por encima de su cabeza. El rey no se inmutó, pero el hombre que lo acompañaba dijo: *«Un tiro peligroso, señor».* A lo que el rey contestó: *«Ya tocará más cerca cuando Dios quiera».* La respuesta es *«tiro peligroso»*, y la segunda letra es la I...

*Miércoles, 8 de junio de 1960*

Ya pasaba de la medianoche cuando Grímur empezó a quitarse la ropa en el pequeño dormitorio de su casa. Ingibjörg parecía dormida pero se medio despertó cuando su marido se coló bajo el edredón.

—¿Te has acordado de llevarle el agua a las vacas, querido Grímur? —preguntó somnolienta.

Grímur volvió a sentarse al borde de la cama.

—No, por supuesto que no. He estado demasiado preocupado, o a lo mejor es que ya me estoy volviendo chocho —respondió a la vez que se estiraba para ponerse de nuevo la ropa—. Ésta es una mala época. Uno ya no está en sus cabales, demonios —decía mientras bajaba por la pendiente.

Fue a buscar los cubos al establo y los metió en el pozo. El nivel del agua estaba bastante alto después de las lluvias, de modo que era fácil llenarlos. Hizo dos viajes y, cuando iba a cerrar la puerta, se dio cuenta de que Thormódur el Corneja también iba a buscar agua al pozo de su establo.

Grímur atravesó el prado y fue hacia él.

—¿Andas todavía en pie, Corneja?

—Sí, hay que ocuparse de los animales —respondió el hombre con voz triste.

Grímur se quedó callado un momento. Luego dijo:

—Éstos son malos tiempos para los flateyenses.

Thormódur el Corneja asintió taciturno con la cabeza.

—Los detectives de la policía piensan que Kjartan y Jóhanna asesinaron al periodista y lo colocaron en el cementerio —continuó Grímur.

Thormódur el Corneja sacudió la cabeza sin decir una palabra.

—Y además —siguió—, llegan noticias de Reikiavik de que el periodista se ahogó, y no en el mar sino en agua dulce.

—Vaya, entonces los policías ya saben que ellos dos no le han hecho mal a nadie —dijo Thormódur el Corneja con entusiasmo.

—No, dicen que Kjartan y Jóhanna lo ahogaron en la bañera de la casa del médico —respondió Grímur.

Thormódur el Corneja sacudió de nuevo la cabeza.

—¡Qué demonios de disparate es ése! Ellos no le han hecho daño a nadie.

—Lo cierto es que yo también estoy de acuerdo contigo. Pero entonces ¿quién lo ha hecho? —preguntó Grímur.

Thormódur el Corneja no respondió.

Grímur continuó:

—Högni y yo nos preguntábamos si Valdi de Ystakot habría sido capaz de perder el control de semejante manera. ¿Crees que es posible?

Thormódur el Corneja miró a Grímur sin decir palabra y de repente rompió a llorar; era el llanto silencioso y sin lágrimas de un anciano.

Grímur miró estupefacto a aquel hombre destrozado.

—Todo esto es culpa mía —el anciano gritaba en mitad de la noche con voz quebrada, como si quisiese que aquella afirmación llegase a toda la isla.

Grímur intentó comprender a qué se refería.

—¿Culpa tuya? —le preguntó.

—Sí, fui yo, fui yo —dijo Thormódur el Corneja entre grandes sollozos.

—¿Qué quieres decir, Corneja?

—Fui yo y ahora echan la culpa a todos los demás por ello.

—¿Mataste tú a ese hombre, Corneja?

—¿Que si lo maté? No, para nada. Se ahogó él solo, pero fui yo quien hizo el resto.

—¿Fuiste tú quien lo llevó al cementerio?

—Sí. Tenía que hacerlo, por el sueño.

Grímur le dio una palmada en el hombro a Thormódur el Corneja.

—Tranquilo, amigo. Cuéntame toda la historia.

Thormódur el Corneja hizo un esfuerzo y se enjugó los ojos con la manga. Luego empezó a contar:

—Ese hombre, el periodista, vino a mi establo la tarde del domingo y me pidió algo de leche para beber. Después me ofreció un trago de ron y nos pusimos a charlar.

Thormódur sacó un pañuelo y se sonó la nariz.

—El hombre quería oír alguna buena historia y yo le conté más de una, y sueños viejos, descifrados y sin descifrar, como acostumbro a hacer. El último que le conté fue el Sueño de los Terneros, que es el de las tres águilas que sobrevuelan la iglesia y el águila que se posa en el cementerio con las alas ensangrentadas y los hombres majestuosos que traen los terneros camino arriba. ¿Te acuerdas?

Grímur asintió con la cabeza. Había oído a Thormódur el Corneja describir aquel sueño muchas veces.

—Este sueño, el hombre me dijo que lo sabía interpretar. Dijo que cuando un águila de sangre se posara en el cementerio de Flatey significaría que el Libro de Flatey volvería desde el exilio.

—¿Cómo? —Grímur no había entendido aquello por completo.

—Pues sí, los hombres majestuosos son los antiguos reyes de Noruega, y los terneros simbolizan las ciento trece pieles de pergamino del código. Luego el

periodista me dijo exactamente estas palabras: «Si alguna vez tienes que matar a alguien o te encuentras a alguien que se haya muerto, llévalo hasta el cementerio, ponlo sobre una tumba y córtale un águila de sangre en la espalda. Ya verás lo que sucede». Esto mismo me dijo, y entonces yo me di cuenta. Por supuesto, aquel pájaro de plumas ensangrentadas simbolizaba a un hombre marcado con un águila de sangre, tal y como se describe en el Libro de Flatey. Esto Bryngeir lo sabía, pero yo había sido tan ciego que no me había dado cuenta, a pesar de que he leído muchas veces sobre águilas de sangre. Aquélla fue la interpretación más brillante que he oído en mi vida. Después de haber estado charlando un buen rato, tuve que ir a llevarle la leche al sacerdote y él iba a pasar por casa de la doctora Jóhanna.

—Sí, ya lo sé —Grímur asintió con la cabeza.

—De casa del sacerdote me fui a la mía a cenar y luego regresé al establo para poner el agua para la noche. Pero cuando fui a buscar el agua vi al hombre allí ahogado en el pozo. Estaba tirado de espaldas sobre el fondo y con las piernas fuera del agua.

Grímur estaba estupefacto.

—¿Cómo demonios fue a parar allí?

Thormódur el Corneja sacudió la cabeza.

—No lo sé. La tapa vieja estaba hecha añicos y las astillas flotaban en el agua a su alrededor.

Grímur miró el sendero que iba desde el establo a la fuente. Salía del establo en línea recta hacia el suroeste, en la misma dirección en la que se encontraba la casa del médico.

—A lo mejor quiso atajar para ir al otro lado de la isla —dijo Grímur—, porque el camino cruza el campo pasando por la fuente. Luego pisaría la tapa vieja del pozo y ésta se rompió.

Thormódur el Corneja asentía con la cabeza o negaba, alternativamente.

—El hombre estaba más que muerto cuando conseguí sacarlo con el bichero. En un primer momento iba a ir a buscarte, Grímur, pero luego me acordé de lo que me había dicho. «Si alguna vez tienes que matar a alguien o te encuentras a alguien que se haya muerto, llévalo hasta el cementerio, ponlo sobre una tumba y córtale un águila de sangre en la espalda». Aquélla había sido su última voluntad y yo no podía eludirla. El hombre me lo había dicho con toda seriedad y no me atreví a hacer nada más que obedecer. Su fantasma podría quedarse merodeando por el establo y, además, el Libro de Flatey estaba en juego. Fui a buscar el cuchillo de la matanza a las cuadras y subí al hombre hasta el cementerio en la carreta. Lo coloqué sobre una tumba tal y como me había indicado y le hice los cortes en la espalda. Luego metí las manos en las heridas y saqué los pulmones. Con todo aquello salía una barbaridad de sangre. Después lo dejé allí y volví a casa a dormir. El hombre no había dicho cuánto

tiempo habría que dejar el cuerpo allí para que la predicción se cumpliera.

—¿Y no te vio nadie mientras hacías todo eso? —preguntó Grímur.

—No, no. Ya era muy tarde.

Grímur miró inquisitivamente a Thormódur el Corneja.

—¿No estarás diciendo esto tan sólo para salvar a Jóhanna y a Kjartan de este aprieto en el que se han metido?

—No, no. Dios me libre. Sólo estoy diciendo la verdad.

—Bueno —dijo Grímur suspirando—. Me acuerdo de que el lunes estabas haciendo una tapa nueva para el pozo. ¿La vieja se rompió por el periodista?

—Sí, se hizo completamente añicos.

Grímur negó con la cabeza.

—No estoy del todo seguro de que hayas actuado bien en este asunto aunque te lo sugiriera el propio periodista.

Thormódur estaba cabizbajo, enredaba una hebra de lana entre los dedos.

—¿No habría que informar a los policías de esto? El caso es que me siento fatal en cuanto me acerco al muelle —añadió.

—39.<sup>a</sup> pregunta: «Se comió al asesino de su padre. Primera letra». Halli el Sarcástico dijo: «Nadie conozco que haya vengado la muerte de su padre tan fieramente como Thjodolf, ya que se comió al asesino de su padre». El rey dijo: «Demuestra que es cierto eso que dices». Halli respondió: «Thorljot, padre de Thjodolf, llevaba a un ternero por la correa de vuelta a casa y cuando llegó a la cerca del terreno levantó al ternero y lo subió por el muro. Luego pasó él también por encima de la cerca, mas el ternero volcó al otro lado del muro. El lazo que había en el extremo de las riendas se enganchó en el cuello de Thorljot y tiró de él sin dejarle tocar con los pies el suelo. Así colgaban los dos, uno a cada lado y ambos muertos, cuando la gente llegó. Los mozos arrastraron entonces a casa al ternero y prepararon con él viandas, y estoy seguro de que Thjodolf no dejó de comerse un pedazo de la parte que le tocaba». La respuesta es «Thjodolf», y la primera letra es la T...

Eran ya casi las cinco de la madrugada cuando Grímur y Kjartan bajaron la pasarela de embarque del guardacostas. Thormódur el Corneja había subido a bordo con Grímur sobre la medianoche y les había contado a los policías su historia. Primero de palabra dos veces, y luego le hicieron redactar una descripción de los hechos por escrito y firmar con su nombre debajo para certificar su presencia. Los policías desconfiaban de aquella historia. No podían imaginarse que alguien fuese capaz de poner en práctica semejante atrocidad sólo por un sueño. Al final permitieron que Thormódur el Corneja volviese a casa aquella noche. El inspector Lúkas lo acompañó para recoger el cuchillo de la matanza. A la mañana siguiente habría que investigar mejor el asunto, inspeccionar el pozo y los restos de la tapa rota. Thórólfur aceptó con reticencias liberar a Kjartan de la custodia, aunque había estado en vela en su celda. Jóhanna, sin embargo, tendría que seguir bajo vigilancia: el caso del profesor danés aún pendía sobre ella.

El alcalde y el representante del gobernador subieron por el muelle sin decir palabra. Ya empezaba a despuntar el día y algunas sombras alargadas comenzaban a clarear en la penumbra. La brisa helada de la noche rozaba sus mejillas y formaba brillantes cristales de hielo sobre la madera del muelle. Las temperaturas habían descendido bajo cero, y las nubes de lluvia se habían retirado en plena noche, dando paso a un cielo despejado.

Unas cuantas gaviotas, que habían pasado la noche al borde del embarcadero, alzaron el vuelo silenciosas tan pronto como los hombres se acercaron. Una oveja con dos corderos estaba tumbada en el camino junto a la esquina de la planta de pescado y se mostró reacia a levantarse hasta que los hombres casi la pisan. Kjartan se quedó mirando a los corderillos que corrían cuesta arriba hacia Ystakot. Sobre la playa había dos chozas y le pareció ver a alguien observándolos tras la esquina de una de ellas. Se detuvo, agarró el brazo de Grímur sin decir nada y se giró hacia aquella pequeña cabeza, que en ese momento se dio cuenta de que había sido descubierta y decidió retroceder y escaparse. La pequeña figura humana salió corriendo cuesta arriba en dirección a Ystakot.

—¿Ése no es el pequeño Nonni? —dijo Grímur—. ¿Qué anda haciendo despierto tan temprano?

—O tan tarde —comentó Kjartan.

Grímur volvió la vista atrás hacia el embarcadero.

—El barco del padre y el abuelo aún no ha regresado. ¿No estarán todavía en el mar y el niño se habrá quedado solo en casa?

—Tal vez algo no vaya bien —dijo Kjartan en voz baja.

Subieron también ellos la cuesta siguiendo al muchacho. Cuando llegaron a la cabaña, vieron que el niño estaba junto a la puerta y se metía dentro.

Grímur lo llamó desde el umbral:

—Nonni, sal un momento a hablar con nosotros, amigo. Queremos ayudarte si hay algún problema.

No recibieron ninguna respuesta, así que Grímur se agachó y se metió en aquella oscura cabaña. Kjartan lo siguió. Primero entraron en una cocina sucia y maloliente. Más adentro había una estancia común bastante estrecha con cuatro camas, dos a cada lado. Los tenues rayos del día se colaban por un pequeño ventanuco que había en la parte superior de la pared. Vieron un orinal medio lleno en el suelo. Kjartan se estaba mareando, así que salió corriendo para respirar aire fresco. Fuera pudo por fin inspirar hondo la diáfana brisa de la mañana unas cuantas veces.

—Nonni —llamó Grímur dentro de la casa—, sólo queremos preguntarte por tu padre y tu abuelo. ¿Llevan mucho tiempo fuera?

Se oyó un estrépito y al momento apareció el alcalde con el niño a su lado.

—El chiquillo estaba solo ahí dentro —le dijo Grímur a Kjartan.

El niño estaba cabizbajo junto a ellos.

—¿Tu padre y tu abuelo están en el mar? —le preguntó Grímur.

—Sí, pero ya llevan mucho tiempo —respondió el muchacho—. Se marcharon esta mañana muy temprano.

—¿Quieres decir ayer por la mañana? ¿No has dormido nada esta noche?

—No, he estado esperándolos todo el día.

—¿Adónde se fueron?

—Iban a Ketilsey a levantar las redes de las focas y a echarle un vistazo a la puesta de los ánades. No iban a tardar mucho.

—Tal vez se les haya averiado el motor. Voy a salir a buscarlos. Probablemente no corran ningún peligro. Hace muy buen tiempo. ¿Por qué no fuiste con ellos?

—No me dejaron. Papá quería castigarme por haber hecho caca en la isla la última vez, y también me escapé de la iglesia durante la misa y papá me vio.

Una pequeña idea se encendió en la cabeza de Kjartan y preguntó en voz baja:

—Nonni, ¿tú no tendrás una cámara de fotos?

El niño lo miró sorprendido pero no respondió.

Kjartan repitió la pregunta:

—¿Tienes una cámara de fotos, amigo?

Nonni quería decir algo, sólo que las palabras no le salían.

—Yo creo que tienes una cámara de fotos y a lo mejor también unos bonitos prismáticos —dijo Kjartan.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el niño.

—¿Me los podrías enseñar?

El chico miró vacilante a uno y a otro, pero luego se fue hacia la granja. Grímur y Kjartan lo siguieron. Nonni subió por la huerta de las patatas hasta una diminuta caseta de turba que habían excavado en la cuesta. Se metió por una puertecilla y salió enseguida con una pequeña bolsa de mano.

—El hombre extranjero se dejó la bolsa en el barco cuando el abuelo lo llevó a Stykkishólmur —dijo—. Yo la encontré y la guardé.

Kjartan cogió la bolsa y echó un vistazo dentro. Encontró una cámara de fotos, unos prismáticos, un neceser con artículos de aseo y alguna ropa interior que se había enmohecido con la humedad de la cabaña.

—La cámara no funciona —dijo el niño—. He hecho todo como hay que hacerlo, pero no hay ninguna foto en la caja.

—Cuéntanos cómo llevó tu abuelo al tipo extranjero —dijo Kjartan.

El niño levantó la vista.

—Papá se había ido con el barco del correo a buscar a mamá. El abuelo y yo bajamos al muelle cuando vino de vuelta el barco, para coger las amarras. Luego íbamos a ir al canal a pescar algún bacalao para cenar.

Se quedó callado y volvió a mirar aquellas valiosas pertenencias. Temblaba de frío y de cansancio.

—¿Y luego qué pasó? —esta vez era Grímur quien preguntaba.

—Estábamos todavía en el muelle después de que todo el mundo se fuera e íbamos a coger nuestro barco, el *Cuervo*, ya sabes. Entonces llegó el señor extranjero corriendo y gritando. Había llegado demasiado tarde porque el barco ya hacía tiempo que se había marchado. Le ordenó al abuelo que lo llevase a Stykkishólmur, aunque era muy difícil entender lo que decía.

—¿Y tu abuelo aceptó llevarlo? —preguntó Grímur.

—Sí, el hombre nos enseñó un montón de dinero que le iba a dar al abuelo en cuanto llegase a Stykkishólmur.

—¿Entonces se pusieron en marcha?

—Sí, pero el extranjero no quería que yo fuese con el abuelo.

—¿Y el abuelo tardó mucho en volver?

—Sí. No llegó hasta el día siguiente. El motor se quedó sin gasolina y tuvo que volver a vela con el viento del sur. El abuelo se fue a dormir y yo encontré la bolsa en el barco y la escondí. Se la habría devuelto al tipo extranjero, pero es que nunca volvió a preguntar por ella.

—¿Y tu padre no sabía nada de esto?

—No. Cuando volvió a casa estaba muy enfadado porque mamá no quería volver de trabajar en las obras de la carretera. Estaba muy avergonzado por todo y se puso hecho una furia cuando vio que el barco estaba sin gasolina. El abuelo ya no se

acordaba de haber llevado al tipo extranjero y yo no me atrevía a contárselo a papá. El abuelo ha empezado a olvidarse de todo. Además, creo que el extranjero también se olvidó de pagarle como le había prometido. El abuelo no traía ningún dinero cuando volvió a casa. Le miré en los bolsillos cuando estaba durmiendo.

—Y el hombre que vino de Reikiavik, el periodista, ¿sabía que tú tenías la bolsa? —preguntó Kjartan.

Nonni bajó la cabeza.

—Sí, yo salí de la iglesia y me fui a casa para mirar un rato por los prismáticos. Si no, no me atrevía a hacerlo, porque no me puede ver nadie. Yo estaba seguro de que si alguien me veía, el alcalde Grímur me quitaría los prismáticos.

El niño miró muy avergonzado al alcalde.

—¿Y el periodista te vio? —preguntó Kjartan.

—Sí, creía que todo el mundo estaba aún en misa, pero luego, de repente, apareció a mi lado.

—¿Qué te dijo?

—Me preguntó si los prismáticos eran míos. Luego le echó un vistazo a la bolsa y estuvo mirando las libretas y me preguntó si papá había llevado al tipo extranjero a Stykkishólmur. Yo le dije que había sido el abuelo, pero que se había quedado sin gasolina. Entonces me preguntó si se podía quedar con las libretas y a cambio él no le diría a nadie lo de los prismáticos y la cámara de fotos. Yo le dije que sí, si me lo prometía. Él me lo prometió y me dijo que yo tampoco le podía decir a nadie lo de las libretas.

El niño empezó a llorar.

—Y ahora ese periodista está muerto y yo he roto mi promesa.

—¿Te acuerdas del hombre muerto que visteis en Ketilsey? —preguntó Kjartan.

—Sí —respondió el niño.

—¿Lo habías visto alguna vez antes?

—No, no creo. No se le podía ver la cara.

Grímur había permanecido en silencio escuchando la conversación, pero ahora tomó la palabra:

—Bueno, amigo. Vámonos a mi casa, Nonni, a sacar a Imba de la cama. Ella te dará leche y algo bueno para comer. Luego a lo mejor te puedes tomar un trozo de pastel y te metes en la cama a dormir. Kjartan y yo vamos a ir a buscar a tu padre y al abuelo.

—40.<sup>a</sup> pregunta. Hemos llegado a la última pregunta, que es la clave para el resto de las respuestas, y dice así: «¿Cuál ha sido la frase más sabia?».

»Las respuestas posibles pueden variar mucho, dependiendo del gusto y del juicio de cada uno. Hay muchas frases sabias en este libro. Pero en este caso,

nos dan una clave que son las siguientes letras:

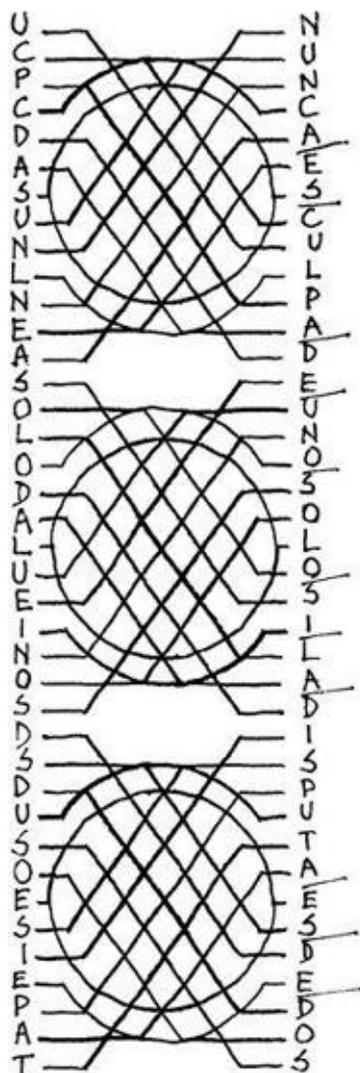
U C P C D A S U N L N E A  
S O L O D A L U E I N O S  
D S D U S O E S I E P A T

»Mi padre estuvo revisando el libro página por página y probó todas aquellas frases que le parecieron lo suficientemente sensatas y que contenían algún saber proverbial. Estuvo muy ocupado intentando reordenar las letras para ver si conseguía formar con ellas una frase. Por lo que se podía suponer, la ortografía tendría que coincidir con la que se utilizaba en la segunda mitad del siglo XIX y tendría que contener al menos treinta y nueve caracteres. Hizo pequeñas tablas con estas letras y las combinó una y otra vez. No encontró ningún texto que coincidiese con la clave, así que al final se rindió. Muchas semanas más tarde, volvió a ponerse a pensar en el enigma. Se dio cuenta de que no bastaría con encontrar la frase clave correcta. En la serie de letras hay caracteres que se repiten. Era imposible decidir cómo sería la conexión entre las series, tenía que haber otro modo de encontrar la respuesta. Entonces se concentró en el dibujo que acompañaba la clave y que había sido considerado una runa mágica. Él nunca llegó a creer aquello: estaba seguro de que el autor había puesto aquel dibujo por alguna otra razón, y se fijó en que a cada lado del dibujo había trece rayas que luego se conectaban a través del dibujo para salir por el otro lado. Tres veces trece son treinta y nueve, que es justo el número de letras de la clave. Dibujó entonces el diagrama tres veces, una debajo de la otra. Luego escribió de arriba abajo todos los caracteres de la serie y los reordenó al otro lado siguiendo las líneas. Y en ese momento apareció la siguiente frase: “Nunca es culpa de uno solo si la disputa es de dos”. Esta frase se encuentra en la Saga de Haakon el Viejo.

»Mi padre se empeñó tanto en la búsqueda que sobrepasó sus fuerzas aquella noche. Cuando llegué a la biblioteca me lo encontré gravemente enfermo, y sin embargo nunca lo había visto tan contento. Ahora tan sólo le quedaba comprobar las respuestas que había propuesto para cada una de las treinta y nueve preguntas, y ver si formaban el final del poema-clave. Aquello no debería llevar más de media jornada, pero él estaba muy enfermo y ya no pudo salir de casa. Tenía que ir a la biblioteca para poder hacerlo según las reglas del juego. Poco después llegó Gaston Lund en aquella visita que acabó tan trágicamente. Mi padre le contó cómo había que usar la “runa mágica” para encontrar la solución a la clave y la cuadragésima pregunta. Lund estaba muy interesado, así que le dejó la llave de la biblioteca para que fuese un momento a

comprobar sus respuestas, pero no tuvo tiempo suficiente. No llegó a terminar de comprobarlo y luego probablemente perdió el barco del correo. Lo que sucedió después me resulta difícil de imaginar.

UNA VEZ MÁS SERÁ COMO SIEMPRE



»Durante todo el invierno, mi padre intentó reunir fuerzas para poder ir a la biblioteca y poner a prueba su solución. Yo me ofrecí a menudo a ir en su lugar, pero él no quería. Deseaba ver él mismo cómo se revelaba la solución. Hasta ayer no me pidió que fuese yo a probar la respuesta. Sentía que la muerte se le acercaba y quería oír el final del poema antes de marcharse. Yo iba a pedirle a Ingibjörg que se quedase con él y le envié un recado, pero mi padre perdió el conocimiento mientras la esperaba. No dejaba de empeorar conforme avanzaba el día y murió aquella tarde. Había resuelto la clave, y sin embargo murió sin saber si había encontrado la solución correcta a todo el acertijo. Pero ahora vamos a ver qué sucede.

Jóhanna escribió los treinta y nueve caracteres en fila siguiendo el dibujo de la solución, al tiempo que los numeraba. Acto seguido, trasladó cada letra al

otro lado del dibujo, donde volvía a anotarla. Como Björn Snorri y Gaston Lund no habían coincidido en todas las respuestas, escribió ambas opciones. Luego se quedó mirando el resultado durante un momento. Tachó tres letras de la solución de su padre y tres de las de Gaston Lund y trazó rayas de separación entre cada palabra.

UNA VEZ MÁS SERÁ COMO SIEMPRE

|    |   |   |  |   |   |
|----|---|---|--|---|---|
| 1  | L | U |  | N | L |
| 2  | I | C |  | U | H |
| 3  | V | P |  | N | C |
| 4  | H | C |  | C | H |
| 5  | D | D |  | A | A |
| 6  | I | A |  | E | R |
| 7  | S | S |  | S | S |
| 8  | H | U |  | C | L |
| 9  | L | N |  | C | L |
| 10 | A | N |  | L | A |
| 11 | C | N |  | P | V |
| 12 | R | E |  | A | I |
| 13 | A | A |  | D | D |
| 14 | E | S |  | E | A |
| 15 | A | S |  | U | S |
| 16 | S | O |  | N | I |
| 17 | G | L |  | O | G |
| 18 | E | O |  | S | U |
| 19 | I | D |  | S | E |
| 20 | C | A |  | O | C |
| 21 | S | L |  | L | A |
| 22 | A | L |  | O | E |
| 23 | R | E |  | S | R |
| 24 | I | I |  | I | S |
| 25 | E | N |  | L | I |
| 26 | U | O |  | A | E |
| 27 | M | D |  | D | L |
| 28 | A | S |  | I | D |
| 29 | N | D |  | S | S |
| 30 | S | U |  | P | T |
| 31 | A | S |  | A | E |
| 32 | D | O |  | E | S |
| 33 | N | E |  | S | I |
| 34 | D | S |  | D | E |
| 35 | L | I |  | E | D |
| 36 | A | E |  | D | O |
| 37 | S | P |  | S | A |
| 38 | I | A |  | T | N |
| 39 | T | T |  | S | A |

Letras de la clave
Solución del enigma de Flatey de Gaston Lund / Björn Snorri para el final del poema

Respuestas de Gaston Lund
Respuesta de Björn Snorri a la 40.ª pregunta «la frase más sabia»

Respuestas de Björn Snorri

Número de la respuesta

—La respuesta es:

*Lucharsilavidasigue  
caersieldestinomanda*

»Así que las respuestas 8, 28 y 37 de mi padre estaban equivocadas y Lund las había acertado. Hay tres errores en las respuestas de Gaston Lund. Ya que ahora tenía la solución a la clave, no le habría supuesto ningún problema corregir la respuesta. La propuesta que alguien había escrito en la página es

*completamente errónea. La última estrofa del poema suena así:*

so furia de hielo y ondas

Grímur, Kjartan y el pequeño Nonni caminaron juntos hasta el pueblo y el alcalde despertó a su mujer. Ella se puso a preparar comida y también metió algo para llevar en una vieja caja de galletas. El niño se quedó aquella noche en casa del alcalde con Ingibjörg mientras Grímur y Kjartan bajaban de nuevo al embarcadero.

Ambos permanecían en silencio, perdidos en sus pensamientos. Subieron a bordo del barco y Grímur puso el motor en marcha. El ruido de la máquina parecía más alto de lo normal en medio de la tranquilidad matutina. Incluso las aves de Hafnarey guardaban silencio a aquella hora antes de romper el alba.

Grímur puso rumbo al oeste, dejó atrás el muelle nuevo y el barco de la guardia costera y salió por entre los escollos.

Finalmente, el alcalde habló.

—¿Cómo se te ocurrió preguntarle al niño si tenía unos prismáticos?

Kjartan vaciló un instante antes de contestar.

—Fue una especie de intuición. El jueves, cuando íbamos a buscar el cadáver a Ketilsey, distinguimos al niño en la orilla debajo de la cabaña y vi que se llevaba a los ojos algo que relucía. Más tarde se me ocurrió que podían ser unos prismáticos. Luego me acordé de que Lund había traído una cámara y unos prismáticos en el equipaje de mano, que había desaparecido. Las dos cosas podían estar relacionadas, por eso le pregunté al niño.

Grímur asintió con la cabeza.

—Creo que ahora todo está bastante claro. El profesor Lund se entretuvo demasiado en casa del médico, sin atender el reloj. Pensó que le daría tiempo a pasar por la biblioteca, pero para cuando fue al muelle el barco del correo ya se había ido. Probablemente incluso llegó a verlo navegando hacia el sur. Entonces le entró prisa por llegar a Stykkishólmur y de ahí a Reikiavik, porque tenía que coger el avión a Copenhague. En el muelle todavía estaban el viejo Jón Ferdinand y el niño junto a la barca, y Lund les hizo entender que quería que lo llevaran a Stykkishólmur. Debió de insistir mucho y con terquedad, porque el anciano obedeció y se puso en marcha con aquel pasajero. Pero debía de hacer muchos años que Jón Ferdinand no hacía la travesía completa hasta Stykkishólmur, de modo que seguramente se confundió de camino y se dirigió a Ketilsey, que era la ruta que estaba más acostumbrado a hacer. Por supuesto Lund no se percataría de nada extraño, ya que Ketilsey está al sudeste y podría parecer el rumbo a Stykkishólmur para alguien que no conoce el fiordo. Luego el barco debió de quedarse sin gasolina cerca de Ketilsey e irían a remo hasta la orilla. Lund bajaría a tierra en busca de alguna casa en la que pedir ayuda, mientras el

viejo se quedaba en el barco. Después de un rato, imagino que Jón Ferdinand olvidó por completo que llevaba a un pasajero. Lo único que sabe es que está en Ketilsey sin combustible y que tiene que volver a casa. Entonces se empieza a levantar una brisa del sur y, como no tiene tiempo que perder, iza las velas y parte rumbo a Flatey. Lund se queda en la isla y ya conocemos el final de la historia.

Kjartan no decía nada, pero asentía con la cabeza. Él también se había imaginado los hechos del mismo modo.

Los peñones de Ketilsey brillaban en el sol de la mañana conforme se acercaban a su destino. Entonces divisaron un barco negro a la deriva como a un kilómetro al este de la isla. Cuando se acercaron, vieron a Jón Ferdinand de pie junto al motor, con la mirada perdida en el mar, temblando de frío. Una mancha oscura bajaba desde su entrepierna, a lo largo de la pernera del pantalón.

—Se ha meado encima —dijo Grímur en voz baja.

Cuando ellos se acercaron, el anciano se sentó en la bancada de remo pero no dio ninguna señal de haber advertido su presencia. Grímur se estiró para coger un cabo de amarre del barco y lo ató a su propia popa. Luego continuó rumbo a Ketilsey a velocidad media. Pudieron ver a Valdi mucho antes de atracar en la isla. Estaba en la parte más alta, agitando su jersey en el aire, y bajó corriendo hasta el embarcadero. Estaba llorando de la rabia.

—¿Qué demonios pretendes hacer dejándome aquí tirado, papá? —gritó en cuanto los tuvo al alcance de su voz.

—Tranquilízate, Valdi. Tu padre no va a poder responderte a eso —dijo Grímur en cuanto el bote se deslizó en la grada—. Vamos, ven a bordo y cuéntanos qué ha sucedido.

Valdi embarcó junto a ellos y Grímur hizo retroceder la embarcación con cuidado para apartarse de la orilla. En cuanto ganaron cierta distancia, apagaron el motor y arrastraron el barco de Ystakot hasta un costado. Grímur le tendió la mano a Jón Ferdinand y lo ayudó a pasar de una barca a otra, luego lo sentó en la bancada y se quitó la chaqueta para ponérsela sobre los hombros al anciano. Acto seguido, el alcalde puso el motor a toda marcha para volver a casa con el *Cuervo* a remolque. Jón Ferdinand se había quedado tieso en el banco mirando la estela con la mente perdida. De cuando en cuando preguntaba con su anciana voz quebrada:

—Chicos, ¿dónde están las redes?

Valdi intentaba recomponerse.

—Este viejo idiota me dejó tirado en la isla —dijo con voz trémula.

Grímur asintió con la cabeza, y Valdi continuó con la voz temblorosa:

—Íbamos a echar un vistazo a los nidos de ánade y de pronto me di cuenta de que él había vuelto al barco. Pensé que sólo había ido a dejar algún huevo o la bolsa del plumón, así que no presté atención a lo que hacía, pero luego oí cómo arrancaba el

motor. Salí corriendo, pero cuando llegué a la grada él ya había soltado amarras y se había puesto en marcha. Ni siquiera miró atrás. Daba igual lo mucho que yo gritase, seguía mirando a proa como si estuviese solo en el mundo. Después oí que el motor se apagaba y desde entonces el barco lleva a la deriva frente a la costa casi un día entero. Por mucho que lo llamaba, no parecía oír nada ni entender nada.

Grímur sacó la caja de la merienda y les dio a padre e hijo algo de comer, pero no hablaron mucho más de camino a Flatey.

Cuando se acercaron a la isla cerca del mediodía vieron cómo la bandera ondeaba a media asta frente a la iglesia, y había gente en el cementerio.

—Están enterrando al difunto Björn Snorri —dijo Grímur—. Se suponía que iba a ser algo discreto antes de que el guardacostas zarpase hacia el sur con los policías y los presos. Por suerte, ahora ha cambiado todo, gracias a Dios.

El alcalde volvió a conducir su barco por delante del guardacostas y se adentró en el muelle doblando el espigón. El pequeño Nonni se encontraba allí solo, y de vez en cuando daba alguna carrerita para mover un poco los pies. Ellos atracaron el barco y subieron al muelle.

—Lleva a tu padre a casa, Valdi —dijo Grímur—, e intentad descansar un rato.

Grímur y Kjartan observaron cómo el niño y los dos hombres subían el sendero sin volver la vista atrás, y luego Grímur miró hacia el barco de la guardia costera.

—Ahora tengo que ir a hablar con los inspectores —dijo con voz cansada.

*»Cuando Gaston Lund vino de visita a Islandia el otoño pasado, no era la primera vez que pisaba este país. Ya había venido el verano de 1926 con algunos colegas suyos de la Universidad de Copenhague. Eran un grupo de muchachos jóvenes y animados, así que no se aburrieron ni por un segundo aquellas semanas en que permanecieron en el país. Viajaron por el sur, recorriendo los parajes de la Saga de Njáll, y como colofón a aquellas aventuras, una belleza local se quedó encinta del estudiante Lund. El niño nació y la madre se mudó con él a Hafnarfjörður. Fue registrado con el patronímico de “Gestsson”, o lo que es lo mismo, “hijo de Huésped”, cosa que no era nada extraña cuando el padre de alguna criatura había compartido los aposentos de su madre por muy poco tiempo. Aunque había más detrás de aquel patronímico, ya que el nombre de pila del profesor, Gaston, puede significar “huésped” si lo comparamos con la palabra alemana Gast. Aquel niño se crio con su madre sin el menor reproche hacia su padre. Su madre le había contado que el padre era un estudioso danés de buena familia y muy valorado por el rey de Dinamarca, y el niño estaba orgulloso de él y tenía predilección por todo aquello que fuese danés o guardase relación con el monarca. Más tarde, en el verano de 1936, el profesor Lund regresó a Islandia en la comitiva del rey Cristián X y su nombre*

apareció en los periódicos islandeses.

»La madre se dirigió entonces al encuentro de Gaston Lund: se llevó al niño consigo al hotel Borg, donde él se hospedaba, dispuesta a hacer que padre e hijo se conociesen. El propósito de la visita no era otro ni tenía por qué implicar nada más, pero Lund reaccionó de la peor manera posible: dijo que aquella mujer era una enferma mental y negó rotundamente conocer a su retoño. Hizo que los echasen del hotel humillados y a la fuerza. Aquél fue un golpe devastador para un alma joven e impresionable, y marcó al niño en adelante. Toda su vida había crecido evocando a un padre que vivía entre reyes y reinas en el extranjero y que tenía un puesto tan importante que no podía estar junto a él y su madre. La autoestima del niño se hizo añicos y la madre también cambió: de ser una mujer trabajadora, independiente y orgullosa pasó a ser una amargada a la que habían privado del único reconocimiento que había buscado en su vida. Diez años más tarde murió de tuberculosis. Su hijo se llama Bryngeir Gestsson. Fue mi pareja durante un tiempo y sé que también ha jugado un papel importante en tu destino. Pero Lund no tuvo agallas para regresar a Islandia hasta el pasado verano y trató de evitar posteriores encuentros con la madre de su hijo y con el propio niño encubriendo su identidad.

Kjartan intentó echarse un rato al regresar de Ketilsey, pero era incapaz de pegar ojo. Se quedó tumbado dando vueltas hasta que se rindió y decidió salir a dar un paseo para calmar un poco sus pensamientos. Subió el sendero hasta la iglesia, y allí vio a Thormódur el Corneja, de pie junto al asta de la bandera, apoyado en su bastón. Llevaba puesta su ropa de domingo, que ahora ya estaba bastante arrugada y manchada después de haberla usado tanto los últimos días en diferentes circunstancias. A sus pies, un viejo petate de marinero.

—Buenos días, señor ayudante del gobernador —dijo Thormódur el Corneja cuando vio a Kjartan.

—Buenos días, Corneja —respondió Kjartan—. El tiempo está mejorando.

—Sí, sin duda hace buen tiempo para viajar —dijo Thormódur el Corneja, y ambos guardaron silencio unos instantes.

—¿Vas a hacer algún viaje? —preguntó Kjartan.

—Sí, quieren que vaya al sur con el guardacostas para hablar mejor sobre esta correría nocturna mía con el cuerpo del periodista. Quieren que los médicos del manicomio de Kleppur me echen un vistazo, a ver si me he vuelto loco o algo peor.

—A lo mejor no es de extrañar —dijo Kjartan.

Thormódur el Corneja frunció el ceño e hizo una mueca.

—No, es todo cierto, seguro que puede resultar algo extraño para quien no sepa de estas cosas. Sin embargo, yo sí le veo el sentido y creo que todo sirve a un propósito. Ya veremos. El viejo Jón Ferdinand también va a venir al sur. A él también van a echarle un vistazo.

Kjartan asintió con la cabeza.

—Tienen que encontrarle algún sitio donde puedan atenderle bien. Su hijo Valdi no podrá ocuparse de él si continúa empeorando.

Thormódur el Corneja tomó el brazo de Kjartan.

—Lo peor es que os metí en un lío a ti y a mi Jóhanna. Estoy completamente desolado por toda esta locura.

—Lo superaremos —dijo Kjartan.

Volvieron a quedarse otro momento en silencio.

—Por lo que tengo entendido, no te van mucho los viajes —dijo Kjartan al final.

—Es cierto —respondió Thormódur el Corneja.

—Aunque parece que ahora no te queda otra, ¿no?

—Pues no. Insisten en que vaya.

—¿Cuándo fue la última vez que saliste de la isla?

—De eso ya hace bastante tiempo.

—¿Cuánto?

Thormódur el Corneja se lo pensó antes de responder:

—Cuando era adolescente hice unos cuantos viajes fuera, para llevar ganado, y también estuve trabajando un poco en la pesca a remo por las islas de por aquí. Más lejos nunca he ido. Cuando tenía diecinueve años me gastaron una broma que no me sentó nada bien y después de eso desarrollé una especie de fobia al mar, y como nunca llegué a superarla, jamás volví a navegar. Siempre se encuentran cosas de sobra que hacer aquí en Flatey. Ahora estoy a punto de cumplir los setenta, así que de aquello ya hace cincuenta años.

—¿Has estado sin salir de Flatey los últimos cincuenta años?

—Sí, y no me puedo quejar. Me siento bien aquí y no se me ha perdido nada en otro sitio. ¿Adónde tendría que ir? ¿A Stykkishólmur quizá, o a Reikiavik a gastarme los cuartos? No, amigo mío. La vida ha sido buena conmigo.

Kjartan se quedó pensativo. Cincuenta años en una isla de unos dos kilómetros de largo y medio de ancho. ¿Era aquello mucho mejor que la cárcel? Tal vez, si uno no era demasiado exigente.

Fue como si Thormódur el Corneja le leyese el pensamiento.

—He oído que tú pasaste unos cuantos años entre rejas.

Kjartan se sorprendió. Por supuesto, aquella historia debía de haberse propagado por toda la isla, aunque nadie lo había mencionado hasta ahora.

—Sí, es cierto —respondió.

—Debió de ser todo un reto —dijo Thormódur el Corneja—. Pese a que no he viajado, siempre he sido mi propio jefe. He cumplido con mis trabajos tal y como me ha parecido, he comido y dormido cuando he querido y me he tomado algún trago si se presentaba la ocasión. Imagino que la vida en prisión tiene que ser todo penuria y aburrimiento.

Kjartan asintió con la cabeza.

—Y he podido disfrutar de la naturaleza y de todo lo que nos otorga —continuó Thormódur el Corneja.

—A mí este entorno no hace más que traerme recuerdos de la cárcel —respondió Kjartan—. Además está junto al mar, así que los pájaros que tenéis aquí son los mismos que solían despertarme. Todavía tengo que superar esa etapa de mi vida.

Thormódur no dijo nada, de modo que Kjartan continuó:

—Pero ¿nunca has echado en falta poder ver otros lugares que no fuesen esta pequeña isla y lo que se divisa desde esta colina?

—No, querido muchacho, y estos ojos probablemente hayan visto más cosas de las que ven en toda su vida los que andan vagando de un lado a otro. He visto mundos y tierras que otros no podrían ni imaginarse. Y puede que justo por eso haya

echado raíces en esta tierra, mucho más fuertes que el diente de león que sale volando a la mínima brisa. El roble nunca se queja de no poder abandonar su tierra.

—¿Le dirás a los médicos del sur que ves elfos y seres ocultos? —preguntó Kjartan.

—No. A no ser que me pregunten. Aunque todavía queda por ver si descubro algo allá por el sur —respondió Thormódur el Corneja.

—¿Ves algún elfo por aquí?

—Sí. Digamos que me estoy despidiendo de ellos, de estos amigos míos.

—¿Dónde están?

—Están a los pies de la colina y bajo las rocas de la orilla. Aparecen de repente por aquí de cuando en cuando.

Kjartan trató de imaginarse aquella visión.

—Tiene que ser hermoso poder contemplarlos —dijo.

—Sí. Es como cuando uno observa a los corderillos recién nacidos jugando en primavera —dijo Thormódur el Corneja—. ¿Quieres verlos? —preguntó luego.

—Sí, por supuesto que me gustaría verlos —respondió Kjartan.

—A veces ayudo a la gente a verlos si se trata de un deseo completamente sincero —dijo Thormódur el Corneja en voz baja.

Kjartan lo miró con escepticismo.

—¿Y eso cómo?

—Acurrúcate aquí a mi lado y pon la cabeza debajo de mi axila. Veremos qué pasa —Kjartan vaciló—. Venga, vamos. No va a durar mucho —dijo Thormódur el Corneja bruscamente.

—Bueno, habrá que probar —dijo Kjartan, y se agachó al lado de Thormódur el Corneja, que le metió la cabeza bajo la axila agarrándolo con fuerza contra sí. Kjartan sintió el intenso olor a lana de la chaqueta mezclado con el fuerte olor corporal y estuvo a punto de retirarse porque empezaba a tener dificultades para respirar. Pero entonces, en un instante, fue como si llegase a otra dimensión. De repente el aire que respiraba se había vuelto dulce y fresco y ya no sentía la presión del brazo de Thormódur. Al pie de la cuesta, junto a la ribera, comenzó a ver pequeñas llamas de luz que por unos instantes tomaron forma humana. Apenas fueron unos segundos, aunque después le pareció como si hubiese sido más tiempo. Thormódur el Corneja relajó la presa, agotado y jadeante, como si hubiese aguantado la respiración mientras tanto. La visión se desvaneció y Kjartan tuvo de nuevo la sensación de que el oxígeno se esfumaba del aire. Cayó sin fuerzas al suelo y allí se quedó con las piernas estiradas.

Thormódur el Corneja no preguntó si el experimento había dado resultado. Parecía saber que así había sido. Kjartan permanecía sentado en la hierba, aturdido, intentando comprender aquella experiencia.

—Tienes por delante una vida feliz, querido amigo —dijo Thormódur el Corneja al final—. La vida no te ha sido nada fácil, pero ahora todo eso es agua pasada. Anoche soñé que descubriría un nido con hermosos huevos. Eso siempre quiere decir que algún matrimonio anda cerca. Vas a tomar a nuestra querida Jóhanna por esposa y estarás lleno de dicha, amigo mío.

—Seguro que ella tendrá algo que decir al respecto —respondió Kjartan.

—A veces es el destino quien da los mejores consejos, amigo mío, y entonces lo único que se puede hacer es no luchar contra él. Yo ya le he pedido a Jóhanna que cuide de ti y ella se lo ha tomado bastante bien. Ahora sólo tienes que portarte como un caballero con ella y en unos meses todo caerá por su propio peso. Siento un vínculo muy fuerte entre vosotros. No es la primera vez que ayudo a unos jóvenes a abrir su corazón de un modo determinado y siempre ha sido para bien.

Thormódur el Corneja se dio la vuelta y miró hacia el pueblo. El profesor Högni se acercaba camino arriba y traía en la mano una pequeña bolsa.

—Bueno —dijo el Corneja—. Ha llegado la hora de embarcar en el guardacostas. Va a soltar amarras sobre las dos. Mi querido Grímur le ha pedido al profesor Högni que nos acompañe a mí y a Jón Ferdinand en este viaje. Högni conoce bien Reikiavik y será de gran ayuda. Aprecio mucho este favor.

Bajaron la cuesta y se encontraron con Högni.

—¿No vienes al sur con nosotros, Kjartan? —preguntó.

—No, ahora necesito descansar una noche. Grímur me llevará hasta Brjánslaekur mañana por la mañana. Van a enviar un coche a buscarme desde Patreksfjörður. Espero poder empezar a revisar registros notariales.

—¿Crees que encontrarás algún otro cadáver en el distrito? —preguntó Högni burlonamente.

Kjartan negó con la cabeza. Ni siquiera era capaz de sonreír ante aquel comentario.

Högni miró a Thormódur el Corneja.

—Bueno, compadre. Vamos allá, no hagamos esperar al barco.

*Ya era de mañana cuando la conversación entre Jóhanna y Kjartan llegó a su fin. Hablaron del suceso que había cambiado tanto su vida para peor muchos años antes. Lloraron juntos y perdonaron. Todavía eran jóvenes y no tenían intención de seguir viviendo más tiempo en el pasado.*

*Antes de dejar la biblioteca, volvieron a colocar las hojas del enigma de Flatey de la edición de Munksgaard. Decidieron que el Aenigma Flateyensis debía seguir siendo un acertijo sin resolver. La historia que conocían sobre cómo ese enigma había sido resuelto era trágica, y no querían que quedase vinculada a aquel antiguo acertijo. Ambos deseaban que los acontecimientos*

*del pasado fuesen diluyéndose poco a poco. Ni Gaston Lund ni Björn Snorri habían vivido para saborear el momento en que la solución surgió ante sus ojos, así que sería mejor que se le revelase a cualquier otro, bajo circunstancias más felices.*

*La niebla había caído sobre Flatey y llovía cuando bajaron el sendero de la iglesia y se despidieron en el cruce. Desde la distancia llegaban tenues los golpes del martillo de Thormódur el Corneja: estaba haciendo una tapa nueva para el pozo de su establo.*

## Epílogo del autor

El Libro de Flatey regresó a Islandia el 21 de abril de 1971 y hoy día está expuesto en la Casa de la Cultura Nacional de Reikiavik.

La elaboración de esta novela se ha basado en muchos documentos. Por supuesto, los textos del Libro de Flatey han sido la fuente más generosa, aunque también le debo mucho a otros tantos libros. No supone menos honor para el resto que aquí haga una mención especial a los de Bergsveinn Skúlason sobre las islas del Breidafjörður. Quiero agradecer a estos escritores el haberme prestado su obra.

Mi abuelo, Viktor Gudnason, fue jefe de correos y telégrafos en Flatey, organista y presidente del municipio, todo a un mismo tiempo. Mi abuela, Jónína Ólafsdóttir, era ama de casa en la granja Sólbakki de Flatey y horneaba tartas que han quedado grabadas en la memoria de los poetas. Yo pasé los veranos de mi niñez hospedado en aquella granja, hasta 1964. El verano de 1960, cuando tenía cinco años, también lo pasé en Flatey, y aquel tiempo quedó grabado a fuego en mi memoria. Entre otras cosas, recuerdo bien cuando mi abuelo me enseñó la edición de Munksgaard del Libro de Flatey en la biblioteca. Lo cierto es que por aquel entonces no se custodiaba en la antigua biblioteca sino en otra casa en la ribera norte de la isla. Éste es uno de los datos que he cambiado en la novela, igual que muchos otros detalles. Mucho después, la biblioteca fue restaurada y es allí donde se puede ver la edición de Munksgaard en una vitrina, tal y como describe este libro.

Como se menciona en el prólogo, ninguno de los personajes de esta historia se basa en nadie de carne y hueso. Algunas de las construcciones en la isla las tomé prestadas; otras, nacieron según las necesidades del texto. Como curiosidad para quienes tengan interés en conocer el entorno real, Bakki (Sólbakki), la tienda de la cooperativa, la biblioteca, la iglesia y la casa del médico existen de verdad. En la novela, la residencia del reverendo y su esposa está situada justo donde ahora se alza el restaurante Vogur. La escuela ha sido derruida, pero se levantará de nuevo con el mismo aspecto.

El poeta Adalsteinn Ásberg Sigurdsson ha compuesto los poemas que aparecen en esta obra. El destino lo ha condenado a tener que componer un poema para cada libro que publico.

Thóra Steffensen, médica forense, ha tenido la amabilidad de asesorarme en los aspectos técnicos de las autopsias y sus resultados. Es a ella a quien hay que agradecer que el texto esté corregido y expresado científicamente, mientras que aquellos detalles que pudiesen resultar dudosos no se deben más que a la mano del autor.

Agradezco asimismo a mi esposa Vala y a mis hijas, Emilía Björt y Margrét Arna, su paciencia y apoyo.

## Anexo

### Extractos de la Saga de los Vikingos de Jomsborg del Libro de Flatey

Los Jomsvikings o Vikingos de Jomsborg fueron un grupo de mercenarios vikingos del siglo X envueltos en tintes de leyenda y fieles al culto de divinidades como Thor y Odín. Según cuentan, ponían sus armas al servicio de cualquiera dispuesto a hacer frente a sus considerables honorarios, y su fortaleza se alzaba en Jomsborg, en las costas meridionales del mar Báltico. Sus correrías se relatan en manuscritos de los siglos XIII y XIV, y, para curiosidad y divertimento de mis lectores, a continuación se incluye un breve extracto del Libro de Flatey que describe el comportamiento de los Jomsvikings tras caer derrotados en batalla por el conde Haakon.

#### *Los vikingos de Jomsborg son apresados*

Cuenta la historia que el conde Haakon vio a unos hombres en el islote y pidió que fuesen en barco a buscarlos para apresarlos a todos y se los trajesen, pues quería proceder a su ejecución. Se dirigen entonces los hombres del conde a un barco y reman hasta el islote. Encuentran que de entre los hombres que habían quedado en el islote, pocos había capaces de combatir debido a las heridas y al frío, y por ello no se menciona que su defensa fuese grande, y así sucede que los guerreros del conde apresan a todos ellos, un total de sesenta hombres. Luego conducen a Vagn y sus compañeros a tierra, con las manos atadas a la espalda, y uno al lado del otro amarrados a una cuerda y sin ninguna gentileza. El conde y sus hombres se disponen a comer y tienen intención de decapitar a aquellos hombres más tarde cuando tengan más tiempo, mas antes de empezar a comer remolcan el barco de los Vikingos de Jomsborg y se reparten todo el tesoro y las armas, y consideran una gran victoria semejante botín. Habían capturado a algunos de los Vikingos de Jomsborg, ahuyentando a otros tantos y dando muerte a la mayoría de ellos, así que se vanaglorian al máximo. Y cuando tienen el estómago lleno, salen de sus tiendas y caminan hacia los atados. Thorkell Leira es el encargado de decapitarlos a todos, pero antes quieren hablar con ellos para preguntarles si es cierto que, como se cuenta, eran mucho más fuertes que el resto de los hombres, así que liberan de sus ataduras a unos cuantos, a aquellos que estaban más heridos, mientras Skofti y Kark y otros esclavos se ocupan de vigilarlos y mantenerlos sujetos con la cuerda. Conforme desataban a los hombres a los que iban a decapitar, los esclavos tenían la orden de agarrarlos, retorciéndoles el cabello. De este modo se llevan a tres hombres que estaban

gravemente heridos, y Thorkell Leira se acerca a ellos y les corta la cabeza. Luego preguntó Thorkell a sus compañeros si tras aquella ejecución habían visto algún cambio en su propio rostro. «Porque cuenta la gente —dice él— que a todo hombre le cambia el color de su rostro si decapita a tres hombres, uno tras otro». Mas el conde Haakon responde:

—No hemos visto que mudase tu semblante mientras los decapitabas, pero después de ello sí que te ha sobrevenido un cambio aciago.

### *Los hombres son liberados para ser decapitados*

Entonces, desataron a un cuarto, lo cogieron del cabello y Thorkell le dijo antes de asestarle el golpe de gracia:

—¿Cuán bueno te parece morir?

—Bien me parece si así pierdo la vida, pues encontraré la misma suerte que mi padre.

Y tras ello le cortó Thorkell la cabeza, poniendo fin así a su vida. Luego fue desatado el quinto hombre y entonces Thorkell le pregunta cuán bueno le parece morir.

—Violaría el código de honor de los Vikingos de Jomsborg si sufro o me angustio por mi muerte o si pronuncio palabras de cobardía, pues alguna vez ha de morir todo el mundo.

Y de inmediato decapita Thorkell a este hombre. El conde Haakon y Thorkell tienen la intención de plantear la misma pregunta a cada uno de los cautivos antes de ejecutarlos, para ver si estos hombres son en verdad tan bravos como su reputación sostiene: desean comprobar si al mirar a la muerte a los ojos ninguno de ellos pronuncia palabras cobardes, aunque son tantos los capturados que lo dudan, y aun en tal caso, piensan que será entretenido oír cuanto tienen que decir. Así, liberan al sexto hombre de la cuerda y le agarran el pelo con la mano preparándolo para el corte, y al llegar el momento, Thorkell le pregunta cuán bien le parece la muerte.

—Bien me parece morir con buena reputación —responde éste—, mas tu vida, Thorkell, está llena de vergüenza, y mientras sigas con vida habrás de vivirla en la deshonra y la cobardía.

No gustaron a Thorkell las palabras de aquel hombre, y no tardó en cortarle la cabeza, sin tener curiosidad por dejarlo hablar algo más. Luego llevan al séptimo hombre a ser decapitado, y le pregunta Thorkell cuán bien le parecía la muerte.

—Muy bien me parece —dijo—, y me alegro de que así sea, mas querría pedirte que me cortases la cabeza de un único tajo mientras sostengo yo una daga en la mano, porque los Vikingos de Jomsborg hemos discutido a menudo si uno es consciente de algo al ser decapitado, si le cortan la cabeza con suma rapidez. Acordemos el

siguiente código: sujetaré la daga en alto si mantengo la consciencia; de otro modo, simplemente caerá de mi mano.

Asesta Thorkell el golpe de tal manera que inmediatamente salta la cabeza volando, y el cuchillo cae a tierra, como era de esperar.

Luego fue conducido hasta allí el octavo hombre, y Thorkell le pregunta lo mismo.

—Bien me parece —responde. Y ahora enrollan su cabello en la mano, y cuando le pareció que ya no quedaba nada para el golpe, entonces habló—: ¡Carnero! —dijo.

Thorkell se detuvo y preguntó por qué había pronunciado aquello.

Porque —contesta éste— aún sería demasiado agruparos con las borregas después de todo lo que estuvisteis balando ayer, hombres del conde, cuando recibisteis las heridas.

—Hombre de lo más miserable, hablando así —dice Thorkell, e inmediatamente lo decapita.

Ahora desatan al noveno de la cuerda y pregunta Thorkell:

—Dime la verdad, compañero, ¿cuán bien te parece morir?

—Bien me parece, igual que al resto de mis camaradas, mas querría que me concedieses no ser sacrificado como una oveja. Deseo estar sentado y que me cortes la cabeza de frente y me apestes el golpe en el rostro, y prestes atención a ver si me estremezco lo más mínimo, porque a menudo hemos discutido los Vikingos de Jomsborg si uno reaccionaría en caso de que le apestasen el golpe de gracia en la cara.

Thorkell hace lo que le han pedido. El hombre permanece sentado y Thorkell lo golpea en el rostro. Se cuenta que el vikingo no se movió un ápice, hasta que la muerte llegó a sus ojos y cerró los párpados, como sucede a menudo cuando alguien muere. Y después de esto fue liberado otro hombre de la cuerda, presto a ser decapitado, y Thorkell le pregunta lo mismo.

—Muy bien me parece —dice—, mas ¿me concederías primero que me bajase las calzas para hacer mis necesidades?

—Eso te lo voy a conceder —dice Thorkell—, aunque no veo que vaya a cambiar gran cosa el que lo hagas o no, mas actúa como prefieras.

Aquel hombre era de aspecto hermoso y gran estatura, y una vez acabó de hacer lo que necesitaba hacer, tomó la palabra aún con las calzas por las rodillas y sujetando a su amiguito con la mano.

—Sí que es cierto —dice— que muchas cosas no salen como uno había planeado, porque tenía la intención de que este amigo mío se acercase a Thóra Skagadóttir, la mujer del conde, y quería que ella lo cuidase y lo acogiese en su cama —mientras lo dice se lo sacude un poco y luego se sube las calzas.

Mas el conde habla:

—Decapitad a este hombre de inmediato —dice—, pues lleva tiempo teniendo

malas intenciones tal y como acaba de demostrar.

Y entonces Thorkell le cortó la cabeza poniendo fin a su vida.

### *El indulto de Sveinn Búason*

A continuación, liberaron a otro hombre de la cuerda para ser decapitado. Se trataba de un hombre joven y de gran melena, tal que colgaba por debajo de sus hombros y era dorada como la seda. Thorkell vuelve a preguntar una vez más qué le parecía perder la vida:

—Yo ya he vivido la mejor parte de mi vida —responde— y no tengo interés en sobrevivir a aquellos que acaban de perder la suya, pero desearía que me concedieses que no sean esclavos quienes me conduzcan a la muerte. Preferiría que fuese un guerrero de rango semejante al tuyo, y aquí no debería ser difícil encontrar a alguno. Y hay algo más: me preocupo mucho de mi cabello, así que desearía que ese guerrero lo mantuviese retirado de mi cabeza mientras soy decapitado, y arranque ésta enseguida del cuerpo, de modo que el cabello no se manche de sangre. Y tú corta con tanta rapidez que pueda ser tal y como te he pedido.

Y así se cuenta que uno de los hombres del conde se dirigió hacia él para ofrecerse a agarrarlo, y resultó que no tuvo que enrollarse el cabello en la mano, pues era una melena muy abundante, y el guerrero lo agarra y se lo enlaza entre los dedos sosteniéndolo con las dos manos bajo el golpe, así que Thorkell levanta la espada presto a concederle lo que había pedido: decapitarlo con fuerza y rapidez. Mas el joven, cuando escuchó el zumbido del filo, pegó entonces un tirón hacia atrás, apartándose del golpe, y sucedió de tal modo que quien recibió el impacto fue quien lo agarraba, de modo que Thorkell le corta a éste ambos brazos a la altura de los codos. El joven vikingo se puso de pie y reaccionó de modo jocoso diciendo:

—¿Quién ha puesto sus manos sobre mi cabello? —y sacude entonces la cabeza.

Entonces se pronunció el conde:

—Algo terrible ha sucedido, coge a este hombre y mávalo cuanto antes, pues ya ha estado jugando con nosotros, e igualmente quiero que todos los que quedan sean ejecutados inmediatamente, pues estos hombres son peores de tratar de lo que aparentan, y no es ninguna exageración lo que se cuenta de ellos y de su coraje.

Erik responde entonces a su padre diciendo:

—Deseo saber, padre, quiénes son estos hombres antes de que sean ejecutados — luego preguntó Erik—: ¿Y tú quién eres, joven?

—Sveinn me llamo —le responde éste.

—¿Hijo de quién? —pregunta Erik—, ¿o cuál es tu familia?

—Búi se llamaba mi padre —le contesta—, y era hijo de Véseti de Bornholm. Danés soy de toda mi familia.

—¿Y qué edad tienes, Sveinn? —pregunta Erik.

—De llegar a sobrepasar este invierno, entonces tendría dieciocho años.

—Mas ciertamente que llegarás a sobrepasar este invierno —dice Erik—, y no serás ejecutado.

Erik libera a este hombre y lo deja marchar para reunirse con sus compañeros, y cuando el conde ve esto, se pronuncia:

—Erik —le dice—, ¿qué intenciones tienes, dejando que quede libre alguien como este joven que tanta vergüenza nos ha causado? Sin embargo, no veo que vaya a ser yo quien te lo quite de las manos, así que por esta vez podrás decidir por tu cuenta y será tal y como desees.

Erik habló:

—No se matará a nadie antes de que yo haya hablado con ellos y sepa de qué familia son o cuál es su nombre.

### *Erik indulta a Björn*

Y luego de esto desataron a otro hombre de la cuerda, mas la cuerda se había enrollado en su pie, de modo que no podía moverse. Este hombre era de gran estatura y escasa edad, el más hermoso de todos. Thorkell le preguntó al hombre cuán bien le parecía morir.

—Bien me parece —le responde éste—, si antes puedo cumplir mi solemne promesa.

Entonces pregunta Erik:

—¿Cuál es tu nombre?, ¿o cuál es esa promesa que te parece tan importante cumplir antes de dejar esta vida?

Él le responde:

—Vagn me llamo y soy hijo de Áki, hijo de Palnatoke. Así se podrá conocer mi estirpe.

—¿Y qué has prometido tan solemnemente que te parecería bueno morir si se cumpliese tal y como deseabas? —dice Erik.

—He prometido solemnemente que si llegaba a Noruega iba a entrar en el lecho de Ingibjörg, la hija de Thorkell Leira, sin su permiso ni el de ninguno de sus familiares, mas a él mismo lo mataría, aunque ahora me parece una gran falta en mi asunto si no puedo llevarlo a cabo antes de morir.

—Yo me voy a ocupar de que no puedas llevarlo a cabo nunca —dice Thorkell, y en esto corre hacia Vagn y le va a cortar las dos manos, pero Björn el Británico, su padrastro, le dio un empujón a Vagn con el pie, apartándolo del golpe. Thorkell hace caer el golpe sobre Vagn, mas la espada da en la cuerda que lo ataba, cortándola en dos. Ahora Vagn se encuentra libre e ileso. Thorkell pierde el equilibrio al fallar el

golpe, y cae al suelo y la espada escapa de su mano. De tal modo había empujado Björn a Vagn que éste también había caído al suelo, mas no se queda tirado sino que se pone en pie de inmediato. Toma la espada que tenía Thorkell y le asesta al momento un golpe de gracia.

—Con esto he cumplido la mitad de mi promesa —dice Vagn—, y me siento más satisfecho, pues ahora la perspectiva es mejor que antes.

El conde Haakon habló:

—No lo dejéis libre jugando más tiempo, y matadlo cuanto antes, porque ya nos ha causado un gran daño.

—No será ejecutado —dice Erik—, o tendréis que pasar por encima de mi cadáver. Tengo intención de aceptar a Vagn bajo mi mandato como uno de mis hombres.

El conde Haakon habló:

—No tengo ahora necesidad alguna de entrometerme, si en esto quieres decidir tú solo, hijo —dice.

—Buena es la compra con Vagn, padre —dice Erik—, y buena me parece la inversión si lo tomamos por los logros y honores que ha tenido Thorkell. Thorkell tendría que haberse imaginado esto mismo que ha sucedido, pues ahora sucede como a menudo se dice que la predicción es el pronóstico del sabio, y tú acabas de ver, reflejado en el cambio de su rostro, el destino funesto que le aguardaba.

Y ahora toma Erik a Vagn en su poder, y éste se encuentra libre de toda amenaza, mas le habla entonces Vagn:

—Pues tan sólo me parece mejor opción aceptar tu misericordia, Erik, si también se le concede a todos nuestros compañeros, o en caso contrario deberíamos todos nosotros llevar el mismo camino.

—Quiero yo entonces hablar con estos tus compañeros, aunque no me negaré a esto que me pides —responde Erik, y se dirige a donde estaba Björn el Británico y pregunta quién es y cómo se llama.

Éste le responde y le dice que es Björn.

—¿Eres tú ese Björn que con la mayor audacia fue a rescatar a un hombre del palacio del rey Sveinn?

—Eso no lo sé —le dice Björn—, si yo he sido el más audaz, mas de todos modos salí de allí sacando a un hombre.

—¿Por qué tenías que atacarnos —pregunta Erik—, anciano, cuando fuiste hasta allí?, ¿o qué te movió a tal expedición, hombre calvo y cano como un ventisquero de nieve? ¿Pues acaso es cierto —dice— que todas las hierbas nos quieren pinchar a los noruegos, ya que han venido hasta aquí a atacarnos incluso los viejos que ya no se tienen en pie por la edad, o querrías obtener la clemencia de mi parte, pues no me parece ser un orgullo dar muerte a alguien tan viejo?

—La clemencia la aceptaré sin duda de vuestra mano, Erik —responde Björn—, a condición de que mi hijastro Vagn también obtenga misericordia, al igual que todos nuestros hombres que quedan.

—Eso mismo os concederé a todos si puedo decidir —dice Erik—, y ésa es mi voluntad.

Y en esto Erik se acerca a su padre y le pide que todos los Vikingos de Jomsborg sean indultados, concediéndoseles clemencia, y que sean puestos en libertad, y ahora es eso mismo lo que ordenan el conde Haakon y Erik, que Björn el Británico vaya a asentarse en la morada de Hallsteinn el Mataviejas. Se cuenta que con él cayeron otros cinco terratenientes súbditos del rey. Vagn, hijo de Áki, fue al este hacia Vík por decisión de Erik, y antes de despedirse Erik le dijo a Vagn que entonces podría casarse con Ingibjörg, la hija de Thorkell, como había sido su propia voluntad. Y cuando Vagn llegó al este, a Vík, entró en el lecho de esta misma Ingibjörg, hija de Thorkell Leira, y allí se quedó Vagn aquel invierno. Mas en primavera partió Vagn y cumplió bien con todo lo que le había prometido a Erik, y se dirigió a Dinamarca a su hogar en Fionia, donde tenía sus tierras que siguió llevando por mucho tiempo, y fue reconocido como un hombre de grandes logros y muchas personas muy notables descenden de su estirpe. Se cuenta que Vagn llevó a Ingibjörg consigo a Dinamarca, mas Björn el Británico fue a su hogar en la Britania donde gobernó mientras vivió, y fue considerado el guerrero más intrépido y leal. De Sigmundur Brestisson hay que decir que permaneció con Haakon el invierno en que estos eventos acaecieron, mas en verano retornó a su hogar en las islas Feroe con grandes regalos honrados de parte del conde Haakon y también de su hijo, y allí se quedó tranquilo aquel invierno.



VIKTOR ARNAR INGÓLFSSON (Akureyri, 1955) es uno de los escritores nórdicos de novela criminal más aclamados del momento. Tras publicar *Dauðasök* (1978) y *Heitur snjór* (1982) en sus primeros años y permanecer en silencio durante más de una década dedicado a su profesión de ingeniero de Caminos, en 1998 regresó a la ficción detectivesca con *Engin spor*, nominada al prestigioso premio Glass Key de novela policiaca escandinava. *El enigma Flatey* (2002), que también optó a dicho premio, figuró durante varias semanas en la lista de los libros más vendidos en Alemania y ha sido traducida a varios idiomas. En 2005 publicó un nuevo *best seller* titulado *Afturelding*, adaptado con gran éxito como serie de televisión. *Sólstjakar*, de 2009, es su última incursión en el género.

# Notas

[1] El Althingi es el Parlamento nacional de Islandia, fundado en el año 930. (N. del T.) <<

[2] Licor nacional islandés, semejante al vodka y condimentado con comino. (*N. del T.*) <<